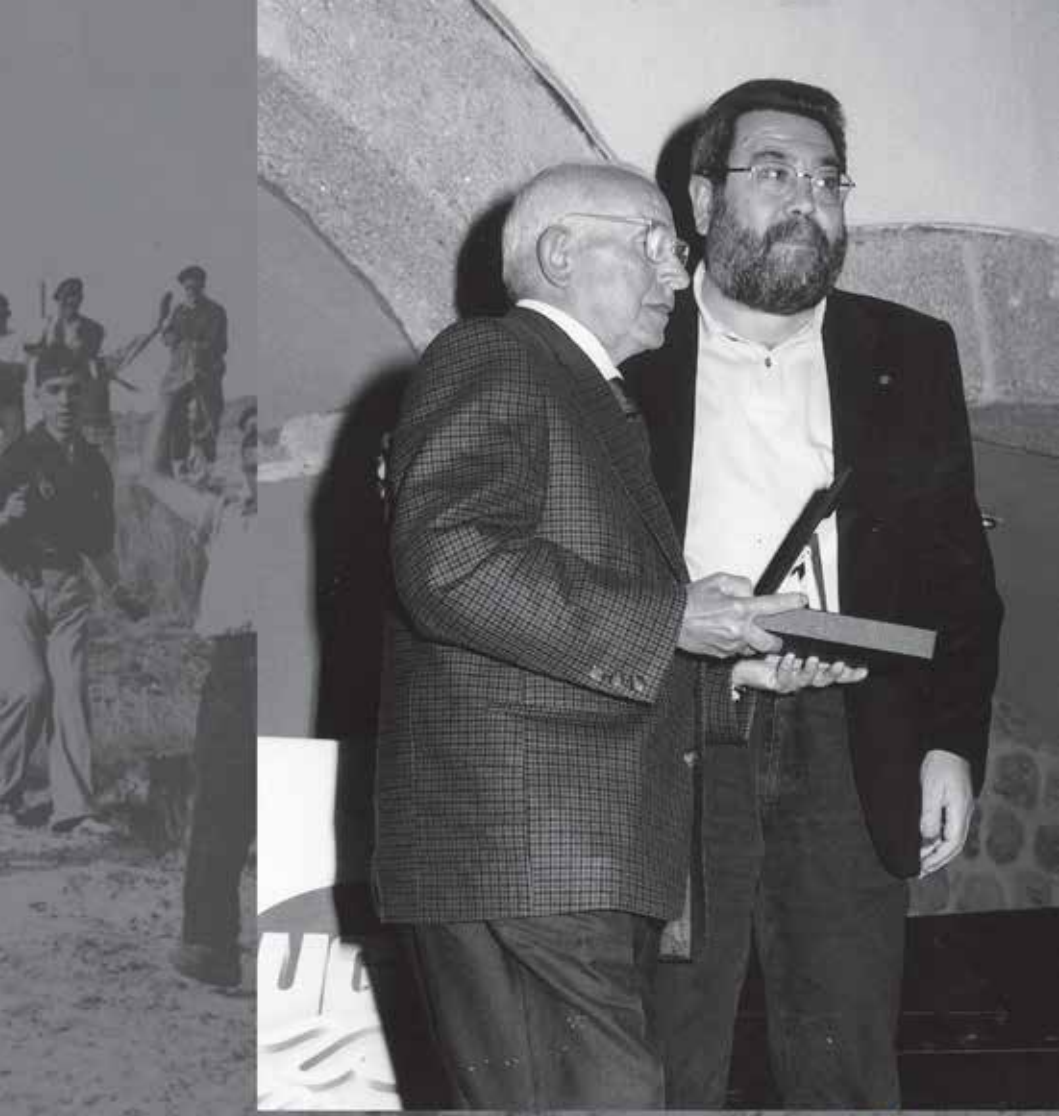


LAS DOS ESPAÑAS
La vida de Carpo

TEÓFILO MAGDALENO

AA ediciones
Colección TESTIMONIO

LAS DOS ESPAÑAS
LA VIDA DE CARPO

Teófilo Magdaleno

AA
ediciones
Colección TESTIMONIO

Las dos Españas. La vida de Carpo
© Teófilo Magdaleno Fuentes
©Arte Activo Ediciones
arteactivo2000@yahoo.com
Herrería 52, 1º Dcha.
01001, Vitoria-Gasteiz.
De esta edición de enero de 2021

ISBN: 978-84-121061-7-6

Printed in Spain

AGRADECIMIENTOS:

Juan Carlos Rodríguez Ibarra, (Presidente de la Junta de Extremadura entre 1981- 2007)
Miguel Bernal Carrión, (Secretario General de UGT Extremadura)
Juan Ramón Ferreira Díaz, (Presidente de La Asamblea de Extremadura)
Elia Mª Blanco Barbero y Mª Flor Prieto Moreno, (Alcaldesa y Concejala de
Educación y Cultura del Excmo. Ayuntamiento de Plasencia respectivamente)
Juan Andrés Tovar Mena y Silvia González Gordillo, (Presidente y Vicepresidenta Segunda y Diputada delegada de Cultura de la Excma. Diputación Provincial de Cáceres)
Pilar Hernández Aceña (Licenciada en Filología Hispánica por la UEX)
UGT EXTREMADURA
PSOE DE EXTREMADURA
UPTA EXTREMADURA
ASAMBLEA DE EXTREMADURA
COMPLEJO CULTURAL SANTA MARÍA.

PRÓLOGO
JUAN CARLOS RODRÍGUEZ IBARRA
(Presidente de la Junta de Extremadura 1981- 2007)

Éste es un libro de homenaje a una persona. Y tiene las ventajas y los inconvenientes lógicos en este tipo de obras. Como es obvio, el ser hijo de la persona cuya vida se retrata comporta una cercanía sentimental que en modo alguno se pretende ocultar bajo una falsa capa de imposible objetividad. Se trata del testimonio de un hijo sobre su padre, una bendita prueba de gratitud y de admiración, pues. Pero es también el valioso testimonio de una época, transmitida vivamente por el propio Policarpo Magdaleno y reescrita con fidelidad y precisión por su hijo Teo. Y es precisamente este carácter documental de una época de nuestra región y nuestro país lo que le da todo su valor, su acierto y su pertinencia para los lectores actuales.

Ahora que se habla tanto de memorias colectivas, no estará de más recordar que tales memorias no son sino la agregación de las vivencias particulares de todos sus protagonistas, desde los que siempre tuvieron la atención de sus conciudadanos por sus posiciones de poder, hasta aquellos que sólo tuvieron por audiencia a sus familias y amigos. De los "francos" y de los "carpos"

de esta torturada tierra. De todos fue ese tiempo que a algunos les parecía resplandeciente y que el tiempo se fue encargando de oscurecer oportunamente, por más que una reciente moda revivalista nos vuelva a ofrecer convenientemente edulcoradas las imágenes en blanco y negro de una dictadura agonizante que aparece como simple marco neutral cuando era en realidad impuesta jaula asfixiante.

Teo Magdaleno lo tiene claro desde el título. Para él, seguramente influido en esto por su padre, sobre este suelo vivieron dos españas, cuidadosamente diferentes y enfrentadas. Es lo que dicta la memoria implacable de los que las sufrieron, por encima de las ñoñas convenciones de ahora, que carraspean incómodas ante estas evidencias. Hemos superado esa situación y estos años de convivencia democrática han ido enterrando esa dolorosa dicotomía. Pero más vale que asumamos, con la misma naturalidad con que este libro lo hace, que aquí, en un pasado no tan lejano, chocaron con estrépito dos concepiones de país. Y no me refiero ahora al hecho en sí de la guerra, sino a los valores que representaban los demócratas frente a los fascistas, antes, durante y, lamentablemente, después de la guerra. Y también se refiere paralelamente a los códigos y formas de vida de los excluidos y de los integrados, eso que antes llamábamos con supuesta simplificación (nos decían), los pobres y los ricos.

Aquí se nos retrata una España de pobres y de ricos, y una España de luchadores por la libertad y liberticidas. Lo siento, es así. Podemos adornarlo con palabras más largas, más esdrújulas y más sociológicas, pero de las páginas se destila la doble derrota de un pobre de izquierdas, derrotado (pero no vencido) por pobre y por socialista, hasta su tardía redención con la democracia y un cierto bienestar material. Es lo que salta a la vista, por encima de análisis que no son de este libro. Lo que nos asalta es esa lucha denodada por sacar la cabeza del agua en lo material y poder gritar libre en lo espiritual. Lo que se nos cuenta es la larguísima noche aciaga de la dictadura para quienes la sufrieron desde abajo, los humildes de las zonas humildes, los olvidados de las zonas olvidadas, los humillados de las zonas humilladas.

Y no estamos hablando de hace siglos, estamos hablando de una Extremadura irredenta que agonizaba todavía a finales de los ochenta con casos como el de los furtivos ahogados en el río Matachel. En ese terrible hecho podemos colocar quizá el hito de nuestra modernidad definitiva. De ese día podemos decir que terminaba la Extremadura de tantos y tantos policarpos y comenzaba por fin un eternamente esperado siglo veinte, a sólo diez años del veintiuno. Y eso quiere decir también que es hora de recordar, ya sin la tensión de entonces qué fue de esta tierra, qué fue de su gente, qué fue de su futuro secuestrado y qué fue, sí, de sus secuestradores. Y es bueno conocerlo para, dice Teo, no volver a repetirlo

y para valorar lo que tenemos. Esa es pues la intención declarada del autor, mostrar lo que se sabe, lo que vivió y cómo lo vivió su padre, para que los jóvenes y no tan jóvenes tomen buena nota a todos los efectos.

Tiene razón Teo cuando escribe que historias como la de Policarpo quedan pocas. Tiene razón porque debían haberse escrito y publicitado más. Pero la tiene menos en un sentido más general porque, por suerte y por desgracia, en esta España del siglo pasado ha habido millones de personas con vivencias similares. Por suerte porque fueron los que mantuvieron viva, aunque escondida, la llama de la democracia y el socialismo. Y por desgracia, porque fueron muchos millones de vidas malvividas, con todas las carencias materiales imaginables, con una pobreza seguramente digna en lo personal, pero lacerante en lo colectivo.

Muchas vidas sobrevividas por el cálido ambiente de la familia, que aparece aquí como lo que fue, el dulce trabajo de mantener tantos hijos para que éstos al menos no olvidaran, y sobrevividas por la esperanza insensata de que el franquismo acabaría y vendría otra época de libertad y, quien sabe, de socialismo.

En ocasiones pienso que muchas de las cosas que hemos hecho las gentes de izquierda en la España democrática no las hacíamos para nosotros, sino más bien para ellos, para los policarpos que habían aguantado firmes la larguísima tormenta, y para sus nietos, los que disfrutarían de este país sin rémoras ni rencores del pasado.

Por eso la gente más feliz en esos primeros ochenta, con una constitución y un socialismo de nuevo en el poder, fueron los viejos militantes de izquierda.
Nada que ver con la felicidad oficial y obligada de los que dirigíamos el partido, sino una sensación de rebosamiento personal que podría representar por todos Ramón Rubial. O el propio Carpo al exclamar que ya se podía morir tranquilo. Los de la generación de en medio, los hijos de los policarpos, hemos construido a partir de esos cimientos ideológicos y sentimentales la realidad que ahora tenemos. Pero antes de dársela a nuestros nietos, no es malo que de nuestra mano conozcan cómo vivieron y lucharon sus abuelos. Aunque luego sea para olvidarlo felizmente por considerar sin más que esas épocas no volverán. Que es lo que todos deseamos, pero ellos son la primera generación en creer como un axioma. Y ojalá la realidad siempre les de la razón.

Mérida, 27 de diciembre de 2007
Juan Carlos Rodríguez Ibarra

PRÓLOGO

MIGUEL BERNAL CARRIÓN
(Secretario General de UGT EXTREMADURA)

Conocí a Policarpo Magdaleno hará unos quince años, mediada la década de los 90 del pasado siglo y desde el primer momento tuve la percepción de hallarme ante una persona buena, leal, comprometida; con esa inteligencia que da el sufrimiento de toda una vida, el silencio de quien, por no poder hablar, crece hacia el interior. Hoy, al leer las memorias de Teo, su hijo, esas memorias que Policarpo nunca escribió pero transmitió como legado oral y en forma de valores, veo que esa sensación que siempre me trasladó Policarpo Magdaleno, Carpo para unos, el abuelo Magdaleno para mí y para otros muchos socialistas y ugetistas extremeños, era la proyección exterior de una vida interior cargada de sufrimiento, de rebeldía, de lucha contra la injusticia y al mismo tiempo de paciencia serena en la salvaguarda del ideario, de los ideales. La paciencia de quien sabe que su causa es la justa.

Me gustaba hablar con "mis abuelos" Carpo Magdaleno y Jerónimo Ojalvo cada vez que subía a Plasencia, su Plasencia, pasear con ellos que, ya mayores y con paso inseguro, hablaban de todo aquello que habían tenido que callar durante décadas de represión. Siempre pensé y aun lo sigo pensando, que en mi veían a un joven secretario de su sindicato al que tenían que transmitir toda

la carga del ideario de tradición socialista de la que eran depositarios y que habían guardado y desarrollado como el más preciado de los tesoros a lo largo de toda una vida para ser entregado a otros jóvenes que como yo, tuvimos la suerte, la inmensa suerte, de recibir esa tradición en tiempos de libertad.

Carpo Magdaleno era un socialista, un sindicalista de los de antes y me gustaría pensar que de los de siempre. Un hombre prudente, respetuoso con las ideas de los demás, firme en la defensa de las propias, rebelde ante la injusticia, que buscó siempre la instrucción como fórmula de libertad, esa instrucción cultural e ideológica que desde la tradición socialista siempre se tuvo claro que actúa como motor del desarrollo individual y colectivo de lo mejor que lleva dentro el ser humano.

El abuelo, receptor de la tradición cultural de las Casas de Pueblo de la UGT y del PSOE, suplió sus carencias formativas con la lectura de todo aquello que cayera en sus manos derivado del ansia por saber, por conocer, por aprender, para así poder crecer como persona y con ello prepararse mejor para poder transmitir su legado cuando los tiempos cambiasen y ellos u otros tomaran el testigo de continuar con la apasionante tarea de hacer un mundo más justo para todos. No puedo imaginar hasta donde lo pasó mal Magdaleno. Quizás podamos intuir al leer este libro qué significa la humillación continuada durante cuarenta años, la impotencia ante la injusticia, el dolor por los compañeros de causa perdidos, asesinados

y represaliados por la insensatez, por el odio... Y todo ello por defender unas ideas de justicia social, de libertad individual y colectiva, por ejercer de forma activa las ideas de la solidaridad con el más débil, por promover al ser humano a su condición de persona.

Quizás sea más fácil de comprender la alegría, la bocanada de aire que Carpo y otros muchos como él recibieron con la recuperación de la ansiada libertad. Alegría y responsabilidad para transmitir los secretos valores de una causa guardada durante tantos años y que entonces, con esa libertad, tenía que ser nuevamente actualizada y puesta en valor recuperando nuevamente la tradición de las casas del pueblo para instruir a los jóvenes que cogerían la antorcha de la igualdad.

La lectura de estas páginas debe suponer un acicate para aquellos que militamos en las ideas de la democracia, de la igualdad, del respeto al pensamiento, de la radicalidad ante la injusticia. Por eso manifiesto mi agradecimiento a Teo, hijo de Carpo por poner en nuestras manos un retazo de la historia del sindicalismo socialista extremeño, la historia de toda una vida comprometida con unos ideales.

Hoy cuando todo es más fácil, cuando las condiciones básicas de libertad se dan, los ugetistas, los socialistas, debemos valorar la carga de responsabilidad que llevamos a nuestras espaldas. Vidas como las del abuelo Magdaleno, cargadas de dolor y sufrimiento pero nunca de resignación, son el más valioso depósito que hemos

recibido y al que a *Las dos Españas: La vida de Carpo* otros tendremos que transmitir. Todo ha cambiado pero todo permanece como permanecerá Policarpo Magdaleno en nuestro recuerdo y cariño más emotivo.

Miguel Bernal Carrión.

PRÓLOGO DEL AUTOR

Esta es una historia real: nombres, personajes, lugares e incidentes son acontecimientos que sucedieron a través de los años y que el autor cita para narrar lo ocurrido a un hombre y a su familia como homenaje a toda una vida llena de sacrificios, luchas, intrigas e ideales en una España dividida. Al mismo tiempo el autor quiere homenajear a todos aquellos hombres y mujeres que con su esfuerzo y lucha por la libertad dieron todo lo que tenían, hasta la vida en muchos casos, por defender la igualdad y la justicia en una España libre.

Nos adentramos en el año 1912 en un pequeño pueblo de la alta Extremadura llamado Mirabel. Allí nació un niño que con el paso de los años pasaría a vivir intensamente el devenir sinuoso y difícil de la historia en España desde principios del siglo XX hasta el final del siglo.

Historias de hombres como Carpo quedan muy pocas, y quisiera ayudar a que los jóvenes –y no tan jóvenes– lectores entiendan lo que puede ser una vida de esfuerzos, de luchas obreras y de emancipación social, de idealismo y de un entusiasmo tan grande que hasta la vida se pueda entregar con generosidad al servicio de una causa que se crea justa y de una España en libertad. Para que en la España en que vivimos valoremos esa libertad que disfrutamos es bueno conocer el pasado más reciente de nuestra historia evitando que estos acontecimientos que se describen aquí jamás vuelvan a producirse.

CAPITULO I

Un día frío de enero, en una familia muy humilde del pequeño pueblo de la provincia de Cáceres llamado Mirabel veía la luz por vez primera un niño al que llamaría su madre Policarpo.

Cesárea era una mujer joven, guapa e inocente, de familia modesta. Paseaba su juventud por su pueblo natal, Mirabel. Por el año 1910, un mercader de paños y telas llamado Domingo, procedente de Torrejoncillo visitaba este pueblo, realizando su trabajo. "Telas al corte y paños a medida...", gritaba, cuando al pasar por su calle, Cesárea se asomó a la ventana y exclamó:

—¡Pañero! ¡Pañero! ¿Me enseña esas telas?

—Sí, buena mujer —contestó Domingo.

La joven bajó a la calle y comenzó a mirar y remirar las telas y paños, quedando enamorada de un corte de tela.

—¿Qué vale ésta, señor? —preguntó.

—Esa la vendo a cincuenta céntimos la pieza.

—Un poco cara —replicó Cesárea.

—No lo crea. Es buen precio el que le pongo. No encontrará otro mejor en la provincia —contestó el pañero.

—Pero hija —se quejó Petra, madre de la joven—, ¿no comprendes que no tenemos reales que gastar?

—Ya lo sé madre, lo sé. Pero es tan bonita esta tela...

El mercader solucionó la cuestión:

—Bueno, no hay de qué preocuparse. Les puedo dejar los metros que necesiten y me pagarán cada semana o cada quincena.

—¡Madre! ¿Qué le parece? —suspiró Cesárea— Podría ser posible, madre.

—No sé, hija. No sé...

—No se hable más —zanjó el mercader—, les dejo los metros y cada semana pasaré a cobrar una parte.

Así, sin apenas darse cuenta, comenzó una relación entre este hombre y Cesárea. Relación de amistad que con el tiempo llevaría al nacimiento de un hijo al que pondrían por nombre Policarpo.

Pero no todo fue fácil: no pudo celebrarse el matrimonio entre Cesárea y Domingo, pues él estaba casado y no existía el divorcio entre las leyes de la época. Por ello, el niño fue inscrito en el juzgado de Plasencia con los apellidos maternos, quedando Cesárea como madre soltera. Situación complicada en los tiempos difíciles de 1912.

En 1916, cuando Carpo tenía cuatro años de edad, se quedó sin padre al morir Domingo de una repentina enfermedad, sin haber reconocido y dado los apellidos a este hijo, derechos que la inocente y afable madre quería para Policarpo.

Y así, por desventuras de la vida, ni apellidos ni pequeña fortuna. Algunos bienes dejados por el padre para el hijo jamás aparecieron para poder ayudar a criar a este pequeño dentro de una sociedad injusta, dura y discriminatoria.

Después de muchos intentos por recuperar lo que le pertenecía al niño, su madre Cesárea (de profesión costurera) en compañía de los abuelos maternos, Petra y Marcelo, tuvieron que asumir que tenían que olvidarse de la herencia del padre. De ello se encargó la familia del difunto, que ocultó el testamento y los enseres dejados para el niño.

Un día, Casiano, hermano mayor de Cesárea, se presentó en casa comunicando que existía un seguro de vida a nombre del niño que el padre le había suscrito, y que durante esos cuatro años había estado pagando.

—Madre, mire usted. Le tenía hecho un seguro al niño y ahora nos darán una buena cantidad de reales —gritó Cesárea.

—Bueno, hija, tranquila —contestó la abuela—, ya sabía yo que Dios se acordaría de nosotros.

Este dinero iba a servir a Cesárea para ayudar a mantener a su hijo y en parte a salir de la miseria y necesidad tan grande en la que estaban. Cesárea era una trabajadora incansable. Por entonces trabajaba el campo, como la mayoría de las mujeres, recogiendo cosechas, plantando y arrancando tabaco, y a temporadas recogía rollos del suelo y limpiaba las tierras de las perdigueras para poder sembrar después las fincas de los amos. En los ratos que paraban para comer el bocadillo los campesinos, Cesárea se ponía a hilvanar y coser camisas a los obreros y así sacaba algún real más para llevarse a casa. Las noches se las pasaba cosiendo hasta la madrugada y así evitar que su hijo tuviera que dejar el colegio, como les ocurría a la mayoría de niños de esta época en los pueblos; eran tiempos tan difíciles que niños de corta edad tenían que dejar de asistir a la escuela para ayudar en las tareas del campo o cuidar alguna piara de cerdos, o las cabras del pueblo, sin haber aprendido ni siquiera "las cuatro reglas" como se decía por entonces.

Como la situación de la familia era bastante penosa, sin sueldo fijo en casa y con el abuelo ya mayor para trabajar, Cesárea, que sentía el peso de la situación en la familia (agravada por tener un hermano menor deficiente al que tenían que cuidar y alimentar), pensó

en buscar un hombre que junto a ella criara a su hijo, pensando en que le enseñaría algún oficio al muchacho y que así Carpo se hiciera un hombre de futuro.

El chico comenzó a ganarse unos céntimos en los ratos que no había escuela, cuidando una piara de cerdos en el precioso paraje de Monfragüe, en el término municipal de Serradilla, dentro de una extensa finca en las cercanías del famoso "salto del gitano" de ese hoy reconocido Parque Nacional de Monfragüe. Allí, en las tierras duras y bajo las numerosas encinas de la dehesa extremeña, el chaval comenzó a interesarse por la poesía, la historia y la España de su tiempo. Carpo decía a todos sus vecinos que no tiraran ningún libro por viejo que estuviera, que él lo arreglaría y lo leería y después se lo devolvería a su dueño. Su afán era saber más en el menor tiempo posible.

Don Aniceto, su maestro de escuela, le conseguía todos los libros que podía, diciéndole:

—Carpo, hijo, lee mucho, pues así serás un hombre de futuro.

Estas palabras del maestro le quedaron grabadas y desde entonces no dejaría de devorar todos los libros que le pasaban por las manos. El maestro observó que Carpo destacaba en la poesía y que era un chaval inteligente. Una mañana, estando de fiestas en el pueblo se cruzaron por la calle Don Aniceto y Cesárea, y tras saludarse, Don Aniceto le dijo:

—Cesárea, cuida al muchacho, que éste va para secretario.

—No se preocupe usted, que por mi parte mi hijo no faltará a la escuela y si es necesario yo trabajaré día y noche para que pueda seguir estudiando y se haga un hombre de bien.

Carpo le decía a su madre:

—¿Sabe una cosa, madre? Me entusiasma la poesía. Si usted viera... He ganado varios libros en la escuela por los versos que he hecho.

—Muy bien hijo, a ver si algún día eres buen poeta.

Pronto, al faltar el padre en casa, no hubo suficiente para hacer tres comidas al día ni para vestirse, por ser muy escaso el jornal que Cesárea traía a casa para mantener a los cinco miembros de la familia. Carpo, que ya había cumplido doce años, pensó en aprender un oficio y así poder ayudar a su madre. Apremiado por la necesidad económica que tenía la familia halló trabajo como aprendiz de zapatero con un buen oficial. Así empezó a cobrar algunos céntimos muy de tarde en tarde, otras veces cobraba algunas patatas o granos de trigo para hacer pan en casa, alimento básico en la mayoría de las familias extremeñas de esos años.

Sin embargo, la suerte volvió a darle la espalda a Carpo, pues, un lamentable día, su oficial y jefe del taller de zapatería iba a encontrar la muerte en una pelea de taberna a consecuencia de un certero navajazo que le asestó por la espalda su traidor asesino. No se imaginan la conmoción sufrida por el adolescente al conocer la noticia: le habían matado a su maestro y con ello quizá le robaban parte de la gran ilusión que había puesto en aprender el oficio de zapatero, además del cariño que su jefe le había manifestado.

Durante el reinado de Alfonso XIII, año de 1923, se asiste a la descomposición del sistema que, según dice la historia, tan útil había resultado a la Monarquía Parlamentaria ante el fracaso de los intentos de renovación de los dos grandes partidos dinásticos (el Conservador y el Liberal) en que se apoyaba el sistema Canovista.

Son años de revolución en Europa. Mientras en España, en el año 1917 tres fuerzas ajenas a la oligarquía de turno, el ejército, el catalanismo y el movimiento obrero explotan en una misma demanda reformista. Se producen desórdenes y violencia que culminarían con el golpe de Estado del General José Antonio Primo de Rivera, quien, pese a la resolución de algunos conflictos pendientes, fue incapaz de solucionar los temas básicos como el problema catalán o la necesaria reforma Constitucional, llevando al país inevitablemente a las puertas de la II República.

Años atrás (en 1882) el Partido Socialista Obrero Español (PSOE) y la Unión General de Trabajadores (UGT) habían celebrado en Barcelona sus congresos pre-fundacionales, en los que lograron redactar unos programas que reflejaban los pactos entre las diversas tendencias. Poco a poco, el PSOE fue llevando a cabo una labor de implantación fructífera en la mayor parte de España y más en Madrid, Vizcaya, Asturias y Cataluña. El PSOE, sin prejuicio de sus objetivos finales, decidió participar como partido político en la lucha parlamentaria para defender, dentro de lo posible, los intereses de la clase trabajadora, aunque la participación de los obreros en las elecciones fue muy baja, unida a ello el sistema diseñado por Cánovas, que excluía a cualquiera ajeno al turno, provocó que el Partido Socialista tuviera que esperar hasta el año 1910 para obtener representación parlamentaria. España era un país anarquista y el PSOE estaba por detrás de sus homólogos europeos en afiliación y presencia política; pero a pesar de indudables dificultades el partido fue creciendo desde su primer diputado en 1910.

Carpo, el afanado aprendiz buscó y buscó hasta que halló a un maestro de zapatero, que se comprometió

con Cesárea a que, aunque no podría pagarle mucho jornal al muchacho, le enseñaría el oficio de zapatero y le daría experiencia para el futuro. Sin embargo la Diosa Fortuna se puso de nuevo en contra del chico, pues su querida madre había conocido a un hombre, y quizá pensando en el futuro de su hijo más que en el suyo propio, empezó a convivir con él. Este hombre, de profesión oribe, era conocido en el pueblo por los buenos trabajos que realizaba, y Cesárea pensó con lógica que aunque su hijo realizara pocos trabajos le iría mejor con el oro que con los zapatos, pues nos podemos imaginar que la profesión de oribe tenía bastante más porvenir que la de zapatero.



CARPO DE JOVEN.

Basilio, que era el nombre de este hombre le había prometido a Cesárea:

—No te preocupes. Tu hijo se vendrá conmigo y yo le enseñaré mi oficio, y de mi mano no os faltará nada ni a ti ni a él.

Este cambio le costó un disgusto a Carpo, pero era consciente de que su madre quería lo mejor para él y que su padrastro le enseñaría también un trabajo. Así, dentro de lo posible, podría ayudar en casa en la situación tan difícil que atravesaba la familia, como muchas otras familias no sólo de los campos extremeños, sino de las tierras de las dos Castillas, Andalucía y otras regiones. La situación de España era muy tensa después del rayo de esperanza que había sido la caída de la Dictadura de Primo de Rivera, siendo nombrado por el Rey el General Berenguer Presidente del Consejo de Ministros y a la vez restablecidas las libertades públicas. Estos cambios y avances hacia la plena legalidad constitucional, pronto suscitaron las quejas de la oposición por la lentitud en que se producían.

Carpo durante algún tiempo ejercía de aprendiz con su padrastro Basilio. Muchas veces decía:

—Madre, mi objetivo es aprender cuanto antes el oficio para que usted deje de trabajar tanto día y noche.

Por entonces, Cesárea repartía las horas del día recogiendo cosechas, y al atardecer y parte de la noche cosía vestidos y realizaba encargos a algunos vecinos para sacar algún que otro real más. No había descanso en la España de los años veinte, ni sábados ni domingos se podía dejar el trabajo. Cesárea tenía la ayuda de la abuela Petra, que durante el día cuidaba de Carpo y atendía al hijo disminuido que tenían en casa. Cesárea, en ocasiones suspiraba:

—Dios mío, no tengo descanso, sólo me vas a dejar descansar cuando esté bajo tierra.

Tristemente, Cesárea tenía razón, pues la vida que vivían tantos españoles estaba llena de privaciones y de grandes sacrificios, y había pocas satisfacciones de las que disfrutar.

Desde el desastre de Cuba, España se había convertido en una potencia de segunda fila vinculada por sus intereses a Europa y el norte de África y que no estaba ligada por tratados a ningún otro país, por lo que era una nación aislada.

A Carpo, aunque era joven, le gustaba estar informado de la situación de su país, y aunque no entendía muchos de los acontecimientos que ocurrían ya estaba cogiendo conciencia de clase: a la temprana edad de dieciséis años, él y varios jóvenes de su pueblo, fundaron las Juventudes Socialistas de Mirabel.

Este hecho marcaría su vida para siempre pues fue la primera vez que sintió esa libertad que durante años le estaba empujando en su interior para ayudar a mejorar la sociedad aportando su lucha por una República Parlamentaria que devolviera a la clase trabajadora todos los derechos e igualdades que durante tanto tiempo se les habían negado a los campesinos, obreros y trabajadores en general; al menos eso era todo lo que podía aportar y conocer un joven de su tiempo, de dieciséis o diecisiete años con la escasa información de que disponía.

Carpo era ya un joven apuesto e inquieto motivado por los acontecimientos que se vivían en España. En poco tiempo pasó a afiliarse en la central sindical de UGT junto al grupo de jóvenes socialistas de su pueblo, entre los que estaban Fortunato, Cándido, Teófilo, Santiago "el salero"o Eloy Vega. Todos eran jóvenes de entre dieciséis y veinticinco años, conscientes

de la situación que arrastraban sus familias y vecinos y los jornales de hambre que se cobraban en esos años. Este grupo de jóvenes socialistas de Mirabel comenzó a trabajar en pro de las libertades y de la vuelta a la democracia con la meta de instaurar la República Parlamentaria. Contactaban con los pueblos vecinos: Riolobos, Serradilla, Torrejón, Holguera y las ciudades de Plasencia y Cáceres, donde ya había agrupaciones locales socialistas para formalizar la Federación de Juventudes Socialistas de la Provincia de Cáceres.

La situación económica del país se había deteriorado con rapidez, lo que provocó que los campesinos, jornaleros y obreros de toda España se agruparan en asociaciones sindicales y asociaciones por gremios y oficios, y por medio de las cuales poder reivindicar mejoras en los salarios, abriéndose la posibilidad de negociaciones del mundo obrero y sus patronos.

Después de la caída de la dictadura de Primo de Rivera, motivada por los enfrentamientos de Primo de Rivera y Unamuno que llevó a éste al destierro y luego al exilio, la politización de la Federación Universitaria Española nacida en 1927 y la presencia constante en las calles de los estudiantes, los sucesos de San Juan de 1926, en los que quedó clara por primera vez la colaboración del ejército y los políticos de la oposición, más las luchas de jornaleros y obreros en pueblos y ciudades provocaron que a finales de enero de 1930 llegara a su fin la dictadura, tras la dimisión de Primo de Rivera, quien murió pocas semanas después en París.

Pasaron los meses y Carpo, el joven aprendiz estaba contento pues el sueldo de su padrastro ayudaba a mantener la casa, y su madre estaba orgullosa de que su hijo aprendiera un oficio con futuro. Durante este tiempo, Carpo se había aficionado a la lectura en sus

ratos de descanso. El chico tenía predilección por la poesía y le encantaba la historia. De alguna manera las palabras de su maestro Don Aniceto calaron en él y la lectura de aquellos viejos libros de tercera o cuarta mano que él arreglaba suplía el hecho de no haber podido seguir estudiando. Así Carpo leía con impaciencia hasta altas horas de la madrugada.

Transcurrido algún tiempo Carpo, que era un chico espabilado y muy observador. veía que su madre tenía desavenencias con Basilio, pues éste no trabajaba más que dos o tres días por semana y el resto de días lo aprovechaba para salir con sus amigos o clientes, con la excusa de que no tenía trabajo. Esto ocasionaba que el chaval no terminaba de aprender el oficio de oribe y la mitad de la semana no había ni trabajo que hacer ni jornal que llevarle a su madre.

Carpo tuvo que decirle a su padrastro que si seguía con esa actitud dejaría de trabajar para él y se buscaría un maestro que de verdad le enseñara el oficio.

—Haz lo que quieras, muchacho —contestó Basilio–. No sé dónde vas a encontrar un oficio mejor que éste, pero si no estás contento, búscate otra cosa.

—Pero Basilio, si lo que yo quiero es aprender bien el oficio, aunque a este paso nunca aprenderé, ¿no cree usted?

—Ya eres mayorcito. Tú verás lo que te interesa —replicó Basilio.

El chico tuvo que hablar con su madre y le hizo entender que si seguía así perdería el tiempo con su padrastro y no conseguiría aprender el trabajo.

—Madre, déjeme usted que me vaya con el tío Casiano, que me ofrece un jornal en su taller de zapatería y me ha dicho que en un año hará de mí un buen oficial. Además, madre, mire usted, yo no puedo seguir

viendo cómo usted se mata a trabajar sin que yo pueda hacer nada para remediarlo.

La madre, llorando le contestó:

—Bueno hijo, ya eres un hombrecito, y yo solo quiero lo mejor para ti, así que si tú estás contento con el tío Casiano en el taller, tu madre se sentirá feliz por ti.

Desde ese día Carpo empezó a ver más cercano su futuro y el de su madre. Con el nuevo maestro sí que aprendía el oficio y en poco tiempo estaría llevando a casa un jornal de un obrero, pero haciendo jornadas de trabajo de más de doce horas y llevándose trabajos a su casa para los domingos y festivos.

Fueron mejores tiempos. Policarpo (Carpo o Carpino como le llamaban sus amigos) se estaba convirtiendo en un hombre. Además del trabajo ocupaba sus horas libres en la lectura de los libros que pasaban por sus manos entendiendo mejor las luchas por la igualdad y la sociedad que le había tocado vivir.

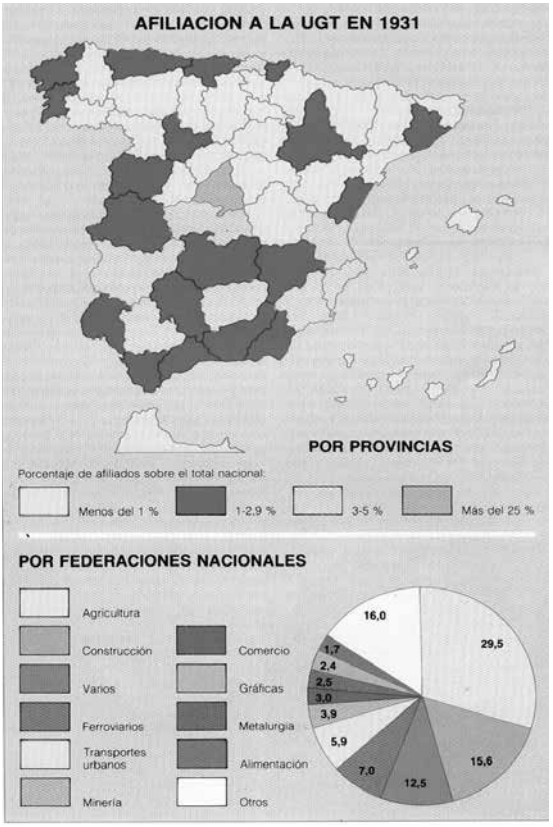
Una mañana, al levantarse, cuando Cesárea le llevaba una muda de ropa, Carpo le dijo:

—Madre, ya tiene usted un hombre en casa. Con estas manos que Dios me dio jamás nos faltará un techo para dormir y comida para llenar el estómago mientras yo viva.

Cesárea lo escuchó emocionada y orgullosa de su hijo. Con lágrimas en los ojos exclamó:

—Sí, hijo, a veces creo que Dios aún existe y que nuestra familia quizá haya dejado de padecer.

Carpo estaba afiliado a la UGT desde 1931 junto a otros jóvenes de su pueblo. Con diecinueve años empezó a visitar los pueblos de los alrededores de Mirabel, bien para asistir a las fiestas patronales, para asistir a las reuniones del sindicato UGT o para participar en algún concurso de poesía, lo que siempre le había gustado.



AFILIACIÓN EN ESPAÑA A U G T. EN EL AÑO 1931

Un sábado, estando en las fiestas de Serradilla, Carpo conoció a una chica, Antonia, de la cual quedó prendado. Durante algún tiempo la visitó y le escribió cartas a menudo. El primer poema que Carpo escribió a su novia fue con motivo de felicitarla por su cumpleaños.

Hermosísimo clavel

Mañana al rayar el día, cantarán los ruiseñores
Y anunciarán la llegada del santo de mis amores.
Y en esa misma mañana, cantarán las codornices,
Y en sus cánticos dirán, que los tengas muy felices.

Hoy cumples dieciocho años, hermosísimo clavel,
Cuando cumplas veinticinco ya serás tú mi mujer.
Y hoy cumples dieciocho años, hermosísima azucena,
Cuando cumplas veinticinco serás mi mujer eterna.

Y ahora te digo que eres, mi vida, toda mi ilusión,
Mi encanto, mi amor, mi dicha, la mujer que más quiero yo.
Y ahora te digo alma mía, que sólo pienso en el día
De traerte a Mirabel siendo tú la esposa mía.

Luego ya estaremos juntos todas las horas del día
Y las horas de la noche, pasando ratos de dicha.
En Mirabel estoy, no lo niego, eso todo el mundo lo ve,
Pero el alma, Antonia mía, lo tienes que comprender,
Que la tienes en tu pecho, en ese pecho tan fiel.

Y al no saber explicarte, Antonia mía, el amor que yo te tengo,
Me despido con dolor,
Te digo que eres mi vida, toda mi ilusión, mi encanto, mi amor
Mi dicha, la mujer que adoro yo.

Por lo tanto, recibe un abrazo junto a mil besos también
De este, tu novio querido, que muy pronto te irá a ver.



ANTONIA

Con el paso del tiempo el maestro de Carpo cayó enfermo y a consecuencia de esta enfermedad ese taller donde el joven había madurado y terminado de aprender el oficio de zapatero tuvo que cerrar sus puertas.

—No puede ser —decía el chico–, mi maestro de salud de hierro... ¡Si era un hombre que lo superaba todo! ¡Qué desgracia!

El disgusto fue grande para Carpo, además de un importante contratiempo, pues súbitamente se quedó sin el jornal que no le faltaba en los últimos tiempos y que tan bien le hacía a su madre. Una vez más la vida castigaba al joven y a su familia, pues no sólo perdía su trabajo sino también, en parte, perdía a ese padre que no pudo disfrutar de pequeño, pues el maestro había asumido esa función, por lo que el chico estaba muy unido a él, de modo que sintió mucho la enfermedad y posterior muerte de Casiano.

Como Carpo podía seguir contando con la clientela de su antiguo taller, por haberles realizado exitosamente varios trabajos, decidió dar un paso importante.

—Mire, madre —planteó resuelto—. He pensado en abrir mi propio taller de zapatería, dándome de alta con la matrícula de autónomo. Claro está que primero tengo que comprar herramientas para trabajar. Lo que podría hacer es comprárselas a la familia del tío Casiano, pues ya para nada las necesitan... También he pensado en poner el taller aquí, en nuestra casa, siempre que usted me dé su consentimiento.

Cesárea, nerviosa, paseaba por la cocina y murmuraba:

—¡Hijo, por Dios!... ¿De dónde vamos a sacar dinero para pagar todo lo que dices? Además, también tendrás que pagar materiales, impuestos...

—Madre, no se asuste, que tengo buenas manos para trabajar, así que para pagar no nos faltará. Usted también tiene buenas manos para coser a máquina y me puede ayudar en el taller. Ya verá, madre, Dios proveerá.

Durante algún tiempo la madre estuvo dándole vueltas a la idea, pensando si podrían llevar a cabo los proyectos de su hijo mientras buscaba la ayuda de algún familiar que les prestara algunos reales para acometer aquella empresa que, aún siendo tan pequeña, a ellos les supondría tanto, pues por aquel tiempo contaban con muy poco, lo justo para pagar la comida del día y cubrir los gastos de la casa, que afortunadamente eran muy reducidos.

Al cabo del tiempo Cesárea comprendió que su hijo continuaría con la idea, y aun con temor al riesgo al que se aventuraban, accedió y ayudó a que su hijo montara su pequeña zapatería y comenzara a trabajar en el taller que montaron en la cocina, pues era la entrada a la casa. También servía de sala de estar y de comedor, lo que no fue obstáculo para que en el

transcurso de tres o cuatro meses el taller funcionara a buen rendimiento. Carpo fue cogiendo una clientela fija y los pagos a los proveedores de material se realizaban sin apuros. No fueron tiempos muy dichosos, pero la alegría volvió a la familia.

Mientras, el joven Carpo ya había asentado su relación con Antonia, la joven serradillana de la que se había hecho novio. Un nuevo hecho iba a sorprender a nuestra familia; sorpresa que, aunque no esperada, sería maravillosa: Antonia, la joven inteligente y trabajadora por la que Carpo había perdido los sentidos, había quedado embarazada a la temprana edad de veinte años. Carpo, joven pero maduro, debía ser el cabeza de familia no sólo con su madre y sus abuelos, sino además con su novia y la niña que nació.

Tan precaria era la situación por el año 1932, en plenas reformas de la II República, que para preparar algo de convite para la boda de la joven pareja, debieron esperar a que la preciosa niña (a la que pusieron por nombre Esperanza) cumpliera ocho meses. La boda fue un acto muy sencillo, pues la situación familiar no permitía nada especial: unos dulces caseros, vino de la tierra y una comida en casa del novio para un grupo reducido de personas de ambas familias. El doce de Marzo de 1932, Carpo y Antonia unieron sus vidas en matrimonio y se convertían en marido y mujer hasta que la muerte los separara, como indica el rito de la Iglesia Católica, por el que se casaron.

1932 fue un año importante para Carpo, pues además de contraer matrimonio, ese año fue nombrado Secretario General de las Juventudes Socialistas de Mirabel.

La joven pareja fue a vivir a una pequeña casa de alquiler, propiedad del tío Antonio, que contaba con

dos alcobas, una cocina con fogón, una alacena, un pequeño comedor y un patio que hacía las veces de servicio.

Eran tiempos de idealismo y de luchas en la mayor parte del país por mejorar las precarias economías del ochenta por ciento de las familias españolas. ¡Había llegado la República por la que tanto habían luchado y sufrido la mayor parte de los españoles! Ahora era real la esperanza de que esa tan ansiada República mejorara la penosa situación que por lo general arrastraban las clases más desprotegidas de la sociedad, lo que ya por esos años era una de las mayores inquietudes y anhelos del joven Carpo, así como de tantos y tantos hombres y mujeres de nuestra querida y maltratada España. Había tantos logros sociales que conseguir...: la reforma agraria, la libertad de culto religioso, mejor distribución de la propiedad...

CAPITULO II



La República: Esperanzas y decepciones

Manifestación popular de júbilo en Madrid tras la proclamación de la República, 14 de abril de 1931 (AGACE)

EL 14 de abril de 1931 se proclamó en España, por segunda vez en su historia, el régimen republicano, en medio de una euforia popular que ni los más acérrimos enemigos de la nueva situación se atrevieron a desconocer o negar nunca. El hecho ocurría dos días después de que unas elecciones municipales, las del domingo 12, arrojaran un resultado inesperado. Las candidaturas a concejalías de republicanos y socialistas obtuvieron prácticamente tantos votos como las que se presentaban bajo el signo monárquico.

La trascendental importancia política del hecho no se ocultó a nadie. Con la relación entre número de votos y concejales elegidos, por cada una de las dos tendencias, podían hacerse cuantas filigranas interpretativas se deseasen. Pero entre otros hechos irrebatibles figuraba el de que los republicano-socialistas habían triunfado en 41 de las 50 capitales de provincia (1).

El número total de concejales electos en todo el país se repartía casi equitativamente entre monárquicos y antimonárquicos (2). Pero ¿significaba políticamente lo mismo el voto del campesino castellano que el del ciudadano de Madrid o Barcelona? La evidencia de una respuesta negativa se impuso en las mentes más lúcidas y pragmáticas del entorno político del rey...

En definitiva, el resultado de las elecciones del 12 de abril de 1931 era, en su significación real, una derrota sin precedentes para el sistema político de la Monarquía de la Restauración. Esa realidad diluyó los mecanismos defensivos del sistema, que habrían incluido necesariamente la apelación a la fuerza. Sobre todo, desde que el general Sanjurjo, director general de la Guardia Civil, no dio garantías de la fidelidad monárquica de ese cuerpo. El *establishment* político de la Monarquía cedió, pues, sin un amago de verdadera resistencia.

Ahora bien, el desarrollo de las jornadas de abril, que fue siempre argumento de gran fuerza en la legitimación del nuevo régimen, enmascaraba de alguna forma el proceso completo del fin de la Monarquía. El resultado de las elecciones del 12 de abril era inesperado para el propio grueso de la opinión antimonárquica y, sin duda, para sus líderes. El mecanismo electoral no despertaba precisamente esperanzas en los enemigos de la Monarquía. A su vez, los apoyos de ésta habían sido cautos. Dispusieron el proceso electoral por el que pensaban acabar con la etapa dictatorial de forma escalonada en orden creciente del compromiso y significación política de las elecciones —municipales, provinciales, legislativas—. Tampoco era previsible el desmoronamiento del régimen sin resistencia. Las elecciones de abril, en suma, entregaron el poder a los republicanos mediante un mecanismo insospechado.

En efecto, el fin del régimen monárquico no puede ser atribuido a un resultado electoral adverso, en unas elecciones formalmente secundarias. Este mismo resultado electoral hubiera sido imposible de no producirse en el curso de un proceso largo de disolución del régimen

Años 1931 – 1936. La II República.

El catorce de abril de 1931 quedó aprobada la II República. En la mayor parte de Extremadura las primeras elecciones democráticas, ya con la República, habían dado la mayoría a partidos de izquierdas y de

corte republicano, lo cual motivó una ilusión antes impensable. Ahora se podía hablar de política, de la carestía de la vida, de la libertad de religión o simplemente de a quién le había dado cada vecino su voto o de las reformas que se habían emprendido en todo el territorio del país. En Mirabel, el día 24 de Abril de 1931 en sesión extraordinaria la nueva Corporación Municipal quedó formado por mayoría de concejales de izquierdas representados por el Alcalde Baldomero Rodillo Álvarez.

Los republicanos y las Juventudes Socialistas a las cuales pertenecía Carpo realizaron una importante campaña de información destinada al mundo rural y hacia el pueblo llano que desconocía la mayoría de las medidas de desarrollo emprendidas por el gobierno.

La proclamación de la II República había sido conseguida por el esfuerzo conjunto de varios partidos y personalidades políticas que alcanzaron el acuerdo del gran consenso del Pacto de San Sebastián. El gobierno se comprometió, a través del estatuto jurídico del Gobierno provisional, a la convocatoria de Cortes Constituyentes y la defensa de los derechos individuales.



PRIMER GOBIERNO DE LA II REPÚBLICA

Con el paso del tiempo el aspecto político inicial fue ampliándose paulatinamente con el resto de las fuerzas políticas en el Pacto de San Sebastián con surgimientos de fuerzas locales y regionales y la propia dinámica política de estos días que aconsejaban la formación de grandes coaliciones como apoyo al gobierno de la República y ante la convocatoria de elecciones. El

primer problema que tuvo que solventar la República fue el futuro estatuto de Autonomía de Cataluña (Generalitat). Siguiendo el ejemplo catalán se produjeron en diferentes territorios de España encuentros entre autoridades regionales y locales para poner en marcha los mecanismos necesarios para alcanzar estatutos autonómicos; los más transcendentes fueron los proyectos realizados en el País Vasco, Galicia y Valencia.

El veintiocho de junio de 1931 tuvieron lugar las elecciones generales para la formación de Cortes Constituyentes una vez reformada la ley electoral para hacer desaparecer el poder del arraigado caciquismo en amplios sectores rurales, obteniendo el Partido Socialista Obrero Español con ciento quince escaños el 22'4 % de los votos emitidos, de un total de cuatrocientos setenta escaños la composición de las Cortes Constituyentes. La formación de las Cortes presentó un escorado predominio de grupos de gran altura intelectual del conjunto de la Cámara, pero al mismo tiempo una escasa experiencia política.

La Constitución fue un fiel reflejo de la situación social del país en la época que aquí narramos. Se produjo una diferenciación importante entre la representación parlamentaria y la composición social del país menos avanzada y progresista. Asimismo la Constitución se caracterizaba por consagrar un poder legislativo muy fuerte, en contraste con un ejecutivo subordinado al anterior y una Presidencia de la República con escasos poderes. Se hacía por primera vez realmente universal el derecho al voto, otorgándolo a la mujer. Dos de los artículos más debatidos fueron el 26, relativo a la cuestión religiosa, y el artículo 32, que reconocía el derecho a conformar Comunidades Autónomas, dentro de la estricta unidad de España.

Aprobándose la Constitución el 9 de diciembre de 1931, las Cortes aprobaron el nombramiento del primer presidente de la República, Don Niceto Alcalá Zamora, pasando a desempeñar el cargo de Presidente del Gobierno Don Manuel Azaña, quien, al no disponer de mayoría en la Cámara los dos siguientes años gobernó en una amplia coalición con republicanos de izquierdas y socialistas, lo que permitió que se desarrollara un programa de una gran ambición reformista.



Manuel Azaña Díaz

Intelectual y político que sintetiza, quizá como ningún otro, las características del régimen surgido el 14 de abril de 1931, Manuel Azaña nació en una acomodada familia de Alcalá de Henares el año 1880. Huérfano desde muy niño, fue confiado a la tutela de la abuela paterna. Estudió con los agustinos de El Escorial, se licenció en Derecho en Zaragoza (1898) y siguió los cursos de doctorado en la Universidad Central de Madrid (1900). Pasante del despacho de Díaz Cobeña, el descalabro económico familiar le llevó a opositar en Madrid a la Dirección de Registros y Notariado, donde en 1914 era jefe de negociado. Ese mismo año se afilió al Partido Reformista de Melquíades Alvarez y fue elegido secretario de la Junta del Ateneo de Madrid.

Durante la Primera Guerra Mundial se distinguió por su aliadofilia y formó parte de una comisión invitada por el Gobierno francés a inspeccionar el frente de guerra.

En 1920 abandonó la secretaría del Ateneo y fundó con su futuro cuñado, Rivas Cherif, la revista literaria La Pluma. *De esta época datan los estudios sobre Juan Valera* (Vida de don Juan Valera, Valera en Italia, Valera en Rusia....., *escritos en 1926), su novela* El Jardín de los frailes *(1927) y una obra teatral,* La Corona *(1928). También los del comienzo de una intensa actividad política que le acompañaría hasta su muerte. Conspirador contra Primo de Rivera, en 1924 publicó el panfleto* Apelación a la República *y en 1925 fundó con José Giral el partido Acción Republicana.*

La caída de la República aceleró su actuación política. Se integró en la Alianza Republicana y fue elegido presidente del Ateneo de Madrid. En agosto de 1930 participó en la negociación del Pacto de San Sebastián y el resultado de las elecciones del 12 de abril de 1931 le llevó al Ministerio de la Guerra en el Gobierno provisional de la República.

Representante preclaro de las izquierdas burguesas fue elegido diputado tres veces entre 1931 y 1936 y sustituyó a Alcalá Zamora en la presidencia del Gobierno cuando éste dimitió por la cuestión religiosa. Su actividad al frente del Gobierno de coalición republicano-socialista personalizó las principales iniciativas de la República: la Reforma Agraria, las reformas militares... Sin embargo, el enfrentamiento con la Iglesia, con amplios sectores del Ejército y la agitación social dificultaron la estabilidad de un Gobierno para el que no sería ayuda eficaz la ley de defensa de la República. Tocado su prestigio por los sucesos de Casas Viejas y Arnedo, Azaña dimitió en septiembre de 1933.

Tras el triunfo electoral derechista fundó Izquierda Republicana (1934) al unificarse su partido con el radical-socialista de Marcelino Domingo y la ORGA de Casares Quiroga. La revolución de octubre de 1934 le convirtió en una víctima. Acusado de complicidad, fue encarcelado y procesado, aunque posteriormente sería absuelto.

Su personalidad consiguió aglutinar lealtades al pacto del Frente Popular y el resultado de las elecciones de febrero de 1936 le permitió formar nuevo Gobierno exclusivamente con personalidades de los partidos republicanos de izquierda. Pronto dejó el ejecutivo para sustituir a Alcalá Zamora en la Presidencia de la República (10 de mayo de 1936).

Desde la más alta magistratura de la nación intentó, inútilmente, ejercer su arbitraje entre las distintas facciones republicanas en vísperas de la rebelión militar. La guerra supuso un desgarrón sin sutura posible para Manuel Azaña, le sumió en el desánimo y su pesimismo le enfrentó con otros líderes republicanos, sobre todo con Negrín.

El 5 de febrero de 1939, Azaña y su familia cruzaron la frontera francesa. El 27 de ese mismo mes presentó su dimisión a la Presidencia de la República y dedicó sus últimos días a la reflexión sobre la inmensa tragedia española. Murió en Montauban el 4 de noviembre de 1940.

Manuel Azaña

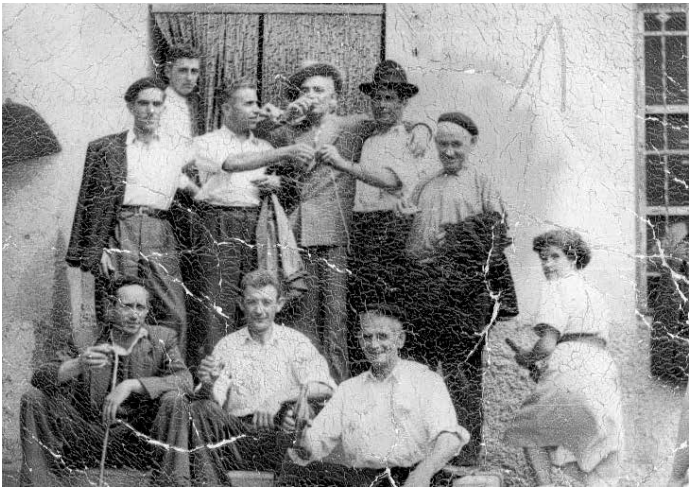
La cuestión religiosa fue una de las que más crisparon a la sociedad de los años treinta, pues la Iglesia Católica disponía en 1931 de más de doce mil fincas rústicas y más de ocho mil edificios urbanos a los que debían sumarse otras miles de propiedades no escrituradas, además del acuerdo con el Concordato de 1851.

El presupuesto del Estado era el que sostenía este verdadero ejército religioso, a lo que se añadían las aportaciones de los fieles y las rentas del patrimonio (mientras la mayor parte de la población rural no disponía de un jornal suficiente para cubrir las necesidades básicas de alimentación, vivienda y vestido). Penosa paradoja que ocurría en estos tiempos.

En estos años, la pretensión del equipo de gobierno fue la de reducir la extraordinaria fuerza económica y social de la Iglesia Católica, haciendo una redistribución más justa para el beneficio de la población, que en su mayoría rozaba la miseria. La influencia de la iglesia radicaba en la autoridad moral sobre la población (analfabeta en alto grado) en una bien organizada red de instituciones culturales y benéficas, el control de medios de comunicación y la participación mayoritaria en el sistema educativo.

La resolución alcanzada por la joven República, propuesta por Azaña, fue la expulsión de los Jesuitas, la congelación del número de eclesiásticos y la prohibición de ejercer la enseñanza; la legalización del divorcio y secularización de cementerios; todo ello justificado por la absorción de las funciones administrativas que conllevaba la separación de la Iglesia y el Estado. La reforma agraria fue otro de los más ambiciosos proyectos de la República, al afrontar los graves problemas del campo español, con fuertes deficiencias de tecnificación, inversión y propiedad;

la reforma agraria que se había abordado ya en casi todos los países europeos era una causa de mayor esperanza, pero también de las más duras resistencias y de los enfrentamientos más apasionados.



CARPO CON ALGUNOS AMIGOS DE MIRABEL

Estos acontecimientos solían ser debatidos en Mirabel, al igual que en la mayoría de los pueblos extremeños y de España. Carpo en su taller, como el hablar no le impedía seguir trabajando con las manos sus zapatos, charlaba con los clientes y vecinos sobre la situación de la sufrida España; a estas charlas contribuía la información que recibía por los periódicos "Mundo obrero", "Campo libre" y "La tierra", y que transmitía a los demás. Estos periódicos los recibían de Madrid después de haberse tenido que asociar un número de diez vecinos del pueblo para que la editorial se lo pudiese enviar periódicamente. Era en aquellos tiempos una de las pocas formas de recibir información de lo

que acontecía en nuestro país, ya que en poblaciones como Mirabel no recibían apenas prensa.

Carpo había encabezado la solicitud de inscripción de los periódicos junto a otros vecinos para recibir cada número en su taller de zapatería y para que les saliera algún dinero más barato. Él repartía a los demás asociados, todos socialistas y republicanos de izquierdas, el periódico en días posteriores. No podía imaginarse Carpo las consecuencias que esto le iba a acarrear, el ser un hombre libre y preocupado por los problemas de su país al exteriorizar su libertad de pensamiento con los demás, bien en su taller, tomando algún chato de vino en la taberna o en conversaciones de grupos.

—No sé, quizá vaya muy deprisa nuestra República con las reformas emprendidas —dijo Carpo a su mujer. Lo decía porque estaban en el aire vientos extraños. De hecho, poco tiempo después ocurrió el fracaso del golpe de Estado del General Sanjurjo, lo cual ayudaría a la aprobación más rápida de la reforma agraria.

En dos años en los que fue aplicada la reforma agraria se asentaron veinte mil jornaleros con la pretensión del asentamiento de sesenta a setenta mil en las catorce provincias de la España latifundista (Andalucía, Extremadura, sur de la Mancha y Salamanca).

Pero las fuerzas económicas y la Banca no iban a permitir que el recién creado Banco Nacional de Crédito Agrícola realizara su función, que era dar préstamos que fomentaran el cooperativismo agrario. El fracaso fue casi inmediato por la cerrada resistencia de la banca privada. Esto y quizá una deficiente y lenta aplicación de la reforma agraria causó decepción en las esperanzas de buena parte del campesinado, lo que contribuyó claramente a su radicalización.

Medianos y grandes propietarios se organizaron en ligas y patronales que boicotearon la aplicación de la reforma agraria por cualquier medio, lo que llevó casi a su paralización en el segundo bienio republicano.

El Ejército, después del desastre de 1898, había estado esperando una reforma y fue Azaña quien realizó la reforma militar que perseguía la funcionalidad (reducción del número desproporcionado de oficiales), el sometimiento al poder civil (desapareciendo el Consejo Superior de Justicia Militar, los gobernadores militares y la prensa del Ejército) y la inversión en nuevos equipamientos. El propósito de Azaña era el de convertir el Ejército en el brazo armado de la nación, no columna vertebral de la patria, sin embargo, esta reforma realizada con tacto no alcanzaría sus máximos objetivos como evidenciarían las circunstancias posteriores.

En el sector laboral, Largo Caballero en el Ministerio de Trabajo se situó en una línea reformista social-demócrata desarrollada, que perseguía una mejora rápida de las condiciones de los asalariados (en especial los agrícolas) que impidiera la radicalización de los sectores más bajos, un fortalecimiento de la representación de los trabajadores para favorecer mejores condiciones de negociación y finalmente una campaña de cobertura, extensión y unificación de los seguros sociales. Quizá se olvidara en ese momento al frente de su Ministerio de un plan general contra el paro, como algunas capas sociales le demandaban.

La República tuvo la valentía de abordar por primera vez en profundidad una problemática secular que había llevado a dramáticos episodios en décadas anteriores. Viendo los relatos y los acontecimientos que ocurrían por estas fechas en España, no era de

extrañar que esa fiebre de progreso y de demanda de igualdad, de justicia y reformas contagiara a nuestro joven protagonista, el cual, al igual que algunos compañeros de militancia de las Juventudes Socialistas, aunque no fueran hombres muy cultos al no haber podido estudiar suficiente, sí que eran sabedores del momento en que vivían y tenían total conocimiento de la realidad que arrastraba el mundo agrario y los trabajos de oficio, que estaban todos dentro de la precariedad, de una insuficiencia total u una gran desigualdad social en la que se encontraban más de un 80 % de los españoles de ese tiempo que en las últimas décadas habían sufrido en sus propias familias los abandonos de anteriores gobiernos y la falta total de libertades.

La frustración era tanta hasta la llegada de la República que el paquete de medidas que se atrevió a abordar el gobierno republicano era muy necesario. Si no lo hubieran acometido seguramente habría habido importantes revueltas y grandes manifestaciones en nuestros pueblos en demanda de mejoras sociales para la mejora de los míseros jornales que arrastraban los campos españoles, en especial las zonas de Andalucía, Extremadura, el sur de la Mancha y Salamanca, territorios eminentemente agrícolas muy extensos y con escasas vías de comunicación para buscar otras zonas de trabajo.

En las elecciones municipales de Abril de 1931 en Mirabel los partidos políticos de izquierdas consiguieron mayoría en el gobierno del Ayuntamiento, que quedó dominado por Concejales de Izquierdas; siendo su alcalde Baldomero Rodillo Álvarez. Carpo había aportado toda su ilusión, esfuerzo y juventud junto a sus compañeros socialistas y partidos de izquierdas

para conseguir que su Ayuntamiento estuviera gobernado por fin por hombres y mujeres del pueblo, por lo cual se sintió durante algún tiempo un hombre feliz.



BALDOMERO RODILLO Y SU ESPOSA PILAR

En sólo seis meses, Carpo había vivido tres experiencias únicas e irrepetibles en su vida: el 28 de junio de 1931 fueron las primeras elecciones generales con la II República, siendo el Partido Socialista Obrero Español el más votado con 115 diputados, consiguiendo el 22'40 % de los votos. En segundo lugar, el Ayuntamiento de su pueblo ya no lo gobernaban los caciques

de siempre, sino un hombre humilde que pertenecía a la coalición de partidos de izquierdas, libremente elegido por el pueblo, y además el 16 de noviembre de ese año había nacido su primera hija, Esperanza.

—Con las reformas emprendidas por el gobierno de la República —decía Carpo— hasta un triste zapatero también tiene derecho a vivir.

Con su trabajo diario y el de Antonia pudieron alquilar una pequeña casa donde compartir toda esa vida de ilusiones que tenían junto a su hija.

La familia no tardó mucho tiempo en ampliarse, pues el 6 de enero de 1933 nació otro hijo varón al que, paradojas del destino, pusieron por nombre Franco. Carpo decía que eligió este nombre como reconocimiento a los éxitos cosechados como aviador por Ramón Franco, el cual era gran defensor de la República y cuyas ideas habían calado muy hondo en Carpo.

A Carpo le costó mucho conseguir ponerle el nombre de Franco a su hijo, pues en el registro civil le dijeron que al ser apellido no se podía utilizar, pero su insistencia pudo más y su hijo llevó este nombre. Quién le iba a decir a Carpo lo que este nombre supondría en años posteriores para el transcurso de su vida y el de su familia. Quizá sin pretenderlo iba uniendo su destino a la República a la que él llamaba en ocasiones "la gran madre". Carpo decía:

—A mi primera hija la puse por nombre Esperanza porque al haber nacido el 16 de noviembre de 1931 fue como un preludio de las esperanzas que nacían en España con la llegada de la II República y la apertura de las libertades de las cuales estaban privados la mayoría de los ciudadanos del pueblo español.



HIJOS DE CARPO Y ANTONIA, ESPERANZA Y FRANCO

—¡Antonia, mira! —exclamó Carpo– en estas elecciones que se celebrarán en noviembre de 1933 votarán por primera vez las mujeres.

—¡Qué bien! —respondió Antonia– Por fin tendremos derecho a decidir como los hombres el destino de esta tierra y el de nuestros hijos.

En esas elecciones de noviembre de 1933 fueron seis millones de mujeres las que ejercieron su derecho al voto por primera vez en nuestro país. Algo muy grande para la sociedad de ese tiempo, y muy esperado por la mayoría con ideas más progresistas, que así veían cumplida una añoranza de muchos años atrás y que tantas vidas y sacrificios había costado. Se sentían libres e iguales; al menos en esto eran ya iguales a los ricos. Decían los vecinos del pueblo:

—Mi voto nunca lo podrán comprar. Ni por todo el oro del mundo sería posible. Mi voto es mío. Solo mío.

No podemos imaginarnos la ilusión y las esperanzas que creó en las mujeres del año 1933 el derecho al voto, pues representaba su gran liberación, se sentían iguales a los hombres y además una mujer campesina decidía igual que una mujer burguesa o adinerada; su voto valía lo mismo.

Cuenta Esperanza, hija mayor del matrimonio (que hoy tiene más de setenta años), que por ese tiempo en su casa ya había pan todos los días y que habían conseguido comprar una chiva para tener leche para el hermanito Franco, y si sobraba algo a veces se hacía un queso o se untaba la nata en pan con azúcar para ella. Figúrense qué manjar era algo tan elemental en la sociedad actual como es la leche. También cuenta Esperanza que ya no les faltaba un plato de sopa en las comidas y que a veces iban acompañados de algunas uvas o higos que cogían en el huerto de un tío suyo. Hay que pensar que para los niños de la España de los años veinte y treinta un simple vaso de leche era un privilegio. ¡Cuántas privaciones habrían pasado niños y adultos durante tantos años! ¿Cómo podía disponer la Iglesia Católica de tantos bienes y riquezas mientras que la gran parte de los niños en España no podían alimentarse básicamente?

Mientras el país seguía con su recuperación, no sin algún sobresalto político en Madrid y otras partes, al joven matrimonio les nacía su tercer hijo, otro varón al que nombraron Roberto, el día 6 de enero de 1934. La familia estaba ahora formada por cinco miembros, por lo que había que trabajar más para que no faltara en casa lo necesario, Carpo y Antonia salían los domingos al campo a las tareas de siembra y recolección

para poder traerse para casa trigo, harina, algunos kilos de fruta, patatas, hortalizas... Carpo contaba a sus hijos y nietos que aquellos días, a pesar de ser agotadores, fueron muy felices, ya que veía que a su familia no le faltaba qué comer, ropa para vestir y una casa, que aunque humilde era el hogar deseado por Carpo desde pequeño.

Así era por lo general la situación para el setenta u ochenta por ciento de las familias de los pueblos del sur y del suroeste de España, y quizá a la cola estaba nuestra sufrida Extremadura, tan castigada durante muchos años por un puñado de terratenientes, caciques y señoriítos que utilizaban la tierra como coto de caza y campos sin cultivar (las dehesas extremeñas) que habían sido arrancados a los jornaleros por leyes injustas o por las normas establecidas de las Monarquías reinantes en los años pasados. ¿Cómo no iba a estar el pueblo español ilusionado con el nuevo régimen republicano si en dos años se había mejorado más que en varias décadas anteriores? Entre estas mejoras los niños ya no tenían que dejar la escuela para ir a trabajar al campo o para ayudar a sus padres en sus trabajos o negocios, y como mínimo podían terminar los estudios primarios.

¿Permitirían las fuerzas ocultas y el capitalismo, con la banca y la Iglesia a la cabeza que las reformas emprendidas por el gobierno de Manuel Azaña, tan necesarias para el país, se realizaran y sacaran a España del subdesarrollo? Los acontecimientos que se sucedieron en los siguientes años demostrarían que no, y que todas las reformas emprendidas, que en el resto de Europa ya se habían llevado adelante, en nuestro país tardarían muchos años en llegarnos, pues en el horizonte cercano se cernía una guerra entre hermanos

(la triste Guerra Civil de España de 1936), una guerra cruel y sanguinaria que, según nuestros historiadores sería la más desastrosa y devastadora de los últimos tiempos de la historia de España.

Durante estos años de gobierno de la República, en Mirabel y sus alrededores crecía la incertidumbre por la escasa implantación agraria. En las segundas elecciones a las Cortes Generales el mapa político dio un vuelco total; el nuevo gobierno estaría formado por mayoría de políticos de la CEDA (Confederación Española de Derechas Autónomas) con Gil Robles liderando el Partido Radical de Lerroux.

En Mirabel, su alcalde Baldomero Rodillo Álvarez, republicano, mantenía periódicas reuniones con Carpo y Constantino (compañero del primero en Juventudes Socialistas), con miembros de la CNT y el resto de los partidos y sindicatos de izquierdas para diseñar políticas de reformas y debatir la situación que se estaba viviendo en cada momento. El pueblo, como otros de España, estaba intranquilo. Un día el alcalde en una reunión de grupos y concejales comentó:

—¿Os habéis enterado de que en Alemania y Austria han ganado las elecciones Hitler y Dollfus?

—Sí —contestó Carpo—, ya veremos lo que ocurre.

—Sí, han eliminado a toda la oposición —añadió Constantino— e instaurado regímenes totalitarios.

—No sé, no sé... No me gusta la situación de Europa —dijo Carpo

—Además —prosiguió el alcalde—, el gobierno de Madrid, lejos de apartarse de estas actitudes, imitan ostentosamente comportamientos y escenas propias de estos regímenes: uniformes, concentraciones masivas... Hace unos días, en una manifestación, un grupo de ellos saludaban a Gil Robles al grito de "¡Jefe, jefe!

Al mismo tiempo la CEDA sigue presionando para alcanzar más cotas de poder.

Santiago, otro vecino de pueblo comentó:

—No sé qué pensaréis vosotros, pero yo creo que hay un complot contra la República. Aquí se está fraguando algo gordo. ¡Esto no me gusta nada!

—Venga Santi, no seas tan pesimista —replicó Constantino.

—Ya, ya —intervino Carpo—. ¿No os acordáis de lo que ocurrió el pasado octubre? Los partidos de derechas y los de izquierdas cada vez están más separados, de hecho, la CEDA ha colocado a tres ministros más en el gobierno y la oposición de izquierdas, incluidos los partidos del resto de la izquierda republicana han declarado su incompatibilidad con el gobierno de Madrid hasta que la CEDA no haga pública declaración de fe republicana y acatamiento de la Constitución. Fijaos los acontecimientos que han ocurrido con la huelga general. ¡Joder! ¡Cómo no van a salir mal las cosas, si cada uno va por su lado!

El alcalde explicó:

—Resulta que se convoca una huelga general y la CNT no participa en ella, y los socialistas tampoco se implican a fondo en las ciudades importantes, en las que tienen una mayor implantación sindical...

La huelga estaba promovida por la protesta de los grupos políticos de la oposición por la no aceptación de la CEDA del acatamiento público de la Constitución, ya que estaba visto que el partido de la Confederación Española de las Derechas Autónomas no quería la República.

—Tendremos que estar atentos a lo que vaya sucediendo —comentó Teófilo, otro joven socialista—, porque en Cataluña el Estatuto de Autonomía fue

suspendido y Lluis Campanys ha sido enjuiciado y condenado a muerte.

—¡Por Dios! ¿Cómo puede ser eso? —preguntó alguien al fondo.

—Pero, ha sido indultado ya, ¿no? —quiso saber Constantino.

—Sí, claro —contestó el alcalde—; pero a pesar de eso no me gusta el carisma que está tomando la sociedad española.

Estos debates y charlas se desarrollaban habitualmente en el ayuntamiento, otras veces en los talleres de trabajo del pueblo, y en ocasiones en los bares. En el pueblo, a través de la radio y de la escasa prensa que recibían, el alcalde y los concejales se enteraban e informaban de los acontecimientos ocurridos en Asturias, donde la huelga general había sido un triunfo, apoyada por los mineros, que arrastraban una crisis muy fuerte en su sector, y a los que se unió el trabajo de todos los sindicatos.

—Dicen —seguía informando el alcalde— que para reprimir el levantamiento revolucionario se ha declarado el estado de guerra y ha intervenido el Ejército Colonial, estando al mando el General Francisco Franco.

—¡Vaya! ¡Yo que puse a mi primer hijo Franco por nombre en honor al hermano de ese General, pensando que esa familia era fiel a la República! —exclamó Carpo.

Prosiguió el alcalde:

—Aseguran que el Ejército y la Guardia Civil han desatado una represión durísima, con ejecuciones sumarias y diversas torturas. Se han pasado de la raya, ha habido decenas de condenas a muerte y ejecutaron a dos obreros, pero además, la CEDA pretendía que la represión fuera aún mayor contra los dirigentes revolucionarios.

Tengo la impresión de que al gobierno de Madrid se le escapa de las manos el asunto y está permitiendo unas actuaciones desorbitadas de las fuerzas del orden.



FALANGISTAS

—Esta situación no puede continuar —apuntó Constantino—. Pero ¿qué podemos hacer nosotros?

Eloy se unió a la conversación diciendo:

—Hay movimientos en España de la extrema derecha y se han unificado distintos grupos en Falange Española, liderada por José Antonio Primo de Rivera.

—Fijaos —dijo el alcalde—, en mayo la derecha ha reestructurado el gobierno de Madrid y ha metido a cinco ministros de la CEDA, entre ellos Gil Robles como ministro de guerra, y además se ha designado a los Generales Fanjul secretario, Francisco Franco director de Estado Mayor Central, Mola jefe del ejército en Marruecos y Goded director general de aeronáutica.

—Esta situación no es buena para la República —dijo Carpo—. ¿A qué vienen tantos nombramientos de generales en puestos tan importantes? Algo se está

tramando, y Alcalá Zamora no se está enterando. La República y su presidente deben hacer algo, pues esta situación en todo el país ya es preocupante.

—¿Pero es que no se dan cuenta de que esto suena a complot? —se preguntaba Eloy.

—¡Venga, hombre, no seas tan negativo! —replicó Teófilo— El gobierno de derechas que tenemos está provocando esta situación, que cada vez se hace más insostenible, y ya veremos cómo acaba esto...

Los acontecimientos que habían sucedido en los dos últimos años fueron, sin duda alguna, los que provocaron que el Presidente de la República Alcalá-Zamora disolviera las Cortes y convocara consulta electoral para el 16 de febrero de 1936.

Una mañana, al levantarse Carpo y tras escuchar el parte de noticias en la radio le comentó a su mujer:

—Mira, Antonia, no me gusta esta situación en España; parece que quisieran echar abajo la República; salen a la luz partidos de tono autoritario como el de Calvo Sotelo, con ideas y planteamientos fascistas. Fíjate bien y verás que ya los hay hasta en nuestro pueblo, y eso que aquí nos hemos respetado siempre todos... Vamos a intentar ahorrar algunos reales y guardar todos los sacos de trigo que podamos, no vaya a ser que vengan tiempos difíciles.

—Tienes razón, lo mejor es que ahorremos —respondió Antonia—; pero tienes que estar tranquilo. No tiene por qué pasar nada, porque nosotros vivimos de nuestro trabajo, y criamos a nuestros hijos honradamente, nada más.

—Ya mujer, ya lo sé, pero nunca se sabe las sorpresas que te puede dar la vida.

En aquellos momentos, quizá le pasara a Carpo por la cabeza algo de lo que meses más tarde arruinaría a

nuestro país para varias décadas, produciendo el mayor desastre de la Historia de España.

La derecha seguía movilizándose y José Antonio Primo de Rivera reunió en torno a él a los grupos de línea más fascista en las siglas de FE de las JONS (Falange Española de las Juventudes Obreras Nacional Sindicalista), mientras el gobierno de la República parecía no enterarse de estos acontecimientos o quizá simplemente mostraba una actitud pasiva, siendo partícipe de los hechos que se desarrollaban. La República peligraba cada día más. Hubo dos acontecimientos importantísimos que hicieron que la conspiración y la posterior rebelión contra la República dieran excusas a esos conspiradores para seguir adelante. Según los historiadores alguna mano negra manejó los hilos para que estos hechos ocurrieran: el asesinato por parte de pistoleros falangistas del Teniente de Asalto socialista José Castillo, hombre muy respetado y querido por sus compañeros de cuerpo, y al día siguiente, en respuesta, otro asesinato, el del dirigente de extrema derecha Calvo-Sotelo. La conspiración militar que se venía preparando hacía meses encontró quizá la excusa necesaria para levantarse en armas contra la República y provocar la mayor tragedia del siglo XX en España.

Carpo, comentaba a sus amigos:

—No todos van a conspirar contra la República; por ejemplo, Ramón Franco Bahamontes siempre ha sido republicano —y al hilo de la conversación iba contando por qué le tenía tanta estima al aviador—: En 1926 este aviador, Ramón Franco, efectuó el viaje aéreo más famoso de la historia de la aviación al volar desde Palos de Moguer, en Huelva, hasta Buenos Aires, en Argentina, a bordo del hidroplano "Plus Ultra".

Durante la dictadura del General Primo de Rivera se manifestó contrario al régimen e incluso llegó a protagonizar varios roces con el propio General. Ramón Franco, que además de aviador era político republicano, a causa de sus ideas fue dado de baja en el ejército e ingresó en prisión, de donde consiguió fugarse y huyó al extranjero donde vivió hasta que terminó la dictadura de Primo de Rivera. Al proclamarse la II República reingresó en el ejército y fue nombrado director de aeronáutica, cargo del que fue destituido por su participación en una revuelta anarquista ocurrida en Andalucía. Luego fue elegido diputado a Cortes por Barcelona, por Ezquerra Republicana, se retiró de la milicia y durante algún tiempo se dedicó a la política, y ahora trabaja como agregado aéreo de la Embajada española en los Estados Unidos de América... —Aquí acababa Carpo su relato, pero en la Historia quedaría grabada el resto de la vida del aviador Franco, que terminaría, como Carpo conocería con el paso de los años, de la siguiente manera: En 1938, en plena Guerra Civil, desapareció en el mar Mediterráneo, cerca de la isla de Mallorca el hidroavión que pilotaba Ramón Franco, convirtiéndose así en un mito para muchos españoles este famoso aviador.

Las elecciones del 16 de febrero de 1936 se presentaron como la última oportunidad para que la II República consiguiera unir los dos bloques que hasta entonces eran irreconciliables dentro de la vida política española: el grupo de centro-izquierdas y el grupo radical-cedista de derechas (CEDA). A comienzos de 1936, nadie contemplaba la cita electoral como un choque entre las dos grandes coaliciones sino como un nuevo enfrentamiento democrático y legítimo para redefinir la orientación de la República. El bloque de

derechas no llegó a consolidarse, el centro estaba dividido y solo entre la izquierda y el centro-izquierda se consolidó una coalición electoral: el Frente Popular.

La derecha, tras su paso por la administración, sufrió un doble proceso de división y de radicalización. Miembros de la CEDA, descontentos con su participación en instituciones republicanas, se habían agrupado en el Bloque Nacional, liderado por Calvo Sotelo, de marcado tono autoritario y de ideas filofascistas. Aún con planteamientos más radicales se encontraba la formación dirigida por José Antonio Primo de Rivera, de línea explícitamente fascista, la FE de las JONS. Pero la gran novedad de las elecciones generales de 1936 fue la constitución de la mayor coalición electoral conseguida durante el periodo republicano, el Frente Popular.

Desde principios de 1935 se realizaron importantes gestiones consiguiendo agrupar a casi todos los partidos de la izquierda en la Coalición de Conjunción Republicana, que invitaba a los líderes socialistas a integrar una coalición de partidos de izquierdas. Por entonces, Largo Caballero, líder del PSOE no aceptaba una alianza obrera con los grupos más a la izquierda del PSOE.

Esta situación fue salvada con la inclusión en la coalición electoral del entonces pequeño Partido Comunista. El pacto del Frente Popular fue alcanzado a mediados de enero de 1936, por el que quedaban agrupados Izquierda Republicana, Unión Republicana, PSOE, UGT, Juventud Socialista, Partido Comunista, POUM (Partido Obrero Unificado) y Partido Sindicalista. El Frente Popular supo agrupar todas las candidaturas y así pudo presentar un programa único. Básicamente, este programa suponía, en el caso de

ganar las elecciones, volver a la dinámica reformista del primer bienio, además de promulgar una amnistía total, desarrollando la Constitución hasta sus últimas consecuencias. Se restauraría el Estatuto catalán y se concedería el Estatuto autonómico a las demás regiones que lo solicitaran, se volvería a lanzar la reforma agraria, se elaboraría un plan contra el desempleo y a favor del desarrollo económico y se ampliaría y potenciaría la enseñanza estatal o pública, especialmente en las zonas menos desarrolladas.

En Mirabel el Frente Popular quedaría formado por Juventudes Socialistas, PSOE e Izquierda Republicana. Estas uniones en el Frente Popular tuvieron en las tierras extremeñas una gran implantación en la mayoría de sus municipios. Los partidos de izquierda y de centro-izquierda comprendieron que para conseguir las reformas emprendidas en el primer bienio debía formarse esta gran coalición de izquierdas.

El sistema electoral primaba a las grandes coaliciones y aunque los votos obtenidos estaban muy igualados, la traducción en escaños de los resultados electorales arrojaron una amplia mayoría parlamentaria para el Frente Popular. La vuelta a la oposición de la CEDA fue poco operativa. Los radicales fracasaron y quedaron algunos pequeños partidos de centro y regionalistas con bajos resultados. Dicen los historiadores que a pesar de los excesos dialécticos y la virulencia de la campaña electoral, la constitución de las Cortes y el traspaso de poderes se realizó dentro de la legalidad constitucional. Una vez celebradas las elecciones que mayor participación social habían tenido durante la República, poco o nada hacía presagiar los dramáticos acontecimientos que se avecinaban. El 19 de febrero de 1936 se constituyó el nuevo gobierno

presidido por Manuel Azaña con miembros de su partido, la Unión Republicana, y los socialistas.



ANTONIA CON ESPERANZA, FRANCO Y ROBERTO

CAPITULO III
Sublevación contra la II República. Fuga hacia Portugal

En el año 1936 Carpo y Antonia tenían ya tres hijos que criar, y las nuevas elecciones en las que la izquierda representada por el Frente Popular había logrado la mayoría, hacían renacer las expectativas de mejoras en el pueblo jornalero y campesino, con las reformas ofrecidas por el partido en su programa electoral.

Antonia y su marido vivían en su pequeña pero acogedora casa, y tras las intensas elecciones, la calma había vuelto a Mirabel. Todo el pueblo se disponía a caminar hacia delante creyendo en un futuro de progreso. José Rodillo, el recién reelegido alcalde, se puso en contacto con el Gobierno Civil de Cáceres para estar el corriente de las reformas emprendidas por el nuevo gobierno de Azaña, las cuales eran tan necesarias para su pueblo y la mayor parte de los vecinos.

Poco a poco, el país iba recobrando la tranquilidad, pero ciertos movimientos a nivel nacional empezaron a inquietar a los españoles, pues en Madrid se había producido una rebelión en los cuarteles y el Gobierno de la República, que había detenido a Orgaz y Varela, había desplazado de sus destinos en Madrid al General Francisco Franco, al que mandó a Canarias a consecuencia de su participación en la citada conspiración contra la República, y al General Mola, al que destituyó de su cargo y fue desplazado a Navarra. A otro participante en la sublevación, el General Sanjurjo se le había expulsado del país, acusándolo de ser el cabecilla del golpe.

Otros generales, como Fanjull había sido destituido de su cargo y desplazado a otro destino, por haber participado en la sublevación; y el General Goder fue apartado de su cargo y enviado a Mallorca, pues también se había probado su participación en los hechos.

El gobierno se sintió seguro al controlar mandos superiores, y no se hizo nada por investigar y descomponer la trama golpista. Mientras, en Mirabel, siguiendo las órdenes del Gobernador Civil de la provincia, tras una reunión mantenida entre representantes de partidos y sindicatos del pueblo, el alcalde había formado una guardia secreta de vigilancia que durante la noche observaba a la entrada y salida del pueblo los posibles movimientos fascistas, así como en el interior. El alcalde había sido informado de la rebelión militar del 18 de julio y se sentía en la obligación de vigilar la seguridad de sus vecinos. El 20 de julio de 1936, estando de ronda la guardia nocturna del pueblo nombrada por el Alcalde, divisaron una sección de la Guardia Civil y un camión de falangistas que venía procedente de Cáceres. Vieron cómo desde el cruce de la carretera general tomaba la dirección al pueblo. A la entrada, en el paso a nivel que había junto al silo, los vecinos que formaban la vigilancia pararon al camión pidiendo la identificación a sus pasajeros. A esto, contestaron gritando:

—¡Viva la República! ¡Viva la República!

Bajaron del camión cuatro o seis guardias civiles, a cuyo mando iba un teniente.

—A ver... ¡Buenas noches! —dijo el teniente, y añadió— ¡Viva la República!

—¡Viva la República! —contestaron los vecinos.

—Vamos a ver —repitió el teniente—. ¿Qué hacen ustedes aquí a estas horas de la madrugada?

—Estamos guardando el orden. Tenemos que ver quién entra y sale del pueblo bajo las normas recibidas por el Alcalde —contestó Eloy Vega.

—Pero, ¿por qué ha tomado el alcalde esta medida?

—Porque ha recibido órdenes del Gobierno Civil, pues hay disturbios en Cáceres y en otras capitales cercanas. Debemos pasar informes de los movimientos extraños que ocurran en nuestras carreteras y en los caminos cercanos —contestó Teófilo.

Mientras, otro vecino que también estaba en la guardia, pero se había apartado de la carretera porque sus necesidades fisiológicas le apremiaban, observó algo extraño y corrió hacia el pueblo para avisar al alcalde. Cuando llegó y le comunicó la noticia, éste trató de ponerse en contacto con el Gobernador Civil de la provincia, el cual no cogió el teléfono, sino que fue otra persona, quien se identificó como su secretario, la que le sugirió que siguieran las órdenes del Teniente de la Guardia Civil que se había presentado en el pueblo y le entregaran todas las armas que poseyeran, pues eran órdenes de la República recibidas desde Madrid.

Esto le pareció muy extraño al alcalde, pero al no poder comunicar ni con el Gobernador Civil ni con ningún otro órgano provincial sobre la llegada del camión de la Guardia Civil, no tuvo más remedio que llevar a efecto lo indicado por el interlocutor desconocido que le respondió desde las oficinas del Gobierno Civil. Era la noche del 20 de julio de 1936. En la carretera, el teniente de la Guardia Civil y sus compañeros exigieron la entrega de armas a la patrulla de vigilancia del pueblo, quienes al pensar que venían en nombre de la República, obedecieron y las entregaron. Mientras, en el pueblo, el otro grupo que había estado vigilando la entrada por la carretera comarcal de Serradilla

había vuelto al Ayuntamiento y se apresuraban bajo el mando del alcalde:

—¡Venga, vamos! Hay que guardar toda la prensa, algunas armas del Ayuntamiento y todo lo referente al municipio.

—Pero, ¿por qué? —se preguntaban.

—¿Es que no veis que han quitado del medio al Gobernador Civil? Alguien le ha suplantado, y este camión de la Guardia Civil y de falangistas que está llegando al pueblo viene dirigido a controlarlo. Desde luego que no vienen ni de parte de la República ni de ningún Gobernador Civil.

—Pero entonces, ¿esto qué significa?— preguntó Carpo a gritos.

—Venga, daos prisa. Hay que quemar todos los archivos de los partidos políticos y las fichas de los afiliados. Que cada uno se marche a su casa. Y que nadie salga hasta que amanezca. El alguacil y yo esperaremos la llegada del camión de la Guardia Civil, a ver qué noticias traen. Mañana nos veremos de nuevo en el Ayuntamiento.

—Pero esto no puede ser. ¿Cómo te vamos a dejar solo?

—Estad tranquilos. Es mejor así, ya veréis. Aún no sabemos lo que ha ocurrido. Yo debo estar en mi puesto, pero si a vosotros os encuentran aquí las cosas podrían complicarse todavía más. A lo largo de la noche yo trataré de comunicarme con Cáceres y con Madrid para saber qué novedades hay y hablaremos con más tranquilidad.

Al cabo de media hora se presentó en el Ayuntamiento la patrulla del camión de falangistas con el teniente de la Guardia Civil al mando, llevando a los miembros de la guardia del pueblo en el interior. Al

llegar a la plaza paró el camión. Se bajó el teniente y se dirigió a la guardia popular:

—Venga, vamos. Todo el mundo abajo. Que cada uno se marche a su casa y que mañana vuelva a su trabajo como todos los días.

Se acercó el alcalde y les dijo.

—Venga, haced caso al teniente, no os preocupéis, que todo está en orden. Ahora hablaremos desde el Ayuntamiento con el Gobierno Civil y mañana todo estará aclarado.

Los vecinos, más tranquilos tras las palabras del alcalde se fueron a sus casas, desconociendo la situación real, es decir, que un oficial y seis Guardias Civiles se habían hecho con el control de Mirabel apoyando una rebelión militar contra la República que había sido encabezada por un grupo de Generales que, al servicio de intereses ocultos, se habían sublevado en varios puntos de España contra el gobierno democrático republicano.

Desde el 20 de julio de 1936 ya nada volvió a ser igual en Mirabel. La Guardia Civil había impuesto por la fuerza un alcalde y concejales falangistas. Destituyó al alcalde democrático y encarceló a varios vecinos, entre los que se encontraban José Rodillo (el alcalde hasta esos momentos), Constantino Santos el presidente de Juventudes Socialistas, Santiago "el salero" del Partido Comunista, Eloy Vega, Teófilo, Fortunato, el tío Cándido, el tío Santiago y también Carpo Magdaleno... Éstos eran hombres del pueblo a los que encarcelaron inmediatamente por indicación de algunos falangistas, entre ellos el Alguacil del pueblo: Justo Constante.

Siguieron días muy difíciles para estos hombres que, sin causas justificadas, sin delitos cometidos y sin juicio previo, estaban en la cárcel. Quizás el delito que

habían cometido era el de ser los representantes libremente elegidos por los vecinos, como en todos los pueblos de España, o su afán de libertad que mostraban defendiendo la República como tantos y tantos españoles, o ambas cosas.

Al cabo de varios días soltaron a algunos de los encarcelados, quedando únicamente en prisión José Rodillo, Constantino y Carpo. Antonia, la mujer de Carpo, y las esposas de los hombres que quedaban en la cárcel decidieron reunirse para buscar una solución a la situación de sus maridos. Fueron a visitar al nuevo alcalde para intentar tratarlo con él. La reunión resultó infructuosa, pero una vez dentro del Ayuntamiento vieron cómo los nuevos responsables impuestos comenzaron a llamar a declarar a los representantes de partidos y sindicatos de izquierdas constituidos en la República, tomándoles declaración y posteriormente arrestándoles según su criterio. Esto quedó ratificado por Carpo que contaba cómo en ocasiones los sacaban a las dos o las tres de la mañana para mofarse de ellos, obligándoles a declarar falsedades y al no conseguir su propósito eran golpeados y maltratados (Carpo vio a varios arrestados sangrando por la nariz y por la boca y otros compañeros volvían con la dentadura destrozada y llenos de magulladuras). Así estuvieron durante veinte días, diez o doce compañeros. Un día, un cabo y cinco Guardias Civiles les volvieron a tomar declaración actuando de forma criminal: A Carpo lo apalearon brutalmente hasta que le hicieron caer al suelo sin sentido. Cuando volvió en sí le dijeron que tenía que volver a su domicilio pero no podía salir de él por ninguna causa. Cuando creyó que había acabado todo, al salir por la puerta del Ayuntamiento lo golpearon de nuevo y cayó rodando por las escaleras.

Como consecuencia, Carpo tenía que ser ayudado por su esposa para poder acostarse y levantarse, pues además del dolor no le quedaban fuerzas ni siquiera para moverse.

Así transcurrieron otras dos semanas, en las que la gente del pueblo se preguntaba:

—¿Cuándo nos dejarán tranquilos?

El 12 de octubre de 1936 fueron detenidos de nuevo catorce hombres entre los que se encontraba también Carpo, y fueron de nuevo ingresados en prisión. Ese mismo día se presentó en el pueblo otro camión de la Guardia Civil que sembró el terror entre todo el vecindario, pues llamaban a declarar a todo aquel del que se sospechase que tuviera ideas de izquierdas. Como castigo utilizaron purgantes en varias mujeres, cortaron el pelo al cero a tres mujeres que habían bordado la bandera de la República y les hicieron dar la vuelta a la plaza del pueblo con el cabello cortado en las manos mientras las obligaban a decir: "Esto me pasa por ser roja" en presencia de los vecinos. Éstas y otras vejaciones difícilmente serían olvidadas por estas gentes, ni siquiera con el paso de los años. Carpo y Constantino contaban que esa tarde algunos compañeros, tras recibir una gran paliza de los Guardias Civiles y de varios falangistas, también fueron obligados a dar la vuelta a la plaza y a renegar de sus ideas vociferando a favor de los golpistas bajo amenazas, y así amedrentar a la gente del pueblo que lo presenciaba, para que les sirviera de escarmiento. Al final de la tarde tomaron declaración a los que quedaron en el calabozo, de nuevo encarcelando a José Rodillo, a Constantino Santos y a Carpo Magdaleno, quienes temían que su destino sería un tiro en la nuca o el ser arrojados al río Tajo desde el puente del Cardenal.

Tres días después los tres presos seguían vivos. Una mañana, el nuevo alcalde impuesto por los golpistas y jefe de la falange de Mirabel (Luís González) dijo en voz alta para que le escuchara todo el que estaba en la plaza congregado:

—En este pueblo, mientras yo sea el alcalde, no se matará a ningún vecino. Retiraros a vuestras casa, quedando claro que la Falange de Mirabel no quiere ser responsable de lo que pueda pasar en adelante en el pueblo en ésta y en posteriores noches en lo sucesivo.

Se estaba refiriendo, sin decirlo, al camión de Falangistas con algún miembro de la Guardia Civil, que tenia constancia iba a salir desde Serradilla con destino a Mirabel para asesinar con un tiro en la nuca o lanzándolos al río a los tres que tenían retenidos en la cárcel del pueblo (José el alcalde, Constantino y Carpo).

Con esta acción consiguió evitar el asesinato de los tres presos por los falangistas del pueblo cercano.

Ordenó retirar la guardia de la cárcel del pueblo permitiendo a los familiares llevar algo de comida a los presos. Sin embargo, esta actitud no gustó a los falangistas del Mirabel, encabezados por Justo el Alguacil quienes contactaron con falangistas de otros pueblos y de Cáceres para informar de lo ocurrido, animando a dar la orden a aquellos de un pueblo cercano llamado Serradilla para que llevaran a cabo tan cruel asesinato.

Cuenta Esperanza, la hija mayor de Carpo, que aquel día, sin saberlo los presos, viniendo de camino hacia Mirabel los falangistas de Serradilla a por José Constantino y Carpo; los falangistas de Mirabel comían y bebían hasta la saciedad en el Casino de los señores de su pueblo, festejando el acto criminal que se iba a llevar a cabo. Los vecinos y familiares de los presos aprovecharon la ocasión para correr a decir a los pre-

sos que trataran de fugarse de la cárcel ahora que el alcalde había retirado la guardia y mientras ellos entretendrían a los falangistas. La cárcel estaba en la plaza del pueblo, dentro del Ayuntamiento y frente a la Iglesia de la Parroquia.

José el Alcalde recordó que tiempo atrás habían escapado de la cárcel en su época de alcalde unos ladrones de caballerías forzando unas rejas viejas de la ventana. Se sustituyeron las rejas viejas por otras, quedando las rejas viejas debajo de escombros y de trozos de madera. Las rejas eran ya barrotes viejos, pero barrotes de hierro con los que se podía excavar. Cada uno agarró un hierro.

José continuó diciendo:

—¡Venga Carpo, tú que eres más joven comienza a excavar en los machones del portón! —y dirigiéndose a Constantino exclamó—: Venga compañero, manos a la obra; tú con otro barrote vete al otro machón del portón y sigue excavando la puerta, mientras yo trato de romper la cadena y el candado del portón.

—¡Esto es imposible de abrir! —se quejaba Constantino

—¡Venga, seguid, no os paréis!

—¡Anda! ¡Excavando lo más rápido posible quizá consigamos tirar la puerta abajo!

No saben cuánto tiempo estuvieron excavando hasta conseguir tirarla, pero las ansias de salvar la vida hicieron que en ningún momento les flaquearan las fuerzas para abatir una puerta vieja y pesada; puerta de madera de alrededor de doscientos kilos de peso. Al final lo consiguieron, y fue la primera vez que salvaron su vida, esta vez con la ayuda del alcalde falangista Luis González que había retirado la guardia a tiempo y con su propio esfuerzo.

Carpo contaba que estando ya a la salida del pueblo divisaron a lo lejos las luces de un camión cerca del castillo de Mirabel, el cual supusieron era el camión de falangistas de Serradilla que venían a asesinarlos. Ciertamente era el citado camión asesino que transportaba a estos falangistas que actuaban como verdugos o simples alimañas al servicio de los sublevados.

José propuso:

—Ahora tenemos que escondernos, así que lo mejor será que pasemos por la casa de mi hermana en la finca "La Barquilla" para que nos dé comida, abrigos y algo de dinero. Después escaparemos a Portugal por la frontera de Casillas de Coria.

Todos aceptaron, pues era la única opción. La finca estaba a la salida de Mirabel, cerca de la carretera N-630 y desde allí no era difícil dirigirse al país vecino.

—Es muy buena idea, pero no podemos entretenernos en la casa de tu hermana pues ese será el primer sitio en el que nos busquen.

—Sí, ya he pensado en eso —dijo José—. Pararemos justo lo necesario. Después caminaremos por la noche y descansaremos durante el día.

No podían entretenerse en casa de la hermana de José Rodillo pues su marido era falangista. Cuando llegaron a la casa llamaron por la ventana, y la mujer, muy preocupada, se asomó y les dio una manta, algo de dinero y al poco rato les trajo un poco de comida para un par de días. Después les dijo que, sintiéndolo mucho, tenían que marcharse, que era peligroso para todos que se quedaran allí. Los tres hombres lo comprendían, así que se despidieron y continuaron su andadura. Anduvieron durante tres noches hasta llegar a las cercanías de Casillas de Coria. Por los caminos llegaron hasta un chozo de ganaderos donde

se encontraron con un hombre del pueblo de carácter agradable y buen conocedor de la situación en la que se encontraba la provincia.

—Buenas tardes, buen hombre!

—Buenas sean –respondió el ganadero, dudoso—. ¿Qué se les ofrece a estas horas?

—Pues nada. Resulta que vamos camino de Portugal a recoger unas vacas y se nos ha echado la noche encima. Como no conocemos bien el terreno nos debemos de haber perdido —mintió Constantino.

—Bueno, son horas tardías, pero siempre hay un refugio y un plato de comida para unos paisanos. —Tras estas palabras les cambió la cara a los fugitivos mientras el ganadero les acogía en su humilde casa. Llevaban un día sin comer nada, pues desde la fugaz visita a la casa de la hermana de José Rodillo habían agotado lo poco que les había ofrecido y únicamente habían podido beber algo de agua de lluvia que habían recogido del hueco de una roca en un canchal en el que habían pasado la noche anterior.

Aunque pasaron los años Carpo siempre recordaría aquel plato de chícheres que comió aquella noche. Cuenta su hija Esperanza que su padre les recordaba que "nunca en la vida había comido un plato de chícheres tan ricos, acompañado de unos pimientos asados y de un mendrugo de pan". Algo lógico, pues creían que pasarían una noche más al raso y sin comer bocado, y este hombre les dio cobijo y comida.

Después de cenar este plato tan delicioso el ganadero y los fugados comenzaron a charlar y lo hicieron durante gran parte de la noche.

—De modo que van a Portugal a por unas vacas, ¿no?

—Pues sí... —contestaron al unísono.

—Ya... Verán, conmigo pueden hablar sin miedo. Acabo de perder a un hijo a manos de los falangistas de Coria sólo porque el chaval tenía ideas de izquierdas. Ya me sé la historia, y se nota que ustedes no son ganaderos, sino que vienen huyendo de algo. No se preocupen. Pueden contar conmigo, yo conozco la zona, así que les ayudaré a pasar la frontera por la parte más estrecha del río, pero para eso esperaremos a mañana por la noche.

La suerte acompañó esa noche a los fugitivos al encontrarse con alguien que también había sufrido el azote de la represión que los falangistas iban sembrando por donde pasaban. ¿Cómo no iba a ayudarles y a entenderles este hombre, quien había sentido con la muerte de un hijo el mayor dolor que podían depararle estos desalmados?

La noche siguiente el ganadero les acompañó un trecho del camino y cuando ya no podía alejarse más de su casa les indicó la ruta a seguir. Tras agradecérselo y despedirse retomaron la marcha.

Una vez llegaron al río, Constantino y José tuvieron que ayudar a Carpo a cruzar nadando, pues había que atravesar más metros de los que imaginaban y ya venían muy cansados del caminar toda la noche. Cuando los tres hubieron alcanzado la orilla decidieron descansar hasta que llegara la tarde, pues estaban exhaustos y empapados. Cuando reiniciaron el camino lo hicieron rumbo a la frontera portuguesa pasando por Casillas de Coria, y ya una vez en tierras portuguesas se dirigieron hasta Castelo Branco porque un paisano de Mirabel les había aconsejado ir a esta ciudad, pedir allí asilo político y tratar de conseguir algún trabajo para ir tirando una temporada y así, en poco tiempo, solicitar ser enviados de nuevo a terreno republicano

español y ponerse a defender la República contra sus invasores como lo habían hecho antes.

Caminaron varios días por fincas y dehesas portuguesas difíciles por desconocidas y al llegar a su destino dijo José:

—Ahora tenemos que pensar en algo.

—¿Pensar en qué? —quiso saber Carpo.

—Me refiero a qué decir a los vecinos del pueblo si nos preguntan, es decir: de dónde venimos, quiénes somos, qué hacemos en Portugal, porqué hemos venido...

—Ya, ya, comprendo... Lo peor será mentir a los Guardias.

—Dejadme que piense un poco —pidió José—. Mirad, creo que lo mejor es que busquemos una pensión o una fonda para pasar unos días mientras vemos cómo está la situación aquí en Portugal. Después nos presentamos en el Consulado Español para pedir asilo político, y ya veremos lo que pasa.

Carpo y Constantino se miraron y asintieron con la cabeza, dando por sentado seguir a José en lo que propusiera.

—De acuerdo. Se hará como tú dices.

Habitualmente las decisiones eran tomadas por José, pues no en vano era un hombre muy formado y con más experiencia que sus compañeros. Era bastante más mayor que Carpo y que Constantino (que contaban con veinticuatro y veinticinco años respectivamente), y se comportaba con ellos como un padre. Los chicos nunca habían salido del pueblo más que a los pueblos de alrededor de Mirabel y él había viajado bastante y conocido a mucha gente.

Una vez en el centro del pueblo preguntaron por una pensión en la que alojarse y no sin algún que otro

problema de entendimiento consiguieron llegar a un bar cuyo dueño, que hablaba algo de español por haber residido durante algún tiempo en nuestro país, alquilaba habitaciones y daba comidas.

—Vamos a ver de cuánto dinero disponemos. —Otra vez José controlaba la situación–. Dejad que hable yo. A todos los efectos, que quede claro que somos ganaderos que hemos venido de Coria a entregar unas vacas y estaremos unos días porque tenemos que llevarnos otra partida de ganado a España. ¿De acuerdo?

—Sí, de acuerdo.

Entraron en el bar, donde les miraron atentamente, y José se acercó a la barra.

—¡Buen hombre! ¿Nos pone unos vasos de vino?

El tabernero les preguntó en un español bastante claro:

—¿Blanco o tinto?

—Tinto por favor.

Tomaron dos vasos cada uno y se sentaron en los taburetes que había junto a una mesa en la cantina.

—Parecen cansados... ¿vienen de muy lejos? —inquirió el cantinero.

—Pues la verdad es que sí —contestó José—, llevamos varios días de trabajo duro y necesitamos coger una buena cama cuanto antes, claro está, después de asearnos un poco. Por cierto, nos han dicho que usted alquila habitaciones y aquí en el bar dan comidas. ¿Es cierto?

—Sí, además creo que queda algún cuarto libre. Siempre hay algo caliente que comer para los hambrientos, no se preocupen ustedes.

El dueño del bar se dirigió a una mujer que supusieron sería su esposa y le indicó que preparara una alcoba para los tres hombres.

—Ya está. El cuarto es pequeño, pero se las arreglarán bien.

—¡Huy! ¡No se preocupe! Nosotros somos gente de campo, estamos acostumbrados a dormir bajo las estrellas, de modo que no extrañaremos ninguna cama.

—Muy bien. La cena la servimos a las nueve de la noche, ya les avisará mi mujer media hora antes. La comida a las dos de la tarde. Me tienen que dar ustedes sus datos y cuando quieran pueden subir a la alcoba.

José se quedó a entregar los datos de todos mientras Carpo y Constantino se subieron a descansar. Cuando ya estaban todos en la habitación Carpo dijo con una sonrisa:

—Parece que ha habido suerte, todo es normal, no hay nada raro.

—Eso espero —contestó José—. Venga, todos a descansar, que falta nos hace, además mañana hay que moverse. Buenas noches a todos.

—Buenas noches. Que durmáis bien.

—Buenas noches.

Al día siguiente estos hombres despertaron tarde. Parecían distintos a los que se acostaron allí: estaban aseados, afeitados, peinados, y tras el reparador descanso que los tuvo en la cama hasta las doce de la mañana su cara parecía otra.

Al bajar a desayunar la dueña del bar les saludó:

—Buenos días, señores. ¡Ya parecen ustedes más descansados!

—Pues sí. Se agradece el descanso ofrecido. Ya nos hacía falta dormir en una cama pues arreando ganado no podemos ni recostar —contestó José.

—¡Es cierto! —añadió Constantino— Ha sido un camino muy largo y fatigoso.

Carpo, el más joven de los fugados, desayunó rápido y decidió salir a dar una vuelta por el pueblo. Les dijo a sus compañeros:

—Voy a conocer el pueblo y si puedo haré algún trabajo para sacar dinero.

Paseó por las calles y cuando volvió al bar aún estaban allí sus compañeros, que hablaban sobre qué hacer. Barajaban la posibilidad de entregarse a las autoridades de la República Portuguesa para solicitar que los repatriaran a la zona del bando republicano en España, como días atrás había hecho un grupo de paisanos y carabineros españoles a los que mandaron a Barcelona según leyeron en la prensa española durante su fuga, pero no veían factible esta idea, pues hacía unos días el gobierno portugués había roto relaciones con el gobierno de la República española, así que dudaban de lo que pasaría con ellos.

En esto estaban cuando entró por la puerta de la calle el dueño de la pensión. Esto les pareció extraño. Ya les había llamado la atención el ver sola tras la barra a la esposa del dueño. Comenzaron a desconfiar de la situación y José decidió pagar las consumiciones y les dijo a Carpo y a Constantino que fuesen saliendo del bar.

—Por favor, cóbreme señora, que vamos a salir a dar una vuelta por el pueblo.

—¡Un momento! —gritó el cantinero—. ¿Dónde van ustedes?

—Ya le he dicho a su señora que vamos a salir a dar un paseo por el pueblo.

—Lo siento, pero no pueden salir ustedes de aquí.

—¡Ah! ¿Sí?... ¿Con qué autoridad nos prohíbe usted eso? —preguntó enfadado José.

—Yo no prohíbo nada, sólo les digo que si no se quieren meter en líos no deben salir hasta que llegue

la policía. Es lo que me han dicho en la comisaría y de lo que me han hecho responsable —contestó el dueño—; pero no se preocupen. Estén tranquilos, no pasará nada. Seguro que quieren preguntarles qué hacen ustedes en Castelo Branco, y les dejarán marchar sin problemas.

En cuestión de segundos Carpo, Constantino y José tuvieron que tomar una decisión importante para el resto de sus vidas. José susurró a sus compañeros:

—Creo que lo mejor será que nos quedemos aquí y no digamos nada; cuando llegue la policía ya veremos qué decimos; si somos refugiados políticos y queremos que nos remitan a la zona republicana española como ya hemos hablado. O quizás nos interese contar que estamos esperando una partida de ganado para volver a España.

Carpo y Constantino asintieron de nuevo con la cabeza.

—Bueno —dijo José en voz alta—, dejaremos el paseo para otro momento y haremos caso a lo que usted nos dice. Al fin y al cabo no hemos hecho nada malo por lo que tengamos que preocuparnos y así se lo haremos ver a la policía portuguesa. Somos gente honrada que nos hemos comportado con corrección en todo momento, ¿no es así?

—¡Por supuesto! —contestó la señora— Hasta ahora han pagado las cuentas y no se han metido en líos.

A esta conversación le siguieron cuarenta y cinco intensos minutos, en los que estuvieron a la espera de que llegaran los guardias. Al cabo de ellos se presentó en el bar un sargento al mando de seis policías y dirigiéndose a los españoles, gritó.

—A ver, ustedes, su documentación. ¿Cuánto tiempo llevan en Portugal?

Los tres fugados mostraron su documentación y José contestó:

—Llevamos dos días aquí, en Castelo Branco. Vinimos a entregar unas vacas a un ganadero y estamos esperando a conseguir otro viaje con ganado para España. Cuando lo tengamos partiremos. Es nuestro modo de ganar el jornal.

—Bueno, está bien. De todos modos, cojan ustedes todas sus cosas y acompáñenos a la comisaría para que les tomemos declaración. Y venga, ¡rápido!

Los tres hombres, asustados y temerosos por su vida, recogieron el poco equipaje que llevaban y obedecieron al sargento. Partieron custodiados por la policía. Durante el recorrido Carpo perdió una de sus alpargatas y al intentar recogerla, uno de los policías le golpeó y le gritó algo en portugués.

—Pero... ¡Estoy descalzo! ¡Déjenme que recoja mi alpargata!

—Déjala, está rota. No podemos perder más tiempo —le dijo el sargento.

Así que descalzo y con los pies sangrando Carpo continuó tras sus compañeros por las calles del pueblo hasta llegar a una genera, un cobertizo donde habitualmente se recogía el ganado, y allí los dejaron encerrados durante toda la noche, quedando custodiados hasta que los llevaron al cuartel.

Estuvieron encerrados en el cuartel y como algunos vecinos los habían visto tan indefensos les llevaron comida y mantas para pasar las noches. Carpo siempre recordaría a aquellas gentes. En ocasiones comentaba:

—Siempre, en todos lados, hay gente buena. Nunca olvidaré aquellos días tan amargos que pasamos en un país que no era el nuestro y en el que no respetaron el derecho internacional a tres refugiados, sino

que se alinearon con los abusos que del mismo modo se estaban cometiendo en la España que controlaba la Falange.

Después de estar detenidos en Castelo Branco durante ocho días, José, Constantino y Carpo solicitaron al Gobernador Civil refugio político o bien ser entregados al gobierno de Madrid. Como las relaciones entre la República de España y el gobierno portugués, que por aquella época ya tenía tintes fascistas, estaban rotas, hizo caso omiso a la solicitud presentada por los huidos españoles, entregándolos a la Guardia Civil de Valencia de Alcántara, cuya comandancia estaba controlada por los sublevados del bando llamado Nacional. De nuevo la incertidumbre y el temor de estos tres hombres, conscientes de que la mayoría de los refugiados españoles que los portugueses entregaban a la España franquista iban a parar a las aguas que cruzaba el puente de Alcántara. Sin embargo, cuando ya veían cerca su fin la suerte volvió a ponerse de su parte. El ejército sublevado, viendo el mal efecto que hacía a nivel internacional el ver cadáveres por todas partes (en las cunetas de las carreteras, en las orillas de los ríos...) había dado órdenes de cambiar la estrategia de las ejecuciones, sometiendo a los presos a un consejo de Justicia ficticio en el que bastaban unos informes en contra de los sospechosos para que fueran fusilados. Así se cubrían las apariencias con otros países. Estos fusilamientos fueron masivos a partir de esas fechas entre muchos españoles.

Después de unos días detenidos en Valencia de Alcántara la Guardia Civil los entregó en la cárcel de Plasencia, poniéndolos a disposición del Juez Instructor, donde permanecerían encarcelados más de un año sin ser juzgados. Su llegada había comenzado así:

Corría el año 1936. Por la carretera N-630 Cáceres-Plasencia, a la altura del kilómetro 67, en las cercanías de Mirabel, pasaba un furgón que transportaba a José, Constantino y Carpo hacia la cárcel. A su paso por la finca La Barquilla, cercana a Mirabel, Constantino gritó:

—¡Carpo! ¿No es ése tu primo José, ése que está trabajando en esta finca?

—A ver, déjame que lo vea... ¡Sí, sí! ¡Es él! Ayudadme, ¡dad voces para decirle que somos nosotros, que avise a nuestras familias para que sepan que nos llevan presos a la cárcel de Plasencia, que tememos por nuestras vidas!

Carpo gritaba sin parar:

—¡Primo! ¡Primo! ¡Diles a nuestras mujeres que nos llevan a la cárcel y que no sabemos qué será de nosotros!

Tras muchas voces fueron escuchados por el hombre, quien les contestó:

—¡Vaya! ¡Todos pensábamos que estabais a salvo en Portugal! ¡No os preocupéis, que ahora mismo salgo corriendo con las bestias y aviso a vuestras familias!

José gritó:

—Avisa a mi tío Modesto, el párroco de Casas de Millán, dile que nos llevan a Plasencia, ¡dile que estamos muy asustados! ¡No sabemos lo que nos pasará!

Una vez en Plasencia, en el mes de octubre, Modesto Rodillo, tío de José Rodillo, intercedió por estos presos pues todos se temían que se hiciera con ellos lo mismo que ya iba siendo habitual entre los presos republicanos, es decir, un tiro en la nuca o un paseo sin regreso. En esta ocasión no fue sólo la suerte la que les ayudó a escapar de una muerte segura, sino la influencia que ejerció el párroco de Casas de Millán

sobre la justicia, quien teniendo a su sobrino José y a dos amigos de éste detenidos realizó las gestiones necesarias entre los responsables de los sublevados en Plasencia para conseguir que se quedaran allí y no fuesen trasladados directamente a Cáceres, como en un principio se había ordenado. El párroco consiguió que los trasladaran cuando iban a ser juzgados en Cáceres, pero no pudo evitar que su sobrino José, sobre quien pesaban más acusaciones, y Constantino, tras el juicio fueran condenados a treinta años de prisión y enviados a cumplir condena a la cárcel de Celanova. Respecto a Carpo, también juzgado en un consejo de guerra, fue condenado a seis años y un día, llevándolo a la prisión de Cáceres y luego a la de Plasencia.



FOTOGRAFÍA DE CARPO DETENIDO

Como narra el escritor extremeño Julián Chaves Palacios en su libro "La represión en la provincia de Cáceres": "el hecho de que estos tres hombres se salvaran por dos veces de ser fusilados tuvo una gran importancia, pero no fue menos la causa: intercedieron por ellos".

Fue una constante en la represión ejercida por los sublevados o nacionalistas y en la zona republicana: en aquellos pueblos si alguna persona afín a quien controlaba el gobierno y con cierta influencia entre estos se mostraba contrario a los paseos, habitualmente, si este posicionamiento lo desarrollaba con firmeza, preocupándose personalmente, solía lograr sus objetivos.

Comenta Carpo en sus escritos que el año vivido en la cárcel de Plasencia durante el cual se llevó a cabo todo este proceso fue para él un "vivir sin vivir", pues día tras día pensaban que iban a ser ejecutados, y puso ese nombre de "vivir sin vivir" a ese desasosiego, a esa incertidumbre. Recuerda que las noches eran muy largas, se hacía difícil dormir. Los carceleros llamaban a alguna celda a partir de la medianoche, lo que era un mal presagio para el preso que la ocupaba, pues le hacían creer que lo trasladaban de prisión pero lo que hacían era matarlo y abandonar su cuerpo en alguna cuneta o en un río. El miedo a la noche fue algo que Carpo conservó hasta pasados muchos años.

En la cárcel de Plasencia había un número indeterminado de presos, que eran traídos de toda la comarca. No eran presos de guerra; simplemente eran presos políticos, como los llamaban los nacionales: el concejal de tal pueblo, el afiliado al partido de izquierdas o simplemente aquel hombre o mujer que había sido acusado por otro vecino de haber participado en algún mitin democrático durante la campaña electoral (en ocasiones estas acusaciones se hacían para evitar pagar alguna deuda pendiente de trabajo que se tenía con el denunciado, para apoderarse de una finca lindante, o para adueñarse de bienes incautados, siempre amparándose en el grupo de falangistas que dominaba cada pueblo por el bien y el orden de la nueva patria

que querían imponer a todos los españoles). Carpo decía que no le gustaba recordar todo aquello porque le asqueaba tanto que se le escapaban las lágrimas, no se podía contener, por la impotencia que sentía debido a la opresión a la que fueron sometidos tantos españoles.

A los presos de la cárcel de Plasencia les sacaban a trabajar en carreteras, puentes y en el hoy llamado parque de Los Pinos. Les daban una peseta y quince céntimos diarios para comer, teniendo que hacerse la comida ellos mismos después de una jornada de trabajo de más de doce horas. Con ese dinero tenían que comprar el carbón para cocinar, todas las especias, el aceite, la sal, el vinagre... El pan era difícil de conseguir y como se endurecía rápido optaban por dejarle en remojo de un día para otro y así poder comer pan blando. Ante la dificultad que encontraban para comprar alimentos decidieron unirse en grupos de ocho o diez presos para juntar en un fondo común la peseta con quince céntimos de cada uno para comprar algo más barato y poder hacer por lo menos una comida diaria en condiciones, de ese modo además aguantarían mejor el alto ritmo de trabajo que les exigían. El desayuno y la cena lo arreglaban con las ayudas que les llegaban de sus familiares. No les entregaban ni ropa ni calzado, lo que dificultaba aún más el día a día de los presos. Un ejemplo de estas dificultades fue un suceso que contaba Carpo: una noche en la cárcel, para que nos demos cuenta de adónde podía llegar la miseria que vivían, se oyeron unos ruidos en la puerta de una celda.

—¡Shhh! ¡Silencio! —susurró un preso llamado Lorenzo— Ahí hay algo... ¡Rápido! ¡Traedme ese saco, que voy a cogerlo! —Con el saco en las manos se lanzó en la oscuridad sobre algo. Lo atrapó y lo golpeó contra la pared.

—¡Es un gazapo! ¡Es un gazapo! ¡Ya tenemos cena para esta noche!...

La sorpresa de los hombres llegó cuando abrieron el saco y comprobaron que de conejo, nada de nada, sino que era una rata de grandes dimensiones. Se quedaron en silencio hasta que uno de los presos mayores, que se llamaba Santiago, dijo:

—¿Qué os pasa? Estamos pasando un hambre de mil demonios, y ahora que podemos llenar el estómago os va a dar asco... —Los demás presos no decían nada— Dejadme a mí el bicho. Calentaremos agua hasta que hierva. Y allí la coceremos para limpiarla y prepararla. Ya veréis cómo después nos sabe tan rica como un conejo de aquellos que nos comíamos en nuestras casas... Además, ¡ni siquiera sabemos si mañana seguiremos vivos!

—No se hable más —dijo Lorenzo, y comenzó a preparar una cacerola donde cocer la rata—, hoy vamos a cenar comida caliente.

Esta fue la primera vez que Carpo tuvo que comer carne de rata guisada. Hizo de tripas corazón, pero tenía que mitigar el hambre de algún modo.

Teófilo, el hijo más pequeño de Carpo, recuerda con nostalgia cuántas veces paseaba con su padre Policarpo por el parque de Los Pinos, acompañado por sus hijos Carlos y Raquel, quienes escuchaban atentamente las historias y episodios que el abuelo les contaba. Decía el abuelo:

—Mirad, la casita de los patos la hicimos dos oficiales albañiles, otro hombre y yo, que trabajábamos como peones.

—¡Pero abuelo! Si usted era zapatero, no albañil...

—Ya, pero teníamos que trabajar aunque fuera de albañil. Otras veces me ponían a llevar agua a los demás

presos, o a picar canchos. Picando las rocas era donde más tiempo pasábamos. Teníamos que romperlas con las mazas y picarlos en trozos de piedra pequeños. ¿Veis esos dos primeros canchos que hay a la entrada del parque? Pues esos los trabajé yo.

Si visitamos el parque de Los Pinos vemos que la mayoría de las piedras están rebajadas con cinceles y macetas para convertirlas en asientos. Por eso al abuelo Carpo le gustaba decir a sus nietos:

—Vamos a sentarnos un ratito en mis dos asientos.

Aún hoy, cuando sus hijos o sus nietos visitan el parque se sientan un ratito en los bancos de piedra del abuelo como recuerdo y homenaje suyo.

También contaba Carpo que un día tuvo que ir a desparasitarse a un hospital de Piornal y tuvo que trabajar en las reformas de dicho hospital.

Fueron días muy amargos para Carpo y sus compañeros. Al trabajo duro al que se tenían que someter se unían los malos tratos, y después llegaban las noches, interminables noches en las cuales sólo tenían el aliciente de descansar del día agotador, fumarse un cigarro con los compañeros o leer las cartas de la familia, si es que les había llegado alguna, pero con la incertidumbre de si al día siguiente continuarían vivos.

Carpo había sido condenado a seis años y un día por el delito de "propagar y repartir prensa subversiva" (en referencia al periódico "Mundo obrero" que entregaba a vecinos del pueblo). De estos seis años cumplió cuatro, y fue puesto en libertad al acabar la guerra habiendo cumplido ya las tres cuartas partes de la condena y al poder beneficiarse de la amnistía para los presos políticos sin delito de sangre. Los presos José Rodillo, antiguo alcalde de Mirabel y a Constantino Santos, Presidente de Juventudes Socialistas de

Mirabel, fueron condenados a pena de muerte, pero les fue conmutada la pena a los tres meses por una condena de treinta años, la que les correspondió bajo el delito de "ser los responsables de la situación caótica y el deterioro de la vida ciudadana en Mirabel". En fin, toda una farsa de argumentos para condenar a estos hombres, que lo único que hicieron fue ser representantes del pueblo y querer vivir en libertad, trabajando en defensa de la República a la que habían jurado defender, como decía la Constitución de aquellos momentos. Era la forma de hacer justicia que tenían los nacionales. Tras la guerra impusieron una férrea dictadura privando a sus contrarios de los derechos más elementales y aislando a España del resto de Europa y del mundo civilizado.

Mientras, en Mirabel la vida continuaba. Las familias de los presos tenían que hacer mil maravillas para mantener a sus hijos y llevar la casa. La mayoría eran ayudados por los abuelos o por el resto de sus familiares. Antonia, la esposa de Carpo, únicamente podía visitar a su marido algún fin de semana. Acudía a la prisión montada en un burro para hacer más llevaderos los casi cincuenta kilómetros que tenía que recorrer en cada viaje. Dejaba a sus hijos con los abuelos, y aprovechaba la visita para dejar a Carpo algo de comida como morcillas y chorizos que traía del pueblo. Las mujeres se turnaban para acudir a la cárcel a visitar a sus maridos o familiares y traían cartas y alimentos de parte de los demás vecinos del pueblo para todos los presos. Además, les daban ánimos para continuar.

Tras encarcelar a Carpo y a sus compañeros en Plasencia, la vida se puso más difícil para sus familias. En el caso de Carpo, su mujer, Antonia, con tres hijos pequeños nacidos del matrimonio, estaba viviendo de

alquiler en casa de Antonio Moreno, un hombre del pueblo que, al estallar la rebelión se presentó en la casa y dijo a Antonia y a sus hijos:

—Os tenéis que ir de esta casa. Aquí no hay sitio para vosotros.

Antonia, asustada por no saber dónde poder ir y con su marido encarcelado suplicó al dueño de la casa que la dejara seguir viviendo allí. Le prometió que nunca le faltaría el pago del alquiler, pues ella trabajaría todo lo necesario para pagarlo. Antonio, militante de la Falange de Mirabel, le respondió sacando todas sus cosas a la calle, los pocos muebles que poseían y todos los objetos personales.

—Vete a Serradilla, que es tu pueblo, y no vuelvas por aquí —le gritó.

No sirvieron de nada las rogativas de Antonia para conseguir quedarse en la casa que había sido su hogar y que nunca había dejado de pagar. La esposa del dueño de la casa trató de interceder por ella para que su marido diese un poco de tiempo a Antonia y a sus tres pequeños para encontrar otra vivienda, pero su marido no lo permitió. Esa misma tarde, la esposa de Carpo tuvo que recogerse en la casa de Petra, la esposa de Eloy Vega, que también estaba preso con Carpo en Plasencia. Allí se quedaron un tiempo, en una pequeña habitación con derecho a cocina.

Esperanza, la hija mayor de Carpo, cuenta que allí nunca les faltó el pan, pues cuando llegaron los duros años del hambre la esposa y los demás familiares de Eloy Vega les atendieron y cuidaron como si fueran de su familia. Nunca olvidarían la ayuda prestada por ellos, ya que cuando más lo necesitaban compartieron su casa y ayudaron a Antonia a cuidar a los pequeños hasta el regreso de Carpo. Jamás podrían agradecerles

lo suficiente todo lo que hicieron por ellos. Recuerda Esperanza cómo compartían las puchas (harina de trigo cocida) que era el desayuno habitual en la mayoría de los hogares españoles que tenían dinero suficiente para comprar harina. Muchas veces tenían que conseguirla de estraperlo.

Esta situación vivida por Antonia y los niños no se le contó a Carpo, para no agravar más la suya propia. Con el paso del tiempo, cuando la situación estaba más tranquila y la familia contaba con las necesidades más básicas cubiertas, fue cuando se le informó de todo. Carpo decía que el hermano que no tenía lo había encontrado en Eloy, del que no se separó durante su estancia en prisión.

Carpo no había perdido su afición por la poesía, de modo que los meses que pasó en la cárcel aprovechó los escasos momentos de descanso que tenía para plasmar en un poema sentimientos y observaciones de aquellos días tan difíciles, y los dedicó a su madre, esposa e hijos pensando que nunca saldría de allí y para que le sirviera de despedida, en unos versos llenos de resignación y añoranza de sus seres queridos, a los que pedía unión y valor para seguir adelante cuando él no estuviera ya con ellos.

Me conducen a morir

Estando ya más tranquilo
En la cárcel de Plasencia
El dia siete de marzo
Me trasladan de prisión.

Y el día nueve del mismo
Me toman declaración,
El juez instructor me dice
Que exponga tres pruebas yo.

Creyendo favorecerme
Tres pruebas pongo yo
Y me venden como Judas
Vendió a su propio señor.
Me acusan de ser Marxista
Y de defenderme yo
Armado de una escopeta
En contra del invasor.

Esa plaga de italianos
Que vino a luchar aquí
Debían ser arrastrados
Por las calles de Madrid.

Ese Madrid tan glorioso
A la historia pasará
Y a todos los fusilados
Algún día nos han de vengar.

Llega la hora del consejo
Donde me pide el fiscal
Que sea condenado a muerte

Por ser hombre liberal.

Este tribunal indigno
Como todos los demás
Que condena a hombres honrados
De nadie tiene piedad.
Pero ha de llegar un día,
Y ese día llegará
Que será el día más grande
Para toda la Humanidad.

Donde se acabe, para siempre
Toda esta impunidad
Porque tanta injusticia
Nunca se podrá olvidar.

El defensor me defiende
Mas no puede alcanzar "ná"
Y se me condena a muerte
Por voto del tribunal.

Y ahora, esposa de mi vida
Un consejo voy a darte
Que tengas serenidad
Si a mí, llegan a matarme.

Has sido mi compañera,
Nunca me hiciste sufrir
Y yo me encuentro orgulloso
De haberte elegido a ti.
Yo te aconsejo que un día
Tú te vuelvas a casar
Si encuentras un hombre honrado
Y compañero además.

Porque siendo un hombre honrado
Y compañero además
A mis hijos trataría
Con cariño paternal.

Sólo eso te pido, esposa,
Si te vuelves a casar
Que sea con un compañero,
Compañero de verdad.

Otra cosa voy a pedirte
Y espero la cumplirás.
Que a mi madre, mientras viva
Nunca la dejes de hablar.

Procura animarla mucho
Como una hija de verdad,
Y ayudaos las dos siempre
Para esos niños criar.
Dile que su hijo, al morir,
En ella pensando está
Y que espera que en sus nietos
Todo el cariño pondrá.

Si algún día ellos son hombres
Y vive mi madre aún,
Diles que yo se lo pido
Que la ayuden a vivir.

Pues ella no tenía a nadie
No me tenía más que a mí
Y al yo faltarle les mando
Que la ayuden a vivir.

Y a esos hijos tan pequeños
Que tanto adoraba yo,
Por ser sangre de mis venas,
Parte de mi corazón.

Procura cuidarles mucho,
Háblales siempre de mí,
Y diles quien fue su padre
Para que se acuerden de mí.
Diles quien tuvo la culpa
De que su padre muriera
Diles que fueron fascistas
Que son peores que fieras.

Diles que espero que un día
Justicia ellos pedirán
Pues tanta sangre vertida
No puede quedar sin pagar.

Ya se me acerca la hora
Esta es la hora final
Un cura a mí se presenta
Y me quiere confesar.

Más yo le miro de frente
Y le empiezo a preguntar
Si en nombre de un Dios se puede
A los hombres fusilar.

Que se coja el catecismo
Y que procure estudiar
Que lea bien los mandamientos,
A ver si mandan matar.
El cura a mí me contesta

Que tenga resignación,
Que Dios me dará vida eterna
Y en la otra vida el perdón.

Entonces le he preguntado
Si cree que existe ese Dios,
Con los poderes que él dice
Pues yo me creo que no.

Pues caso que Dios exista,
Que dudo que pueda existir
Pocos poderes tendrá
Para el crimen consentir.

El cura También me contesta
Que no dude que existe Dios
Y si yo no soy culpable
Me dará la salvación.

Mirándole fijamente
Yo le he vuelto a insistir,
Y de nuevo le pregunto
Que si me puede decir
Quién crucificó a Jesucristo
Y no se atreve a decir
Que fueron los fariseos
Quienes le hicieron morir.

Pues en ese mismo caso
Me encuentro ahora mismo yo,
Y ustedes son muy culpables
De tanta desolación.

Él, al no tener palabras

Para poder contradecir,
Coge la puerta y se marcha
sin despedirse de mí.

Entonces entran civiles
Que se dirigen a mí
Y atándome fuertemente,
Me conducen a morir.

Adiós, esposa del alma,
Madre de mi corazón,
Hijos de toda mi vida,
De todos me despido yo.

Da la señal el alférez,
Suena un disparo mortal
Doy un "¡Viva Al Socialismo!
Y caigo sin vida ya.

Poema escrito en La Cárcel de Cáceres en el año 1938.

Con este poema que escribió Carpo a los veintiséis años quiso dar una muestra de cómo se puede sentir una persona que en plena juventud se ve acorralada y sometida por los acontecimientos que le tocó vivir en la España de sus días. Viendo o creyendo ver el final de su vida tuvo fuerzas para aconsejar a su familia que siguieran luchando después de su muerte, si es que ésta se producía. También supo criticar la situación política de España y demostrar que siempre defendería sus ideales y lucharía por las libertades.

CAPITULO IV
En la prisión de Cáceres

Estando Carpo ya ingresado en la cárcel de Cáceres, había avisado a Antonia para que quedase pendiente el pago de unas letras de material de la zapatería, para que con el poco dinero que había podido ahorrar la familia pudieran seguir comiendo Antonia y los niños hasta la vuelta a casa del padre; Carpo se había puesto en contacto con el Sr. Pablo Curto explicándole la situación y comprometiéndose a pagarle a su vuelta de la cárcel.

Así transcurriría más de un año y a la familia de Carpo no le faltaron los alimentos más básicos.

Afortunadamente para Carpo, él era un simple militante de las Juventudes socialistas y por tanto no era ningún problema serio para los falangistas. Por eso, y como no había cometido ningún delito, cumplió su pena en la cárcel de Cáceres sin que le imputaran actos más graves. Al ser un hombre de poco peso político el 29 de septiembre de 1940, año y medio después de terminar la guerra civil, le fue concedida la libertad condicional. Carpo cuenta que cierto día los responsables de la prisión reunieron a todos los presos en el patio:

—¡Venga, rápido! ¡Aquí todo el mundo! ¡Todos a la fila!

—Pero ¿qué pasa? —preguntó un preso.

—No sabemos nada —contestaron otros.

El jefe anunció en voz alta:

—Quiero haceros saber que, a consecuencia de la Gracia que Dios ha dado a nuestro Generalísimo

Francisco Franco, se ha aprobado desde hoy una ley para los presos políticos por la cual se podrán conmutar días de condena por días trabajados. —El oficial continuó hablando en voz alta–. Todos aquellos que tengan condenas menores a diez años se podrán acoger a esta medida de gracia. A partir de mañana pueden pasar por la intendencia de la prisión los interesados para apuntarse a los trabajos.

Durante varios días los presos estuvieron desconcertados porque no sabían qué hacer. Pensaban algunos que trabajar en la prisión era colaborar con el dictador. Otros, sin embargo, decían:

—Aquí dentro sí que no hacemos nada. Cuanto antes volvamos con nuestras familias mucho mejor.

O bien expresaban:

—La guerra se ha perdido y los franquistas se han adueñado de España. ¿Qué pintamos aquí dentro, apartados de todo, reprimidos y pensando que nuestras mujeres e hijos están pasando penurias solos y marginados?

—Es tiempo de que pensemos en salir de la cárcel cuanto antes —dijo Santiago— porque aunque será difícil para nosotros los vencidos, rehacer nuestras vidas, tenemos que seguir esforzándonos para que el día de mañana nuestros hijos y nietos puedan disfrutar de la libertad y democracia de las que ahora carecemos.

—¡Shhh! ¡Silencio, que vienen los guardias! –Advirtió Cándido— Ten cuidado no te vayan a oír y no nos permitan acogernos a la rebaja de la pena.

—Bueno —susurró Santiago—, entonces, ¿estamos de acuerdo en acogernos a esta nueva medida para redimir nuestras condenas? Así nos sería más fácil la convivencia dentro de la cárcel y después podremos salir a la calle a hacer algún trabajo o para comprar

algo. Sería una manera de enterarnos de cómo va nuestro país.

Normalmente, en estos casos, los presos más jóvenes como Carpo y Teófilo se dejaban aconsejar por los presos mayores que incluso a veces eran familiares. Con Carpo había padres e hijos encarcelados juntos.

Después de tomar esta decisión los presos con condenas inferiores a diez años solicitaron los trabajos. Pareció que se abría un nuevo horizonte para ellos porque veían más cerca su vuelta a casa, ya que ahora que estaban en la cárcel de Cáceres tenían más difíciles las comunicaciones con Mirabel por ser más lejos y costoso para sus familiares visitarlos y la correspondencia tardaba mucho en llegar. Carpo se pasaba los días enteros mirando las fotos de su mujer y de sus tres hijos y decía a sus compañeros:

—Fijaos en ellos; están solos, creciendo sin padre, como los vuestros. Estamos aquí sin poder hacer nada por ellos. Si de verdad existe un Dios ahí arriba no sé cómo puede permitir que esto ocurra. Apenas conozco a mi hijo Roberto y ya va a cumplir seis años. No sé cuánto tiempo más voy a aguantar así.

—Tranquilo, Carpo, que esto va a terminar muy pronto. Verás como antes de lo que piensas estás en casa con ellos —le dijo Fortunato—, hay que sacar fuerzas de flaqueza y agarrarse donde sea posible. Sólo tenemos esta vida que nos ha tocado vivir ¡Y no podemos perderla!

—Ya verás como todo se arregla —consoló Eloy Vega a Carpo—, además nuestras mujeres están juntas y se echan una mano unas a otras para criar a los hijos.

—Sí, pero si no hubiera sido por tu mujer que recogió a Antonia y a los niños... ¿Qué hubiera sido de ellos?

—Venga, hombre, que para eso estamos los amigos, para ayudarnos en los tiempos difíciles. Seguro que tu mujer y tú habríais hecho lo mismo por nosotros si lo hubiésemos necesitado.

—¡Por supuesto que sí! –contestó Carpo casi llorando—. Nunca podré olvidar esto.

Cándido y Fortunato, que eran de los presos que estaban más unidos a Carpo, pues habían vivido en la misma calle y sus familias pasaban mucho tiempo juntas antes de que llegara la guerra, se preocupaban por el estado anímico de Carpo. Lo encontraban muy deprimido y quería quedarse solo en los ratos de descanso. Solamente parecía distraerse escribiendo versos y mirando las fotografías de su mujer y de sus hijos.

Decidieron escribir a la mujer de Carpo y a su prima Felisa, mujer de Zoilo y pedirles que vinieran a visitarlo cuanto antes porque le veían muy desmejorado: comía muy poco, le gustaba estar solo y estaba muy triste. Además, en la prisión apenas había servicio médico y a los presos les faltaban los cuidados más elementales. Quizá esta situación fue la que les hizo determinar a los que estaban en el mismo grupo que Carpo, el nombrarle Cabo de los presos para que así tuviera que salir más, repartiera la comida a sus compañeros, saliera a Cáceres a hacer compras y encargos... Entre todos intentaron sacarle de esa angustia que Carpo decía que le estaba matando por dentro, que para él vivir así era peor que no vivir.

Pasaron algunas semanas y el estado de Carpo no mejoraba mucho. Una tarde, la casualidad quiso que pasara por la celda de Carpo y su grupo su amigo Fortunato, que le echó de menos en la reunión. Preguntó por él, y al no tener respuesta fue en su busca. Lo encontró en una de las celdas de arriba de la prisión,

donde había subido para asearse, junto a una ventana. Estaba desencajado. Gritaba:

—¡Esto se acabó! ¡Esto se acabó!. ¡Ahora mismo termino con todo esto!...

—Pero Carpo... ¿Qué vas a hacer? —gritó Fortunato mientras se acercaba a él muy despacio.

—Dile a mi mujer que no puedo aguantar más, que yo no soy capaz de aguantar así por más tiempo. —Entonces se lanzó contra la ventana (que estaba en la tercera planta de la prisión), y aunque Fortunato corrió a pararle, sólo pudo sujetarle por los tobillos.

—¡No te muevas, Carpo! ¡No te muevas! —Comenzó a pedir ayuda a gritos— ¡Eh, chicos! ¡Venid a ayudarme! ¡Deprisa! ¡Que se me cae este hombre!

Los compañeros llegaron enseguida a su llamada. A partir de ese día Carpo cayó en una profunda depresión. Sus compañeros de la cárcel se mantenían pendientes de él. No le dejaban solo ni a sol ni a sombra, además tenemos que recordar que entre los presos estaban cuatro o cinco hombres de Mirabel, entre los que había una relación muy estrecha y casi familiar.

Fuera de la cárcel las cosas también eran difíciles, pues España había quedado destrozada tras la guerra y los años que siguieron a la contienda fueron años de escasez y de hambre. La gente tenía que coger raíces, cardillos o simplemente hierba del campo para poder llenar el estómago, que tenían vacío de alimentos. Antonia no fue una excepción. La vida tampoco era fácil para ella, pero lo olvidó todo para ir a visitar a su marido para darle ánimos y hacerle ver que pronto saldría de allí, que ya era sólo cuestión de meses.

—Pero Carpo, tienes que tranquilizarte. ¿Cómo habías pensado en dejarnos a mí y a los niños solos en el mundo, si no hacemos otra cosa que pensar en tu

vuelta para estar juntos de nuevo? ¡Los niños no hacen otra cosa que preguntar por ti!

Carpo aún no estaba recuperado, pero se hizo fuerte y contestó a su mujer:

—Perdóname, Antonia, tienes que perdonarme, pero estaba tan desesperado que no sabía lo que hacía. No puedes imaginarte lo que es estar encerrado aquí pensando que a ti y a los niños os pueda faltar de todo en la vida.

Antonia le contestó a su marido firmemente:

—Tú lo que tienes que hacer es recuperarte y no preocuparte de nada más. Nosotros estamos bien, ya lo verás cuando vuelvas a casa, que va a ser pronto, de modo que ahora lo único importante es que tú superes esto. Ya verás como la vida cambia para nosotros... no todo va a ser malo en esta vida, ¿no?

Carpo agachaba la cabeza y decía:

—Si hay un Dios de verdad, como siempre me dicen, ¿cómo puede permitir tantas desgracias, tantas muertes y tantos abusos?

—Ya te he dicho, Carpo, que no pienses más en ello —le consoló su esposa—, procura no hacerlo. Sólo tienes que pensar en recuperarte cuanto antes para coger fuerzas y ayudarme con los niños cuando vuelvas. Te traigo algo de comer de parte de tu madre, que me ha dicho que te espera impaciente. Me ha pedido que te diga que hay que salir adelante como sea, que tú tienes fuerza para eso y para mucho más. No te puedes permitir estar como estás, piensa en tus niños y piensa que pronto habrá terminado todo este calvario.

Estas palabras animosas le dieron a Carpo la fuerza que necesitaba, pues además de adorar a sus hijos estaba muy unido a su madre. Era el único hijo de Cesárea y siempre se acordaba que ella a menudo le decía:

—Carpo, hijo, nunca bajes la cabeza. Sé digno con todo lo que pienses y con lo que creas. Trabaja con los tuyos por los tuyos.

Carpo le dijo a Antonia:

—Dile a mi madre que ya estoy mejor, de verdad. Dile que su hijo la quiere. No os preocupéis más por mí, no voy a volver a hacer ninguna tontería. Dale un beso a los niños, diles que son lo que más quiero. A ver si me dejan volver pronto con vosotros.

Carpo y Antonia se dieron un largo abrazo y entre lágrimas se despidieron.

Tiempo atrás, Luis González (Jefe de Falange de Mirabel), el alcalde impuesto por los nacionalistas días después de la rebelión militar de julio de 1936, había sido detenido por considerarlo culpable de la fuga de los presos de la cárcel del pueblo al haber retirado a la pareja de falangistas que vigilaba a los presos. Lo habían degradado públicamente en la plaza del pueblo: lo despojaron de la camisa azul de la Falange y le quitaron los galones de Jefe de Falange para mandarlo durante dos meses a la cárcel. Posiblemente, aunque los fugados contaban que nadie les ayudó a escaparse, la acción del alcalde de retirar a los guardias falangistas fue lo que les había salvado de ser fusilados.

Estudios realizados por historiadores cuentan que en la provincia de Cáceres, entre los años 1936 y 1943 fueron ejecutados por el ejército nacionalista entre quinientos y quinientos veinticinco prisioneros. Los números más altos se dieron en los años 1937 y 1938, años en los que fue más dura la represión, posiblemente debido al alto número de condenas a muerte aprobados en consejos de guerra.

Las cifras de ejecuciones fueron:

1936— 68 ejecuciones.
1937— 140 ejecuciones.
1938— 171 ejecuciones.
1939— 11 ejecuciones.
1940— 76 ejecuciones.
1941— 22 ejecuciones.
1942— 5 ejecuciones.

Estos datos provienen de fuentes de las prisiones provinciales y registros civiles de Cáceres, Plasencia y Trujillo.

Pocos contaron con la fortuna que Carpo, Constantino y José tuvieron a pesar de sus padecimientos, pues en varias ocasiones consiguieron salvar la vida; unas veces por suerte y otra porque alguien intercedió por ellos, como hizo el párroco de Casas de Millán.

Estos crímenes eran cometidos habitualmente por denuncias personales sobre vecinos y trabajadores, miembros del Frente Popular en el Ayuntamiento o sobre militantes históricos socialistas y republicanos; así les era más fácil controlar a los sospechosos y atemorizaban a los demás vecinos con tendencias afines a la República.

Algo así le había pasado a Carpo con el que fue el alguacil del pueblo, un tal Justo; quien según muchos vecinos consultados era un bandido que disfrutaba viendo sufrir a los presos políticos y se jactaba de sus desgracias aumentando sus sufrimientos con burlas y actos desconsiderados hacia los detenidos, abusando siempre de su cargo.

No fue nada extraño, como cuentan algunos vecinos mayores del pueblo, que este individuo muriera lamentándose del daño que había causado a muchos de sus convecinos, soñando a menudo que venían a

buscarlo por la noche para pedirle cuentas de todos los abusos y las grandes fechorías que había cometido.

Cuenta Marcelo, el quinto hijo de Carpo, que su padre el único daño que había causado al alguacil fue el haberle hecho unos zapatos nuevos a medida en su zapatería; los que nunca llegó a pagar y el haber prestado en múltiples ocasiones su máquina de coser a la esposa del alguacil. Éste fue el agradecimiento que le dio a Carpo el Alguacil por los favores prestados.

Hombres como éste fueron los culpables de muchos de los abusos y atropellos que se cometieron a la sombra del régimen franquista, durante varias décadas sin que les controlara la Justicia. Como citó anteriormente en la mayoría de los casos denunciaban a los vecinos por cualquier motivo sin justificar en absoluto dicha denuncia, para no pagar alguna deuda pendiente y en otras muchas para quedarse con las propiedades de los denunciados. Tenían atemorizado al pueblo y actuaban como autenticas sabandijas contra los hombres y mujeres de izquierdas de sus respectivos pueblos.

Dos años después del encarcelamiento de Carpo, Antonia seguía ocupada en algunos trabajos de costura que le salían; pero no le llegaba lo obtenido para alimentar a sus hijos y tuvo que irse a trabajar a la recogida de pimientos, recogida del algodón y otras labores a la finca de la Bazagona; debiendo dejar a sus hijos repartidos en las casas de sus familiares. Para la abuela Cesárea era mucha carga el atender a los tres niños y con ella se quedó el pequeño, Roberto; a Franco se lo llevó Justina, esposa de Antonio y prima hermana de Carpo y Esperanza la mayor de los hermanos se quedó en casa de su otra prima hermana Felisa, esposa de Zoilo.

Estas primas de Carpo fueron para él y para toda su familia más que si hubieran sido sus hermanos; ayudaron muchísimo a Antonia y a sus hijos durante el encarcelamiento de Carpo y siguieron siendo de gran ayuda toda la vida. Carpo, Antonia y sus hijos estarían eternamente agradecidos a estas primas hermanas y a sus maridos por la gran ayuda y el cariño que cuando más lo necesitaban ellos les dieron.

CAPITULO V
La Guerra Civil Española

Durante y después de la Guerra Civil los sublevados en la provincia de Cáceres trataron desde el primer momento de controlar a la sociedad. Su manifestación más evidente estuvo en la creación de un nuevo orden desmembrando el establecido por la República e imponiendo el suyo propio. Para la implantación de este nuevo régimen social los grupos que apoyaron el levantamiento militar, animados porque el control absoluto sobre los ciudadanos debía pasar por medidas represivas amplias, ejecutándolas en su mayor sentido con grandes depuraciones, encarcelamientos masivos, ejecuciones, malos tratos físicos y psíquicos e incautaciones de propiedades a todo aquel que no se unió a la sublevación o no se sometió a sus pretensiones (situación que el régimen franquista mantuvo hasta el final de la dictadura).

Desde el 17 de julio de 1936, fecha en la que se produjo la rebelión militar en contra de la República, los acontecimientos bélicos dependían de la zona de la península en la que se producían. Hubo momentos de altísimo grado de crueldad, como suele ocurrir en las guerras entre hermanos.

Como nos indican los historiadores, los golpistas militares tenían preparada la ejecución de sus planes antes del 17 de julio, pues dentro de la UME (Unión Militar Española) que estaba presidida desde el exilio por el General Sanjurjo y a la que pertenecían los generales Mola, Franco, Goded, Soliquet, Fanjul, Ponte y Orgaz y Varela, se habían reunido en Madrid el día

8 de marzo de 1936 dispuestos a preparar una junta militar secreta para la organización y posterior ejecución de la rebelión o pronunciamiento que derribara el gobierno del Frente Popular emanado de las pasadas elecciones generales. Esta junta militar que contaba con la estructura de la UME llevaría a cabo los planes trazados estratégicamente a partir del día 17 de julio.

A primeros de julio los preparativos estaban ultimados. El General Mola era el gran organizador del golpe. En Navarra, los carlistas pusieron a su servicio todos los preparativos ya adelantados. Mola, apodado "el Director" entre los conspiradores, pretendía realizar un golpe de Estado clásico (un rápido golpe militar con la sublevación coordinada de todas las guarniciones militares) que provocara una inmediata caída del gobierno de la República. Al no salir este primer plan, Mola desde Navarra y Franco con el Ejército de África desde el sur, convergerían sobre Madrid, donde Fanjul habría sublevado los cuarteles. Sanjurjo viajaría desde Portugal a Madrid para encabezar un directorio militar parecido al formado por el General Primo de Rivera trece años antes. El doble asesinato del teniente Castillo y de Calvo Sotelo sirvió como justificación para comenzar la mayor tragedia de España del siglo XX.

La sublevación militar contra el gobierno legítimo de la República denominada por los golpistas "alzamiento nacional" comenzó por unidades militares el 17 de julio en Melilla. Días siguientes se habían sumado parte de las guarniciones militares, fracasando gran parte de ellas. El triunfo o fracaso de los sublevados dependió del grado de preparación del golpe, de la causalidad en muchos casos o de la situación política de cada región. Se impusieron rápidamente en Navarra, Galicia, Canarias, Mallorca, Aragón, Castilla norte

y las plazas africanas, fracasando en las regiones industriales y en las grandes ciudades.



FOTOGRAFIA Y BANDERA DE LA II REPÚBLICA

En Madrid, los sublevados apenas tuvieron éxito, con cortos pero sangrientos combates por masas de obreros y unidades fieles a la República, que fueron armados por los sindicatos.

En Barcelona todo dependía de que se pusiera al frente de la sublevación el General Goded, que antes había sublevado Mallorca, pero antes de su llegada a la ciudad condal la situación había sido controlada por las autoridades republicanas y de la Generalitat, aunque la intervención de los sindicatos ya armados fue determinante en especial por la CNT (Confederación Nacional de Trabajadores)

En Sevilla, el General Queipo de Llano logró sacar adelante la sublevación con insólita imaginación, utilizando la presión psicológica sobre la población a través de emisiones de radio, haciendo circular constantemente las escasas unidades de que disponía por la capital andaluza.

Quizá las primeras semanas de la sublevación fueron críticas y la suerte del Gobierno de la República se decidió en las reuniones de los dirigentes de uno y otro bando, más expertos en guerra por parte de los sublevados, lo que tal vez decantara que el conflicto se inclinara hacia los llamados nacionales. El General Sanjurjo, que debía encargarse de la dirección de la campaña de los sublevados, murió en un accidente de aviación dejando descabezada por un tiempo la jefatura de los nacionales. El gobierno republicano disponía de los medios suficientes para abortar el golpe de Estado, pero no supo moverse a tiempo.

El Gobierno de la República ante la consumación del Golpe de Estado, buscó posibles diálogos con los insurgentes demostrando en parte su escasa capacidad de reacción, ya que el día 18 de julio dimite Casares

Quiroga formándose un nuevo gobierno presidido por Martínez Barrio, que se opuso a entregar armas a los obreros ante el temor de que se produjera una revolución del proletariado dentro de la República al mismo tiempo que intentó entablar negociaciones con el General Mola. Después de rechazar las negociaciones Mola, las presiones socialistas aumentaron y el gobierno formado el 18 de julio de 1936 dimitió antes de que se acabara el día. José Giral encabezó el nuevo gobierno para transformar su labor y poder hacer frente a la guerra. Tomó una serie de medidas cambiando a la Guardia Civil en Guardia Nacional Republicana e incautando las tierras e industrias abandonadas por sus dueños. Más tarde, la marcha de la guerra fue más negativa para la República, pues el avance de las tropas sublevadas sobre Madrid provocó que Giral presentara su renuncia en septiembre. Se formó un gobierno de concentración con mayoría socialista encabezado por Largo Caballero que transformó totalmente el modo de llevar la guerra, lo que provocó una lucha interna en el gobierno republicano.

Sin un ejército regulado para enfrentarse contra el sublevado y con buena parte de los mandos que luchaban al lado de la República bajo sospecha, Largo Caballero tomó la decisión de formar en poco tiempo un ejército republicano parecido al Ejército Rojo. Para conseguirlo, Largo Caballero pretendió basar la fuerza del Ejército del Gobierno en la unión de los sindicatos UGT y CNT como fuerzas capaces de movilizar a los trabajadores al lado de la República.

Gran parte del partido Socialista se opuso a esta idea de Largo Caballero y principalmente fue el partido Comunista, fuerza pequeña al comienzo de la contienda pero con gran capacidad de dirección en la

guerra y con más apoyo por ser el receptor directo de la ayuda militar recibida desde la URSS, pretendiendo concentrar todo el poder en el Estado y sus partidos políticos, sustituyendo en el control de la guerra a los sindicatos.

El Gobierno de la República se trasladó a Valencia, junto a las Cortes, aprobando el estatuto de Autonomía Vasco. Más adelante, el Partido Socialista y el Partido Comunista entendieron que la victoria en la guerra civil dependía del entendimiento de todos los defensores de la República. El acuerdo entre socialistas y comunistas llevó en Cataluña a la creación del PSUC (Partido Socialista Unificado de Cataluña), que pretendía eliminar a la CNT y al POUM, lo que produjo trágicos enfrentamientos en las calles de Barcelona en mayo de 1937 que produjeron la dimisión de Largo Caballero, sustituyéndole al frente del gobierno republicano el también socialista Negrín, y quedando como Ministro de Defensa Indalecio Prieto, ilegalizando el POUM y exigiendo a la CNT que integrara a sus tropas a la disciplina militar.

El gobierno de Negrín pretendió controlar de nuevo la economía, especialmente una mayor producción que cubriera la carencia de víveres a pertrechos militares y civiles. Seguramente estas carencias y contratiempos continuos de la guerra fueron reduciendo la capacidad del gobierno hasta el final de la guerra, y ya a finales de la contienda, los miembros del gobierno republicano y una parte importante de los ciudadanos afines a la República emprendieron el camino del exilio.

No nos equivocamos al asegurar que al final de la guerra, la existencia de dos Estados y dos Gobiernos caracterizados por los enfrentamientos internos de la República disminuyó sus posibilidades de ganar.

Por el contrario, el bando sublevado se caracterizó por su rápida organización de dirección y la militarización del mando y la formación del nuevo Estado, tras la muerte del General Sanjurjo en accidente de aviación basado principalmente en el asentamiento en el poder de una sola persona: el General Franco, todo esto después de constituirse en Burgos una Junta de defensa presidida por el General Cabanellas para hacer frente a una guerra civil más larga de lo esperado.

En el bando nacionalista, tras conseguir la victoria, los carlistas pretendían la instauración de la monarquía dinástica en la persona del Príncipe Juan de Borbón. Los cedistas y los nacionalistas pretendieron la continuidad de la República totalmente transformada en una de corte autoritario y conservador y los falangistas exigieron la creación de un Estado fascista. Franco contó con la unidad quizá más profesional y efectiva del ejército nacional y con las simpatías personales de Hitler y Mussolini (con quienes su cuñado y consejero Serrano Suñer había negociado y conseguido grandes ayudas de material y efectivos militares) dos hechos importantes que sin lugar a dudas hicieron que Franco reuniera bajo su mando el 29 de septiembre de 1939 todo el poder civil y militar del nuevo estado siendo designado Jefe del Gobierno y Generalísimo de los Ejércitos. Este estado nacional fue reconocido inmediatamente por Italia, Alemania, Portugal y el Vaticano, dándole a Franco un gran aval diplomático internacional.

Franco rentabilizó muy rápido estas circunstancias, asumió todas las fuerzas del nuevo Estado, eliminando la posible competencia de liderazgo. Ya con un gobierno formal reunido en consejo de ministros, Franco ocupó la jefatura del Estado legitimándose en la jefatura suprema.

Las bases ideológicas tomadas por el nuevo régimen, fueron adquiridas del falangismo, con añadidos monárquicos y antiliberales, siendo lo verdaderamente importante la conquista del poder, a lo que se trató de dar posteriormente un plan ideológico de acuerdo al respaldo recibido por todos los participantes en la guerra que habían apoyado la sublevación.

Franco creó un partido único que respaldase su actuación e impidiera cualquier tipo de tensiones con el resto de participantes en el bando nacional. Para ello utilizó un sistema doble: por un lado la eliminación a veces incruenta de toda personalidad política que pudiera cuestionar su figura y liderazgo (por ejemplo, el líder ultra-nacionalista FAL Conde fue exiliado, Manuel Hedillo, líder falangista fue encarcelado) lo que junto a la ejecución en prisión de José Antonio Primo de Rivera por los Republicanos dejó a la Falange en manos de Franco y al mismo tiempo se prohibió la incorporación a filas a Javier de Borbón y Parma, pretendiente carlista y a Juan de Borbón, hijo y heredero dinástico de Alfonso XIII. Por otro lado, Franco decretó la unificación política de los cedistas, carlistas, monárquicos y falangistas con la creación de partido único, al que puso por nombre Falange Española Tradicionalista y de las JONS, cuyo jefe era él, Francisco Franco.

Según palabras de Serrano Suñer la implantación de un "régimen de mando único y partido único significó la superación de la administración militar creada para llevar a cabo la sublevación y el derrocamiento republicano y posteriormente su trasformación en un Estado de corte autoritario ordenancista".

A partir de 1938 se decretaron una serie de leyes, junto a unos programas encaminados a fundamentar jurídicamente el nuevo Estado estableciendo cauces

de control en los principales sectores del país (económicos, culturales y sociales).

El Fuero del trabajo fue sin duda la ley más importante en el mundo laboral. Esta ley otorgaba el derecho y exigía a la vez el deber del trabajo a todos los españoles, siendo la parte más trascendente de esta ley la eliminación de toda representación sindical de los trabajadores y la eliminación del derecho de huelga y asociacionismo.

La Iglesia apoyó táctica y explícitamente al bando sublevado, llegando a proclamar el cardenal primado Pla y Deniel el 30 de septiembre de 1936 la "Cruzada contra los hijos de Caín", legitimando el alzamiento desde el inicio de la contienda militar, por lo cual la Iglesia Católica recibió desde el comienzo importantes concesiones y la anulación de toda la legislación que había desarrollado la República respecto a éste.

Se volvió a restaurar con grandes honores a la expulsada Compañía de Jesús, fue suprimido el matrimonio civil y el divorcio. Los cementerios volvieron a ser gestionados por la autoridad eclesiástica y reingresaron de nuevo al sistema educativo todos los centros de enseñanza religiosos.

En este aspecto, lo más importante y destacable fue la transformación del papel de la Iglesia Católica, cuyos cometidos alcanzaron las bases de la política social del nuevo régimen, interpretados con luz propia de la doctrina social de la Iglesia.

Las dos leyes más significativas que ordenó el gobierno de Franco fueron las que directamente chocaron con los dos símbolos más emblemáticos que la República había pretendido llevar adelante: el campo y la prensa. Con la creación del Servicio Nacional de Reforma Económica y Social de la Tierra, Franco

consiguió ordenar la devolución de las tierras expropiadas o puestas en colectividad o repartidas entre el campesinado durante el gobierno de la República. Y con la ley de Prensa, que fue una legislación de la censura y la desaparición de toda libertad de expresión anularon todos los avances conseguidos por la República en prensa y libertad de opinión. A mediados del año de 1938 Franco y su gobierno habían conseguido articular otro Estado, pero ninguno de los sublevados había intuido que en los años venideros sería un modelo definitivo. Hubo muchas circunstancias que ayudaron a que este modelo acabara imponiéndose, como la guerra, la dirección de la contienda y principalmente el apoyo recibido de potencias extranjeras como Italia y Alemania.

Por desgracia, los españoles sabemos que la Guerra Civil duró casi tres años, siendo un avance casi constante de los sublevados. La guerra se partió en cuatro fases con grandes movimientos de tropas y con el choque de los frentes. A los sublevados les falló la primera fase, y al ocurrir esto, siguieron con el segundo proyecto de guerra ideado por los golpistas. Los ejércitos del norte, con el General Mola al mando y las tropas africanas conducidas por el General Franco desde el sur intentaron hacer una "pinza" al ejército republicano. Mola consiguió una conexión rápida en los territorios controlados por los llamados nacionales de la meseta, y Franco tuvo que realizar un gran puente aéreo, gracias a que contaba con la importante ayuda de la aviación alemana. La marina permaneció casi en su totalidad leal a la República. El Ejército Colonial de Marruecos controló rápidamente Cádiz y junto a la aportación del General Yagüe desde Sevilla los sublevados controlaron las ciudades de Málaga, Granada y Córdoba.

Con una pronta ascensión hacia Extremadura, los nacionales conseguían la comunicación necesaria y directa de las dos grandes zonas controladas por los sublevados. En Toledo, es muy importante destacar la acertada defensa del General más prestigioso a las órdenes del Ejército Republicano (el General Miaja) y también la respuesta entusiasta y con un muy alto grado de sentido de la defensa de la República por parte de su población, que además contó con la ayuda de las Brigadas Internacionales.

En Madrid, el frente establecido por la República opuso una dura resistencia, haciendo fracasar el segundo plan de los insurgentes, hecho que motivó la incorporación del personal civil al Ejército en la zona controlada por los llamados nacionales, la internacionalización de la guerra y el total liderazgo de Francisco Franco en el bando sublevado.

Con un Ejército formado en su mayoría por soldados italianos, Franco intentó una segunda ofensiva sobre Madrid, la cual fue frenada de nuevo (las famosas batallas de Guadalajara y del Jarama) cambiando los planes de ataques, centrándose en el frente norte.

En varios meses cayeron en manos franquistas importantes plazas: Bilbao en junio, Santander en agosto y Asturias en octubre. Mientras, el mando republicano se vio en la obligación de hacer dos maniobras de distracción para romper el cerco sobre Madrid y en Belchite para tomar Zaragoza, siendo rechazadas las dos tentativas.

La tercera fase de la guerra quedó determinada por el hecho de que el bando franquista logró dividir en dos partes el territorio controlado por el gobierno de la República. Durante algún tiempo, Teruel fue tomado por un bando y por el otro hasta el control

definitivo de las tropas sublevadas. Las tropas franquistas llegaron hasta el Mediterráneo y las tropas republicanas quedaron divididas en dos frentes incomunicados.

La Historia cuenta que esta campaña dio lugar a la larga y sangrienta batalla del Ebro, que duró desde junio a diciembre de 1938, siendo ganada finalmente por el Ejército sublevado, lo que marcó definitivamente la suerte de la República.

La cuarta y última fase de la guerra civil fue la caída de los dos territorios de control republicano. Desde diciembre de 1938 a febrero de 1939 Cataluña fue ocupada por el ejército de Franco y a finales de este mes Franco fue reconocido ya oficialmente como Jefe de Estado español por los gobiernos de Francia y de Gran Bretaña.

En marzo, el avance de las tropas de los nacionales sobre territorios republicanos fue constante y sin grandes obstáculos.

En Madrid se formó una Junta de Defensa para negociar el final de la guerra, a lo que Franco exigió una rendición incondicional. Tratando de evitar un sangriento asalto sobre Madrid, ésta cayó el 28 de marzo, y posteriormente fueron entregándose los grandes centros que aún estaban bajo el control del gobierno republicano cuyos habitantes habían partido hacia el exilio: Valencia, Murcia, Cartagena, Almería, Menorca...

El día 1º de abril ya todas las emisoras de radio anunciaron el último y definitivo parte de guerra, lo que fue el inicio de la recién nacida dictadura de Franco. El final de ese parte de guerra decía: "En el día de hoy, cautivo y desarmado el Ejército rojo, han ocupado las tropas nacionales sus últimos objetivos militares. La guerra ha terminado."

La suerte del resultado de la Guerra Civil Española fue marcada por la ayuda considerable de Alemania, Italia y Portugal hacia el Ejército sublevado encabezado por Franco y por otro lado la neutralidad o no intervención de Francia y Gran Bretaña en apoyo del gobierno de la República. Estas intervenciones inclinaron la balanza de la cruel y devastadora guerra hacia el lado franquista.

La Historia nos demuestra que esta guerra no fue exclusivamente una guerra civil, de hecho hay quien la considera una primera fase de la segunda guerra mundial. Se ha asegurado que el mayor elogio que se puede decir de la II República consistió en recordar lo que intentó ser. Hasta nuestros días nunca como entonces España había logrado una democracia tan avanzada y comparable a las más progresistas de la Europa occidental de aquella época.

Los años pasados demuestran que la causa determinante de la ruptura de la experiencia democrática republicana radicó en la negación de una parte de la sociedad española por intereses corporativos o personales, temiendo a una revolución o la pérdida de cierta identidad nacional. Esta parte de la sociedad quiso (y consiguió) destruir a la joven República.

En resumen, la Guerra Civil Española fue el enfrentamiento entre los que pensaban en poner fin a la República y los que lucharon por defender su persistencia emanada (no lo olvidemos nunca) de unas elecciones libres.

El resultado de este enfrentamiento fueron tres años de muerte y destrucción, unos 600.000 muertos por causa de la guerra y otros 250.000 detenidos que debido a la guerra quedaron internados en campos de concentración. De estos últimos, un gran número acabó

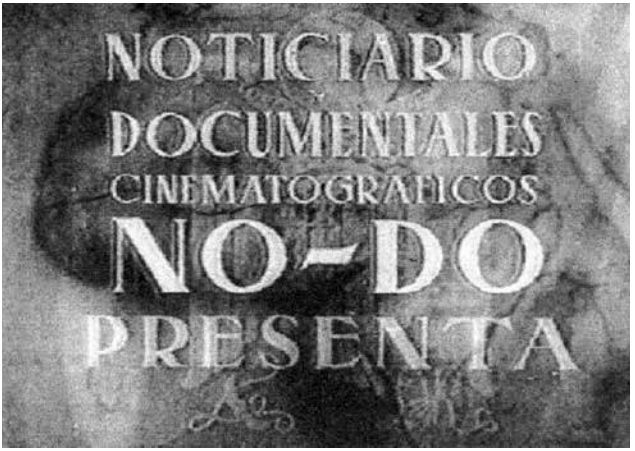
perdiendo la vida a manos del Ejército franquista, que salió victorioso de la guerra.

Aproximadamente unos 290.000 españoles partieron hacia el exilio. Triste y negro balance para la historia de España de los años 40.

El último parte de guerra, aquel del día 1 de abril (día que pasó a llamarse "día de la victoria") que terminaba con la frase: "la guerra ha terminado", no preveía que la paz aún tardaría en llegar a España; más de cuarenta largos años.



PRIMER GOBIERNO FRANQUISTA - AGOSTO 1939



CARÁTULA DEL NODO

CAPITULO VI
Posguerra y represión

Tras la última visita que Antonia realizó a la prisión de Cáceres para visitar a su marido, Carpo parecía seguir estando ausente. Además todos los presos estaban ya informados de los avatares de la guerra y de la caída de la República.

Los nacionales habían vencido y los presos políticos temían por sus vidas. Dudaban sobre cuáles serían las directrices que Franco marcaría en relación a los cerca de 300.000 prisioneros que había en las cárceles españolas a finales de mayo de 1939.

Una mañana, en la prisión de Cáceres, Fortunato comentó a Carpo y a Santiago;

—Ya acabó la guerra. Ahora debemos estar tranquilos pues he oído decir que Franco ha cambiado de estrategia y que todas las condenas menores se rebajarán siempre que no haya habido delitos de sangre.

El régimen franquista necesitaba en aquellos momentos a hombres fuera de las cárceles para trabajar y levantar de nuevo el país, que había quedado en una ruina total.

Los meses fueron pasando en la prisión de Cáceres. El día 13 de julio de 1939 se hizo firme la sentencia contra Epifanio Basilio Meno Trevejo, vecino de Navas del Madroño y Policarpo Magdaleno Carrera, vecino de Mirabel, condenados a seis años y un día de prisión mayor cada uno por el delito de Incitación a la rebelión. Paradojas del destino: quienes se habían rebelado, los sublevados, se habían levantado contra el poder legalmente constituido en elecciones libres,

es decir, contra la II República, ahora acusaban y condenaban a hombres y mujeres que quisieron defender la ley establecida y al legítimo gobierno emanado de las urnas en unas elecciones democráticas en las que ganaron los representantes del pueblo llano. En estas elecciones la derecha tradicionalista, la iglesia y la población burguesa no asumió que el Frente Popular era el representante mayoritario que los votantes habían elegido. Cuando la derecha y la burguesía no consiguen ganar unas elecciones democráticamente (como ocurrió en abril de 1936), se levantan en armas para conseguir a través de golpes militares y de ejércitos a su servicio lo que no consiguieron dentro de las urnas.

Un escrito que obra en poder de la familia de Carpo, escrito redactado a mano por Don Miguel Muñoz, oficial de segunda honorífico del Cuerpo Jurídico Militar y Juez Instructor del juzgado militar número 2 de Cáceres, dice textualmente:

Asunto de proceso:

Resultando: que el paisano y vecino de Mirabel, Policarpo Magdaleno Carrera, de antecedentes Marxistas, fue visto el día 20 de julio de 1936 en unión de otros marxistas con una escopeta en el pueblo de su vecindad.

Considerando: que por lo expuesto cabe reputar autor al ya citado Policarpo Magdaleno Carrera, de un delito de Auxilio a la Rebelión, previsto y sancionado en el artículo 240 del código de Justicia Militar.

Considerando: que conforme con lo que disponen los artículos 421 del código de Justicia Militar y 384 de la ley de Enjuiciamiento Criminal ordinaria, es procedente declarar el procesamiento de una persona; desde que contra la misma aparecen indicios racionales de criminalidad.

Vistos: los artículos citados y demás disposiciones de general aplicación:

S. Sª, por y ante mí el secretario dijo: Que debía decretar y decretaba el procesamiento de Policarpo Magdaleno Carrera, como supuesto autor de un delito de auxilio a la rebelión, del artículo 240 del código de Justicia Militar, el que continuará en prisión, recibiéndose declaración indagatoria y haciéndole saber la facultad que tiene de nombrar defensor que le represente y defienda, cuyo nombramiento ha de recaer en un oficial del Ejército.

Póngase este auto en conocimiento del Iltmo. Sr. Auditor del guerra de la VII Región Militar y de la prisión y ofíciese al Sr. Juez municipal de Mirabel copia de que se remita copia de la partida de nacimiento y antecedentes penales de el encausado.

Así lo mando y firma D. Miguel Muñoz Oficial Segundo Honorífico del Cuerpo Jurídico Militar y Juez Instructor del Juzgado Militar nº 2 de esta plaza.

En Cáceres a primero de febrero de mil novecientos treinta y nueve.

Simplemente con este informe se condenó a varios hombres de Mirabel en consejos de guerra y consejos sumarísimos encarcelándolos con penas mínimas de seis años y un día de prisión mayor y condenas económicas a pagar por los presos como responsables políticos según el tribunal con cantidades que ascendían de cien pesetas cada uno en adelante.

Éstas eran decisiones políticas tomadas por militares que no se parecían en nada a lo que es o debe ser la Justicia, la cual fue utilizada por los vencedores de la contienda a su antojo y deseo.

Carpo y Constantino contaban que la prisión de Cáceres, conocida entonces como cárcel vieja, que fue prisión provincial, era una auténtica mazmorra; tenía

capacidad para cincuenta o sesenta presos, pero ésta se vio duplicada y en ocasiones triplicada por presos hacinados que traían de todos los rincones de la provincia de Cáceres. Tenía un patio muy reducido y sin apenas ventilación. En general, eran unas instalaciones con total insalubridad. La comida de los presos, cuando la había, no pasaba de estar compuesta por sopa y poco más.

Carpo, al ser informado de su condena se tranquilizó en cierto modo, pues así quedaba registrado en el Ministerio del Ejército (Comisión Central de Penas) lo que evitaría que pudieran sacarle a altas horas e la noche con cualquier excusa para darle el paseo y dejarle muerto en una cuneta tal y como le ocurrió a tantos y tantos presos de izquierdas durante los tres años que duró la guerra.

A través de sus compañeros de prisión, Carpo comunicó a su esposa la condena que le habían impuesto, pues él no estaba en condiciones ni tan siquiera de firmar una carta debido al mal estado físico y psíquico en el que se encontraba.

Antonia, en casa, al recibir la noticia, primero se decepcionó, pues esperaba que su marido quedara libre en poco tiempo, ya que en su última visita a la prisión le había encontrado abatido y muy desmejorado, decepción que se fue transformando en miedo, pues tras el intento de Carpo de acabar con su vida, temió su desesperación al saber que tendría que estar en la cárcel hasta abril de 1943. Era mucho tiempo y Carpo no estaba en condiciones de aguantar tanto en prisión, de modo que Antonia se apresuró a hacerle una visita a Cáceres.

—¡Policarpo Magdaleno! ¡Tienes visita! —gritó un falangista.

Eloy, buen compañero de Carpo avisó a su amigo:

—¡Date prisa, Carpo, que ha venido Antonia a verte y no tenéis mucho tiempo!

Cuando se encontraron, marido y mujer se unieron en un fuerte abrazo. Sin poder contener las lágrimas, Antonia dijo:

—¿Te das cuenta, Carpo? Dentro de poco te tendremos en casa.

—No sé, no sé... —contestó Carpo cabizbajo.

—Que sí, hombre... ¡Ya verás cómo conseguimos que te reduzcan la pena! —intentó animarlo Antonia— He estado hablando con gente del pueblo y sé que a algunos vecinos les rebajaron la pena de seis a tres años. ¿Por qué no iban a hacer lo mismo contigo? ¿Por qué no íbamos a tener la misma suerte nosotros?

Carpo no levantaba la cara. Se le veía aún triste.

—Tú anímate —continuó Antonia—. Recurriremos la sentencia a la Comisión Provincial de Penas de Cáceres. En el pueblo me pueden hacer un escrito, y yo te lo mandaré en una carta para que tú solamente tengas que firmarlo y entregarlo aquí en la prisión.

Antonia era una mujer con gran confianza en sí misma. No sólo estaba sacando adelante a tres hijos pequeños, sino que además encontró fuerzas para animar a su marido y conseguir tenerle en casa en el menor tiempo posible. Carpo siempre tuvo presente que su esposa fue la que hizo que él recobrara las ganas de vivir y posiblemente ella fue el único motivo que le hizo salir vivo de la cárcel.

En el transcurso de unos quince días, Carpo impregnó su dedo en tinta y firmó con su huella dactilar la solicitud de conmutación de parte de la pena. Después entregó el escrito en la cárcel para dirigirlo al Ministerio del Ejército.

Pasaban los meses y Carpo y sus compañeros de prisión soportaban a duras penas el hacinamiento, los malos tratos y la falta de una nutrición más o menos elemental.

En la Navidad de 1939 Antonia volvió a visitar a su marido y esta vez se llevó con ella a su hijo mediano, con la intención de que Carpo, al poder abrazar a uno de sus hijos, recuperara un poco los ánimos.

Las visitas no podían ser muy frecuentes pues no había muchos medios, ni económicos ni materiales, para viajar hasta Cáceres. Además, los pocos reales que poseían las familias de los penados eran necesarios para otros bienes, ya que tenían lo mínimo para sacar adelante a los hijos.

Aquel día, Santiago (que seguía en la cárcel junto a Eloy, Santiago "el salero", Fortunato y Carpo, todos vecinos de Mirabel) vio que Antonia se dirigía hacia las oficinas para solicitar la visita a su marido, así que se apresuró a avisar a su amigo:

—¡Carpo! ¡Venga, vamos, arriba, que tienes visita!

—¿Quién viene a verme en un día como éste?

—¡Es tu mujer, y viene con uno de los niños!

A Carpo le brillaron los ojos al escuchar a su compañero. Se aseó rápidamente y esperó con impaciencia a que le comunicaran que podía recibir la visita de su mujer y de su hijo, de aquél que contaba por entonces seis añitos, casi siete ya, y apenas había tenido tiempo de conocer a su padre, ya que Carpo llevaba en la cárcel desde octubre de 1936.

Lo que pasó por la mente del niño cuando vio de nuevo a su padre es algo que nos podemos imaginar, pues incluso nos cuesta hacerlo con lo que pasó por la de Carpo, a pesar de que en innumerables ocasiones contaba que fueron momentos tan importantes que

a veces no tenía palabras suficientes para explicar las sensaciones tan intensas que vivió ese día. Él no estaba recuperado del todo, pero sí se daba cuenta de lo que ocurría a su alrededor. Veía a su hijo y lloraba sin ningún pudor al encontrarse de nuevo con él y con su mujer.

—¿Lo ves, Carpo? ¡Seguro que pronto pasará todo! ¡Mira qué grande está ya el niño!

—Ya lo veo. ¡Hijo mío, dame un abrazo! —repetía Carpo— Soy tu padre. ¿Te acuerdas de mí?

El niño solo asentía con la cabeza, abrumado por ver a su padre que lo abrazaba fuertemente.

—Claro que te recuerda —dijo Antonia—, ¿cómo no va a acordarse de su padre?

Dejó que padre e hijo se abrazaran durante unos minutos. Después Antonia susurró a Carpo:

—Tienes que animarte. Me he informado y sé por fuentes casi oficiales que dentro de dos o tres meses revisarán tu condena. Hay muchas posibilidades de que te suelten, así que pronto volverás a casa con nosotros. Dile a Santiago, a Cándido y a Eloy que su libertad condicional está ya muy próxima, tanto como la tuya. Quizá en marzo o abril os concedan a todos esa libertad según las órdenes ministeriales recibidas desde Madrid.

Esta información fue algo imposible de entender por los presos. Tenían ideas tan pesimistas que no podían creer que eso pudiera suceder a corto plazo. Pero esta comunicación de Antonia fue un rayo de esperanza muy fuerte, responsable de que pudieran esperar con más tranquilidad su salida de la cárcel.

Fueron algunos meses más de los que Antonia había previsto los que hicieron falta para que Carpo consiguiera la tan ansiada libertad condicional. La sentencia

fue firmada el día 15 de enero de 1940, pero hubo de esperar hasta el mes de septiembre para salir de la cárcel. Ésta fue la sentencia firmada por el Tribunal Regional de Responsabilidades Políticas:

SENTENCIA.

Señores:

Teniente Coronel Presidente: D. Francisco Dávila García

Vocales: D. Enrique Moreno Albarrán y D. Ángel Mancha Godoy.

En la ciudad de Cáceres, a quince de enero de mil novecientos cuarenta.

Visto por este Tribunal Regional de Responsabilidades Políticas el expediente número 103 del Juzgado Instructor de Cáceres, seguido contra Epifanio Basilio Moreno Trevejo y Policarpo Magdaleno Carrera, vecinos de Navas del Madroño y Mirabel, y solventes, siendo Ponente el Juez de Primera Instancia e instrucción D. Enrique Moreno Albarrán.

RESULTANDO: Que iniciado este expediente por virtud de testimonio de sentencia dictada por causa seguida por el delito de Excitación a la rebelión en la que fueron condenados a la pena de seis años y un día de prisión mayor cada uno con las accesorias correspondientes y reducida la tramitación del mismo a los extremos a que la concreta lo dispuesto por el artículo cincuenta y tres de la vigente Ley de Responsabilidades Políticas, o sea, limitada la investigación a reclamar de las autoridades que menciona el número segundo del artículo cuarenta y ocho, informes relativos a los bienes de los inculpados, haciéndoles las prevenciones tercera, cuarta y quinta del precedente cuarenta y nueve, de la relación jurada a que obliga la tercera de las prevenciones indicadas aparece que los encartados Epifanio Basilio Moreno Trebejo y Policarpo Magdaleno Carrera, no poseen bienes de ninguna clase ni deudas, estando bajo el amparo de cada uno de ellos tres hijos menores de edad.

RESULTANDO: Que tanto por el Juzgado Instructor durante el periodo de su tramitación como por este Tribunal se ha prestado el debido cumplimiento a los preceptos adjetivos de la Ley y que los expedientados han hecho uso del derecho de defensa en el momento oportuno.

CONSIDERANDO: que habiendo sido los inculpados objeto de condena por sentencia dictada por el consejo de Guerra ordinario de la plaza de Cáceres de fecha 13 de julio de 1939 en causa seguida por el delito de excitación a la Rebelión es visto que se hallan incursos en responsabilidad política por razón de hallarse tal caso en el apartado A) del artículo cuarto de la ley de nueve de febrero último y sujeto a la sanción económica exclusivamente, según preceptúa el párrafo final de su artículo diez y en cualquiera de las modalidades en el grupo tercero del octavo de la misma Ley, aplicada siempre con la humana moderación que la propia Ley pretende.

Vistos, además de los citados del párrafo último del artículo doce, los catorce, quince, cuarenta y cinco, cuarenta y nueve, cincuenta, cincuenta y cinco y siguientes del mismo cuerpo legal, y los demás relacionados y de general aplicación, por unanimidad.

FALLAMOS: que debemos condenar y condenamos a los expedientados a que satisfagan al Estado por vía de indemnización, como responsables políticos, la cantidad de CIEN PESETAS cada uno de ellos.

Notifíquese en forma la presente resolución a los encartados. Así por esta nuestra sentencia, juzgando, lo pronunciamos, mandamos y firmamos.

Carpo recibió con alegría la noticia, que se hizo firme el 29 de septiembre de 1940. Le fue comunicado a través del certificado firmado por el Director de la Prisión Provincial de Cáceres y Presidente de la junta de Disciplina. Este certificado dirigido a Carpo decía así:

Don Miguel Martinez Casas, Director de la Prisión Provincial de esta capital de Cáceres y Presidente de la Junta de Disciplina de la misma.

CERTIFICO: que la Junta de Disciplina de este establecimiento, en sesión de hoy, ha dado cumplimiento a Orden Ministerial, según telegrama de la Dirección General. Por lo que se concede libertad condicional al penado Policarpo Magdaleno Carrera atendiendo a su buena conducta.

El liberado fijará su residencia en Mirabel (Cáceres) y estará bajo el patrocinio y vigilancia de las Autoridades locales del pueblo en que va a residir o de aquel en que por necesidad se traslade, hasta que se le conceda la libertad definitiva por su buen comportamiento o reingrese en la Prisión de procedencia por su mala conducta.

Y para que conste y de conformidad a lo mandado se expide la presente en Cáceres a 29 de septiembre de 1940.

Ya firme su libertad Carpo anhelaba el momento de llegar a su casa con los suyos. Desde que Antonia había comunicado a Carpo que el tribunal se reuniría en dos o tres meses (el 15 de enero de 1940) hasta que se llevó a cabo esta reunión y posterior decisión de libertad condicional (29 de septiembre de 1940), había pasado mucho tiempo, lo que demuestra la dejación y el escaso interés de los tribunales militares de esa época por hacer llegar a los interesados sus documentos o sentencias de libertad que los presos estaban pendientes de recibir.

Los convictos no tenían la menor oportunidad de exigir ninguno de sus derechos ante esta situación. Sólo les quedaba esperar que alguien intercediera por ellos o que les acompañara la suerte y que los papeles salieran por sí solos.

Estando notificada la libertad condicional, Carpo no se encontraba en condiciones físicas para hacer el viaje de vuelta a casa desde Cáceres a Mirabel, de manera que Antonia pidió a Felisa, prima hermana de Carpo; que Zoilo su marido se desplazara hasta Cáceres para recoger junto a Antonia a Carpo a la salida de la cárcel. Como en Mirabel había una estación de ferrocarril el viaje sería más cómodo y fácil.

A la llegada a Cáceres, Antonia y Zoilo se fueron a la prisión:

—¡Hola Carpo! —dijo Antonia con cara de satisfacción a su marido. Carpo no pudo decir palabra alguna, simplemente se abrazó a su mujer y no dejó de repetir en varias ocasiones

¡Antonia! ¡Querida. ¡Antonia querida!

Fueron momentos de gran emoción que Carpo en la vida podría olvidar.

Antonia comentó:

—!Mira quién viene conmigo! Tu primo Zoilo.

—Hola, primo ¡Eres tú, primo! ¿Qué tal estás?

Los primos se saludaron con caras sonrientes, como si acabaran de recuperar cada uno a un hermano perdido.

—¿Cómo está mi prima Felisa y el resto de la familia? —quiso saber Carpo, que hacía mucho que no tenía noticias de ellos.

—Están todos muy bien. No te preocupes, Carpo. Todo está arreglado y ellos están esperando impacientes a que llegues para darte un abrazo fuerte. Ahora despreocúpate de todo. Solamente tienes que descansar y olvidar todo lo que ha pasado.

En el camino que recorrieron desde la prisión a la estación de ferrocarril, Antonia no dejó de hablarle a su marido, contándole cosas del pueblo e intentando

animarle en todo lo posible, pero Carpo estaba como ausente. De hecho, ya en el tren de camino a Mirabel, no paraba de decir:

—¡Borrega!, ¡borrega!, ¡borrega! —Y su mirada estaba perdida en algún punto del horizonte a través del cristal. También repetía continuamente—: ¿Y los otros? ¿Dónde están mis compañeros?

Antonia y Zoilo, intentando calmarle, le contestaban:

—Vienen ahí detrás, no te preocupes. Vienen detrás de nosotros. Ahora cuando lleguéis al pueblo os juntaréis y podréis reuniros todos con los hijos y el resto de la familia. Venga, tranquilízate. Intenta dormir un poco.

A pesar de los intentos de Antonia por calmar a Carpo, éste hizo el viaje intranquilo y lleno de desasosiego.

A la llegada al pueblo la abuela Cesárea, los niños y los demás familiares y algunos vecinos esperaban en la estación de ferrocarril al igual que otras esposas, familiares e hijos de otros presos que también regresaban a Mirabel desde la cárcel de Cáceres.

—¡Ya llegan! ¿Son ellos o no?

Cesárea, impaciente entre todos los vecinos que allí se congregaban, les decía a sus nietos:

—¡Hijos míos! ¡estad atentos, que ahí llega ¡vuestra madre !,con vuestro padre…

—Pero... ¿Se va a quedar padre con nosotros para siempre? —quiso saber Esperanza, la mayor de los hermanos.

—Claro que sí, hija. Esperemos que sí —dijo la abuela.

Hacía mucho tiempo que la estación de Mirabel no había tenido tanta gente esperando el tren, tan emocionadamente.

—¡Carpo! ¡Zoilo! ¡Estamos aquí! —gritaba la abuela Cesárea moviendo los brazos en alto— ¡Estamos aquí!

—¡Mira, Carpo! —decía Antonia— ¡Ahí están tu madre y tus hijos! ¡Vamos con ellos!.

Ayudaron a Carpo a bajar del tren con la vieja maleta de cartón que traía y se apresuraron a reunirse con la familia.

Aquellos instantes aún están grabados en la memoria de los hijos de Carpo. Con lágrimas de emoción se abrazaron a su padre y no le soltaron en todo el camino de regreso a casa. El semblante de Carpo que cambió instantáneamente, ahora radiaba de felicidad. Abrazado a Antonia, a su madre y a los niños repetía:

—Ya estoy con vosotros... ya estoy en casa... ¡cuántas ganas tenía de veros a todos otra vez!

Tras su vuelta al pueblo, todo indicaba que el calvario de Carpo en la cárcel había terminado. Sin embargo no todo iba a ser fácil para él, pues tardó bastante en recuperar la salud, y además seguiría siendo controlado por el régimen franquista ya que había salido solamente en libertad condicional, por lo que tenía que tener cuidado ya que al menor descuido o equivocación podía volver a ser ingresado en prisión pues su condena no acababa hasta noviembre de 1943. Además en la sentencia condenatoria también se obligaba a Carpo, como a muchos otros presos, a satisfacer al estado por vía de indemnización como responsable político la cantidad de cien pesetas, lo que era mucho dinero en los años cuarenta.

Los vencedores de la guerra civil española no se conformaron con todo el sufrimiento que habían hecho pasar a los hombres y mujeres que defendieron la República sino que además les hacían abonar multas

e indemnizaciones imposibles ya que en la mayoría de los casos no tenían (o ni siquiera ganaban) lo suficiente aun cuando trabajaran de sol a sol.

En el caso de Carpo, no se vio libre de esta multa hasta dieciocho años después. Fue por un decreto firmado por el jefe del Estado Francisco Franco el 24 de septiembre de 1958 que le fue notificado a Carpo el 18 de marzo de 1959 por el juez de instrucción del partido del Juzgado de Instrucción de Garrovillas (Cáceres) por el que se le indultaba la sanción económica pendiente así como del posible embargo de los bienes que pudiera tener retenidos.

El documento decía así:

Juzgado de paz. Mirabel (Cáceres)

S.S. el Ser. Juez de Instrucción del Partido, en escrito de fecha 10 de marzo actual, me dice lo siguiente:

De orden del Señor Juez y en cumplimiento de exhorto del Juzgado de Instrucción de Garrovillas, al que da cumplimiento a comunicación de la Comisión Liquidadora de Responsabilidades Políticas dimanante de expediente instruido contra Policarpo Magdaleno Carrera, residente en esa localidad, dirijo a V. La presenta a fin de que haga saber a dicho expedientado o a sus familiares más próximos que por Decreto de 24 de septiembre de 1958 otorgado por S.E. el Jefe del Estado, se le ha concedido indulto de la sanción económica pendiente de cumplimiento o ejecución que le fue impuesta por la Jurisdicción de Responsabilidades Políticas. Que se le requiera para que precisen si existen actualmente, retenidos o embargados bienes de la propiedad de referido sancionado.

Devolverá la presente cumplimentada.

Dios guarde a Vd. Muchos años.

Lo que comunico a Vd. Para el debido conocimiento y efecto.

Los días que siguieron a su llegada al pueblo fueron muy extraños, pues, según cuenta Esperanza, Carpo se pasaba los días sentado en un cajón de madera en la puerta de su casa, y con la mirada perdida repetía:

—¿Y los otros compañeros?... ¿Dónde están los otros compañeros?....

Antonia había aprendido un poco del oficio de zapatería, así que se apresuró a aprender todo lo que le faltaba y mientras su marido mejoraba ella sacaba algunos reales haciendo trabajos para los vecinos del pueblo. Ella quería animar a Carpo y le decía:

—Mira, Carpo. Desde que estás en casa no paran de traerte zapatos para arreglar y encargos para hacer zapatos nuevos. Tienes que recuperarte para que podamos entregar todos los encargos a tiempo...

Los vecinos de Carpo le daban sus encargos porque además de confiar en la profesionalidad de Carpo, también querían ayudarle a él y a su familia a salir adelante en la nueva etapa de su vida tras el paso por la cárcel. La familia del zapatero y él siempre decían que en el pueblo la mayoría de la gente se habían portado excelentemente con las familias de los presos políticos durante la estancia de éstos en prisión y con ellos mismos a su regreso a casa., por supuesto, a excepción del grupo de falangistas y la Guardia Civil que se quedaron con el control del pueblo y aprovechaban la menor oportunidad para jactarse de los presos, para menospreciarlos, abusar de ellos o burlarse constantemente.

Desde septiembre de 1940 hasta noviembre de 1943 Carpo tuvo que presentarse semanalmente en el Cuartel de la Guardia Civil para justificar todo lo que hacía cada día, sin poder salir del pueblo sin un permiso especial, hasta la concesión definitiva a finales de 1943.

Un ejemplo de ello es la instancia que obra en poder de la familia de Carpo por la que se le concede a éste una autorización para hacer un viaje por la provincia para poder comprar los materiales que necesitaba para su trabajo. La carta dice textualmente:

Vista la instancia dirigida por el Liberado Condicional de este Establecimiento Policarpo Magdaleno Carrera, en suplica de que se le conceda autorización para hacer un viaje mensual dentro de esta provincia; a fin de poder adquirir los materiales necesarios en su profesión para poder solventar su situación económica, la Junta de Disciplina de este Establecimiento en su sesión ordinaria del día veinte de los corrientes, ha acordado acceder lo solicitado por dicho liberado.

Cáceres, a 21 febrero 1940.

Carpo se iba recuperando. Mientras, los hijos mayores estaban atendidos por la abuela Cesárea para que Antonia pudiera trabajar más tiempo en la zapatería a quien ya iba ayudando Carpo un poco más cada día, sobre todo en los trabajos más complicado. El incorporarse a la vida laboral también hacía que Carpo recuperase su estabilidad emocional.

Ya a primeros de 1941 Carpo estaba casi recuperado y en unión de su esposa podía dar salida a todo el trabajo acumulado perfectamente.

Antonia le decía:

—¿Lo ves, Carpo? Ya te dije que todo pasaría.

—Tienes razón, poco a poco todo ha pasado...

—Ahora que estás recuperado tienes que ponerte manos a la obra y sacar algún cuarto más. Todo el dinero que saquemos ahora es poco... pues en el mes de julio nacerá nuestro cuarto hijo.

Con una alegría, que hacía mucho tiempo no se veía en los ojos de Carpo, contestó a su mujer:

—¡Claro que sí, mujer! Esto es lo que me faltaba para acabar de recuperar las fuerzas. Voy a trabajar aún con más ahínco para cubrir los pagos y comprar todo lo necesario para el hijo que nos va a nacer.

Mientras, en Mirabel, los nuevos gobernantes seguían controlando la situación y los ex-convictos tenían que seguir sufriendo un registro exhaustivo en lo referente a sus vidas. Carpo cuenta que una noche, estando reunidos en una taberna cuatro o cinco vecinos del pueblo, todos socialistas y republicanos que habían pasado por la cárcel, se presentó en la misma Justo, el alguacil, uno de los falangistas que controlaba el pueblo en un estado de ebriedad bastante evidente. Al entrar gritó:

—¡Buenas noches para todos menos para los rojos!

Algunos de los hombres contestaron obligados. Carpo y Constantino aguantaron el provocador comentario del recién llegado y siguieron a lo suyo. Se dieron prisa en acabar los vinos que estaban tomando y cuando se dirigían a la puerta para abandonar la taberna el falangista les inquirió:

—¿Dónde vais? ¡quietos ahí! ¡De aquí no se mueve nadie hasta que no se brinde a mi salud!

Constantino no pudo evitarlo, y con el rostro rojo de ira le contestó:

—¿Es que acaso no tienes bastante con lo que nos has hecho ya? ¿no es bastante lo que nos has hecho sufrir?

Carpo cogió del brazo a su amigo y le dijo:

—Venga, no le des importancia. ¿No ves que lo que pasa es que está borracho y quiere provocarnos? No le hagas caso. Vámonos.

Cuando se acercaron a la puerta el falangista gritó aún más fuerte:

—¡He dicho que brindéis a mi salud!

Seguidamente se abalanzó sobre Constantino que sacó una navaja del bolsillo y le dijo:

—¡No aguanto más toda tu burla y chulería! ¡Hoy vas a dejar de atormentarnos. Aunque me cueste la vida no vas a volver a amargarnos más!

—¡Quieto, Constantino! —gritaron Carpo y los demás, mientras intentaban parar al enfurecido Constantino— ¿No ves que esto puede ser nuestra perdición y la de nuestras familias?

Carpo lo sujetó y le arrastró hacia la calle.

—¡Llevaos vosotros al otro si podéis!

Según Carpo este falangista que había entrado tan bravo a la taberna había sido, desde el mismo día de la sublevación, como un látigo sobre ellos. Desde su comienzo en el Ayuntamiento abusó del cargo que tenía; denunció a un gran número de vecinos por la supuesta integración en partidos de izquierdas y después declaró contra ellos contribuyendo a encarcelar a la mayoría. A Carpo lo denunció no por ser un hombre de izquierdas sino por evitar pagarle una deuda que tenía contraída con él de trescientas pesetas por trabajos de zapatería que Carpo le había hecho. Además, todo el tiempo se lo pasaba asustándole y denunciándolo por cualquier motivo, aunque la denuncia fuera injustificada. Tras denunciar a los vecinos, si conseguía encarcelarlos, se mofaba de sus familias por el sufrimiento que les estaba haciendo pasar. Carpo contaba a sus hijos que en muchas ocasiones Florencia, la esposa del alguacil, que además era muy amiga de Antonia, había ido al taller para que la dejaran utilizar la máquina de coser y así arreglar su ropa o zapatos, pues en el pueblo la de Carpo era la única máquina de coser que había. Carpo y Antonia nunca pensaban

que este individuo les iba a destrozar la vida a ellos y a tantos vecinos. No se esperaban que la vida fuera tan cruel, que las personas a las que habían ayudado se volvieran en su contra. El alguacil no sólo había sido el origen de sus desgracias, sino que fue el causante de que Luis González, el anterior jefe de la Falange, quien retiró la guardia de la cárcel en el mes de julio de 1936, porque no quería muertos en el pueblo, fuera degradado e incluso encarcelado. Había perseguido prácticamente hasta la muerte a todos los hombres y mujeres de Mirabel, por eso no era extraño que Constantino hubiera perdido los nervios y hubiera estado a punto de cometer una locura, aunque, afortunadamente para todos, no llegó a ocurrir nada. Contaban los vecinos del pueblo que este individuo siguió con la misma actitud durante muchos años, lo que fue una desgracia para bastantes familias de Mirabel.

En el taller de zapatería de Carpo no faltaba el trabajo para cada día. Estaba consiguiendo volver a coger parte de la clientela que tenía antes de la guerra y mes a mes iba asentándose un poco más la situación familiar.

El día 6 de julio de 1941 nacía en Mirabel el cuarto hijo de Antonia y de Carpo. Le pusieron por nombre Antonio, como la madre, quizá porque ésta había conseguido engendrarlo después de mucho sufrimiento y porque había luchado mucho por conseguir unir de nuevo a la familia; se había enfrentado con éxito a todas las adversidades que se le presentaban.

Ya eran seis miembros en la familia. Aunque los hijos fueran aún pequeños, participaban en los oficios de la casa, por supuesto, dentro de sus posibilidades. Esperanza tenía once años, era casi una mujercita y se ocupaba con su madre de las tareas del hogar y

del cuidado de los hermanos pequeños. En ocasiones, Esperanza cuenta que ella no había podido disfrutar prácticamente de su infancia ni de su juventud, pues al ser la mayor y además mujer, le tocó desempeñar un papel muy importante ayudando a sus padres en todo lo necesario. Esperanza cuenta:

—Cuando ya era más mayor, con diecinueve o veinte años, sólo podía ver a mi novio un rato, y además tenía que llevar conmigo a alguno de mis hermanos de la mano. Las fiestas y verbenas del pueblo las visitaba de lejos pues siempre tenía cosas que hacer y no podía entretenerme.

Esperanza siempre ha sido, hasta la muerte de Carpo, la hija más apegada a él, quizá por ser la que más vivió a su lado y la que más recuerda todos los esfuerzos realizados por sacar la familia adelante.

Carpo viajaba a Plasencia una vez al mes, como le habían permitido, a comprar materiales o herramientas para su trabajo. En cada uno de los viajes a esta ciudad, se iba convenciendo más de que si algún día lo precisara podría ampliar su negocio abriendo un taller allí, o recoger trabajos para hacer en casa. En Plasencia había familias pudientes que podían gastar más dinero y ya le habían hecho algunos encargos y habían quedado muy contentos con las hechuras de los botos que realizaba Carpo.

Aquellos años eran muy difíciles para muchos de los españoles, el país había quedado arrasado tras los cruentos combates de la pasada Guerra Civil y esta situación obligaría a pasar años de escasez, de mucho trabajo y de muchas carencias de alimentos y de otros productos básicos.

Los historiadores cuentan que entre unos ciento cuarenta mil exiliados españoles llegaron a Francia

después de la campaña de Cataluña, los cuales fueron agrupados en campos de concentración dándoles un trato de prisioneros en lugar de refugiados políticos. Mejor suerte corrieron los exiliados republicanos que emigraron a México, donde fueron acogidos hospitalariamente por la población, con el presidente Lázaro Cárdenas a la cabeza. Aun así, el anhelo de aquellos españoles era el volver cuanto antes y aunque por parte del régimen franquista no hubo ninguna política de reconciliación, a lo largo de los años cuarenta muchos de los exiliados volvieron a casa de forma discreta y sin ser objetos de represalias importantes.

De abril de 1939 a finales de 1948 se mantuvo en vigor el estado de guerra, por lo que el fin de la guerra no acabó con la represión militar ni dio paso a la reconciliación al no eliminar los tribunales militares que firmaban alrededor de quince condenas por hora, sin ninguna garantía y presumiendo la culpabilidad de los acusados.

Incluso antes de finalizar la guerra, el gobierno nacionalista en Salamanca había declarado fuera de la ley a todos los partidos, sindicatos y asociaciones que apoyaron al gobierno republicano. Se prohibió toda manifestación ajena o distinta a la del estado nacionalista y se persiguió a cualquier tipo de disidencia política, ideológica o religiosa.

El bando triunfante de la guerra no tenía la más mínima intención de perdonar al bando perdedor ni de iniciar un proceso de reconciliación nacional, pues a partir de abril de 1939 el nuevo sistema político se basaba en la división entre vencedores y vencidos, en la imposición de los valores nacionales y en la absoluta negación de todo derecho ideológico o político de los republicanos.

En Mirabel como en el resto de España la represión se extendió a toda la vida diaria, imponiendo un nuevo orden de ideas fascistas que borrara las huellas o recuerdos de la República, llenando calles y plazas de símbolos de los vencedores (yugos y flechas o águilas imperiales). Cambiaron los nombres a las plazas y calles dedicándolas a José Antonio o a Franco o a otros héroes militares del bando nacionalista (aún hoy muchas siguen llamándose así). Pusieron en la puerta de todas las oficinas y edificios públicos su imagen, y la reflejaron en sellos, fotografías y monedas, y además prohibieron toda lengua que no fuera el castellano.

A consecuencia de la dura y larga contienda bélica España comenzó la posguerra con unas perspectivas desalentadoras; no se llegaba al treinta por ciento en la producción industrial ni al veinte por ciento en la agrícola.

Las puertas a créditos internacionales estaban cerradas y se comenzó sin un plan coordinado de reconstrucción nacional, apelando el régimen al sacrificio de los habitantes en una España maltrecha y hambrienta.

Carpo y alguno de sus hijos mayores contaban que los alimentos eran muy escasos y de baja calidad. Se implantó la cartilla de racionamiento para paliar la escasez, pero fue insuficiente. Sin embargo, las familias de los vencedores y los que estaban en buena situación económica recurrieron al estraperlo o al mercado negro, y lo que más agravó la situación de las familias más humildes fue que cualquiera con pariente o amigo del Ejército, de la Falange o de la Administración tenían acceso a productos de primera necesidad al margen de las cartillas de racionamiento.

En el primer gobierno del nuevo régimen, el 8 de septiembre de 1939, Franco eligió cuidadosamente

a los ministros entre las distintas familias del bando nacionalista: militares, monarquía y falangistas. La Falange contaba con más de seiscientos veinticinco mil afiliados en todo el país, los cuales no coincidían mucho con la doctrina nacional-sindicalista de las camisas viejas, más bien buscaron ocupar plazas de funcionarios o empleos donde se exigiera una total adhesión al nuevo régimen. Estas presiones dieron su fruto a los falangistas que en los meses siguientes al final de la guerra ocuparon entre el treinta y el cuarenta por ciento de los cargos ministeriales, aunque el papel más importante fue dirigido por los militares que cubrieron la mitad de los ministerios, ejerciendo y controlando la represión, los ministerios económicos y las fuerzas de seguridad, gozando de grandes privilegios hasta 1945.

Serrano Suñer se convirtió automáticamente en la mano derecha del régimen, promoviendo y reformando normas de ideas fascistas al estilo y modelo italiano, nombrando por sorpresa a Muñoz Grandes (un oficial profesional sin pasado falangista) secretario de Falange Española, con lo que se conseguía subordinar la organización de la Falange a la autoridad militar.

Aun viviendo en el mismo pueblo, Carpo, Santiago y Constantino hablaban muy de tarde en tarde de cómo respiraba España, pero con mucha cautela y aprovechando alguna reunión familiar o en las obligadas visitas a la Iglesia. Cambiaban impresiones o se informaban los unos a los otros del curso de la vida política en España, pero más concretamente de Extremadura y de su pueblo, que era lo que les afectaba más directamente.

Carpo comentaba a su hijo pequeño:

—Desde que volví de la prisión, yo no era el mismo. Aparte del tiempo que tardé en recuperarme de

la estancia en la cárcel, la represión a la que nos sometieron no me dejaba pensar con claridad y estando en casa junto a tus hermanos y a Antonia, temía más por ellos que por mí. Esto se agravaba más aún por la precaria situación económica que teníamos a consecuencia de las deudas contraídas en los años que me tuvieron preso. Eso me obligaba a trabajar doce horas diarias para sacar lo suficiente para sufragar las deudas y los gastos necesarios para mantener a la familia. Después de todo no me puedo quejar pues el trabajo nunca me faltó...

En el pueblo, las personas con antecedentes no tenían apenas libertad de movimiento. A la media hora de salir de casa ya los estaban interrogando los falangistas, y tenían que tener una buena justificación, incluso cuando habían salido por asuntos de trabajo. En muchas ocasiones se veían en las tabernas para pasarse noticias en un papel, o se pasaban prendas de ropa con informes cosidos en su interior y así comunicarse las noticias más importantes (como la situación de la II Guerra Mundial, o si España iba a participar en ella al lado del Eje).

Respecto a esta intervención o no intervención en la Guerra, las familias del nuevo régimen estaban divididas: los falangistas eran favorables a intervenir junto al Eje, y los militares rechazaron el implicarse en la contienda, aunque muchos de ellos eran seguidores de los alemanes y de su fascismo. Sin embargo, los que eran monárquicos, después de mucho debatir se declararon pro-aliados a partir de 1942. Franco actuó dilatando su decisión hasta que se decantasen a favor del Eje, lo cual calificó de hábil prudencia la propaganda franquista. El 4 de septiembre de 1939 España se declaró neutral en la guerra.

Serrano Suñer recibió presiones de los fascistas italianos y consiguió que Franco rectificase a favor de la no beligerancia en junio de 1940. En estas fechas fue en las que el gobierno presidido por Franco presentó a Hitler sus condiciones para entrar en el conflicto: solicitaron territorios en el norte de África, apoyos para la devolución de Gibraltar a España, defensa para las Islas Canarias y una importante ayuda económica. Franco y Hitler se reunieron en Hendaya el 23 de octubre de 1940 para negociar los pormenores de la posible colaboración entre los dos dictadores, pero afortunadamente para España la actitud algo ambigua de Franco y quizá la escasa confianza de los alemanes de considerar a España como un aliado rentable, dieron al traste con los deseos de Franco y los falangistas. No contentos con el fracaso, decidieron mandar a la División Azul a luchar contra la Unión Soviética como una misión de voluntarios.

España justificó este envío de voluntarios en ayuda de la Alemania nazi con una teoría poco asumible por los aliados de que España era beligerante contra el comunismo pero neutral en el enfrentamiento entre el Eje y los aliados.

Franco sustituyó a Serrano Suñer en el Ministerio de Asuntos Exteriores por Jordana, lo que dio un vuelco a la política exterior de España. A consecuencia del desembarco aliado en el Norte de África y la invasión de Francia por Alemania colocó a Franco en una situación comprometida. Los dos bandos, el eje y los aliados estaban interesados en una neutralidad española, la cual no se concretó hasta el 1 de octubre de 1943, retirándose la División Azul un mes más tarde.

De todos modos, ya había crisis en las familias del régimen franquista. En política exterior eran claras las

desavenencias entre militares, monárquicos y falangistas. Serrano Suñer pretendía establecer en España un sistema fascista. Franco comenzó a confiar en Arrese para controlar a la falange y convirtió a Carrero Blanco en su mano derecha.

En verano de 1942 en las calles se produjeron peleas entre falangistas y sus rivales. Estos incidentes fueron aumentando hasta que estalló el conflicto entre carlistas y falangistas el 16 de agosto en el Santuario de la Virgen de Begoña, en Bilbao. Allí algún falangista lanzó dos granadas, y esta acción molestó muchísimo al General Varela, que estaba dentro del Santuario junto a Galarra, el Ministro de Gobernación cuando se desarrollaron los hechos, por lo que ambos decidieron instar a Franco a que tomase medidas contra la Falange. Franco sustituyó a todas las partes en conflicto: Varela, Galarra y Serrano Suñer, no contentando a ninguno. Lo que consiguió fue fortalecer aún más su poder.

En Mirabel apenas conocieron estos acontecimientos, pues el régimen se encargaba de ocultar todo lo que no le conviniese, eliminando de raíz cualquier tipo de información y mucho más este tipo de hechos que reflejara la lucha interna en el régimen entre las tres fracciones más importantes de las familias que habían apoyado en la Guerra Civil a los nacionales por situarse en puestos estratégicos de poder y desbancarse unos a otros.

Anteriormente, en mayo de 1940, la comisión Provincial de Examen de Penas de Cáceres había tramitado la propuesta de conmutación de la pena de prisión de Carpo y de otros vecinos del pueblo. Quizá el régimen franquista comprendiera que tras la situación que arrastraba Europa les sería más rentable rebajar

las condenas a los penados y vaciar las prisiones con vista a que los países de nuestro entorno quisieran hacer un hueco a la España franquista que tan necesitada de ayudas y de amigos estaba después de nuestra desastrosa Guerra Civil.

Finalizada la II Guerra Mundial, y aunque como indicamos antes, Franco se declaró neutral en octubre de 1943, siempre se supo que la España franquista tenía preferencias evidentes por el Eje. La implicación alemana e italiana en nuestra Guerra Civil a favor del bando nacionalista, las negociaciones frustradas con Hitler y el comportamiento fascista del régimen encabezado por Franco en nuestra España fueron suficientes motivos para los aliados para considerar a España como un gobierno y un sistema afín a los países derrotados y miembros del Eje.

España fue condenada por la ONU por su comportamiento y naturaleza en general, quedando apartada del plan Marshall y aislada por todos los países occidentales. Únicamente la Argentina del General Perón desobedeció el acuerdo de la ONU.

España y su gobierno se negaron a reconocer el estado de Israel, lo que le valió la amistad de los países árabes, con los que la propaganda oficial del régimen franquista dijo tener unos profundos lazos de amistad. A consecuencia de esta actitud el rey Abdallah de Jordania fue el primero en visitar la España franquista (pues desde 1936 ningún Jefe de Estado había venido a España).

Mientras, Franco respondía a la presión internacional con su disparatada teoría de la conspiración comunista y judeo-masónica del mundo contra España con una defensa a ultranza de su régimen diciendo: "A nosotros no nos arrebata la victoria nadie".

De estos acontecimientos no se escuchaba ni se sabía casi nada en los pueblos pequeños, exceptuando las noticias emitidas por Radio Moscú o Radio Internacional que eran las que mantenían vivas ciertas esperanzas de una alternativa democrática. Por un lado, don Juan de Borbón se convirtió en la alternativa más cercana pues había hecho declaraciones democráticas en el manifiesto de Lausana, y además emisarios suyos y miembros de Partido Socialista Obrero Español habían mantenido conversaciones aunque concluyeron sin acuerdo.

Carpo y su familia seguían trabajando para poder subsistir. A base de muchos esfuerzos y después de esperar hasta mayo de 1940 por fin le llegó a Carpo el Certificado de Resolución Ministerial firmado por el Capitán General de la Primera Región Militar y ratificado por el director de la prisión provincial de Cáceres y presidente de la Junta de disciplina por el que se le concedía la libertad definitiva el 21 de agosto de 1943.

El certificado decía:

Don Arsenio Fernando Bravo Bravo, Director de la Prisión Provincial de Cáceres y Presidente de la Junta de Disciplina,

Certifico: que en el día de hoy y previa la aprobación del Tribunal sentenciador, se concede la libertad definitiva a Policarpo Magdaleno Carrera por haber extinguido su condena.

Policarpo Magdaleno Carrera, cuya filiación se expresa al margen fue puesto en libertad condicional el día 29 de septiembre de 1940 y desde entonces a la fecha, su comportamiento ha sido irreprensible demostrando con ello que ha hecho buen uso de la gracia que se le concedió.

Y para que conste expido la presente en Cáceres, a 21 de Agosto de 1943.

Esta noticia alegraría en parte la vida de Carpo y los suyos. Por fin se terminó el tener que presentarse semanalmente para declarar ante la Guardia Civil y quizá su vida comenzara a ser más tranquila teniendo algo más de libertad dentro de la escasa que se podía disfrutar en la España de los años cuarenta.

Antonia seguía cuidando de sus hijos con la ayuda de la abuela Cesárea y después de recibir la noticia de la libertad definitiva de su marido le comentó:

—¿Lo ves, Carpo?, te dije que pronto terminaría todo.

—¡Sí, mujer! ¡Claro que sí! Todo ha salido bien gracias a que tú has estado siempre a mi lado, animándome. Como dije en los versos que escribí en la cárcel: "tú has sido y eres mi compañera y yo me encuentro orgulloso de haberte elegido a ti" —expresó emocionado Carpo.

—Bueno, Carpo, no exageres... —contestó Antonia, sonrojándose, pero con verdadera alegría.

Durante el año 1944, ya plenamente libre, Carpo salía de Mirabel para comprar en mejores condiciones materiales para la zapatería, víveres, algunos muebles, ropa, y los demás bienes necesarios para la vida diaria. En Plasencia había conocido un almacén que le vendía los materiales para los zapatos firmando las correspondientes letras de pago a plazos, lo que fue un respiro para Carpo y la familia, pudiendo pagar cómodamente y nunca les faltaban materiales para trabajar, además Carpo podía coger más encargos porque Franco, el mayor de sus hijos varones, ya le ayudaba en la zapatería; era un hombrecito de trece años. A su vez, Antonia le hacía los trabajos que podía con la máquina de coser: las costuras y trabillas necesarias para los botos, botines y sandalias que realizaban. Parecía que el cielo se volvía a abrir.

Al haber aumentado el número de miembros de la familia tras el nacimiento de Antonio, cuarto hijo, tuvieron que dejar la entrañable casa en la que vivían para marcharse a una más grande. La casa era propiedad de Juan Matraco, quien les puso buen precio de alquiler, siendo amigo de la familia y conocedor de que eran muy humildes.

—Usted no se preocupe, tío Matraco, que el alquiler no le va a faltar ningún mes, que ya tengo yo riñones para pagarle puntualmente. Además, le estaré siempre agradecido por alquilarnos esta casita.

—Ya lo sé, Carpo... Te conozco, así que no hace falta que me digas nada —contestó Juan Matraco—. Haced el traslado cuando queráis. Con nuestra palabra ya está hecho el acuerdo. No hace falta firmar nada.

La tía Blasa, prima hermana de Carpo les ayudó en la mudanza. Era una mujer muy dispuesta a ayudar a su primo y a sus descendientes. Durante la mudanza acordaron que sería ella la madrina de Antonio, el recién llegado a la familia Magdaleno. Blasa acogió la noticia con gran entusiasmo y preparó dulces y chocolate para aquel día. Los hermanos de Antonio recuerdan aún el sabor de los dulces y de aquel chocolate.

—Qué ricos le han quedado los dulces, tía Blasa — le decían los niños.

—¿Ah, sí? ¡Pues coged más, que hay muchos!

—¡Niños!— avisó la abuela Cesárea —Tener cuidado, no abuséis del chocolate, no os vayáis a pasar y os siente mal.

—¡Menudos dulces has hecho, Blasa! —dijo, ahora dirigiéndose a su sobrina— Pero es que estos niños no se ven hartos.

—¡Déjalos, Cesárea! No hacen mal. Con los tiempos que corren no todos los días podemos comer dulces y

chocolate, así que déjalos que coman a gusto al menos el día del bautizo de su hermano.

En 1943 murió la madre de Antonia y al morir les dejó en herencia algunos reales.

—Mira, Carpo, con la herencia de mi madre podríamos arreglar parte de la casa de tu madre, claro está, si ella nos da permiso, y pondríamos el taller de zapatería en una de las habitaciones. Así viviríamos con ella y no tendríamos que pagar alquiler.

—Es buena idea. Seguro que mi madre nos da permiso.

Al cabo de unas semanas se hizo la obra con el dinero heredado. Se arreglo la casa instalando el taller en la planta baja, en la primera habitación y se preparó en la primera planta una habitación para la abuela Cesárea, quedando el resto de la troje como desván. La planta baja quedó compuesta por dos habitaciones, cocina a la entrada de la casa y una pequeña sala que pasó a ser el taller de zapatería.

Afortunadamente nuestra familia era muy modesta y no necesitaba de grandes lujos ni grandes espacios para poder vivir felizmente. De hecho, en esa pequeña vivienda morarían con el tiempo los diez miembros que llegaría a tener la familia.

El tiempo pasaba en casa de los Magdaleno, y el trabajo iba aumentando, gracias a las manos de Antonia y de Franco, que como ya hemos dicho, a la salida de la escuela aportaba su ayuda en el taller de su padre. De hecho, el trabajo se iba acumulando tanto que una mañana Carpo le dijo a su mujer:

—Antonia, no puedo acabar todo el trabajo que tengo. Quizá fuera buena idea coger a Un oficial zapatero que nos ayude. Así yo podría dedicarme a los cortes de calzado nuevo, tú los coserías a máquina y el oficial

se encargaría de realizar los otros trabajos. Franco aún es pequeño y le queda mucho por aprender.

—No te agobies ni te preocupes. Podríamos llamar al hijo de Tomasa, que tiene buenas manos y es muy trabajador. Seguro que quiere venir al taller con nosotros y nos ayudará a salir del aprieto.

Carpo asintió quedando conforme. La idea le tranquilizaba pues la mayoría de las noches le daban las doce aún trabajando, y al día siguiente a las ocho se colocaba de nuevo en el taller para seguir con la tarea. Esperanza, la hija mayor, fue de gran ayuda en esos días pues era la que se encargaba de cuidar a los hermanos y un poco de la casa, ya que Antonia ayudaba en el taller a su marido para ganar un poco más de dinero y así pagar las deudas que habían contraído en los años que Carpo estuvo en la cárcel. Además, pronto, nacería el quinto hijo de la familia.



CARPO Y ANTONIA CON SUS CINCO HIJOS

CAPITULO VII
Años 1943 – 1953

En 1943 nacía en Mirabel el quinto hijo de Carpo y Antonia, otro niño al que llamaron Marcelo. Fue el día 22 de octubre. El matrimonio se veía feliz, además estaban arropados por toda la familia, prestos a ayudar en lo que necesitaran en cualquier momento.

En Plasencia el comercio en los años cuarenta y cincuenta se fue ampliando al ser capital comarcal del Valle del Jerte, y Carpo seguía desplazándose hasta allí para comprar sus materiales. Solía comprar en una tienda de la calle del Sol, propiedad de don Pablo Curto.

El señor Curto apalabró con Carpo la venta de los materiales acordando el pago de las compras cada quince días o bajo la firma de letras aceptadas. Por eso, Carpo siempre tuvo una gran estima y agradecimiento hacia el señor Pablo Curto, pues en aquellos tiempos en las ciudades pequeñas se iban corriendo las voces y había pocos comerciantes que quisieran tener tratos con hombres que hubiesen estado encarcelados por motivos políticos o por ser rojos. El calificativo rojo llegó a ser una lápida tan pesada para quien era señalado con él que muchos de los hombres y mujeres de izquierdas tuvieron que abandonar sus pueblos y ciudades de origen por negárseles el trabajo o la vivienda. Esa es la razón por la que nuestro zapatero le estaba tan agradecido al señor Curto el mayorista, pues fue un hombre honesto y justo ya que fue en contra de las normas marcadas contra los reprimidos por el régimen franquista por la sociedad de aquellos años.

Cuando Carpo y sus hijos llegaban a la estación de Mirabel con los materiales comprados en Plasencia tenían a la Guardia Civil tras ellos vigilándolos.

—A ver, Carpo, enséñanos el salvoconducto.

—¿Qué salvoconducto? ¿No saben ustedes que ya soy un hombre libre?

A pesar de eso, Carpo tenía que enseñar muchas veces la vieja autorización firmada por el Juez de Paz del juzgado de Mirabel por el que le permitían realizar un viaje al mes para comprar materiales.

Esta situación se repetía cada vez que Carpo viajaba a Plasencia a por lo necesario para su trabajo. A pesar de que Carpo era ya conocido suyo, los Guardias Civiles le hacían abrir los paquetes para revisar la mercancía que traían. Con el paso del tiempo dejaron de hacerlo, pero le comentaban:

—Bueno, Carpo, no te vamos a mirar los paquetes. Confiamos en que lo que traéis es legal. De todos modos, mañana nos veremos, pues vamos a pasar por la zapatería para que nos hagas unos arreglos en los correajes y en las botas de servicio.

—Como ustedes quieran. Ahora si me permiten voy a recoger mis cosas para ir a mi casa.

Al día siguiente, en varias ocasiones, los Guardias Civiles se presentaban en el taller con sus zapatos (y los de sus familiares) para que Carpo los arreglase, lo cual hacía primorosamente, pero claro está, sin recibir ni un real por parte de los guardias.

Los meses iban pasando, pero Carpo tenía que seguir presentándose en el Cuartel de la Guardia Civil asiduamente para justificar los pasos que daba durante los días transcurridos. Incluso dudaba si ir a visitar a los familiares maternos que vivían en Serradilla, temiendo que ese viaje le negara la posibilidad de ir a

Plasencia en el mismo mes para hacer compras. Era una situación discriminatoria e innecesaria por la que tuvieron que pasar muchos de los españoles a los que les fueron limitadas sus libertades. No es de extrañar por ello que cuenten los hijos de Carpo que, ya mayor y jubilado, siempre estaba pensando en hacer excursiones, bien promovidas por él o por alguna asociación. Después de las prohibiciones por las que le habían hecho pasar durante su juventud quería aprovechar todo el tiempo perdido.

El final de la II Guerra Mundial produjo el consiguiente aislamiento a España, que quedó apartada del resto de Europa y sus planes de desarrollo en espera de que el régimen franquista tuviese una apertura democrática, la que quizá se alcanzaría con la vuelta de la monarquía representada en la figura de Juan de Borbón.

El acoso internacional a Franco dio falsas expectativas a los comunistas y anarquistas que reanudaron sus operaciones guerrilleras en los años 1946 y 1947. El estado de guerra seguía estando en vigor por lo cual el Ejército disfrutaba de grandes prerrogativas y las operaciones de los maquis en el monte eran controladas con grandes represiones. Ya en 1948 el Partido Comunista tomó el acuerdo de disolver la guerrilla, pues desde 1944 habían tenido cuatro mil bajas frente a las quinientas que había sufrido la Guardia Civil. Esta situación animó a Franco a resistir la presión exterior incluso dando forma institucional al régimen reflejando una voluntad inequívoca de permanencia en el poder mediante el Fuero de los españoles y la ley de Sucesión. Sin embargo, la democracia orgánica de la que Franco presumía haber instaurado era simplemente una dictadura personal basada en la máxima de Carrero Blanco: "Orden, unidad y a aguantar".

Mientras, en Mirabel y en otras partes de la provincia de Cáceres, los vecinos se reunían con mucha precaución para comentar o debatir los asuntos que ocurrían en la España franquista. Un sábado, sobre las ocho de la tarde, llegaron al taller de Carpo, Eloy y Constantino para llevarle unas botas y varios pares de sandalias.

—Buenas tardes tengáis —saludó Constantino, dándole un beso a Antonia en la mejilla.

—Buenas tardes —repitió Eloy—. ¿Está tu marido?

—Claro, subid al taller, está arriba.

Subieron y vieron a Carpo afanado en sus tareas

—Hola amigos. Esperad un momento, que acabo esto y estoy con vosotros.

En cinco minutos los tres amigos se dispusieron a tomar unos vinos acompañados de morcilla, aceitunas y unos trozos de pan que les llevó Antonia.

—Mira, Carpo, aquí te traemos estos zapatos para que nos los arregles, y así, con esta excusa, además podemos hablar de cómo van las cosas

—No sé de qué vamos a hablar, si aquí no nos enteramos de la mitad de lo que pasa. Aunque he oído que Franco quiere ir introduciendo algunos derechos individuales a través de Fuero de los Españoles —dijo Constantino.

—Sí, claro, pero sin recoger nada de libertad de los partidos —exclamó Carpo.

—¿Cómo puede creer nadie que los franquistas van a devolvernos la democracia que nos han quitado? — dijo Eloy en voz baja, casi susurrando.

Constantino continuó:

—Quizá con la presión internacional a la que se ve sometido Franco tenga que admitir algunas concesiones. ¿No os parece?

—Ojalá sea así. A ver si un día volviésemos a tener las libertades que tuvimos con la República —deseó Carpo—; pero no os hagáis ilusiones, que todo esto es una pantomima. Franco y los suyos no dejarán el gobierno mientras vivan.

—De todos modos, según se oye, las presiones internacionales están consiguiendo que el régimen abandone el estilo fascista para aparentar otra imagen en el extranjero y esto puede conllevar algunas mejoras para el pueblo.

—Esperemos que entre las presiones externas y los movimientos que hay dentro de España consigamos poco a poco que por lo menos nos vayan dejando vivir en paz —concluyó Eloy.

Estas reuniones secretas y espontáneas eran habituales entre los ex-convictos del pueblo, siempre con mucha cautela. Principalmente era un grupo de quince o veinte antiguos presos de izquierdas que se juntaban par infundirse ánimos entre ellos, para seguir manteniendo viva la llama de la libertad y pasarse información de unos a otros de todo lo que acontecía en España, o por lo menos de todo lo que ellos podían enterarse.

También entre los hombres que habían sido objeto de persecuciones y malos tratos al pasar por las cárceles franquistas había una especie de complicidad que permitía a aquellos que tenían problemas económicos, de salud o de falta de trabajo, se vieran beneficiados de la ayuda de los demás que en ocasiones pusieron un fondo común para solventar los problemas de aquellos que más lo necesitaban. Nunca, por muy poco que tuvieran, faltó la solidaridad y la ayuda entre ellos. Las mujeres ayudaban en las tareas de las casas, en las recogidas de cosechas, en las labores de costura, o en

todo aquello en lo que podían ser útiles a los compañeros en cualquier momento. Como fueron años de necesidades, la solidaridad era el pan de cada día para ellos, y estaban orgullosos de aquellos gestos.

En la España de los años cuarenta y cincuenta las familias eran numerosas en la mayoría de los casos, lo que agravaba la situación al disponer de pocos recursos para mantener a los hijos, cuya media rondaba los cinco o seis hijos por familia.

Carpo y Antonia no fueron distintos al resto de matrimonios, y con el paso del tiempo volverían a ser padres de nuevo. En julio de 1949 les nació otro hijo varón al que llamaron Jorge. Aunque se suele decir que los niños vienen con un pan debajo del brazo, a Carpo y a Antonia les venían pidiendo pan en lugar de traérselo.

La familia se componía de seis hijos, los dos abuelos y el matrimonio, de manera que Carpo tuvo que aprovechar cualquier trabajo extra que se ponía a su alcance para mantener básicamente a la familia.

A veces, en los viajes que hacía fuera del pueblo traía encargos a otros vecinos, como telas para coser u otros productos que escaseaban en Mirabel, y así se suministraban de materiales que no tenían en el pueblo y se ahorraban algún dinero. Pero incluso esto lo tenía controlado la Guardia Civil, que en múltiples ocasiones le confiscaban la mercancía encargada, con el consiguiente trastorno económico para todos los implicados.

Carpo contaba con gran pena que él hubiera criado a todos los hijos que la vida le hubiese dado, pero que no estaba preparado para el duro golpe que se le avecinaba. Después de mucho sacrificio y trabajando todas las horas posibles del día, e incluso aprovechando los fines de semana de sol a sol para trabajar además

de en la zapatería en una parcela que había arrendado, el peor de los castigos llegó a la familia.

Antonia estaba de nuevo embarazada. En su octavo mes de embarazo comenzó a sentirse mal. El parto se adelantó y Antonia empezó a sentir unas fiebres muy altas. Rápidamente Carpo fue a avisar al médico del pueblo, Don Laureano:

—¡Doctor, por favor! ¡Venga usted rápido, que mi esposa está muy mal!

—Tranquilo, Carpo, ¿qué es lo que le pasa?

—Tiene mucha fiebre y dicen las mujeres que está de parto.

—Pues tranquilo, que cojo los instrumentos y salimos.

Nada más llegar al domicilio del matrimonio, Don Laureano comprobó que Antonia estaba de parto, pero que el niño venía muy mal.

—Mira, Carpo, vamos a prepararlo todo para intentar salvar a la criatura y después bajar la fiebre.

Llegó a la casa Justina, una mujer del pueblo experta en atender partos, para ayudar al médico.

Después de muchos intentos por parte de todos, nació una niña, pero tristemente pudieron comprobar que estaba muerta.

—¡Hija mía! ¡Con lo que te hemos deseado...! —gritaba Antonia desconsolada— ¡Dios mío! ¿Es que no hemos pagado ya lo suficiente en esta vida para que ahora nos quites a nuestra hija?

Justina, haciéndose fuerte dijo:

—Venga, vamos a recogerlo todo y a dejar descansar a Antonia, que falta le hace.

Don Laureano se sentó en el comedor con Carpo y le recetó lo necesario para bajar la fiebre a Antonia. Mirándole seriamente le dijo:

—Tienes que ir ya a Plasencia a buscar a una doctora que conoce muy bien este tipo de fiebres para que trate a tu mujer. Aquí te escribo su nombre y su dirección.

—Como usted diga. Ahora mismo salgo para allá.

Así que, en compañía de uno de sus hijos, fue en busca de la consulta de la doctora doña Pilar Mohíno. El hijo de Carpo, mirándole dubitativo le preguntó:

—Padre, ¿de dónde vamos a sacar el dinero necesario para pagar a esta mujer por ayudar a madre?

—No te apures, hijo. Ya buscaré yo donde sea necesario, pero a tu madre no le faltará ninguna atención médica ni nada que necesite.

Llegaron sin problemas a la casa de la doctora, que estaba en el centro de Plasencia, y tras exponerle el caso, regresaron todos a Mirabel.

Al llegar a la casa, Carpo se fue a la habitación.

—Antonia, querida, ahora puedes estar más tranquila, que viene con nosotros una doctora muy importante que es especialista en estos temas.

—No te preocupes, Carpo, que ya me encuentro mejor —quiso tranquilizarle Antonia.

Doña Pilar visitó a diario a Antonia, le recetó lo preciso para curar su enfermedad y les indicó que tenían que traer gran cantidad de hielo desde Plasencia diariamente para poder bajar la fiebre.

Carpo y su familia hicieron todo lo posible para conseguir la mejoría de su mujer. Los amigos y clientes le prestaron dinero para comprar las medicinas, el hielo y para pagar los honorarios a la doctora. Los vecinos se volcaron en ayudarlos. Les proporcionaron sábanas nuevas, toallas, palanganas, paños limpios..., lo que pudiera ser de utilidad durante la enfermedad de Antonia.

Pero todo fue inútil. A los ocho días del parto Antonia murió. Por aquellos años, desgraciadamente estas fiebres post-parto, las llamadas fiebres puerperales se llevaban a la tumba a muchas mujeres. Sin ir más lejos la esposa de Don Laureano el médico había fallecido a causa de estas fiebres.



ESPERANZA, LA HIJA MAYOR DE CARPO Y ANTONIA

Esperanza, la hija mayor del matrimonio tenía diecinueve años en el momento de la muerte de su madre, de modo que fue ella la que tuvo que hacerse cargo de la familia ayudada por su abuela Cesárea. Desde ese momento cuidó de la casa y de sus hermanos para así permitir que su padre pudiera seguir con su trabajo. Todos se esforzaron y colaboraron para salir adelante de ese trágico suceso, pero siempre acordándose de Antonia, esa mujer, madre y esposa que tanto luchó por su marido y por los hijos que tenía.

Así que, ahora que la familia veía un poco de luz ya que las cosas les iban marchando bien (Carpo tenía la libertad definitiva, el trabajo no faltaba...), la vida les castigó de nuevo, pero esta vez de la manera más cruel que podía hacerlo, arrebatándoles a Antonia, tan querida y necesitada por todos, a la temprana edad de treinta y nueve años.

De la muerte de Antonia, Carpo nunca quiso hablar mucho. Sólo decía:

—Fue una desgracia tan grande para todos que sentimos hundirse el cielo sobre nosotros. Nunca la olvidaremos. Yo hice todo lo que pude, hice todo lo que pude pero ese Dios en el que ella creía se la llevó de mi lado para siempre, con lo que la queríamos.



ESPERANZA Y FRANCO CON AMIGOS DE MIRABEL

En el año 1951, en Mirabel, los hijos mayores de Carpo y de Antonia habían crecido bastante y algunos eran ya buenos mozos; Franco tenía dieciocho años y Roberto dieciséis. Como eran los dos hijos varones más mayores trabajaban en el taller con su padre y poco a poco iban aprendiendo el oficio. Franco destacaba en las hechuras de botas y cualquier tipo de trabajos a medida, mientras Roberto era el encargado del manejo de las demás herramientas de la zapatería. Carpo decía que su hijo mayor posiblemente fuera con el paso de los años el mejor zapatero de toda la comarca y que además sería especialista en botos camperos, pues para estos trabajos tenía mejor mano que su padre. Carpo estaba muy orgulloso de él.

También se sentía muy orgulloso de Esperanza que, quizá, fue la más sacrificada de los hijos ya que era la única hija mujer que tenía Carpo, y además era la mayor. Esperanza asumió sin quejarse el papel de su madre al mando de la casa y de sus hermanos. Por entonces, Antonio, el cuarto hijo nacido del matrimonio contaba con diez años. Seguía asistiendo a la escuela y ayudaba en casa a su hermana haciendo recados o cuidando de los dos hermanos pequeños. Marcelino, o Marcelo como le conocen sus familiares y amigos, fue también de gran ayuda, según cuenta Esperanza, pues a pesar de tener ocho años estaba siempre dispuesto para todo y para todos. Era un niño muy espabilado y responsable, y aun siendo tan pequeño conocía bien la necesidad que había en casa y colaboraba cuidando al pequeño Jorge, que con dos años casi no había conocido a su madre y era el que más necesitaba de sus hermanos y del cariño de su padre. Por eso, quizá a veces, Esperanza ha dicho que aunque ella no haya tenido hijos varones se ha sentido como la madre de sus

hermanos por todo el cariño y sacrificio que dedicó a ellos hasta que salió de la casa de su padre para casarse.

El final de la Guerra Civil no sirvió para aligerar la penosa situación económica que arrastraban los españoles. El ostracismo al que se vio sometida España le impidió participar en los proyectos de reconstrucción de Europa promovidos por los Estados Unidos. Franco se vio forzado hacia la autarquía y el Estado asumió la dirección de la economía, pero al ser escasos los fondos el proceso de recuperación resultó muy lento si lo comparamos con el resto de Europa. La situación de destrucción y miseria en que había quedado España a consecuencia de la guerra, la obstinación de Franco por seguir controlando la vida de todos los españoles en la falta de libertades y la nula apertura hacia una democracia en nuestro país provocó el aislamiento a la España franquista por parte del resto de Europa y de Estados Unidos, pues el gobierno de un dictador de corte fascista e ideas totalitarias aferradas a una total prepotencia de sus gobernantes con respuestas a la presión internacional de una defensa del régimen con frases como "a nosotros no nos quita la victoria nadie" no era del agrado de los países más beneficiados.

Entre los años 1945 al 1951 Franco desplegó su disparatada teoría de la conspiración judeo-masónica y comunista mundial contra España. Con esta actitud no era de extrañar que a España se le cerraran las puertas de Europa durante muchos años, pagándolo con su sacrificio la mayoría de los españoles. A parte de algunos acuerdos con Estados Unidos, el Vaticano, y países árabes, que favorecían parcialmente a los firmantes, a España no se le admitió de pleno derecho en Europa hasta pasados unos años después de la muerte del dictador. Hubo de esperar hasta el año 1982.

CAPITULO VIII
Nuevo matrimonio y traslado a Plasencia

La vida de Carpo dio un cambio radical con la ausencia de su mujer. Tardó mucho tiempo en volver a ser el mismo, y fue muy duro el acostumbrarse a hacer la labor de padre y madre, situación que se agravaba más con la falta de tiempo material para poder dedicarse a atender a sus hijos. Al ser tantos en la familia había que trabajar mucho en el taller de zapatería para continuar adelante y además pagar las deudas contraídas por los préstamos que recibieron durante la enfermedad de su esposa fallecida.

Carpo y sus hijos mayores hablaron mucho y pensaron en el futuro. Carpo les dijo un día:

—Hijos, ya os habéis hecho mayores, sois unos hombres y veo que un día u otro querréis formar vuestra propia familia, así que he pensado buscar una casa en Plasencia y abrir allí otro taller de zapatería. El de aquí, el del pueblo no da trabajo para todos y ahora que vosotros sois mayores podéis quedaros al cargo de este taller y yo en Plasencia buscaría más trabajo.

Franco y Roberto, los hijos mayores, entendieron que la postura de su padre era la correcta y aceptaron el plan de trabajo propuesto por él.

—Aunque no nos guste separarnos, padre, tiene usted razón. —contestó Franco.—. Será lo mejor. Además nosotros tenemos novia aquí en el pueblo, así que podremos seguir trabajando y estando cerca de ellas. Si fuera preciso también podemos ayudar a Esperanza en las tareas de la casa.

Con esa medida, Carpo también dejó más libertad a su hija mayor, que ya paseaba hacía años con su novio Amador, para poder casarse y hacer su vida ella misma, pues durante mucho tiempo había estado dedicada a sus hermanos y a las tareas de la casa. Carpo observaba que su hija necesitaba libertad para formar su familia y para poder disfrutar de su juventud dentro de lo que se podía en esos años, liberándola del sacrificio que estaba asumiendo con sus tareas en casa.



FERMINA

Al cabo de algunos años de viudedad, Carpo había conocido en Plasencia, a través de otro conocido suyo de Mirabel, Antonio, a una mujer con la que comenzó a hablar. Antonio era primo de esta mujer, que se llamaba Fermina. Ella también era viuda y ambos se encontraban a gusto juntos, de manera que pasó el tiempo y ellos seguían viéndose e incluso escribiéndose.

Fermina no tenía trabajo estable en Plasencia, y decidió desplazarse hasta Madrid con sus dos hijas (María del Carmen y Luciana), nacidas de su matrimonio con Rufino, quien había muerto después de las heridas sufridas a consecuencia de la Guerra Civil.

El caso de Fermina no fue único. En la Extremadura de los años cincuenta tuvieron que emigrar a las grandes ciudades muchos ciudadanos en busca de trabajo y de mejores condiciones de vida. El mundo rural de esos años no podía cubrir las necesidades básicas de muchos extremeños, aunque con el paso del tiempo se produjera el efecto rebote y se rompiera la tendencia migratoria a las ciudades a causa de las dificultades de abastecimiento de los núcleos urbanos con la consecuente vuelta al campo de muchos de los que habían salido a las grandes ciudades.

A pesar de todo, la política económica del gobierno de la dictadura se centró en grandes proyectos industriales de escasa eficacia, olvidándose de la tan necesaria reforma agraria pretendida por la II República. El campo era el sector más importante de la economía española.

Desde el año 1943 hasta 1949 se construyeron las principales empresas públicas que configuraron el holding del IN: Iberia (1943), ENASA (1946), SEAT (1949)... se nacionalizó el trasporte por ferrocarril

(RENFE) y se dio prioridad a la inversión en siderurgia, hidroeléctricas y carbón. La industrialización se convirtió en la prioridad del régimen que en su distribución de recursos financieros no destinó capital suficiente para acometer el plan de reforma, modernización, tecnificación e irrigación del campo español que siguió padeciendo y arrastrando su tradicional retraso.

La larga sequía de los años cuarenta y principalmente la falta de inversión del gobierno, provocaron la carestía de los alimentos y el gobierno franquista se vio obligado a comprarlos en los pocos mercados extranjeros dispuestos a vender y a comerciar con España. Entre ellos, la Argentina de Perón fue la mayor proveedora de alimentos y materias primas para España, rompiendo el aislamiento internacional.

En las charlas entre los amigos de Mirabel se decía:

—Como sigamos así, nos van a matar de hambre. Menos mal que tenemos el huerto para ir manteniéndonos... si no fuera por el huerto... Parece que a Franco sólo le interesan los españoles que viven en las grandes ciudades y que los pueblos de fuera de Madrid, es decir, de los de Extremadura, Castilla, Valencia, Murcia y Andalucía, no son importantes ni relevantes, como tampoco lo son sus habitantes. Seguro que la República hubiera atajado esta situación con la reforma agraria que pretendía llevar adelante.

No conforme con tener que padecer tantas privaciones que trajo la guerra y la posguerra durante muchos años, el régimen franquista siguió castigando a las regiones más desprotegidas con la falta de inversiones y previsiones y con la imposición de la clase social, de caciques y terratenientes, entre quienes se había repartido media España, como si de fincas privadas y de cotos de caza donde se pudiera explotar a

los jornaleros, enriqueciéndose a consta de los sacrificios y penurias por las que éstos pasaban debido al coste de la vida y a los bajos jornales que percibían.

Con el paso del tiempo, las relaciones de amistad entre Carpo y Fermina fructificaron y en el año 1954 Carpo escribió una carta a Fermina sugiriéndole un encuentro todos juntos, es decir, Carpo y sus hijos y Fermina y sus hijas, para explicarles que ambos habían decidido contraer matrimonio, pensando en el bien de las dos familias con el propósito de formar una única familia, intentando cada uno con su cooperación y cariño cubrir las posibles ausencias que durante años venían arrastrando los hijos de Carpo por un lado y las hijas de Fermina por otro.

Esta unión conllevó que Carpo pudiera dedicarse más libremente a su trabajo y Fermina, con su experiencia de madre y esposa, se preocupara en la atención de los hijos pequeños de Carpo: Jorge y Marcelo, que tenían seis y nueve años respectivamente, además de la casa y del resto de la familia.

Todos los miembros de la nueva familia tuvieron que cooperar, dentro de sus posibilidades, para lograr una buena convivencia, siendo Carpo y Fermina los principales artífices de la perfecta unión. Ambos pusieron mucha ilusión en conseguir que sus deseos llegaran a buen puerto.

Carpo y Fermína contrajeron matrimonio en Madrid, el día 3 de Noviembre de 1954 en la Iglesia Nuestra Sra. de la Victoria en el barrio de Tetuán; siendo sus padrinos de boda Antonio y Justina, quienes habían sido también padrinos del primer matrimonio de Carpo. Con una comida de familia de cerró la boda.

El matrimonio regresó a Mirabel para vivir en la casa materna de Carpo, donde tenía el taller. Se dio

la doble coincidencia de que Antonio (el padrino) era primo de Fermina, y Justina (la madrina) prima hermana de Carpo. Posiblemente la relación familiar de los padrinos ayudó a que esta nueva vida fructificara, pensando en la felicidad de los hijos y en la tranquilidad y el afecto que se tenían los nuevos esposos.

Fermina, antes de volver a Mirabel, dejó casada a su hija mayor, Carmen, con Luciano, su novio de siempre. La boda se celebró el 31de octubre de 1954, y su hija menor, Luciana se quedaría viviendo en casa de su hermana hasta que también contrajo matrimonio con Florentino, su novio. Esta situación se produjo porque ambas mujeres prefirieron seguir viviendo en Madrid, donde contaban con buenas amistades y con trabajo seguro, al igual que sus novio y marido...

En ocasiones, ya mayores, Carpo y Fermina recordaban con satisfacción y alegría que, aunque, con mucho sacrificio y salvando grandes obstáculos habían conseguido criar y casar a todos sus hijos y que habían sido felices.

Esperanza, la hija mayor de Carpo tenía veinticuatro años cuando un día se dirigió a su padre, comentándole:

—Padre, mi novio Amador y yo venimos pensando que llevamos bastante tiempo saliendo como novios, y como usted ya tiene a su mujer ayudándole a criar a los hermanos pequeños vemos que la vida le es más fácil y le va mejor. Así que habíamos pensado en casarnos, si usted nos da su consentimiento.

Carpo comprendió que su hija quisiera formar su propia familia, al fin y al cabo, la sacrificada Esperanza le había ayudado ya bastante con los demás hijos y con la casa desde que muriera Antonia. Aceptó muy orgulloso el matrimonio entre su hija Esperanza y Amador.

—Por supuesto que tienes mi consentimiento, hija mía. Además siempre tendrás mi agradecimiento por todo lo que has ayudado tanto a mí como a tus hermanos. Te deseo todo lo mejor en el mundo, pero de todos modos, nunca olvides que aquí tienes tu casa, si es que en algún momento la necesitas —dijo y la abrazó emocionado.

El matrimonio se celebró en Mirabel en 1955 y los esposos se trasladaron a vivir a una casita muy modesta, con los útiles justos para vivir.

Mientras, en casa de Carpo un rayito de sol en forma de bebé vino a darles a sus padres otra oportunidad para sonreír: Carpo y Fermina tuvieron un nuevo hijo, Carlos, el día 3 de agosto de 1955. Este niño fue muy bien recibido, pues Fermina había perdido hacía algún tiempo a un hijo fruto de su anterior matrimonio y para Carpo fue otro motivo más para alegrarse.

Al ampliarse más la familia, y siempre pensando en su beneficio, Carpo decidió con Fermina buscar casa y taller para vivir en Plasencia, idea que llevaron a cabo en el año 1956. Esta decisión solucionaba la cuestión del espacio en la casa y abría el campo de posibilidades para el trabajo de todos sus hijos.

Franco, el mayor de sus hijos varones, que en 1956 contaba con veintitrés años, se quedó a cargo del taller de Mirabel, en compañía de su hermano Roberto, un año menor que él, y de Marcelo, que aunque sólo había cumplido trece añitos ya iba aprendiendo el oficio y no tenía ningún tipo de reparos en ponerse a ayudar en la casa. Además, en el pueblo también estaba Esperanza, que les ayudaba en todo lo posible, sobre todo en lo respectivo al lavado y cosido de la ropa, hasta que los hermanos mayores contrajeron matrimonio con Quintina y Castora, respectivamente.

La casa que Carpo y Fermina habían arrendado en Plasencia tenía tres habitaciones y un espacio para el taller muy amplio. La casa era lo suficientemente grande para acoger a los cinco miembros de la familia, y estaba en muy buen sitio: en la plazuela del Salvador, un lugar muy céntrico, lo que era muy favorable a la hora de darse a conocer y de coger nuevos clientes. En ocasiones, Carpo enviaba trabajos a sus hijos mayores al taller del pueblo, pues había que dar trabajo a los ya cuatro zapateros que había en la familia.



VISTA PANORÁMICA DE LA PLAZA, PLASENCIA

Durante aquellos años Carpo logró que sus hijos mayores aprendieran bien este oficio, que aunque no estuviera bien remunerado les permitió ganarse la vida dignamente y poder, unos después de otros, irse casando y formando sus propias familias, que, a la larga, serían extensas y honradas.

Los comienzos en Plasencia no fueron muy difíciles, y no pasaron grandes agobios económicos.

Al cabo de varios días en su nuevo hogar Carpo comentó a su esposa:

—¿Ves, Fermina? La vida nos ha ayudado. Afortunadamente mis hijos mayores ya están casados, tus hijas también, y los otros hijos míos están aquí con nosotros. No nos falta trabajo, a los hijos tampoco. Todo se va arreglando.

—Sí, Carpo, tienes razón. Cuando menos lo pensemos todos estarán casados y felizmente ellos tendrán sus familias. Además en Plasencia hay buenos colegios. Podríamos intentar que alguno de los pequeños estudie algo provechoso y que no tengan que agarrarse también al oficio de zapatero.

—Seguro que algún día nuestros hijos y los nietos serán iguales a los hijos y a los nietos de los ricos. Podrán ir a los mismos colegios y tendrán derecho a estudiar en cualquier Universidad. Nunca voy a dejar de luchar por esto, aunque me vaya la vida en ello.

A Fermina no le gustaba mucho esta idea de Carpo:

—Mira, Carpo, tú lo que tienes que hacer es trabajar. ¿No escarmentaste con lo que te pasó? ¿Es que ya no te acuerdas del tiempo que pasaste en la cárcel?

—Eso no se me olvidará nunca, pero no es un motivo para dejar de luchar —contestó Carpo.

Fermina, preocupada continuó:

—Seguro que vendrán tiempos mejores. Cuando nuestro hijo Carlos sea mayor, ya habrá muerto el General Franco, o si no habrá dejado más libertad en España. Carlos no va a vivir como nosotros. Ya lo verás.

—Qué equivocada estás —replicó Carpo—. A los franquistas no les importa más que mantenerse en el poder. La mejora de España está en segundo lugar.

—Que no, Carpo, que todo cambia. Ya sabes que no hay mal que cien años dure.

De hecho, una de las razones del traslado a Plasencia para vivir fue ése, el deseo de seguir luchando con más libertad. En uno de sus escritos Carpo dejó dicho:

Al fin decidí trasladarme a vivir a Plasencia, pues me daba asco el tener que ver a diario a aquellos que habían sido los responsables de mi desgracia y la de toda mi familia. Con el cambio, quizá en Plasencia la Guardia Civil me deje más tranquilo.



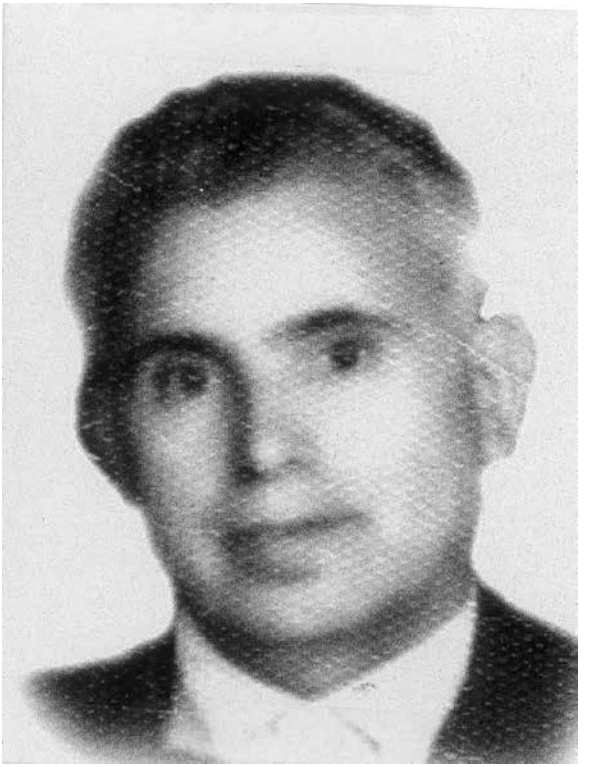
CARPO, CESÁREA Y FERMINA CON JORGE Y CARLOS

En el año 1956 la familia de Carpo tuvo un golpe de suerte que hizo que los comienzos en Plasencia no fueran tan duros.

Los hijos mayores de Carpo tenían la costumbre de comprar cada año algún décimo de lotería para los sorteos de Lotería Nacional de Navidad o del Niño en una peña junto a cinco amigos más. Aquel año, un amigo y vecino del pueblo llamado Nicolás se había desplazado a Madrid por cuestiones profesionales y aprovechó el viaje para traer al pueblo un número de lotería. el 13310, para el Sortero del Niño comprado allí. Lo repartió en participaciones de veinticinco pesetas a cada miembro de la peña de amigos, Franco y Roberto retiraron cada uno su participación de 25 Pts. El día 5 de enero de 1961, el día del sorteo confiaban en la suerte venida de Madrid en forma de décimo de lotería. Y la suerte cayó en el número jugado por la peña. Les había tocado el gordo. Una gran felicidad llenó a los agraciados por el premio, y a todo el pueblo.

Este dinero ayudó a que Roberto pudiera contraer matrimonio al poco tiempo, quedándose junto a Franco (que ya estaba casado) al cargo del taller de zapatería del pueblo.

Tanto Roberto como Franco le dieron parte del premio a su padre, ayudándolo con ello a pagar las deudas que tenían contraídas en los dos talleres y colaborando a mejorar la economía familiar, que por entonces, aunque no lo pasaban mal, era complicada para mantener dos casas, dos talleres y a los ocho miembros que la componían.



POLICARPO MAGDALENO EN 1951

CAPITULO IX
Años 1954 – 1965

En 1948 Francia reabría sus fronteras y en 1950 la ONU había cancelado la proscripción al régimen español. España, que había quedado apartada del Plan Marshall, fue objeto de la generosidad norteamericana con un crédito de sesenta y dos millones y medio de dólares, lo que no supuso avances aunque la reorientación cosmética del régimen y la guerra fría no fueran condiciones suficientes para invitar a España a participar en la OTAN, por su pasado anti-alianza y por el régimen dictatorial que aún se mantenía.

Entre los años 1951 y 1965 se vio la plenitud del franquismo y el fin del aislamiento para España.

Aunque la reincorporación de España internacionalmente se realizó de forma muy lenta, no hubo ninguna declaración de rehabilitación para la España franquista, pero los acuerdos con el Vaticano y los Estados Unidos sirvieron a Franco para conseguir la aceptación de España en los foros internacionales. Artífices de esta teoría fueron personalidades de la familia católica del régimen: Ruiz Gimenez y Castilla desde la embajada española en Roma y el Ministro de Asuntos Exteriores Martín Artajo.

De esa forma, el concordato firmado con la Santa Sede en 1953 por el Ministro Martín Artajo y el Secretario de Estado Vaticano Monseñor Tardini contenía misteriosas concesiones por parte del Estado español a cambio de un apoyo sin fisuras al régimen de Franco.

España se declaraba como Estado Confesional, contribuyendo a los gastos de la Iglesia mediante

exenciones fiscales y una fuerte dotación económica además de reconocer un fuero eclesiástico con la competencia de la Iglesia en las causas matrimoniales y el total control sobre la educación española. De todas maneras, esta firma no suponía renuncia alguna por parte del franquismo que anteriormente había optado por definirse como un régimen tradicional y católico nacido de la "cruzada por Dios y por España", quedando satisfechas las autoridades españolas por las contrapartidas formales que el Vaticano estuvo dispuesto a ofrecer.

Carpo que seguía la vida política española. Respecto a esta cuestión confesó:

—Este acuerdo va a ser un balón de oxígeno para el régimen franquista, pero será una pesada losa para las aspiraciones de democracia que tenemos todos, tanto en el exilio como dentro de España. Este acuerdo... lo único que va a hacer es retrasar la democracia en España durante otros veinte años o más, al no ser que el Dictador se muera antes.

La verdad es que no se equivocaba mucho Carpo en su apreciación.

El acuerdo firmando entre España y Estados Unidos por Artajo y James Duun fue militar con alguna derivación política y con contenido económico. En el pacto se recogía la utilización en régimen conjunto de las bases españolas de Torrejón, Zaragoza, Rota y Morón durante diez años prorrogables y la construcción de un oleoducto entre Rota y Zaragoza. Mirándolo políticamente, este acuerdo significó el reconocimiento del régimen franquista por parte de Estados Unidos, estableciendo unas relaciones distintas de los que les unían al resto de los países europeos asociados en la OTAN.

Desde que se firmó este acuerdo hasta 1960 a España llegaron cuatrocientos cincuenta y seis millones de dólares, que fueron prácticamente empleados en la compra de material militar norteamericano. Aun así, las relaciones entre ambos países no fueron tan cordiales como Franco hubiera deseado, pues las autoridades del régimen sabían de las limitaciones del acuerdo que no suponía ningún compromiso de defender el territorio español por parte de Norteamérica, dejando un amplio margen de maniobra a los Estados Unidos debido a la vaguedad e imprecisión del escrito.

Este acuerdo, en definitiva, lo que significó para España fue la ruptura del aislamiento gracias a Estados Unidos y para la gran potencia fue un mero medio de aumentar su presencia militar en todo el mundo.

A pesar de todos los inconvenientes, el régimen franquista subrayó el acuerdo como una gran victoria de la diplomacia española. La visita el 21 de diciembre del presidente americano Dwight David Eisenhower, el presidente de Estados Unidos, rompió la atonía de la vida política nacional y más de un millón de madrileños salieron a la calle para recibirle, dedicándose la política exterior española a administrar los beneficios para el régimen de la ruptura del aislamiento.

En 1955 España fue admitida en la ONU junto a otras quince naciones, y en el mismo año se enviaron representaciones al Fondo Monetario Internacional y a la OIT.

España intentó, con el respaldo de la ONU, la devolución de la colonia de Gibraltar a nuestro Estado, quedando la situación parada sin que Gran Bretaña sufriera ningún tipo de sanción por su negativa a devolver el peñón o para entrar, simplemente a negociar sobre Gibraltar.

Franco, a su vez, adoptó una actitud pragmática en los temas coloniales ya que en 1961 España abandonó su presencia en Marruecos y se comenzó el proceso de descolonización de los sitios españoles de Rió Muni y Fernando Poo, culminándose con la independencia de Guinea Ecuatorial en 1968.

Mientras, la familia de Carpo y Fermina continuaba su rutina diaria. En Plasencia había encontrado más salidas de trabajo, y en definitiva de futuro, pues en esta bella ciudad, cabeza del Valle del Jerte, Carpo se encontraba más liberado, y en ocasiones mantenía reuniones con personas de izquierdas, tratando de crear una oposición en el país, siempre dentro de sus posibilidades, para conseguir, con el apoyo internacional, la vuelta de la democracia.

Una mañana Fermina se levantó con molestias. Le dijo a su marido:

—No sé, Carpo. Tengo un retraso de más de un mes, así que creo que vamos a ser padres de nuevo.

Carpo se quedó callado, y al rato dijo.

—Vete a la farmacia de don Antonio Ortiz para que te hagan esa prueba que hacen para saberlo seguro.

Fermina hizo lo que le indicó su marido, y nueve meses después nacería el segundo hijo del matrimonio, un niño al que pondrían por nombre Teófilo. Fue Fermina quien escogió el nombre del bebé, y lo hizo en recuerdo de un sobrino que había tenido a su cargo, a quien casi había criado ella con mucho cariño, y que había perdido la vida tiempo atrás en un accidente laboral en Jaraíz de la Vera, el pueblo donde el chico trabajaba, al explotarle una caldera de presión.

El último hijo del matrimonio de Carpo y Fermina nacería el 18 de septiembre de 1957, ya en Plasencia. Durante el embarazo y el parto, Fermina estuvo

atendida por una comadrona, pues a Carpo no se le olvidaría jamás que perdió a su primera mujer y a una hija a consecuencia de un parto complicado, así que empleó todos los medios a su alcance para que no volviera a repetirse esa situación tan desgraciada que le aconteció en 1951.

En el taller de zapatería de Plasencia, Carpo trabajaba afanosamente. Las tareas aumentaban y la clientela crecía.

En Mirabel, los dos hijos mayores de Carpo, Franco y Roberto, atendían el taller y arreglaban también los trabajos que su padre les mandaba desde Plasencia, con lo cual no les faltaba para comer ni para vestir. Además, habían abierto un pequeño comercio de productos variados en el pueblo que era atendido por sus esposas Quintina y Castora.

A Plasencia, como era un centro agropecuario dedicado a la producción de maíz, cada día iban llegando más personas procedentes de los pueblos de las comarcas cercanas que pretendían mejorar su suerte y se instalaban en la ciudad. Este aumento de población originó que la ciudad consiguiera un gran auge en los años cincuenta y sesenta, colocándose a la cabeza de sus comarcas por lo que algunos placentinos la denominaron la capital del norte cacereño, con grandes negocios de tabaco, cereales y ganados, apoyados por el mercado semanal en su plaza mayor todos los martes desde hacía muchos años. Este mercado es tan habitual que incluso los placentinos ya lo llaman "el martes", en lugar de "el mercado". Cada martes se reúnen variados mercaderes y vendedores de todas las comarcas para exponer y vender sus productos, así como ganaderos que hacen tratos de compra y venta de ganado.

Carpo, trabajando y ya más asentado en su nueva residencia y con su familia fue cuando recibió la ya anunciada noticia del indulto de la sanción económica que tenía pendiente, aquella que le había sido impuesta por las "responsabilidades políticas". Esto fue un respiro para la familia, pues no solo evitaban pagar la multa sino que ya se desvinculaban de los asuntos de la condena de Carpo, una losa que aunque antigua, a Carpo le seguía pesando.

En los años próximos a 1960, comenzaron a verse aires de apertura política en la España franquista. Ruiz Jiménez, Ministro de Educación del momento, apoyado por varios personajes dentro de la Falange, independientes, puso en marcha una reforma de los planes de estudio de la enseñanza media y universitaria, con intentos de una apertura también cultural y educativa en la Universidad que permitiera la incorporación a la educación de personas no comprometidas con el régimen, provocando la reacción inmediata de la mayoría de los miembros de la Falange, que no estaban dispuestos a perder la posición hegemónica del SEU en la Universidad.

Se convocó un congreso de estudiantes de organizaciones al margen del SEU, lo cual provocó varios incidentes entre los falangistas más radicales y estudiantes opuestos al régimen franquista. Los enfrentamientos fueron en aumento hasta que en un enfrentamiento callejero un estudiante falangista fue herido de bala.

Franco cortó de raíz esta apertura. Se decretó el Estado de excepción, se clausuró la Universidad y fue detenido Dionisio Ridruejo en unión de algunos estudiantes de izquierdas como Tamames, Enrique Múgica, Javier Pradera y otros. Ruiz Jiménez y Fernández Cuesta fueron cesados de sus cargos.

La crisis se solucionó sin muchas consecuencias con el decantamiento de Ridruejo hacia posiciones liberales opuestas al régimen, perdiendo el control sobre la juventud universitaria, Ya a mediados de los años sesenta el inconformismo con el régimen del caudillo era mayoritario entre gran parte de los estudiantes y el profesorado más joven.

En el año 1960 a Carpo y a Fermina les quedaban en casa cinco hijos que criar, todos varones; desde el mayor Antonio, que tenía diecinueve años y ya ayudaba a su padre en la zapatería, hasta el pequeño Teófilo, de tres años.

Teófilo recuerda que en su casa no se pasaba hambre, pero sí tenían necesidades. Los hermanos mayores trabajaban con Carpo en el taller, y así aligeraban el trabajo de su padre, pero no traían ningún sueldo externo a casa, de manera que tenían el dinero justo para comprar los alimentos más básicos, que aunque no escaseaban tenían precios muy altos. Teófilo recuerda también que en ocasiones su madre le enviaba al taller para que su padre le diese dinero para la merienda:

—Padre, dice madre que me de usted dinero para comprar la merienda.

Carpo más de una vez tuvo que contestarle:

—Mira, hijo, espérate aquí conmigo un poco, a ver si viene algún cliente a recoger unos zapatos y nos paga, y así podrás ir a comprar la merienda.

Ir a comprar la merienda significaba comprar algo de morcilla patatera o salchichón con pan, en contadas ocasiones un poco de queso blando de cabra, y excepcionalmente, chocolate.

Para muchos niños de los años sesenta la merienda consistía en una rebanada de pan con vino y azúcar, o con aceite de oliva y azúcar. Sin embargo, estas

meriendas eran unos de los mejores manjares para los niños de la España de esos años, agradecidos con poco y, al fin y al cabo, no había otras meriendas. En verano ésta podía consistir en una rebanada de pan con un tomate y unos granos de sal.

El hijo pequeño de Carpo y Fermina recuerda:

—En casa no había nevera o frigorífico, algo sin lo que ahora no podríamos vivir. Teníamos una alacena de madera con una tela metálica para que los alimentos respiraran sin que les entrasen moscas. No había cuarto de baño, simplemente teníamos una taza de váter y una palangana con su respectivo palanganero que servía para asearnos. La cocina era de carbón, y para calentar la casa se utilizaba el brasero de picón. En el dormitorio nos organizábamos así: al ser cinco hermanos en la casa, dormíamos tres en una cama y dos en otra, y mis padres en otra habitación. Las comidas, habitualmente constaban de una sopa en primer plato, después garbanzos y de postre una naranja o una manzana. La leche era un privilegio que sólo podían tomar en el desayuno.

Sobre los años 1963 y 1964, nos cuentan Carlos y Teófilo, los dos hijos más pequeños del matrimonio, empezaron a darles para beber en el recreo del colegio un vaso de leche, a la que llamaban "leche americana". Los niños, por la novedad, bebían más de un vaso de leche, pues repetían varias veces. Al fin y al cabo, esto les parecía muy bien a sus padres.

Era triste que algo tan básico como la leche, alimentación básica, escaseaba en los hogares españoles, mientras que algunos privilegiados derrochaban más de lo que podían consumir sin preocuparse de los que carecían de todo. No es de extrañar, por eso, que nuestro cabeza de familia estuviera sufriendo en

sus entrañas la amargura de ver pasar a su familia por estas escaseces a consecuencia de la mala gestión del país por sus dirigentes y las medidas represivas existentes que evitaban la más mínima protesta por las situaciones en que vivía nuestro pueblo.

Marcelo, un día le comentó a su padre en el taller:

—Padre, me ha comentado el señor Alfonso que podíamos empezar a acompañarle por los pueblos cercanos para tocar música en las fiestas populares y en las verbenas ¿qué le parece a usted?

—No sé, hijo, no sé... Digo yo que si quieres ser músico deberíamos comprar un instrumento musical, y ahora no podemos permitirnos ese lujo.

—Ya lo había pensado, padre, pero es que el padre de un amigo mío vende una batería de música completa. Me ha dicho que no habría ningún problema en pagársela en varios plazos. Yo podría pagarlo con el dinero que saque de la música. Si no pudiera yo solo, como el hombre es cliente nuestro, podríamos arreglarle los zapatos sin cobrárselos hasta solventar la deuda entera. Así no sería difícil ¿no cree usted?

Visto así, para Carpo no había ningún problema, y se lo dijo a su hijo:

—Bueno, me has convencido, pero espero que seas responsable con lo que haces.

—¡Descuide, padre!

En poco tiempo Marcelo tenía la batería en casa, donde ensayaba diariamente, con el consecuente dolor de cabeza de la familia. Todo el tiempo libre que le quedaba después de dejar el trabajo del taller lo dedicaba a tocar la batería, y empezó a salir los fines de semana a tocar por los pueblos de la comarca en la fiestas. Así, de esta forma, comenzó a entrar otra ayuda económica en casa de Fermina y de Carpo. Esto

sufragaba múltiples gastos. Además, Marcelo se sentía feliz en su nuevo trabajo, pues al mismo tiempo que conseguía un dinero extra para la familia, realizaba una actividad que le encantaba y que le permitía conocer nuevos sitios y ambientes diferentes. Le gustaba ayudar a divertirse a la gente, a los vecinos de la comarca, y así evitar que por unas horas pensaran en sus problemas diarios.

Jorge, el hermano que seguía en edad a Marcelo, estaba entusiasmado con la nueva "profesión" de su hermano. Le gustaba mucho ir con él a las fiestas, así que propuso a su padre una idea.

—Padre... Ya que a Marcelo le va tan bien con esto de la música... ¿Podría yo dedicarme también a amenizar verbenas y fiestas populares? Yo aprendería a tocar la batería... Marcelo me puede enseñar.

Marcelo puso empeño en que su hermano Jorge consiguiera sus propósitos, y convenció a su padre para que lo aceptara y le permitiera viajar con él. Marcelo se comprometió a enseñar a Jorge a tocar la batería y se le llevaría a todos lados para que aprendiera todo en el menor tiempo posible.

Estas verbenas populares fueron el comienzo de una bonita y pequeña carrera musical de ambos hermanos. Hoy cuentan orgullosos cómo consiguieron formar un grupo de música al que llamarían "Los jóvenes", con el que recorrieron gran parte del territorio de la provincia de Cáceres y parte de la de Salamanca.

Jorge recuerda aquellos años como una época inolvidable de su vida:

—Aunque para nosotros era como un trabajo más, pues el dinero que ganábamos lo entregábamos en casa —cuentan Jorge y Marcelo—, nos dio gran libertad para aquellos tiempos. Conocimos muchos sitios y

a personas importantes. ¡Nos sentíamos los amos del mundo! Lo recordaremos como algo muy bonito. El tiempo que duró será imborrable.

Carpo se sentía feliz, pues sus hijos le ayudaban a levantar la familia y todos disfrutaron de unas mejoras que tiempo antes no hubieran podido ni pensar.





FRANCO Y ROBERTO

Pasaron los años, y Antonio, el cuarto hijo de Carpo, que llevaba varios años saliendo con su novia, una chica llamada Dionisia, decidió casarse con ella. Antonio le dijo a su padre:

—Padre, Dioni y yo hemos decidido casarnos. Creemos que ya vamos teniendo edad, y además deseamos formar nuestra propia familia. Nos gustaría contar con su aprobación.

Antonio tenía veintitrés años, pero los hombres y mujeres de aquella época se habían tenido que hacer mayores antes de tiempo a golpe de trabajo. Esa madurez les animaba a tomar decisiones propias en sus vidas. Carpo lo comprendía. Al igual que a los demás hijos que ya se le habían casado, Carpo entendía a Antonio; entendía sus deseos de emprender una vida nueva al lado de quien sería su esposa. Con estos pensamientos, les dio un abrazo y les dijo:

—Hijos míos, por supuesto que contáis con mi aprobación. Espero que seáis felices y que siempre os respetéis y os ayudéis.

Ya a solas con Antonio, Carpo le preguntó:

—Hijo, si ahora te casas, ¿dónde vais a vivir? Y, ¿qué piensas hacer con el trabajo?

Antonio le contestó:

—Verá, padre... Habíamos pensado que si usted no tiene inconveniente, nos quedaríamos a dormir en la habitación que ocupaba la abuela mientras arreglamos una habitación con derecho a cocina que nos alquila tía Tecla. Respecto al trabajo, quería estar ayudándole a usted durante un tiempo y cuando ahorre un dinerillo montaría yo un taller de zapatería por mi cuenta. Ya he visto una casa donde se podría instalar. Está muy bien. Es un local en la calle Zapatería, esa que va desde la Plaza Mayor hasta San Nicolás. De esta forma podríamos ampliar nuestro negocio sin hacernos competencia. ¿Qué le parece, padre?

Carpo asintió:

—De acuerdo. No hay ningún problema por mi parte.

Antonio pensó y meditó esa idea durante mucho tiempo. Sabía lo que hacía, pues con el paso del tiempo esa idea se demostró acertada. Además, al independizarse el cuarto hijo de Carpo abriendo su propio

taller en Plasencia y desvinculándose del de su padre, quedaba un sitio libre para que el siguiente hermano pudiera aprender el oficio en casa, cubriendo su sitio en el taller paterno.

Antonio y Dionisia contrajeron matrimonio el día 12 de enero de 1965 en la Iglesia parroquial de San Esteban, en Plasencia, siendo sus padrinos de boda su hermano Roberto y su cuñada Castora.





ANTONIO Y MARCELO

En casa de Carpo quedaron los cuatro hijos pequeños del matrimonio: Marcelo, Jorge, Carlos y Teófilo. Parecía que la familia salía adelante, la vida les iba sonriendo. Sus hijos se iban casando, todos tenían trabajo y en casa iban avanzando.





JORGE Y CARLOS

Sin embargo, la vida de Carpo estaba ensombrecida por el duro golpe que recibió. Fue el segundo gran mazazo de su vida personal: su querida madre, Cesárea, aquella mujer valiente que en su juventud tuvo que asumir ella sola la crianza de su hijo Carpo, moría en su casa, acompañada y asistida por Carpo y por Fermina y rodeada de sus nietos, a la edad de ochenta y cuatro años.

El fallecimiento de su madre dejó un vacío muy grande en el corazón de Carpo, pues ella, su madre, lo había sido todo para él. Había ejercido de madre y también de padre, y toda su vida no había hecho otra cosa que preocuparse por su hijo Carpo. Quién iba a decir que el apellido de una mujer, que debido al paso de las generaciones se acababa perdiendo, sería el apellido de una extensa familia, con muchos miembros entre hijos, nietos y biznietos.

Carpo, hombre de tradición y cumplidor con los suyos, acogió a su padrastro Basilio (el abuelo de corcho, como cariñosamente le llamaban los nietos de Cesárea), lo cuidó y le atendió todo lo que estaba en su mano y le procuró un hogar en la residencia de las Hermanitas de los Pobres, en Plasencia, donde fue felizmente atendido hasta el fin de sus días. Los sábados y domingos salía a pasar el día con su familia y Carpo y los niños iban a visitarle periódicamente, como si de un padre y abuelo se tratara. Así pasaron los años. Carpo atendió y visitó al abuelo Basilio, el que fue durante muchos años el compañero de su madre, a la cual había prometido antes de morir que le cuidaría y que se preocuparía por él mientras viviera.



TEÓFILO, OCTAVO HIJO DE CARPO

CAPITULO X
Años 1965-1975

En la España franquista de los años sesenta algo se estaba moviendo. El año 1962 fue testigo del comienzo de un largo periodo de huelgas en la minería asturiana donde fue implantado el estado de excepción en Asturias, Vizcaya y Guipúzcoa.

Este año iba a ser determinante en la Historia de nuestro país con el enlace matrimonial de los futuros reyes de España. En Munich hubo un notable intento de aproximación de las fuerzas políticas moderadas contra la dictadura franquista. Ya en estos años, en España había entrado un aire de libertades esperanzadoras, motivadas por sus sucesos de malestar social en las principales zonas industriales del país. En Asturias se comenzaron una serie de conflictos laborales desde el problema del pozo minero "Nicolasa" que de forma encadenada se alargaron hasta finales de 1963. La iniciativa corrió a cargo del Sindicato Minero de Obreros (SOMA-UGT), una organización muy castigada por la represión en la posguerra. En ese mismo año, Fraga Iribarne pasó a ser Ministro de Información y Turismo con una aureola de modernizador del sistema, lo que fue un claro espejismo. El conflicto asturiano apenas se reflejó en la prensa debido a las limitadas notas de prensa destiladas por la censura del régimen.

En Sevilla había movimientos y mucha inquietud en la Universidad promovidas por grupos de estudiantes progresistas y de izquierdas que, estando informados de lo ocurrido en Asturias, aglutinaron voluntades de

contestación contra una visita a Sevilla del Ministro Fraga Iribarne para dar una conferencia sobre Prensa y Opinión pública. Se mostraron tan contrarios que acabaron por boicotear el viaje tan preparado por el Ministro Fraga.

En los periódicos no se contaba nada sobre las agresiones a las personas, como la aplicación de electrodos en los testículos a los mineros, pero eran circunstancias que la gente conocía sin necesidad de publicación impresa.

Dentro de la Universidad la actividad estudiantil en los años sesenta sería un gran revulsivo en la oposición a la dictadura franquista, y en la Universidad Sevillana se fraguaría el llamado "Grupo de Sevilla" que años más tarde pasaría a dirigir el Partido Socialista en el exilio y en la democracia futura. Entre estos jóvenes universitarios que formarían las Juventudes Socialistas de Sevilla, estaban: Guillermo Galeote, Luis Yánez, Felipe González, Alfonso Guerra, Carmen Romero, Manuel Chávez, Rafael Escuredo, Carmela Hermoso...

Este grupo de jóvenes socialistas estaba encabezado en sus comienzos por Alfonso Fernández Torres, militante socialista desde 1930, el cual había destacado desde muy joven, ya que había promovido la extensión del socialismo en la provincia de Jaén, donde ocupó la Dirección General de PSOE y de la UGT. Había nacido allí, en Jaén (en Torreperogil, en 1907), había estudiado derecho y estaba considerado como uno de los "padres" del socialismo en Jaén.

Alfonso Guerra diría de él al conocer su muerte en 1978: *Ha sido el motor inicial en la renovación del PSOE.*

En estos años, bastaba decir que buena parte de los dirigentes socialistas que salieron elegidos en el congreso de Suresnes (11 y 13 de octubre de 1974) y en

el primer gobierno democrático del PSOE en España, procedían de los grupos de jóvenes de Sevilla, País Vasco, Asturias y Madrid.

Entre los años 1960 y 1974 se producen una serie de encuentros entre los militantes socialistas del interior de España y los socialistas en el exilio, no libres de ciertos enfrentamientos entre los dirigentes históricos (encabezados por Rodolfo Llopis, Secretario General del PSOE desde 1944 hasta 1974) y los dirigentes socialistas en el interior, principalmente de las Federaciones de Andalucía y Madrid, con Fernández Torres (Presidente de la Federación Andaluza) a la cabeza, el auténtico motor del socialismo Andaluz.

De todos estos acontecimientos, los militantes socialistas en Mirabel y Plasencia desconocían gran parte, pues no contaban ni con medios ni con infraestructuras para poder contactar con los militantes socialistas en el exilio o los grupos de Sevilla, Asturias, País Vasco, Madrid...

Carpo conseguía alguna información sobre los acontecimientos del PSOE en el interior y el exterior a través de un militante que era amigo de Pablo Castellanos, pero muy de tarde en tarde. Él mismo, dentro de sus posibilidades y de sus conocimientos informaba a los compañeros de Mirabel y a algunos de Plasencia con los que estaba en contacto.

En el XI Congreso del PSOE en el exilio en Toulouse, en 1970, se produce un enfrentamiento entre Felipe González y Rodolfo Llopis. La intervención de Felipe González fue muy importante, con un fuerte impacto psicológico entre los militantes más veteranos que, al escuchar a Felipe González rompieron a llorar al ver que podía haber otra forma de hacer política dentro del partido y comprobaron cómo un muchachito de

Sevilla se dirigía a todos ellos sin tapujos ni cortinas que le ocultaran. Todo aquello fue muy bonito para los asistentes de aquel congreso de Toulouse, desde donde la figura de Felipe González ya se vio claramente como el líder que el Partido Socialista Obrero Español necesitaba en el interior de España. El PSOE consiguió una representación de nueve puestos en la Ejecutiva Federal, siendo los elegidos: Nicolás Redondo, Enrique Múgica, Eduardo López Albiza, Alfonso Guerra, Felipe González, Agustín González, Francisco Roces y Pablo Castellanos.


LOS «JOVENES TURCOS» SEVILLANOS

EL GRUPO DE SEVILLA

Las aguas políticas del régimen franquista estaban agotando sus últimos años de predominio y control de la sociedad española, pues aunque poco a poco la oposición a la dictadura iba minando los resortes del franquismo y contaban cada vez más con los apoyos de los países democráticos europeos, principalmente de la Internacional Socialista, donde pertenecían dirigentes tan prestigiosos como Mitterrand, Mario Suárez, Willy Brandt u Olaf Palme.

En Madrid, en el nuevo gobierno franquista de 1962 se aumentó el liderazgo de los tecnócratas, y quedó formado con nuevas incorporaciones, como la de López Bravo en la cartera de Industria o Lora Tamayo en la cartera de Educación. Pero la nueva estrella iba a ser Manuel Fraga Iribarne, un burócrata bastante eficaz y reformista, según palabras propias del régimen. Carrero Blanco encabezaba el grupo de monárquicos—tecnócratas favorables a las gestiones sin partidos políticos y con avances hacia la sucesión monárquica en la figura de Don Juan Carlos de Borbón.

Esta fue, quizá la primera vez que las tradicionales familias del régimen quedaban apartadas de un gobierno franquista.

Hubo intentos por parte de los llamados reformistas (Castiella, Solís y Fraga) de modificar las instituciones, sobre todo la Organización sindical. Veían necesario un movimiento para adaptarse a los cambios que la economía exigía. En la parte opuesta, los inmovilistas del gobierno obviamente se opusieron a toda reforma interna.

Todos los componentes del gobierno se dedicaron a presentar a Franco sus planes de reforma, pero el General fue ajeno a todos estos planes presentados, no dando salida a ninguno de ellos.

Franco tuvo un accidente en una cacería en diciembre de 1961, y a consecuencia de éste decidió rodearse de militares, pues quería dejar bien claro a cuáles de ellos consideraba sus más leales colaboradores. Quizá fue a raíz de esta reunión, que un año más tarde nombró vicepresidente del gobierno a Muñoz Grandes, quien sería el encargado de sucederle en el caso de que él muriera.

La oposición antifranquista comenzó a organizarse y poco a poco daba pequeños saltos hacia una posible vuelta a la democracia, pero eran saltos muy pequeños y no se avanzaba mucho.

En 1962 Franco enfermó de parkinson. Esta enfermedad le fue minando y debilitando en los años siguientes. En España, la mayor parte de la opinión pública desconocía esta situación, pero los socialistas y comunistas conocedores de tal dato aumentaron sus luchas y movimientos contra el régimen con gran actividad en la mayor parte del país, aprovechando la situación de debilidad del Generalísimo.

Cierto día, en un encuentro preparado, Carpo se reunió con antiguos compañeros de Juventudes Socialistas de la época de la República. Se juntaron los socialistas de la mayor parte de los pueblos de Cáceres. En este encuentro se habló mucho, y se volvió a encender la llama de la libertad en su corazón. Recibieron información de las actividades del PSOE en el exilio, pero también se informaron de las actividades de los grupos del interior: el grupo de Sevilla, el grupo de asturianos con Agustín González a la cabeza, el grupo de los vascos (entre los que estaban Enrique Múgica, Nicolás Redondo, Ramón Rubial...), el grupo de Madrid (Pablo Castellanos, Enrique Barón Joaquín Leguína...).

Todos ellos eran componentes del sector de renovadores del Partido Socialista, que tenía una gran importancia en el interior de España, lo que provocó una gran corriente de ilusión por la España de estos años. El núcleo más grande en militancia socialista estaba sin duda en la cuencas mineras asturianas y su organización estaba formada mayormente por trabajadores, como José Barriero (quien era el líder indiscutible en el exilio), o Emilio Borbón, otro puntal de la organización.

Carpo se volvió a meter de lleno en la lucha contra el dictador, como hicieron muchos otros españoles a los que no les gustaba la situación que estaba atravesando España. Evidentemente, los movimientos de todos los grupos de socialistas antes mencionados y los logros laborales conseguidos desde el despacho de Felipe González en Madrid, en constante comunicación con los despachos de Pablo Castellanos y Enrique Barón dieron un gran vuelco a la lucha sindical y un prestigio reconocido a estos abogados laboralistas que se afanaban incansablemente en defender a trabajadores y sindicalistas en despidos improcedentes o en cualquier otro asunto relacionado con el trabajo en todos los ámbitos.

Carpo fue un hombre sin apenas estudios. No tuvo la oportunidad de ir a la Universidad, pero no desperdició un solo momento de su vida para formarse mediante todos los libros que llegaban a sus manos, además siempre tenía interés en conocer todo lo que acontecía en nuestro país. Por eso, en muchas ocasiones confesaba a su mujer y a sus hijos que tenía un cariño especial por esos jóvenes socialistas que desde las minas, la Universidad, las empresas vascas y desde el exilio le volvieron a contagiar esa fe y la fuerza

necesaria para volver entre todos a recuperar nuestra libertad en los años venideros.

El problema que tenía Carpo era el del extremo cuidado que debía tener, pues al estar aún controlado políticamente tenía ciertas limitaciones. Además, Carpo era responsable y tenía una familia extensa que atender, por lo que no pretendía meter en ningún tipo de problema a su familia. Carpo tenía ya cincuenta y cinco años, pero fue incansable en la ayuda a sus compañeros para que todos juntos hicieran caer la dictadura en el menor tiempo posible.

España, desde principios de los años cincuenta y hasta 1961, era junto a Portugal el país más pobres de Europa, con unos niveles de consumo y bienestar por debajo del resto de los europeos. Ante esta situación, Navarro Rubio, Ministro de Hacienda del gobierno de Franco, consiguió convencer al Generalísimo para llevar adelante el Plan de Estabilización Interna y Externa de la Economía, con un paquete de medidas para atajar la inflación galopante que había, para favorecer el ahorro de los españoles, para liberalizar la inversión y reducir el intervencionismo estatal. Este plan de choque contó con recursos de inversiones extranjeras, divisas aportadas por los emigrantes españoles y el ingreso de divisas gracias al turismo.

Desde 1961 a 1964 se consiguió un crecimiento anual del producto interior bruto en un 9% a costa, como casi siempre, de un considerable descenso del nivel económico de los trabajadores, del desempleo y la emigración.

Estos datos crispaban a Carpo, conocedor de parte de esta situación y le había tocado vivir la emigración de varios de sus hijos a Holanda, donde trabajaron en la fábrica de Philips, y no sólo tuvieron que viajar

al extranjero, sino que debieron moverse hacia otras provincias españolas en busca de un trabajo.

En el año 1965 Carpo y Fermina seguían viviendo en la humilde casa alquilada en la Plazuela del Salvador, 9 de Plasencia. Su vida era muy modesta, pero cubría las necesidades de la familia. En esta época, los países democráticos del resto de Europa habían conseguido la reforma industrial y disfrutaban de un gran bienestar social. España mientras estaba queriendo despegar de su penuria económica y en muchos hogares se recuerda con nostalgia y pesar que gran número de españoles no disponían de cuarto de baño propio, ni de frigorífico, ni de otros elementos que hoy creemos imprescindibles.

Carlos y Teófilo propusieron un día a Carpo una idea:

—Padre, mire, hemos tenido una idea. Se trata de hacer un agujero en la pared que separa la cocina del váter. Por el agujero podríamos pasar una manguera con una alcachofa en un extremo y el otro extremo se colocaría en el grifo de la cocina. Así, tendríamos una ducha y sería más cómodo a la hora de lavarnos todos.

—¡Sí, padre! ¡Diga usted que sí! —animaban los demás hermanos, muy ilusionados con algo tan elemental y necesario para la vida diaria de una familia.

Carpo consultó la proposición con su mujer, y como les pareció una buena idea accedieron a lo que solicitaban sus hijos. El inconveniente que tenía esta ducha era que al no haber calentador de agua en la casa, sólo se podía utilizar en los meses de verano pues el agua fría era difícil de soportar en el frío invierno placentino. Aún hoy, estos niños, que contaban entonces con ocho y diez años de edad recuerdan con gran satisfacción su primera ducha con agua corriente y la gran

ilusión que les hizo algo tan simple como el poderse asear debajo de una ducha prefabricada en su propia casa.

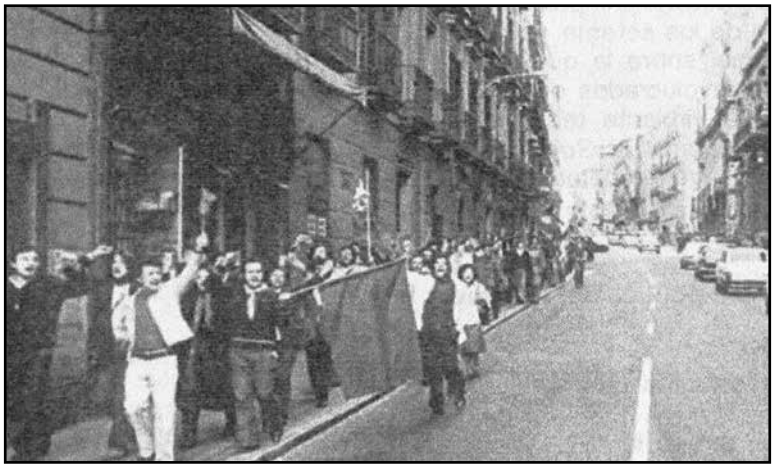
Escuchando los relatos de estos niños, que hoy son hombres de cuarenta y cuatro y cuarenta y seis años, nos podemos imaginar cuántas necesidades y penurias pasaban tantos niños y mayores en esta época. El 80% del pueblo llano sufría las consecuencias del subdesarrollo que arrastraba España en le medio rural y en parte del medio urbano, mientras que el otro 20% restante vivían en la abundancia, despreocupándose de las familias más desprotegidas. No era extraño que en la península, desde los años sesenta se levantaran cada vez más voces exigiendo una mejor distribución de las rentas entre la población que veía cómo Franco y su régimen no hacían nada más que retrasar la evolución política que se pedía por la mayoría de los españoles. A medida que Franco fue envejeciendo se fue arrinconando en sus temores y convicciones, demostrando a toda Europa su incapacidad para evolucionar al ritmo de los cambios producidos en la sociedad española.

—¿Cómo Franco, no puede entender, que el tren del desarrollo vaya a llevar a España a quedar también industrializada en estos años de auge económico de Europa? El gobierno franquista responde a estas manifestaciones de la sociedad civil con reformas tardías e insuficientes —solía decir Carpo.

Esto amargaba la existencia de muchos hombres y mujeres con las mismas inquietudes que Carpo, que sin haber pasado por la Universidad podían entender que España estaba dejando pasar el tren del futuro delante de sus ojos, mientras sus hijos tenían que emigrar incluso fuera del país para conseguir alguna remota posibilidad de mejorar su situación vital.

Las ideas de libertad, solidaridad y reparto equitativo entre la población española fueron aumentando con la participación importantísima del Partido Comunista, el Partido Socialista Obrero Español y de gran parte de hombres y mujeres progresistas de la sociedad del momento que ya luchaban en las minas, en las empresas, en las fábricas o en el campo para conseguir una mejor distribución de las rentas y una mejor política social. La lucha obrera se fortaleció en su afán de mejoras sociales y por la caída de la dictadura.

Carpo contaba a un amigo llamado Matías, que la emigración de los años sesenta rondaba las cien mil personas que habían salido de España, aportando grandes partidas de divisas al país resolviendo en parte el problema del desempleo rural, sin que el régimen franquista hiciera nada para evitar la emigración.



MANIFESTACIONES DURANTE LA PROTESTA DE 1968

El Partido Socialista desde su organización del interior de España denunciaba que la inversión extranjera estaba cifrada en unos siete mil seiscientos millones de dólares entre 1960 y 1974, siendo el principal atractivo de los inversores (norteamericanos, alemanes y suizos) las posibilidades de un mercado de expansión y los bajos costes salariales. Sin embargo, esta inversión debía haber repercutido en subidas salariales para la clase trabajadora y en una mejor distribución económica para la industrialización de nuestras empresas.

—Yo solamente pido —decía Carpo— que mis hijos no tengan que irse de España para conseguir un trabajo digno, pues aquí, si se hicieran bien las cosas, podríamos trabajar todos y mejorar nuestras situaciones familiares. Esto es lo que yo planteo, y con un gobierno socialista y una democracia estable y parlamentaria no ocurriría jamás. Nuestros hijos no tendrían que ser emigrantes nunca más.

Se reunían en una taberna Carpo, Gregorio, Pedro y Antonio, amigos de izquierdas, para hablar de temas que pocos se atrevían a airear por temor a recibir represalias de la policía franquista si llegaban sus comentarios a sus oídos.

Gregorio respondía a Carpo:

—Ya, Carpo, si tienes toda la razón, pero la situación está como está, y no podemos evitarla.

Carpo, enfadado, contestaba:

—Lo siento, Gregorio, pero esa respuesta no me vale. Si queremos que nuestros hijos no pasen mañana por lo que nosotros estamos pasando hoy debemos acabar con esta situación y conseguir que en España vuelva la libertad y se nos abran todas las puertas que Europa y el resto del mundo nos tienen cerradas a consecuencia de la dictadura, que nos tiene apresados.

—Sé que algún día —continuaba Carpo, ilusionado— conseguiremos que todo esto acabe. Podremos dormir tranquilos por las noches, viendo que nuestros hijos se hacen mayores a nuestro lado disfrutando de su compañía y de su cariño.

—Ojalá, ojalá ocurra lo que dices, Carpo, —contestaban los compañeros de tertulia— pero... ¿Cuánto tiempo tardará en llegar eso?

—Ya lo veréis. Al final lo conseguiremos.

En Extremadura gran parte de los hijos tenían que salir fuera de la región en busca de trabajo. Se calcula que en los años sesenta emigraron a las grandes ciudades como Madrid, Bilbao, Barcelona, San Sebastián o Valencia más de seiscientas mil personas.

—Lamentablemente —decía Carpo— nuestra tierra es una gran proveedora de mano de obra barata para las empresas que se han implantado en las ciudades en desarrollo. Sería conveniente que en el futuro reconocieran la aportación de tantos extremeños al desarrollo económico y social de la mayoría de las zonas industriales. Gracias a nuestro esfuerzo van a salir de la situación de subdesarrollo en la que se encuentran. Sin embargo, a Extremadura se la va a privar de este desarrollo, porque está siendo controlada por un grupo de hacendados y de familias nobles que en absoluto se preocuparán de mejorar la situación de abandono en que se encuentra.

El sector que fue adquiriendo cada vez más relevancia económica fue el de servicios, gracias en gran parte al turismo, cada vez más floreciente en España.

Cuando algunos socialistas de Plasencia se reunían para charlar de la situación económica del país, algunos, los que tenían mayores conocimientos económicos decían indignados:

—¿Cómo no se nos van a ir nuestros hijos a buscar trabajo fuera si más de la mitad de la industria española está repartida solamente entre Cataluña, Madrid y el País Vasco? Desde la meseta central hasta Gibraltar no se ha creado ningún tipo de empresa importante.

Otro militante socialista, Jerónimo, añadía:

—La distribución de las inversiones no responde a buenos criterios económicos, sino más bien a criterios políticos de desarrollo regional que producen un fuerte desequilibrio regional perjudicando notablemente a las zonas más agrícolas, como Andalucía, Extremadura y las dos Castillas.

La vida de Carpo seguía feliz en Plasencia. Corría el año 1969, y a consecuencia del trabajo que en los últimos doce años venían realizando Carpo y los hijos mayores que aún estaban en casa, Carpo y Fermina pudieron darse una gran satisfacción: por primera vez en su vida reunieron algo de dinero, lo suficiente para poder pagar la entrada para la compra de una vivienda propia. Sería en el placentino barrio de Procasa. Comprarían el piso en una cooperativa de viviendas donde muchos de los socios eran trabajadores de la construcción que desempeñaban su trabajo en el mismo edificio que después habitarían. Esta cooperativa compró estos terrenos en lo que entonces eran las afueras de la ciudad, así conseguía precios más baratos pues los terrenos eran más económicos. En aquellos edificios se agruparon buena parte de familias obreras que tras mucho trabajo y con muchos sacrificios conseguían al fin una vivienda de su propiedad.

El piso que Carpo y Fermina compraron estaba en una cuarta planta. Les costó doscientas veinticinco mil pesetas, y tuvieron que firmar una hipoteca de quince años.

El comentario general de aquellos años era que para mantener a una familia, con todo lo que ello conlleva y además pagar una hipoteca, era necesario el esfuerzo económico y laboral de varios de los miembros de cada familia española. Aunque la economía familiar había mejorado en el caso de Carpo, para poder acceder a esta vivienda tendrían que aportar su trabajo al menos tres de los hijos de Carpo, y esto sumado a su sueldo podrían sufragar los gastos del nuevo piso y de la manutención diaria. Esta situación era por desgracia igual en el ochenta por ciento de las familias obreras extremeñas. Sin embargo, en las regiones más industrializadas el nivel económico de una familia de obreros se mantenía solamente con el salario de un miembro, el cabeza de familia. Esa fue la diferencia entre unas regiones en pleno desarrollo industrial y otras regiones condenadas al olvido y a los pocos recursos agrarios de que disponían.

La mayoría de los españoles de los años setenta, como vemos en películas o series de televisión, tenían que compaginar dos trabajos para llegar desahogadamente a fin de mes. Aunque la economía en general había mejorado, para disfrutar de las nuevas ofertas que el consumismo había traído a España, había que aportar ingresos de varios trabajadores para que fuera posible pagar las letras del frigorífico, el televisor y la lavadora, enseres que poco a poco se fueron instalando en muchos de los hogares del país.

Muchas familias como la de Carpo, con mucho esfuerzo y ahorro y a base de largas jornadas de trabajo, consiguieron aumentar parte de su renta familiar.

A pesar de eso, según informaciones publicadas en prensa, entre los años 1970 y 1975, el 1'2 % de la población acumulaba el 22 % de la renta nacional.

En el año 1970 contrajo matrimonio Marcelo, el quinto hijo de Carpo, que ya tenía veintisiete años. Se casó con una joven llamada Inés, procedente de Cabezabellosa. La boda se celebró el día 27 de Septiembre de 1970 en la Iglesia del Salvador, celebrándose el banquete en un hotel cercano (Hotel Iberia), con baile de orquesta incluido.

Este hermano había sido de gran ayuda en la casa. Había sido el que más tiempo estuvo con sus padres, y por tanto había colaborado mucho, junto con Jorge en el pago de las letras del piso recién comprado.

Aquellos tiempos eran muy distintos a los que vivimos ahora. Teófilo, el hijo pequeño de Carpo, cuando recuerda aquellos días nos cuenta:

—En el año 1971 comencé a trabajar de peque en una farmacia. Quería sacar un dinerillo para ayudar en casa o para darme algún capricho. Por aquel entonces, el chico que tenía una bicicleta era el más afortunado del mundo. A veces ayudaba a mi madre con el lavado y el tendido de la ropa, pues las lavadoras de aquella época eran (mecánicas) muy simples: tenían un motor incorporado y en el medio del tambor llevaban una pala de goma contra la que se golpeaba la ropa. Vuelta tras vuelta, las prendas quedaban limpias y llegaba el momento de escurrir bien la ropa con las manos y tenderla para que se secase.

El primer televisor que entró en la casa de Carpo y de Fermina fue regalo de una hija de ésta, Luciana, que vivía en Madrid. De hecho, todos los televisores que tuvo el matrimonio fueron regalos de sus hijos, principalmente de los que vivían en Madrid pues disfrutaban de salarios más altos que los de sus hermanos que se habían quedado en Extremadura. Algunos de ellos, lamentablemente, no habían detenido su viaje migratorio

en Madrid, sino que, como ya comentamos antes, dos de ellos tuvieron que marcharse a Holanda durante un período considerable. Hubo un momento en la vida de la familia Magdaleno en el que ocho de los hijos estaban fuera de Extremadura, empujados a la emigración por la falta de trabajo en su tierra.



CARLOS Y TEÓFILO, LOS HIJOS MÁS PEQUEÑOS

Tras estas experiencias laborales y familiares vividas por Carpo, no es de extrañar que cuando su edad estaba llegando al merecido descanso que tanto necesitaban tanto él como su esposa, la deseada jubilación, Carpo volviera a la lucha obrera y a la lucha de clases, pues todos sus hijos estaban criados, la mayoría ya casados o fuera de Extremadura y podía dedicarse de nuevo a lo que le parecía urgente: conseguir la vuelta

a casa de los emigrantes, para que pudieran vivir con un salario que fuera suficientemente digno para cubrir las necesidades de la vida diaria.

En España, según los historiadores, una de las principales consecuencias de la "modernización" fue el constante abandono de las costumbres inspiradas en la moral católica tradicional. Los aires de libertad llegados de Europa, el aumento de la población universitaria, la presión internacional y la lucha antifranquista de estos años irían debilitando a la dictadura.

Al viejo dictador le iba quedando cada vez menos tiempo. Las manifestaciones contra el régimen se multiplicaban por doquier con gran agitación obrera y estudiantil en las calles. Carpo, desde su conocimiento de los hechos, explicaba a su mujer y a sus hijos:

—Franco se verá obligado a ceder el poder al príncipe Juan Carlos. Debemos confiar que con el príncipe llegará a España esa libertad que tanto necesitamos.



DON JUAN CARLOS DE BORBÓN ES DESIGNADO HEREDERO DE FRANCO A TÍTULO DE REY (21-7-1969).

En octubre de 1969 el empresario Juan Vila Reyes falseó pedidos de compra de la maquinaria industrial que fabricaba con el propósito de obtener créditos oficiales para la exportación. Fue detenido y la empresa intervenida por el gobierno. El llamado "asunto Matesa", etiquetado como el mayor escándalo financiero del franquismo, originó la constitución de un nuevo gabinete, al estar implicados en el caso varios ministros del gobierno, desatando una fuerte desconfianza en el régimen.

La creación del nuevo gobierno supuso una clara victoria de la mano derecha de Franco, Carrero Blanco, que consiguió colocar a personas de su confianza (pertenecientes al Opus Dei y a Acción Católica) en los ministerios más importantes. Sin que Franco, que estaba cada vez más debilitado por la edad y por motivos de salud), marcara las directrices de acción, este gobierno realizó labores puramente gestoras sin llevar adelante ningún proyecto político de envergadura.

Los grupos más reaccionarios del régimen vieron en el matrimonio de Don Alfonso de Borbón y de la nieta de Franco, Mª del Carmen Martínez-Bordíu Franco, en 1972, una gran oportunidad para cambiar la línea de sucesión y colocar en el trono a un rey más manejable y afín a sus proyectos. La ultraderecha y la esposa de franco, Doña Carmen Polo, ejercieron todo tipo de presiones para degradar la imagen de Don Juan Carlos, pero Franco no rectificó de ninguna manera su decisión.

En junio de 1973 Franco quizá cansado y cada vez más desinteresado por la política se descargó de las funciones ejecutivas y nombró presidente del gobierno a su fiel mano derecha, el almirante Carrero Blanco. Optó por recluirse en El Pardo donde se rodeó

de sus familiares y de sus colaboradores más leales. Según se cuenta, la medicación a la que estuvo sometido Francisco Franco en sus últimos años mermó su capacidad de decisión y aumentó su indiferencia por la vida política. España, el país que había gobernado con mano dura durante más de tres décadas se le estaba yendo de las manos al dictador, afortunadamente para la población española.

También se cuenta que Franco dejó libertad a Carrero para elegir sus ministros, siendo el único rasgo común necesario de los ministros su lealtad al régimen y permitir que Don Juan Carlos quedara como sucesor.

Arias Navarro fue el Ministro de la Gobernación, López Rodó cogió la cartera de Asuntos Exteriores, Fernández Miranda ocupó la Vicepresidencia del Gobierno y la Secretaría General del Movimiento, y repitieron como ministros Julio Salvador López de Letona, Allende García-Baxder, Licinio de la Fuente y García del Ramal, lo que hizo que existiera cierta continuidad respecto al gobierno de 1969.

El 20 de diciembre de 1973 Carrero Blanco murió víctima de un atentado perpetrado por el grupo terrorista ETA. El coche oficial del entonces presidente del gobierno voló por encima de los cuatro pisos de una residencia de los jesuitas, cayendo en su patio interior, impulsado por la explosión de una bomba que contenía ochenta kilogramos de goma-2 colocada debajo de la calle Claudio Coello, en Madrid.



CORTEJO FÚNEBRE DE CARRERO BLANCO

Muchas opiniones coinciden al decir que la muerte de Carrero Blanco en trágicas circunstancias fue una de las principales puertas abiertas a la vuelta de la democracia en España, pues impresionó profundamente a Franco y a toda la sociedad española. Franco se hizo más vulnerable y decidió nombrar a su nuevo presidente de gobierno, Arias Navarro, que contaba con la confianza de Doña Carmen Polo, del Marqués de Villaverde, de Vicente Gil (el médico de Franco) y de otros destacados miembros de la casa militar.

Franco se había decantado por otro militar para sustituir a Carrero Blanco; había decidido que fuera el ex-ministro de marina y amigo personal suyo Nieto Antuñez, pero las presiones de la llamada camarilla del Pardo consiguieron que la decisión tomada

por Franco cambiara y nombrara como dijimos anteriormente a Arias Navarro el 12 de febrero de 1974.

En el domicilio de Carpo y Fermina, en Plasencia, los hijos se habían ido haciendo mayores. Marcelo trabajaba con su padre en el taller de zapatería, compaginando este trabajo con las salidas a los pueblos a tocar la batería en el grupo musical. Jorge hacía lo mismo: trabajaba como electricista en una empresa de Plasencia y salía con su hermano para acompañarle en el grupo que ambos formaban. Jorge, el sexto hijo de Carpo había hecho estudios de electricidad, y se incorporó al trabajo en un taller a los dieciséis años, como aprendiz. Era el primer hijo que no ejercía la labor de zapatero, y esto aliviaba a Carpo, pues no había trabajo en el taller para todos, y era bueno que los chicos se dedicaran a otros oficios. Además la profesión de electricista tenía mucha salida en aquellos años y podían pensar que Jorge tendría un futuro más prometedor que con los arreglos de zapatos.

Carpo había tenido la gran ilusión de que alguno de sus hijos pudiera estudiar una carrera, una ingeniería corta, o al menos el bachiller superior para hacerse hombres de futuro, con cultura suficiente para emprender algo importante en la vida. Él nunca pudo estudiar lo suficiente, y eso era una espinita que tenía clavada, por lo que deseaba ardientemente que sus hijos pequeños pudieran realizar estudios superiores.

A pesar de que la situación familiar había mejorado en casa de Carpo y de Fermina, en el año 1974 Marcelo se dirigió a su padre y le comentó:

—Padre, he pensado en marcharme a Madrid a trabajar.

—¿Por qué, hijo? ¿Es que no estás bien aquí conmigo y con tu música? —preguntó Carpo.

—No es eso, padre. No lo piense. Yo no voy a estar mejor en ningún sitio que aquí con usted. Pero tiene que comprender que los zapatos no dan para mucho y la música nos separa todos los fines de semana. Estoy pensando en dejar de tocar. En Madrid, me ha dicho uno de los cuñados, están buscando cobradores de autobús para la línea Alcorcón-Madrid y sería una buena oportunidad para trabajar. Me gustaría intentarlo. Además, fíjese usted, me pagarían un sueldo tres veces mayor que el que gano aquí con la música y la zapatería.

Carpo comprendía de nuevo que las mejoras salariales eran una buena razón para emprender viaje. Otro hijo se iba a marchar de su lado, otro hijo cogería el camino de la emigración fuera de Extremadura para poder vivir su vida en condiciones más ventajosas y con un porvenir más sólido.

Carpo, mirando a su hijo, le contestó:

—Bueno, hijo, seguro que esta decisión es meditada, y seguro que acertarás con ella. Yo deseo lo mejor para ti y para toda tu familia.

Al anochecer, en su casa, mientras tomaba un vaso de vino, Carpo pensaba. Fermina se acercó a él:

—Carpo, ¿en qué piensas? ¿Por qué estás preocupado?

—Pienso en cuándo llegará el día en que nuestros hijos no tengan que marcharse de nuestra tierra para poder vivir y conseguir un trabajo digno. Sólo eso. ¿Cuándo será innecesaria la emigración? ¿Cuánto habrá que esperar aún para que nuestros hijos se queden en Extremadura? Así podríamos disfrutar de ellos y de nuestros nietos, teniéndolos a nuestro lado.

Esta incertidumbre sobre el futuro de sus hijos sería una preocupación constante en la vida de este

afanado hombre socialista, quien no descansaría nunca viendo que sus hijos tenían que alejarse de casa en busca de trabajo.

En casa sólo quedaban ya tres hijos, de los cuales ninguno eligió el trabajo de zapatero: Jorge y Carlos se hicieron electricistas los dos, y Teófilo, el pequeño, trabajó en una farmacia.

Además, hacía ya algunos años que uno de los hijos mayores de Carpo, mientras estaba haciendo el servicio militar en Madrid decidió seguir la carrera militar pero rechazaron su solicitud pues aunque nadie lo comunicó de manera oficial, los mandos consideraban que su padre era de los llamados rojos desde la Guerra Civil, y que por tanto el joven no era merecedor de la distinción de pertenecer al Ejército Español.

Al joven se le negó la posibilidad de elegir libremente su futuro por las medidas discriminantes del régimen franquista, que no sólo hicieron sufrir a los defensores de la República, sino además cerraban las puertas de acceso al trabajo en la Administración Pública a los hijos o demás descendientes de los perdedores de la Guerra, o simplemente de los hombres y mujeres que eran de izquierdas en aquellos años en que Franco y los suyos se levantaron contra aquel gobierno legalmente constituido en la II República, en el año 1936. Ni en la década de los setenta se dejó de ejercer la represión y la discriminación contra gran parte del pueblo español, contra los considerados rojos, por parte de los distintos gobiernos franquistas.

De los hijos nacidos de la unión de Carpo y Fermina, el primer hijo, Carlos, un chaval espabilado y emprendedor, había comenzado a trabajar en los Talleres Barga, en Plasencia. Comenzó como aprendiz de electricista y años más tarde, cuando estaba a punto

de cumplir los dieciocho y ya tenía conocimientos del oficio habló con sus jefes para saber si cuando cumpliera los dieciocho seguirían contando con él como ayudante u oficial. Sus jefes le contestaron que no le podrían ascender de categoría, y que tendría que seguir con el contrato que tenía durante algún tiempo más. Entonces el chaval, que para entonces ya tenía amplios conocimientos en la materia habló con su padre y le explicó la situación.

—Mire usted, padre. Ya creo conocer bastante el oficio, y por lo visto no me quieren ascender de categoría. No voy a estar siempre como peque ¿no? Tengo dos amigos que me aconsejan que busque otro trabajo con categoría de ayudante u oficial. Mi amigo Ortiz me propone que me vaya con él de voluntario al servicio militar, aprovechando un curso de telefónica. Así, al final del servicio militar me contratarían en la empresa de telefónica.

Carpo, pensativo, no contestó a su hijo en ese momento, y después de hablar con Fermina se acercó a su hijo y le comentó:

—Mira, hijo, sobre el trabajo en el taller de electricidad, pienso que deberías terminar el contrato hasta cumplir los dieciocho. Al cumplirlos, si no te ascienden de categoría, buscaremos otro taller en Plasencia y podrás seguir trabajando en tu oficio y aprendiendo más y mejor, hasta que te vayas a la mili cuando te corresponda, cuando tengas veintiún años.

Así que, la idea de irse de voluntario al servicio militar con Ortiz, su amigo del alma, tenía que quedar aplazada, pues su padre no le había autorizado. Sin embargo, algo pasaba por la cabeza de este chico que veía cómo su futuro pasaría por tener que buscar un trabajo mejor remunerado fuera de Plasencia y quizá

fuera de Extremadura, lo mismo que habían tenido que hacer sus hermanos.

Mientras, Carpo y Fermina trataron durante algún tiempo de conseguir que su hijo Carlos abandonara la idea de salir fuera de casa a buscar trabajo.

Aquellos eran años de desarrollo económico en las grandes ciudades industriales y el crecimiento industrial en España fue importante. Evidentemente para un chaval de dieciocho años que veía como en su tierra tenía pocas opciones de trabajo y además mal remuneradas, no era de extrañar el ansia de cambiar de aires, de conocer mundo y de buscarse un porvenir más seguro, aunque fuera lejos de su familia, como tristemente ocurrió a miles de extremeños que durante las décadas de los sesenta y setenta tuvieron que abandonar Extremadura buscando trabajo en las tres zonas más industrializadas de España en aquellos días: Madrid, País Vasco y Cataluña.

Carlos sabía, por medio de amigos y familiares que en Madrid conseguiría trabajo fácilmente como oficial de electricista. Esa inquietud que le provocaba la duda seguía metida en su cuerpo, de manera que de nuevo intentó convencer a sus padres para que, si no querían que se fuera de voluntario al servicio militar, al menos le permitieran marcharse en busca de una mejora para su situación laboral a Madrid.

El chaval, en su segundo intento, se dirigió a su madre:

—Madre... Quería hablar con usted para explicarle que quisiera aprovechar la oportunidad de ir a Madrid a buscar trabajo, allí hay más posibilidades en mi oficio.

—Pero hijo... ¿Qué vas a hacer tú en Madrid? No conoces la ciudad, y allí no tienes a nadie que pueda ayudarte en una ciudad tan grande.

—Sí, madre —trató de justificarse Carlos—, allí tengo amigos que me llevarían a las obras, a los edificios en construcción y a las empresas donde ellos trabajan y, sin ninguna duda, en pocos días podría conseguir un buen trabajo.

Fermina, preocupada y nerviosa miró a su hijo y le preguntó:

—¿Es que no eres feliz en casa, hijo mío? Tu padre y yo te damos todo lo que podemos... ¿Por qué quieres irte a trabajar fuera? Tus necesidades las tienes cubiertas, y además, creo que aún eres muy pequeño para salir fuera de casa. —Como estos motivos no convencían al chico, Fermina continuó—: Sabes bien que tu padre no está de acuerdo en que te vayas a Madrid, pues eres muy joven aún. Espera, como él te ha dicho, a acabar el servicio militar. Después, ya verás como todo es distinto.

Después de estas preguntas y argumentos, lanzados por su madre en muy poco tiempo, el chaval, casi con lágrimas en los ojos sólo pudo contestar a su madre:

—¡Por supuesto que estoy a gusto con ustedes en casa, madre!, y les quiero muchísimo a los dos, y a todos mis hermanos... pero usted, madre, tiene que comprender que aquí en Plasencia no hay buenos trabajos, y que los salarios que pagan son muy bajos. Ya ve usted que incluso aquí, en la zapatería no hay trabajo para todos los hermanos, y en Plasencia apenas hay industria. ¿Qué otra cosa puedo hacer?... Yo solo quiero irme a Madrid, para probar. Estaría algún tiempo, así ganaría algún dinero para ayudar más en casa, lo que nunca viene mal, y así pasaría el tiempo hasta que me llegase la edad obligatoria de hacer el servicio militar

Fermina comprendía muy bien los sentimientos de su hijo y los motivos para buscar nuevos horizontes, pero no quería apartarse de él, y menos tantos kilómetros como distaba Madrid. Bastante sufría ya con la separación de sus hijas mayores Carmen y Luci, así que no le agradaba la idea de ver marchar a su tercer hijo fuera de casa siendo tan joven.

Fermina intentó utilizar otros argumentos:

—Mira, Carlos, si tú te vas... ¿Qué va a hacer tu hermano Teófilo solo? Estáis todo el día juntos. ¿No piensas que te va a echar mucho de menos?

Fermina hizo todo lo posible por retener a Carlos en casa, intentando que el chico desistiera de sus intenciones, pero no lo conseguiría, pues Carlos, un chaval de ideas fijas, tarde o temprano probaría a conseguir ese sueño que tenía desde hacía algún tiempo.

Pasaron los días, y en una de las visitas de Carmen a Plasencia, la hija mayor de Fermina, Carlos habló con ella para que intentase convencer a sus padres y le dejaran irse a Madrid con la propuesta de que el chico se quedaría a vivir en su casa, así que en lo referente a la estancia podían estar tranquilos.

Carmen habló con sus padres del asunto de su hermano y entre ella y su marido les hicieron ver que no había nada de malo en el viaje a Madrid. Les convencieron para que dejaran a Carlos probar suerte en la capital, siempre con la promesa de que ellos le acogerían en su casa y que estarían pendientes de él, intentando ayudarle en todo lo necesario para la vida diaria.

Teófilo, el hermano pequeño de Carlos aún recuerda la pena que sufrió ante la posible marcha de su hermano Carlos a Madrid, pues entre ambos había una relación excelente, ya que, además de pasar los días

enteros juntos, sólo tenían veintidós meses de diferencia de edad.

A pesar de haber pasado ya bastantes años, Teófilo sigue enojado con los gobiernos franquistas, que a lo largo del tiempo no fueron capaces de solucionar el problema de la emigración de Extremadura, Andalucía y otras tierras rurales, lo cual originó el abandono de pueblos casi enteros, pues sus habitantes tuvieron que partir hacia las ciudades industriales, viviendo la traumática separación de sus familias.

Teófilo cuenta que sintió cómo le robaban parte de su familia a consecuencia de la emigración. ¡Siete de los diez hermanos que formaban la extensa familia Magdaleno! Sin duda, estos años de separación entre padres e hijos y entre hermanos habrían podido evitarse si los gobiernos del régimen franquista hubieran practicado una mejor política de distribución de rentas, evitando así el fuerte desequilibrio regional entre el Norte, el Sur y el Suroeste de España.

Basta recordar que en la década de los sesenta, alrededor de cuatro millones de españoles tuvieron que cambiar de residencia, sobre todo por la inmigración entre comunidades de España.

Al cabo de unos meses, y en uno de los viajes que realizó una de las hijas de Fermina a Plasencia, el matrimonio autorizó a su hijo Carlos para que fuera a Madrid a buscar trabajo, con la esperanza de que al cabo de dos o tres años volvería a casa con ellos, si es que la situación laboral en Extremadura hubiera mejorado.

Fermina, abrazándose a Teófilo, el menor de sus hijos, le pidió una cosa:

—¡Hijo mío! Prométeme que tú nunca te irás de nuestro lado. Prométeme que cuando aprendas un

oficio te quedarás aquí en Plasencia con tu padre y conmigo.

Teófilo, que desde aquel día quedó marcado con las palabras de su madre, contestó:

—No se apure usted, madre, que nunca me iré de Plasencia y estaré siempre al lado de usted y de padre. Además, cuando yo sea mayor lucharé con todas mis fuerzas para que mis hermanos puedan volver con nosotros.

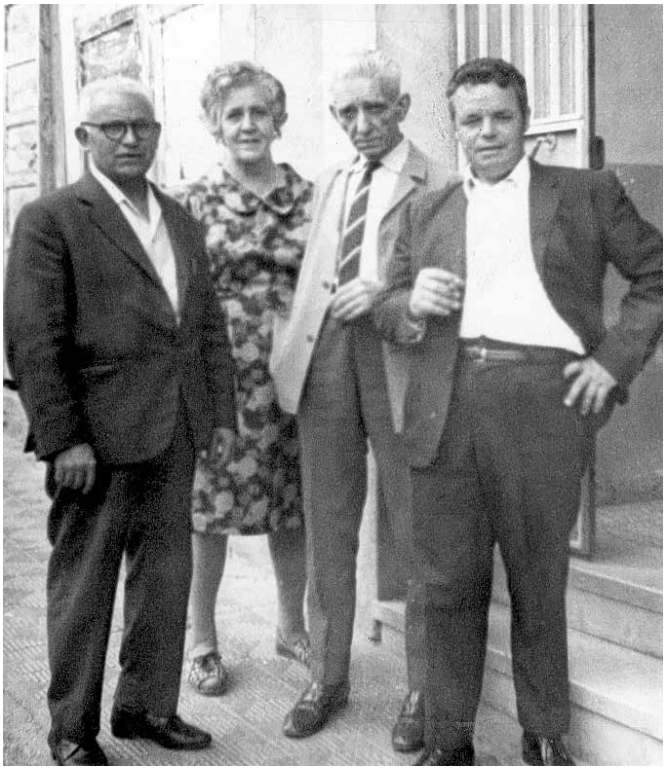
Teófilo no se imaginaba lo difícil que sería poder cumplir esa promesa, pero él, hoy, sigue la lucha que dejó su padre para conseguir, con la ayuda del gobierno regional extremeño, que vuelvan a nuestra tierra el mayor número posible de aquellos que un día tuvieron que salir de Extremadura en busca de un futuro mejor, en las décadas de los sesenta y los setenta.

Carpo seguía trabajando en su taller de zapatería, pero tenía problemas con los dueños del local, que estaban intentando subirle el precio del alquiler por todos los medios. Carpo no se negaba, pero alegaba que esta subida debería ser de acuerdo con lo que marcaba la ley según el IPC. Carpo decía:

—Parece mentira que los dueños, siendo gente obrera venida también de fuera a trabajar en Plasencia, no comprendan que mi sueldo no se puede estirar. Creo que se han olvidado de que llevo pagándoles religiosamente el alquiler durante más de dieciocho años, porque si no, no comprendo por qué me quieren subir la renta tan exageradamente. Quizá lo que buscan es que deje el taller.

Carpo fue a informarse al Ministerio de la Vivienda, donde le indicaron que, al tener un negocio en su anterior vivienda no le podrían echar los dueños hasta que se jubilara, y que la subida sólo podía ser de lo

que le correspondiera al IPC marcado por el gobierno. Con esta información se tranquilizó y pudo seguir trabajando en su zapatería hasta 1977, fecha en la que pasó a ser jubilado. Después no tuvo ningún inconveniente en dejar el local a sus dueños, no sin un poco de nostalgia, pues aquel taller había sido el espectador de más de veinte años de esfuerzo y de vida en unión de su familia.



CARPO Y TRES AMIGOS EN PLASENCIA

Desde la nueva vivienda de Carpo y Fermina en el barrio de Procasa hasta el antiguo taller de la Plazuela del Salvador había bastante distancia, y como Carpo ya iba siendo mayor necesitaba un descanso a mediodía, o un rato de siesta después de comer, así que Teófilo, su hijo pequeño, le bajaba todos los días la comida al taller para que su padre no tuviera que desplazarse hasta la casa y de nuevo tuviera que bajar al taller, con el esfuerzo que eso conllevaba.

En aquellas visitas que hacía Teófilo al taller de su padre, aunque nadie dijera nunca nada, el joven podía observar que el taller estaba como distinto, no estaba tan lleno de alegría como años atrás y además se notaba hasta en el aire la ausencia de sus hermanos, aquellos jóvenes que a lo largo de tanto tiempo habían estado al lado de su padre, trabajando hombro con hombro durante muchas horas para poder sacar adelante a toda la familia.

Desde 1974 hasta que se jubilara Carpo en 1977, en el taller, la única compañía que le había quedado al zapatero era la de su inseparable radio, que, salvando la diferencia, también era como un hijo para Carpo. Incluso Carpo le decía muchas veces a la radio:

—Menos mal que tú no tienes piernas, si no, también te marcharías en busca de mejores ofertas de trabajo y me dejarías solo.

No le faltaba razón al abuelo Carpo, pues en un taller donde en tiempos habían estado trabajando cinco personas, ahora sólo quedaba él, el patriarca de la familia. Tres de sus hijos, los que trabajaban en la zapatería, habían marchado a Madrid y otro hombre, un oficial que había terminado siendo como un hijo también para Carpo, y al que toda la familia llamaba cariñosamente "el mudo" había enfermado gravemente y

al cabo de unos meses había muerto. Aquel hombre formaba ya parte de la familia. Era muy honrado y trabajador, pero por su condición de sordomudo no encontraba trabajo fácilmente, así que Carpo le había hecho un hueco en su taller donde estuvieron trabajando juntos muchos años, sintiéndose como un tío para todos los hijos de Carpo, quienes le tenían gran cariño y aprecio.

—¡Qué grandes amistades se hacían en aquellos tiempos! —decía Carpo— Personas que no eran nada tuyo, a causa del roce, el trabajo y el compañerismo llegaban a ser como tus propios hermanos o incluso hijos. Eran amistades tan fuertes que jamás se podían olvidar, y más aún cuando un padre o una madre tenían tantos hijos fuera de su localidad, desplazados lejos de su familia... Estas amistades eran de gran apoyo y ayuda para llevar adelante el día a día de la casa.

Pasaron algunos meses desde la marcha a Madrid de Marcelo, el quinto hijo de Carpo, que se había ido a la capital a trabajar como cobrador de una línea de autobuses, y como allí se ganaban mejores sueldos, en uno de los viajes que hizo a Mirabel a ver a sus hermanos Roberto y Franco les contó su vida allí, su trabajo, sus condiciones y su sueldo. Los hermanos mayores hacía ya tiempo que venían notando un fuerte descenso en el trabajo en la zapatería del pueblo, ya que bastantes de los vecinos habían abandonado la población en busca de mejores sueldos en Madrid, Barcelona o el País Vasco.

Marcelo insinuó a sus hermanos que en la empresa de transportes en la que él trabajaba, Blas S.A, necesitaba más cobradores de autobuses y que si ellos estaban interesados en el puesto él mismo podía ha-

blar con sus jefes para que se incorporaran al trabajo con él en la empresa. Fue dicho y no dicho. En poco tiempo Franco y Roberto cogían camino a Madrid, donde comenzarían una nueva vida, fuera de su pueblo natal, en busca de mejoras salariales y además en busca de la tranquilidad que proporcionaba un trabajo estable para sus familias, algo que desgraciadamente ya no encontraban en su pueblo nata.

Estaban cansados, según sus propias palabras de dar vueltas por la vida con la incertidumbre que conllevaba el no saber si al día siguiente tendrían trabajo. Franco, el mayor de los varones ya sabía lo que era emigrar en busca de trabajo, pues había sido uno de los que habían marchado a Holanda a trabajar (se habían ido él, Roberto y Antonio, pero la estancia allí se había hecho muy dura ya que estaban muy lejos y pasaban demasiado tiempo alejados de sus familias. Sin embargo había aceptado sin ningún tipo de duda el trabajo en Madrid, pues al principio se fue sólo con su hermano Roberto, pero al cabo de unos pocos meses se llevaron con ellos a sus respectivas mujeres e hijos. Aunque estaban fuera de Extremadura y separados de sus padres estaban acompañados y el trabajo no les faltaba. Ni que decir tiene que en cuanto disponían de días libres se escapaban lo más rápido que podían a Plasencia para visitar a sus padres o al pueblo, a ver a sus amistades.

Esto había sido una situación constante a lo largo de los años: la separación entre padres e hijos en nuestra tierra, y la familia de Carpo no era ajena a esta situación de emigración. Aunque felices porque a ninguno de sus hijos le faltaba el trabajo, Carpo y su esposa, en su interior, sentían la ausencia de los suyos. Carpo seguiría luchando para que con la vuelta

a la democracia y la consecución del estado de autonomía para las comunidades se consiguiera una mejor distribución de riquezas entre comunidades y sectores, subsanando así la mala política de desarrollo regional que venían practicando en España los gobiernos franquistas hasta esos años.

Amador, el marido de Esperanza, la hija mayor de Carpo, era un hombre que tenía manos para todos los trabajos, pero como los jornales escaseaban tanto en Mirabel como en Plasencia, tuvo en cuenta la sugerencia de sus cuñados y también tomó camino hacia Madrid, con su mujer e hijas. Allí trabajó como panadero en Alcorcón.

Ahora había sido Esperanza, la única hija de Carpo la que, con lágrimas en los ojos se había tenido que despedir de Carpo para buscar un futuro más prometedor fuera de su tierra.

Mientras estaba en casa de Carpo, despidiéndose de él, Esperanza le dijo:

—No se preocupe usted, padre... Alcorcón está muy cerca, así que nos vamos a seguir viendo habitualmente. Además, yo sé que algún día volveré aquí, a casa con usted. Sé que algún día toda la familia volverá a estar unida de nuevo.

Esperanza era la mayor de los hermanos, y debido a la muerte de su madre, Antonia (la primera esposa de Carpo) había tenido que asumir desde joven las funciones de madre con sus hermanos pequeños. Había tenido que ayudar durante largo tiempo a su padre para que toda la familia pudiese salir adelante, hasta que Carpo contrajo matrimonio con su segunda mujer, Fermina. Esperanza era una mujer entregada por completo a su familia y sentía cómo su padre recibía en silencio las puñaladas del destino, pues las salidas

de su tierra de todos sus hijos en busca de trabajo eran golpes muy duros para Carpo.

En poco tiempo, la emigración y la búsqueda de mejores condiciones de vida de los hijos de Carpo habían desembocado en la falta del hogar de siete de los hijos de Carpo. Únicamente se salvaron de la emigración dos de los hijos pequeños: Jorge y Teófilo, los cuales, afortunadamente para ellos, sólo abandonarían su tierra eventualmente para cumplir con el servicio militar. El tercero que quedó en casa fue Antonio, el cual estuvo unos años trabajando en Holanda pero el destino quiso que consiguiera un trabajo en Plasencia; primero montó un negocio propio: abrió una zapatería, y al cabo de un corto periodo de tiempo empezó a trabajar en el Hospital Psiquiátrico de Plasencia, donde por entonces apenas nadie quería trabajar debido a todos los prejuicios sociales que conllevaba trabajar con los enfermos mentales que estaban ingresados en ese tipo de centros.

Sería la primera vez que a un hijo de Carpo, un "rojo" castigado por los franquistas desde la Guerra Civil de 1936, se le permitiera trabajar en un organismo público.

Carpo decía respecto a esto:

—No se habrán dado cuenta de que Antonio es hijo mío, pues a los otros hermanos mayores nunca les han dejado trabajar en organismos del Estado.

Durante muchos años, en la mayoría de los casos, a los familiares de los "rojos" no les fue permitido el acceso a puestos de trabajo dependientes del Estado. Toda persona que tuviera antecedentes republicanos o simpatizara con ideas de izquierdas estaba vedado hacia la Administración Pública, al igual que sus descendientes. Aquellas actuaciones fueron una auténtica

discriminación hacia muchos españoles y sus familias, a quienes les tocó sufrir por el hecho de haber defendido la República o simplemente por ser hombres libres y pensar que la democracia era el mejor de los regímenes para la convivencia entre todos los españoles.

Esta situación de discriminación hacia los perdedores de la Guerra Civil duró hasta la llegada de la nueva democracia en 1978.

En toda España, eran años con ansias de libertad, años de luchas obreras y de nuevo de gran interés por la vuelta a la democracia.

CAPITULO XI
Fin del régimen. Muerte de Franco

La prensa comenzó a informar sobre la España real, a dar noticias de las huelgas y atentados que se producían, de las nuevas costumbres, e incluso, sobre políticos ajenos al régimen. El nuevo gobierno franquista de Arias Navarro, formado exclusivamente por civiles –salvo los ministerios militares— se veía impotente hacia las demandas sociales de aquellos años. Careció de una política coherente, basculando entre la apertura promovida por Pío Cabanillas y Antonio Carro y el inmovilismo representado por Utrera Molina.

Utrera Molina, falangista a la vieja usanza, hablaba a diario con Franco, teniéndole al corriente de las decisiones y deliberaciones del Consejo de Ministros. Franco había impuesto a Arias Navarro el nombramiento de Barrera de Irimo como Ministro de Economía y a Cortina Mauri como Ministro de Asuntos Exteriores.

El llamado "espíritu del 12 de febrero" supuso un alineamiento del gobierno con las posiciones de los sectores aperturistas. Dicen los historiadores que Arias Navarro no sometió su programa a la aprobación de Franco, que lo consideraba inadecuado, y el caudillo no hizo nada para impedirlo, quizá a consecuencia de la situación personal y de salud que arrastraba el dictador en aquellas fechas. Aun así, la prensa reflejaba ya a diario que estas aperturas eran poco bagaje para la sociedad del momento, aunque la oferta del nuevo gobierno contenía un nuevo proyecto

de ley sobre Régimen Local, una ley de incompatibilidades políticas, una pequeña reforma sindical y el estudio del derecho de asociaciones; todo conforme a los principios y normas de las leyes fundamentales del movimiento.

Evidentemente, la sociedad española no tragó con las pequeñas reformas, las cuales estaban lejos de las necesidades de los españoles. El 2 de marzo de este año el franquismo volvía a ofrecer su faceta más negra, ejecutando a garrote vil al polaco Heinz Cher y al anarquista catalán Salvador Puig Antich, después de que el gobierno desestimase el indulto y Franco no ejerciese el derecho de gracia. Las peticiones de clemencia cursadas desde toda Europa. Entre ellas, la del Papa Pablo V, pero todas fueron desatendidas.

Las voces de libertad se fueron acrecentando desde todas las partes de la sociedad. Monseñor Añoveras, obispo de Bilbao, denunció en una homilía durante una eucaristía la represión de los signos de identidad vasca y el gobierno de Arias Navarro le arrestó en su domicilio y le instó a abandonar España. La Conferencia Episcopal respaldó a Añoveras y amenazó a las autoridades con la excomunión en caso de persistir en su actitud. Vemos como hasta la Iglesia Católica fiel aliada del régimen franquista, se distanció por este hecho de Franco y de su gobierno.

Franco decidió intervenir ante la gravedad de la situación, pero no consiguió que la Conferencia Episcopal desautorizase a Monseñor Añoveras, aunque en nota oficial se aclaró que no había voluntad de poner en duda la unidad de España en la homilía del obispo de Bilbao.

Pero los europeos apostaban por una Europa en libertad. Las dictaduras fascistas iban cayendo poco a

poco. El 25 de abril de 1974 se produjo en Portugal la Revolución de los claveles. Con ella, caía la dictadura portuguesa, siendo detenidos Amercio Thomás y Marcelo Caetano. Con esta revolución, Portugal recobraba la libertad.

La Revolución de los claveles estremeció al régimen franquista, y gran parte del pueblo español vibró de alegría con los sucesos portugueses. Carpo, a través de la vieja radio no perdía información de los acontecimientos que iban ocurriendo en Portugal, y dentro de su grupo de amigos y hombres de izquierdas festejaron con gran alegría esta revolución como si suya se tratase.

—El siguiente paso se dará en España. El dictador tendrá que irse o tendrá que dejar que el pueblo decida en unas elecciones libres —decía Carpo.

Alfonso Guerra nos recuerda en su libro que la revolución portuguesa fue de enorme influencia para el Partido Socialista Obrero Español, pues a partir de entonces iban con mucha frecuencia tanto él mismo como Felipe González, y tenían constantes reuniones en la antigua sede del Partido Socialista Portugués con Willy Brandt y Mario Soares, asistiendo juntos a varios mítines donde había miles de personas.

La oposición socialista dentro y fuera de España se estaba organizando con opciones serias para que el régimen franquista llegara a su fin. Muchos hombres y mujeres como Carpo y Fermina estaban ansiosos de que España por fin recobrara la libertad y con ello recobraran también las regiones su autonomía, la cual daría mayores posibilidades de trabajo a aquellos hijos que habían tenido que emigrar.

Año 1974, éste año, seria año importante para Carpo y su familia pues Jorge, el octavo hijo de Carpo

contraería matrimonio con Esperanza, una simpática y joven serradillana, con la que llevaba de novio varios años. Jorge al igual que Teófilo había tenido la gran suerte de poder trabajar en su tierra y teniendo un buen oficio, el de electricista pudo continuar su vida en Plasencia.

Tiempo atrás le había comentado a su padre, que en unión de su novia Esperanza habían decidido casarse, para lo cual pidieron consentimiento a las dos familias. Carpo ilusionado y agradecido a su hijo Jorge, le había contestado afirmativamente con estas palabras; estoy feliz y agradecido de la ayuda que me has prestado en casa hijo, por lo tanto se feliz en tu vida de casado y recuerda siempre que tu padre estará a tu lado en todo momento que lo necesites. El día 17 de Agosto de 1974, Jorge y Esperanza se convertían en marido y mujer en Serradilla, en una bonita y entrañable fiesta familiar.

POEMA DE CARPO

Dedicado a mi madre y a todos mis hijos.

¡Qué familia más grande tengo!

Quisiera tener cultura
Y también mucha ilusión ,
Para enseñar a mis hijos
Cuál será su obligación.

Más con mi poca cultura
Les enseñé a respetar
Y para poder comer
Les enseñé a trabajar.

Yo les di una educación,
La más amplia que he podido
Y les di una profesión,
Carrera, yo no he podido.

Pero todos se defienden,
Todos saben trabajar,
Y donde están trabajando
Bien apreciados están.

Yo nunca he tenido un padre
Que me pudiera educar
Pero sí tuve una madre
Que me quiso de verdad.

Ella fue muy desgraciada,
Seguro, al tenerme a mí
Al no tener un apellido
Para ese hijo que fui.

No llegó a reconocerme,
Soy un hijo natural
Y por eso yo a mi madre
Siempre la he querido más.

Ella se sacrificó
Para poderme criar
Trabajó de día y de noche
Para poderme educar.

También me llevó al colegio
Ella no sabía firmar,
Pero quería que su hijo

Aprendiera a respetar.

También con todo cariño
En mí puso su ilusión.
Me quería con delirio
Yo fui toda su ilusión.

Al cumplir los doce años,
Del colegio me sacó
Y con mucho sacrificio
Un oficio me enseñó.

Yo me casé de muy joven
Y de familia cargué
Y trabajé con ardor
Para darles de comer.

Mi esposa y mi compañera
A mí siempre me ayudó
Trabajando por las noches
Hasta muy tarde los dos.

Pero tuvo mala suerte;
Muy joven ella murió
Y me quedó con mis hijos,
Todos llenos de dolor.

Mi madre que nos quería
A todos con ilusión
Me ayudó a llevar la pena,
Y a mí y a todos mis hijos
Con cariño nos trató.

Después de pasar un tiempo,
De nuevo yo me casé
Pues era mucha familia
Para poderla atender
Y con la edad de mi madre
No nos podía atender.

Con la esposa que ahora tengo
Tengo otros dos hijos más,
Con dos hijas que ella tenía
Tenemos diez en total.

También tienen un oficio
Y tienen educación
Y donde quiera que trabajen
Cumplen con su obligación.

Al tener setenta años
Mi pobre madre enfermó
Dándole un paralís
Inválida se quedó.

Yo me la llevé a mi casa
Mis hijos todos la querían
Allí todos la ayudábamos
Y mi esposa la atendía.

Y a la edad de ochenta años
En mis brazos fallecía
Esa madre que yo tuve
Todo se lo merecía.

A mis hijos y mis nietos
Lo que más quiero en la vida

Pues ellos llevan mi sangre
A todos les di la vida.

Mis hijos están casados
Todos viven regular.
Tenemos veintiocho nietos
Y dos biznietos además.

Tengo una familia grande
Que está unida de verdad.
Mi esposa y yo solos estamos
Aunque en todas partes cabemos
Y donde quiera que vamos
Nos atienden los primeros.

Hijos y nietos nos quieren
Y nosotros también los queremos
A mí me queda el orgullo
De haber podido crear
Una familia muy grande
Donde todos saben trabajar.

Para engrandecer a España
Y que pueda prosperar
Para que pronto en España
Tengamos más igualdad.

Con cariño y respeto,
Dedico esta poesía
A los hombres y mujeres
de nuestra edad.

El Partido Socialista, en una reunión celebrada en el hotel Jaizquibel, en Fuenterrabía, un mes antes del congreso de Suresnes en septiembre de 1974, redactó un documento que definía la posición del partido en momentos claves de la vida política española.

Enfermo de gravedad el dictador, y con la oposición aglutinada en el Partido Comunista y diversos sectores englobados en la junta democrática, el Partido Socialista Obrero Español, respaldado por los demás partidos socialistas europeos publicó:

La vida del régimen franquista está llegando a su fin. El pueblo toma conciencia de este hecho histórico y reafirma su voluntad de reconquistar su soberanía, llamando a las personas a fin de que apoyen y exijan:

– Libertad de todos los presos políticos y sindicales.

– Liquidación de las responsabilidades políticas y sindicales y reconocimiento de los derechos que fueron suprimidos por estos motivos.

– Disolución de las instituciones represivas.

– Reconocimiento y protección de las libertades democráticas:

– Libertad de partidos políticos.

– Libertad sindical.

– Libertad de reunión y expresión.

– Derecho de huelga y manifestación.

– Restitución del patrimonio expoliado a las organizaciones políticas y sindicales suprimidas por la dictadura.

– Convocatoria de elecciones libres en el plazo no superior a un año

– Reconocimiento de los derechos de las nacionalidades ibéricas como base del proceso reconstituyente.

– Mejoras salariales que restituyan el poder adquisitivo de la clase trabajadora.

– Control de la riqueza del país para evitar la evasión de capitales y otras aptitudes fraudulentas contra la economía nacional.

El Partido Socialista Obrero Español mantiene sus aspiraciones para la construcción de una sociedad justa, y en su camino hacia la misma defenderá como principios constitucionales su menoscabo de los propios de su ideario y propone:

– El carácter laico del Estado.

– La independencia de la Justicia y la abolición de la pena de muerte.

– La no injerencia del Ejército en el desarrollo político del país.

– El control democrático de la empresa pública y las instituciones de Seguridad Social.

– Un sistema fiscal y una reforma agraria extendidas como instrumentos de distribución de la riqueza y corrección de las desigualdades y privilegios producto de la explotación y la corrupción.

– La garantía de la sociedad en la cobertura de las necesidades básicas de los ciudadanos, teniendo su satisfacción con la eliminación de lucro como motor de su desarrollo.

– Y la concepción de la función pública de la administración al servicio del pueblo y no como organización parasitaria de éste.

El Partido Socialista Obrero Español llama al pueblo a la lucha contra la explotación y la opresión del régimen franquista y ofrece una estrategia de lucha socialista que dirija la acción popular hacia la construcción de una sociedad más justa.

Comisión Ejecutiva del PSOE.

Madrid, septiembre de 1974.



FELIPE GONZÁLEZ Y JUAN CARLOS DE BORBÓN

Esta declaración política del Partido Socialista llegó a muchos de los hogares españoles, y en unión de la Junta Democrática con otros comunicados similares ahondaron en los corazones de hombres como Carpo, que llevaban tantos años esperando una declaración de principios de igualdad y de democracia, como ésta manifestada por Felipe González y afiliados del PSOE.

En Plasencia, Carpo consiguió hacerse con una copia de esta declaración, y la fue difundiendo en su taller y entre amigos y simpatizantes de izquierdas. Carpo decía:

—Cuando me llegue la jubilación, lo cual ocurrirá en breve, podré trabajar activamente por unas elecciones libres y democráticas después de estar casi cuarenta años con las manos atadas.

Esta demanda estaría cerca, pero tardó algo más del tiempo calculado. Exactamente después de la muerte del dictador el 15 de de diciembre de 1975.

Un año después de la Revolución de los claveles Mario Soares conseguía el triunfo electoral en las urnas, formándose así el primer gobierno socialista de la posguerra.

Mientras, el gobierno de Arias Navarro se resistía a la entrada de medidas liberalizadoras que fueran distintas al llamado "espíritu del 12 de febrero", el cual no era distinto ni contrario al movimiento. El estatuto de asociaciones fue aprobado finalmente el diciembre de 1974 y dejaba en manos del Consejo Nacional del Movimiento la aprobación de las solicitudes de constitución en asociación política.

El día 9 de julio de 1974 Franco tuvo que ser ingresado en un hospital aquejado de una flebitis. Ante las complicaciones surgidas, el propio dictador decidió ceder temporalmente los poderes de la Jefatura del Estado según lo dispuesto en la ley Orgánica del Estado.

Los sectores más aperturistas del régimen creyeron que había llegado la hora del relevo definitivo, con la restauración de la Monarquía en la persona de Don Juan Carlos, pero la camarilla del Pardo supo manipular lo necesario para convencer a Franco de que debía recuperar la plenitud de sus funciones. Franco fue informado por sus colaboradores más directos de unas supuestas conspiraciones de Don Juan de Borbón y de algunas figuras políticas para apartarle del poder. La sola insinuación bastó a Franco para decidirse a

recuperar la Jefatura del Estado el 2 de septiembre de ese año. Aunque Franco consiguió recuperar algo de su vitalidad gracias al tratamiento impuesto por el doctor Pozuelo, lo cierto es que desde su reincorporación a la Jefatura del Estado España vivió en una situación de incertidumbre y provisionalidad.

En aquellos momentos, el ministro Cabanillas fue acusado por los sectores más duros del régimen de ser el inspirador del relevo definitivo de Franco. Se le hizo responsable de permitir a la prensa informar sobre la Revolución de los claveles en Portugal y de haber consentido la "ola de erotismo que nos invade". El cese de Cabanillas el 29 de octubre de 1974 provocó una oleada de dimisiones en cadena: el vicepresidente Barrera de Irimo, Francisco Fernández Ordóñez (Presidente del INI), Marcelino Oreja (Subsecretario de Información y Turismo), Juan José Rosón (Director de Televisión Española) y otros muchos funcionarios. El gobierno de Arias Navarro se quedó sin representación de los sectores aperturistas del régimen. El régimen franquista empezaba a descomponerse desde sus propios cimientos.

Durante algunos meses el gobierno de Arias Navarro tuvo que capear una serie de acontecimientos y movilizaciones callejeras y gran parte de los atentados de la banda ETA; en 1974 hubo veinte víctimas mortales a consecuencia del terrorismo. El gobierno endureció la legislación antiterrorista fijando la pena de muerte obligatoria para los componentes de comandos que atentaran contra miembros de las fuerzas de seguridad del Estado con efectos retroactivos.

El 27 de septiembre de 1975 cinco miembros de ETA y de FRAP fueron ejecutados, desoyendo las peticiones de clemencia cursadas desde el Vaticano

e incluso desde la persona de Don Juan de Borbón. Estas ejecuciones desataron una campaña de condena contra el régimen franquista en toda Europa. Algunas embajadas españolas en el extranjero fueron asaltadas: la de Lisboa fue incendiada por los manifestantes y quince embajadores abandonaron Madrid en señal de protesta. Desde 1947 el franquismo no había padecido una reprobación internacional tan contundente. Ahora, el cerco a la dictadura franquista era cada vez más intenso.

Por otro lado, las ejecuciones no sirvieron para frenar la oleada de atentados, sino que por el contrario aparecieron nuevos grupos, como el GRAPO desconocido hasta entonces.

En desagravio a la campaña internacional de repudio contra el régimen fascista, los franquistas más recalcitrantes organizaron un acto multitudinario de apoyo a Franco el día 1 de octubre 1975 en la Plaza de Oriente para vitorear al dictador y repudiar cualquier acto o intento de apertura. Franco, con voz débil y casi ininteligible, recordó a sus leales que todo obedecía a una conspiración masónica e izquierdista en la clase política en contubernio con la sublevación comunista-terrorista. El mismo lenguaje con idéntico mensaje que en décadas anteriores.

El dictador estaba enfermo de muerte, y con él su régimen se veía igualmente herido de muerte, pues Franco ya no era el mismo. Cuentan los testigos del acto que vieron al dictador cansado y debilitado, y que al acabar el acto rompió a llorar.

La tensión provocada por unos y otros acontecimientos pasaría factura al dictador. El 12 de octubre, después de presidir los actos del Día de la Hispanidad, cayó de nuevo seriamente enfermo. Primero fue una

gripe, según dijeron, y después un amago de infarto. Apoyado por su camarilla del Pardo presidió el Consejo de Ministros en el que se trató el problema de Marruecos, con tres electrodos pegados al pecho conectados a un monitor situado en una habitación contigua bajo la atenta vigilancia de un equipo de médicos.

Marruecos, que fue desde donde se sublevó Franco contra España y su República, ahora se levantaba contra Franco y su régimen desde las colonias españolas.

A partir de entonces comenzó una lenta agonía para Franco, jalonada por varios infartos, operaciones y una larga lista de complicaciones secundarias.

Cuentan que el dictador antes de morir se reunió con Arias Navarro y Don Juan Carlos para preparar el traspaso de poderes, que esta vez sería el definitivo.

El último dictador español del siglo XX, Francisco Franco, moría el 20 de noviembre de 1975, a las cinco y veinticinco horas. Los intentos de la camarilla del Pardo por mantenerle con vida hasta que Rodríguez Valcárcel pudiera ser reelegido como Presidente de las Cortes resultaron infructuosos.

El periódico socialista editó un suplemento con su número ordinario bajo el título "¡Al fin ha muerto!", en el que se insertaba un comunicado de la Comisión Ejecutiva que decía así:

La muerte del dictador es una de las últimas páginas de la profunda crisis del régimen. Con ella se abre un nuevo capítulo de nuestra Historia marcado por la necesidad de liquidar las instituciones autoritarias, que hacen imposible la libertad y por la esperanza y la voluntad de construir una España libre y democrática.

El Partido Socialista Obrero Español, consecuentemente con su posición política, mantenida a través de tantos años de lucha contra la dictadura, contribuirá con todas sus fuerzas a

la construcción de la alternativa democrática, rechazando toda fórmula de continuación.

El comunicado termina con frases como ésta:

Declara su voluntad de incrementar la lucha del partido por la conquista de la libertad del pueblo.

Mantiene su actitud unitaria respecto a todos los grupos y personas socialista para la potenciación del movimiento socialista español, así como el carácter federativo de la organización en las regiones diferenciadas y nacionalidades. Ratifica la necesidad y la urgencia de constituir un organismo unitario que comprenda a todos los partidos y sindicatos de la oposición democrática.

El 20 de noviembre, con la solución biológica a la dictadura, comienza un periodo de transición marcado por la esperanza, pero también por la incertidumbre.



CAPITULO XII
El comienzo de la transición

A consecuencia de la muerte del dictador, la oposición antifranquista que estaba formada de una parte por burócratas y tecnócratas, jóvenes adeptos al régimen, organizados en torno al grupo Tácito, con mayoría de democristianos nacionalistas catalanes y vascos, Alianza Popular y la democracia cristiana, y por otra parte estaban la Junta Democrática compuesta por el Partido Comunista, ORT, MC, monárquicos, carlistas, regionalistas e independientes cuyo objetivo era constituir un gobierno provisional de transición a la democracia.

En 1975 el Partido Socialista Renovado formó la Plataforma de Convergencia Democrática, compuesta por los democristianos de Ruiz Jiménez, los social-demócratas y los grupos de izquierdas escindidos del Partido Comunista.

Estas grandes coaliciones de partidos de oposición coincidían en descartar la reforma del régimen franquista y en propugnar la lucha democrática. Ya muerto Franco, las dos grandes coaliciones (Junta Democrática y Plataforma de la Convergencia Democrática) se unieron en la llamada Plata junta, que sirvió de interlocutor de la oposición con el gobierno de Suárez.

En los pueblos y en las ciudades pequeñas como Plasencia las noticias no eran tan extensas como se deseaba. Por ello, los hombres y mujeres de izquierdas tenían que ingeniárselas de mil y una formas para estar al corriente de las noticias sobre los

acontecimientos en el país. Carpo continuaba en su taller de zapatería y estaba informado de los acontecimientos de relevancia por medio de las noticias que le daban sus hijos que estaban trabajando en Madrid y por contactos de amigos militantes del Partido Socialista que él tenía en distintas poblaciones de la provincia.

Carpo estaba preocupado por los acontecimientos que ocurrían desde la muerte de Franco. Ya siendo Manuel Fraga Iribarne Vicepresidente del Gobierno y Ministro de la Gobernación, los hechos que se producían eran de sobresalto para los españoles: desde aquel famoso dicho de Fraga Iribarne ("La calle es mía") hasta acciones de atentados con explosivos, armas, etcétera, en buena medida protagonizados tanto por la extrema derecha como por la extrema izquierda.

De enero a junio de 1976 la violencia se cobró treinta y tres víctimas. El azote del régimen franquista no había terminado y hasta la formación del primer gobierno democrático el 15 de julio de 1977 siendo Manuel Fraga el Ministro de la Gobernación se vivió la etapa que pasaría a la Historia como una de las más agitadas y dramáticas de las últimas décadas.

Las crónicas de aquellos meses estaban cargadas de actos de contención del deseo soberano de la expresión popular. Tales actos eran: la suspensión de conferencias, de homenajes como el de García Lorca, de recitales de Música, prohibición de los actos no científicos en las universidades, cierre de las universidades de Zaragoza, Deusto y otras, denegación y retirada de pasaportes, sanciones gubernativas, y un largo etcétera que comprendería muchas negaciones.

En el terreno laboral las tensiones ganaron la calle a diario en manifestaciones multitudinarias; se pro-

dujeron millares de huelgas, entre ellas las de Hunosa, Pegaso, Correos, Seguridad Social, Metro de Madrid, Telefónica y muchas más.

Hubo más de cuatrocientos atracos en el primer trimestre de 1976, con una larga lista de víctimas, cientos de heridos y millares de retenidos y de detenidos... en pocas palabras se podría decir que se descartó todo espejismo reformista.

A consecuencia de la vieja "ley Fraga", una ley altamente censora, hubo un sinfín de multas y procesamientos para revistas y diarios tales como: La Tarde, el Correo de Andalucía, Sevilla, Cambio 16, Posible, la Gaceta de Derecho Social, ABC, Dos y Dos, la Codorniz... También se suprimieron totalmente Ajoblanco y Matarratos.

Otras acciones destacables por su importancia podrían ser el secuestro y la tortura al periodista José Antonio Martínez Soler, o la declaración de materia reservada de la activación judicial sobre malos tratos a detenidos.

El semanario Triunfo llegó a comentar en un editorial:

Gobernar no es mandar disparar. Es evitar que haya disparos.

Carpo solía decir en múltiples ocasiones:

—Aunque los años de transición en España, según la prensa extranjera, estén siendo modélicos, está siendo el pueblo llano el que más cede y renuncia a derechos que tenía para conseguir llegar a un consenso con las fuerzas franquistas para una convivencia democrática entre "las dos Españas". La unidad de la oposición será la que permita la aproximación con el gobierno para avanzar pacíficamente hacia posiciones de transición y de

ruptura con la herencia antidemocrática del régimen anterior. Ante todo, lo que yo quiero es una democracia sin exclusiones, como aquella que hubo en los gobiernos de la II República; si hay un partido político que no pueda legalizarse, no será una democracia completa —concluyó Carpo.

Fermina escuchaba atentamente las palabras de Carpo. Éste le dijo un día:

—Me gustan esos jóvenes socialistas de mi partido... fíjate: Nicolás Redondo, Felipe González, Alfonso Guerra, Pablo Castellanos, Rodríguez Ibarra... Todos estos jóvenes, con profesiones tan distintas: universitarios, profesores, trabajadores, abogados... Unidos todos por los mismos ideales y luchando por la vuelta a la democracia y la igualdad de todos los españoles en una sociedad más justa, tal y como dicen nuestros principios socialistas.

—¿Sabes qué es lo que más me enorgullece de estos jóvenes? —inquirió a Fermina— Que siendo personas formadas y preparadas hayan escogido el camino más difícil hoy en día, que es ser de izquierdas, alineándose con la clase trabajadora y jugándose el tipo por los más necesitados. Yo creo que todas estas ideas las adoptaron muchos en la Universidad, por eso digo que me gustaría haber estudiado en la Universidad, pero claro, en mis años mozos sólo podían estudiar los hijos de los ricos, pero algún día algún nieto nuestro irá a estudiar allí. Ya lo verás, Fermina.

Carpo vería cumplido su deseo con el paso de los años, pues varios de sus nietos ya han terminado sus estudios universitarios, siendo hoy Diplomados y licenciados en Geografía e Historia, en Ciencias Empresariales, en Magisterio de Educación infantil, Contabilidad y Finanzas, Imagen y sonido, Hosteleria y

Turismo... Estos estudios fueron para Carpo tan importantes como si él mismo hubiera sido el licenciado, pues en sus nietos había visto fructificado el trabajo de muchos hombres y mujeres que como él se habían esforzado para que se consiguiera en España el acceso de todos los estudiantes que lo desearan a la Universidad. Este acceso se facilitó por medio de las nuevas leyes que posteriormente aprobarían sus jóvenes muchachos socialistas en sus siguientes gobiernos presididos por Felipe González. Estos derechos habían estado negados a los hijos de obreros y de familias humildes que no tenían posibilidades económicas para respaldar una carrera universitaria durante los cuarenta años de dictadura franquista.



GRUPO DE JUBILADOS DE PLASENCIA
EN LA CÁMARA DE REPRESENTANTES

España atravesaba tiempos difíciles, y en el diario Arriba, en el que había desembarcado el estado Mayor de Emilio Romero (el nuevo delegado nacional de la prensa del movimiento) se jugaba a crear la confusión sobre los socialistas, especialmente azuzada por Pedro Rodríguez, quien escribía en La Colmena, una sección trasladada del diario Pueblo al periódico Arriba, haciendo feroces críticas sobre Felipe González, el "mushasho" sevillano alias "Isidoro" de la oposición, como si fuera el "Palomo Linares" homologado de la apertura en la oposición.

España seguía marcando su destino, y Carpo ya en el año 1977 llegó a jubilarse pero no pudo conseguir librarse de trabajar, pues al haber estado cotizando como trabajador autónomo al llegar su jubilación y sumándole varios años de trabajo en otras empresas como empleado, el día 1 de febrero de 1977 comenzaba a percibir una muy baja pensión de jubilación, pero como tenía que hacer frente a la hipoteca del piso, tuvo que hacer algunos trabajos a vecinos y amigos para poder llegar con soltura a fin de mes, liquidando todas las deudas sin faltar una.

Carpo (quien pasó a ser llamado por sus nietos "el abuelo Poli") al tener más tiempo libre comenzó de nuevo una intensa actividad en su militancia como ugetista y como socialista. Ahora estaba jubilado, el dictador había muerto y la oposición antifranquista había conseguido la legalización de todos los partidos políticos y sindicatos. España se preparaba para las primeras elecciones generales de la transición. Era la primera votación democrática desde 1936. La campaña electoral comenzó el 24 de mayo de 1977 como algo muy grande, único, tan esperado y tan deseado que les parecía un sueño, algo irreal.

Carpo, en un texto que escribió en 1996, decía:

En los primeros meses de 1977, al volver a legalizarse la Unión General de Trabajadores y el Partido Socialista Obrero Español, volví a militar en ambas organizaciones activamente en mi puesto de siempre: al lado de los obreros. Desde 1977 a 1979 ocupé la Secretaría de Acción Sindical del Partido Socialista de Plasencia, desde donde contacté con varios compañeros socialistas de Mirabel, entregándoles personalmente la documentación necesaria para levantar acta de la nueva agrupación de UGT y del PSOE en Mirabel de mi puño y letra, donde siempre gobernó el la Izquierda con mayoría absoluta. ¡Fue una sensación de satisfacción personal tan hermosa...!. Por fin un "rojo", después de cuarenta y un años, en unión con otros compañeros volvería a legalizar la agrupación socialista y libremente haríamos campaña electoral para elegir libremente a nuestros representantes.

Nadie podía imaginar las sensaciones tan fuertes que Carpo y muchos españoles tenían al poder participar, abierta y pacíficamente, junto a millones de personas, en una gran fiesta espontánea de libertad.

El debate La tribuna publicó:

El contacto con los líderes ayer perseguidos auguran el signo de un país decidido a ganarse y dotarse de unas instituciones democráticas.

Carpo participó en la campaña electoral con energía y gran entusiasmo, dando varios mítines en su pueblo natal, donde sus vecinos y amigos dieron respaldo con sus votos a partidos de izquierdas.

Todo el esfuerzo y sacrificio había dado por fin su resultado. La obtención de 5.240.464 votos para el

PSOE (el 29'25 % de los votos) y la elección de ciento dieciocho diputados nacionales en el congreso era una buena muestra de ello.

Las elecciones legislativas de 1977 debían elegir pro sufragio universal 350 diputados y 248 senadores. La representación quedó según el siguiente resultado:

PARTIDO	VOTOS	PORCENTAJE	ESCAÑOS
UCD	6.220.889	34'72 %	165
PSOE	5.240.464	29'95 %	118
PCE	1.655.744	9'24 %	20
AP	1.494.693	8'34%	16
PSP	799.376	'46%	6
CIU	498.744	2'78%	11
PNV	286.540	1'60%	8
Otros	428.732	2'41%	6
TOTAL ESCAÑOS			350

El pueblo había recobrado su libertad y España comenzaba a andar hacia un futuro más prometedor, pendiente de redactar una Constitución para todos los españoles, sin ninguna excepción.

Carpo supo en todo momento lo que significó para su país esta primera convocatoria a elecciones, en las cuales se puede fijar verdaderamente la fecha de comienzo de la transición a la democracia.

En Plasencia, Carpo, en unión con Ojalvo y otros ciento cincuenta y ocho miembros más fundaron la federación de UGT de Jubilados y Pensionistas de la comarca de Plasencia. Además ocupó el cargo de Presidente de la agrupación local del Partido Socialista Obrero Español en Plasencia durante varios años.

Mientras, la sociedad española demandaba múltiples mejoras sociales y económicas para los más necesitados.

Carpo y su amigo Jeronimo Ojalvo fundaron también la asociación ACOTE, la asociación para la cultura y el ocio de la tercera edad, la cual, decían muy orgullosos, llegó a tener más de quinientos afiliados. Esta asociación organizaba diversa excursiones, actos culturales, viajes variados, fiestas, reuniones, etcétera, siempre contando con la colaboración del Ayuntamiento de Plasencia, la Diputación de Cáceres y la Junta de Extremadura, lo que junto a las cuotas que pagaban los afiliados conseguían una mejor difusión y disfrute del ocio y la cultura de los pensionistas.

Carpo seguía trabajando para mejorar la sociedad del momento y estaba convencido de que ahora España, aunque con diversos problemas, había tomado un paso firme y que en unos años se recobraría gran parte de las mejoras sociales que se habían perdido durante la dictadura del General Franco.

Durante varios años tanto Ojalvo como Carpo, los dos viejos luchadores sindicalistas y hombres de ideas progresistas, compaginaban su trabajo y esfuerzo para conseguir mejorar día a día la consolidación de las cuotas sociales para los integrantes de la federación de jubilados y pensionistas de UGT y ACOTE.

Dentro de la federación de jubilados había un nutrido grupo de hombres y mujeres que anteriormente habían estado en la cárcel, y que habían sufrido durante varias décadas la represión del régimen franquista, pero ahora comenzaban a trabajar unidos, perteneciendo a asociaciones libres y eligiendo democráticamente a sus representantes.



EXCURSIÓN DE ACOTE Y JUBILADOS DE UGT

—Ahora es buen momento para recobrar con el esfuerzo de todos la paz social y los avances necesarios para la modernización de España —decía Carpo a sus conocidos. Pero sabía que para ello era necesaria la unión de todos los partidos de izquierdas, si se quería recuperar a través de las urnas una mayoría suficiente y así formar un gobierno capaz de modificar las leyes y normas existentes aquellos años en nuestro país, o aprobar nuevas leyes si fuera necesario, todo lo que hiciera falta para conseguir esas mejoras que eran imprescindibles para la mayor parte de los españoles.

En Madrid se mantenían múltiples reuniones entre los partidos de la oposición y el gobierno de Adolfo

Suárez para redactar una Constitución donde tuvieran sitio todos los españoles.

El 8 de abril de 1978 se produjo la integración del Partido Socialista Popular dentro del Partido Socialista Obrero Español, lo que supuso una unión que, encabezada por sus líderes Enrique Tierno Galván y Felipe González respectivamente, facilitaría los acuerdos entre los dos partidos socialistas y que marcaría, según el propio Felipe González, una nueva dinámica en el país que tendría efectos cuantitativos, cualitativos e incluso multiplicadores. Este proceso de integración y de unión iba a contribuir a un mejor afianzamiento de la democracia.

Quizá aún hoy no se haya valorado lo suficiente la generosidad y el esfuerzo que supuso para los miembros del Partido Socialista Popular su integración en el Partido Socialista Obrero Español, movidos únicamente por el interés general de mundo obrero, del socialismo y por los intereses generales del país, que exigían una organización política capaz de producir las transformaciones que reclamaba la sociedad española.

En la familia de Carpo y Fermina se produjo un acontecimiento quizás no esperado, por la juventud de su noveno hijo Carlos.

Carlos llevaba saliendo con una chica en Madrid algún tiempo, esta chica se llamaba Eli; provenía de la provincia de Salamanca e igualmente había emigrado a Madrid en busca de trabajo. Durante algún tiempo estuvieron de novios, y quizás al estar lejos de sus padres; pensaron que la mejor solución para ambos seria el casarse, ya que estaban fuera de casa los dos, los alquileres de las pensiones eran caros y además y lo más importante: se querían.

Decidieron comunicárselo a sus padres, concertando la fecha de la boda entre padres e hijos.

Al no ser una boda esperada trastocó los planes de la familia de Carpo, pero Carlos y Eli se casaron en Madrid el día 29 de febrero de 1976; celebrándose una comida entre las dos familias de los novios. El noveno hijo de Carpo estaba ya casado.

.

CAPITULO XIII
Constitución de 1978

El día 22 de agosto de 1977 comenzaron los trabajos de la Comisión Constitucional integrada por los diputados centristas Pérez Llorca, Herrero de Miñón y Cisneros; el socialista Gregorio Peces Barba; el aliancista Fraga Iribarne; el comunista Solé Turá y el representante de CIU Miquel Roca. Ellos fueron los llamados "padres de la Constitución del 78".

Carpo era un hombre feliz entonces, pues se iba a redactar una nueva Constitución con la aportación de siete diputados de distintos signos políticos que a su vez representaban el sentir de la mayoría del pueblo Español. Durante las negociaciones para la elaboración de la nueva Constitución, desde mayo a octubre de 1978, se producen largos debates con interminables noches de trabajos en las que, en el texto constitucional, en el capítulo de Derechos y Libertades, el Partido Socialista tuvo un papel muy destacado en su composición, principalmente en la materia referente a los derechos y libertades de los ciudadanos con Peces-Barba como ponente socialista.

Este capítulo coincidía en su mayor parte con el programa electoral del Partido Socialista Obrero Español, también elaborado por Peces-Barba. Sobre el tema de las Autonomías se presentaron proyectos sobre las tres famosas listas: Estado Central, Autonomías y textos compartidos (según Alfonso Guerra) pero no tuvo éxito en el debate constitucional y no se aceptó, lo cual quizá no fuera lo más correcto, pues el texto definitivo quedó un poco más confuso.

Indudablemente, el 27 de octubre, después de largas jornadas de trabajo, el gobierno de Adolfo Suárez obtuvo una importante ayuda con la firma de los "Pactos de la Moncloa", tanto económica como políticamente.



En el texto constitucional, el Capítulo de Derechos y Libertades coincide con el programa electoral del PSOE

En el texto constitucional, el capítulo de Derechos y Libertades es un capítulo claramente del Partido, que coincide con el programa electoral del PSOE y que elaboró principalmente Gregorio Peces Barba. Nosotros llevamos también una propuesta muy elaborada sobre el tema de las autonomías. Nos habíamos reunido en Sigüenza una serie de gente, en julio del 77, y allí elaboramos nuestros proyecto constitucional a grandes rasgos. En cuanto a las autonomías elaboramos las tres famosas listas: esto es sólo y todo del Estado, esto es sólo y todo de la Comunidad Autónoma, y esto es compartido, de tal manera que esto lo gestiona uno y esto lo gestiona otro... No tuvo éxito en el debate constitucional. No lo aceptaron y creo que fue un error. Hubiese quedado mucho más claro. Quedó más confuso el texto definitivo por no haber aceptado esa división tan sencilla.»—

La firma de los *Pactos de la Moncloa*, una voluntad expresa de consenso en la consolidación de la democracia.

El Gobierno formado por Adolfo Suárez, después de las elecciones del 15 de junio, trató de encauzar la crisis económica, con medidas de austeridad —congelación de salarios, subidas de precios e impuestos, devaluación de la peseta en un 20 por 100— que reactivaron la conflictividad social de los últimos años. El 27 de octubre, después de largas jornadas de debate entre las fuerzas políticas parlamentarias, el Gobierno obtuvo un importante respaldo con la firma de los «Pactos de la Moncloa» en su doble vertiente: económica y política.

Los socialistas plantearon, en su momento, una alternativa constitucional autonómica que no prosperó.

—«Los acuerdos o *Pactos de la Moncloa* tuvieron una gran importancia. Nosotros discutimos mucho sobre la conveniencia de hacerlos. Creo que con ellos fijamos una posición que se mantuvo durante todo el tiempo del proceso, y era que no hacíamos una oposición permanente, sino que hacíamos actos de oposición aislados para evitar que una oposición permanente pudiera no dejar gobernar y favorecer la estabilidad democrática que se necesitaba conseguir. Y eso creo que se comprendió mucho mejor en la calle que en algunos medios políticos y periodísticos.

Felipe defendía que había que firmar esos pactos, que había que estar en ellos y había que acordarlos, pero en la dirección del Partido se discutió mucho, muchísimo. Había posiciones muy encontradas sobre la conveniencia o no, si eso era facilitar un puente de plata a un Gobierno que no tenía la solidez necesaria, por haber salido de un partido extraño como la UCD o, por el contrario, eso era la muestra para indicar, para señalar que nosotros éramos un partido responsable, que ayudaba a la gobernación. Se discutió mucho y triunfó la tesis de Felipe, como ocurre en casi todos los casos en el Partido, y se hicieron los pactos.

Los acuerdos tenían entonces una valoración para nosotros menor de la que tienen hoy, es decir, hoy les damos un valor mucho más estabilizador del sistema del que les dábamos entonces, aunque Felipe siempre fue un claro defensor de la firma de *Los Pactos de la Moncloa*»—.

113

FOTOGRAFIA DE ARCHIVOS



En la primera entrevista Suárez-Felipe yo creo que se encontraron los dos un poco fascinados el uno del otro

Con Suárez se planteó el tema de la ley electoral, la convocatoria de elecciones libres, etc. El primer encuentro con él fue en casa de Joaquín Abril, al que asistieron Suárez y Felipe solamente y, en aquel encuentro, yo creo que se encontraron los dos un poco fascinados el uno del otro. Vieron que el tema era más tratable de lo que parecía y eso se ha mantenido todo el tiempo, a pesar de la caída de Adolfo en picado. Comenzaron las conversaciones, como digo, y Felipe daba un poco el tono de la reunión de los nueve de la oposición que estaban en contacto con Adolfo Suárez. Después se llegó a ese acuerdo intermedio de ruptura pactada-reforma democrática, ruptura democrática pactada, en fin... Una mezcla de continente-reforma, contenido-ruptura.»—

No sin dificultades y aplazamientos, el 5 de diciembre de 1976, en el Hotel Meliá de Madrid, el PSOE celebraba su primer Congreso en España después de la Guerra Civil. Aún sin legalidad, en el marco de la tolerancia compartida por todas las fuerzas democráticas de la oposición, el Partido Socialista Obrero Español se reunía en presencia de destacados líderes europeos y de un gran despliegue de medios de comunicación nacionales y extranjeros.

—«Yo siempre he sostenido que la celebración del XXVII Congreso en Madrid, en diciembre de 1976, fue un tanto importante para la vida del Partido, extraordinario, no sólo por el hecho de romper las barreras de la discusión pública desde dentro, sino por el desafío que para nosotros supuso montar una cosa de esas dimensiones. No teníamos ni idea, nos tiramos a la piscina sin red, sin agua y sin nada; y yo creo que nos salió bien. Tuvo mucha importancia.

En diciembre de 1976, con asistencia d un elevado número de dirigentes soci listas europeos, se celebra en Madrid XXVII Congreso del PSOE, organi ción entonces ilegal.

FOTOGRAFIA DE ARCHIVOS

Respecto a estos pactos, Carpo opinaba:

—Gran parte de la sociedad española ha sabido entender la importancia de los "acuerdos de la Moncloa" para el buen desarrollo y consenso en la consolidación de nuestra democracia.

Con estos acuerdos se hacía una oposición de actos aislados, no permanente, permitiéndose la gobernabilidad del país y favoreciendo la estabilidad democrática.

Carpo continuaba:

—En estos acuerdos, los que tenemos más edad y ya hemos pasado por la Guerra Civil y sus nefastas consecuencias, entendemos mucho mejor la conveniencia o no de firmarlos, ayudando con ello a la UCD a la gobernabilidad de España, pues demuestra ser un partido responsable que ayuda a estabilizar el sistema democrático, actitud que hoy en día es entendida y aprobada perfectamente por la mayoría de los socialistas. Quizá, de no haber sido así, la transición sería distinta, o hubiera costado más tiempo en conseguirse, pues los jóvenes quieren correr más deprisa y a algunos no se nos ha olvidado aún, ni se nos olvidará con el paso del tiempo la historia de la II República.

Por fin, el 6 de diciembre de 1978 los ciudadanos españoles aprobaban mediante referéndum, la octava Constitución de la Historia contemporánea de España. Se aprobó con el 87'8 % de los votos emitidos, produciéndose una abstención del 12'20 %.

Las cámaras del Congreso y del Senado fueron disueltas y se convocaron elecciones generales para el 1 de marzo de 1979.

Los sondeos realizados durante la campaña electoral coincidían casi unánimemente con el posible triunfo del Partido Socialista, bien con mayoría o formando coalición con otros partidos de izquierdas. Hubo muchas opiniones que coincidían en que la última intervención en TVE de Adolfo Suárez, entonces Presidente del Gobierno, en el último día de

campaña electoral, describiendo un panorama desestabilizador ante la posibilidad de un triunfo socialista pudo tener incidencia real en los resultados electorales, que fueron los siguientes:

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS.

UCD	168 Diputados.
PSOE	121 Diputados
PCE	23 Diputados.
CD	9 Diputados.
CIU	8 Diputados.
PNV	7 Diputados.
PSA	5 Diputados.
HB	3 Diputados.
UN	1 Diputados.
ERC	1 Diputados.
EE	1 Diputados.
HPC	1 Diputados.
PAR	1 Diputados.
UPN	1 Diputados.

CÁMARA DEL SENADO.

UCD	118 Senadores.
PSOE	68 Senadores.
PNV	8 Senadores.
CD	3 Senadores.
ERC	2 Senadores.
CIU	1 Senador.
HB	1 Senador.
Independ.	7 Senadores.

El total de diputados fue de trescientos cincuenta y el de senadores fue de doscientos ocho.

Muchos socialistas y comunistas sufrieron quizá un desencanto por no lograr mayoría suficiente para gobernar en estas elecciones, pero como Carpo decía a otros compañeros de militancia de su edad:

—¡Tranquilos, jóvenes, tranquilos! La suerte está echada. Quizá sea bueno para todos este resultado electoral, pues marca una pauta de ascenso electoral de la izquierda y posiblemente se dejen de escuchar los movimientos de sables en los cuarteles. Quizá sirva para tranquilizar a algunos mandos militares que ven en peligro sus cargos vitalicios y privilegiados de los que disfrutan. —No le faltaba razón a Carpo. Además añadía—: Tenemos que ganarnos la confianza del pueblo desde nuestros Ayuntamientos y Comunidades Autónomas antes, para que nuestra representación sea más firme y duradera. Después de haber esperado más de cuarenta y seis años... ¿No vamos a ser capaces de esperar otros cuatro años más? —preguntaba a los más jóvenes y a otros no tanto— Claro que, si, hay que seguir trabajando desde las instituciones y en las próximas elecciones locales habra un resultado de distinto signo, no desfallezcáis.

Carpo era un hombre de ideas arraigadas, y con su experiencia en la España que le había tocado vivir se sentía obligado a mantener viva la esperanza para con los demás, y así, con paciencia, conseguir que algún día los hombres y mujeres de izquierdas consiguieran llevar los destinos de España hacia una sociedad más justa.

El 3 de abril de 1979, después de cuarenta y seis años se celebraron las primeras elecciones municipales democráticas en toda España. Las elecciones

municipales estaban reguladas por la Ley de Elecciones Locales que recogía la elección del alcalde por el grupo de concejales elegidos.

En el año 1976, el día 8 de octubre, el gobierno de Arias Navarro había aplazado por última vez las elecciones municipales, y en abril de 1979 se veían cumplidos los deseos de millones de españoles que querían ser partícipes con su voto en las decisiones de sus gobiernos municipales, los cuales son, en principio el órgano gestor de la administración más cercano a todos los ciudadanos.

Según Carpo, en aquellos días en toda España se vivieron momentos felices. Desde hacía cuarenta y seis años no se celebraban elecciones municipales, y aquel motivo por el cual él había sido maltratado y encarcelado (el defender sus ideas con la palabra) podía volver a ejercerlo sin miedo, podía hacerlo en libertad y en su pueblo. Por la mente de nuestro zapatero jubilado pasaron muchas imágenes, muchos recuerdos, ¡tantas dificultades padecidas!, ¡tantas ilusiones guardadas!... Un sinfín de experiencias que al final desembocaban en una sola palabra: libertad. Esta palabra, y lo extenso de su significado era lo que le había mantenido con vida durante tantos años, y ahora, por fin, podía ejercerla, al igual que muchos españoles que también lo deseaban.

Mientras que el partido del gobierno, UCD, presentaba candidatura en seiscientos treinta municipios, aprovechando gran parte de los alcaldes salientes del antiguo régimen, el PSOE fue el partido de izquierdas que más candidaturas presentó. Cubrió cuatro mil candidaturas, abarcando la totalidad de los municipios de más de diez mil habitantes. Los resultados quedaron así:

	CONCEJALES	ALCALDES
UCD	28.781	4.734
PSOE	13.000	1.039
PCE	4.000	250
CD	2.660	190
CIU	1.979	230
PNV	530	70
PTE	309	26
PSA	250	14
ORT	187	13

El pacto electoral posterior entre el Partido Socialista y el Partido Comunista daba a la izquierda el gobierno municipal de las principales ciudades españolas. La gestión municipal supondría un buen rodaje para unos cuadros de concejales muy jóvenes que así en los próximos años pasarían a gobernar los destinos de España.

El cambio municipal del año 1979 originó la recuperación del sentido cultural y lúdico en la mayoría de los núcleos urbanos. Fue un año muy completo para Carpo, pues por un lado se cumplía su esperado deseo durante muchos años de la realización de elecciones municipales y por otro el Partido Socialista, el partido de toda su vida cuyas ideas defendió siempre, cumplía cien años de existencia. Ni la adversidad política tantas veces convertida en persecución, ni el paso de un siglo marcado por la evolución del pensamiento y los comportamientos sociales habían restado vigencia a la proyección de la idea utópica de un cambio.

Carpo nos contaba muchas veces:

—El Partido Socialista Obrero Español es un partido de clase obrera que fue formado el día 2 de mayo

de 1879 por un grupo de veinticinco personas, en su mayoría topógrafos, para defender los intereses de la clase trabajadora. Mi ejemplo a seguir ha sido y será siempre Pablo Iglesias, un joven ferrolano líder del movimiento obrero español que con su lucha y sacrificio hasta su muerte demostró con buena actitud y austeridad lo que era la entrega total por unos ideales y una nueva forma de vida y progreso para la clase trabajadora.

Los acontecimientos que Carpo había vivido no podía quitárselos de la mente, y, aparte de la represión que él había sufrido, valoraba de una forma especial el sacrificio de muchos compañeros. Recordaba cómo en 1942 trescientos presos socialistas encarcelados por el régimen franquista formaron los comités de cárceles, o cómo dos años después se formó la primera comisión ejecutiva en el interior de España, siendo detenidos dos meses después y más tarde condenados a muerte todos sus integrantes. También recordaba cómo en 1948 veintidós hombres, entre socialistas y ugetistas fueron arrojados al interior del pozo Funeres, en Asturias, y después rociados con gasolina. En 1950, solamente en la cárcel de Burgos se encontraban 1.233 presos socialistas, siendo asesinado en las dependencias de la Dirección General de Seguridad Tomás Centeno (Presidente de la Comisión Ejecutiva del PSOE), al que presentaron como el jefe de una "banda de forajidos". La represión fue extremadamente dura, sin que por ello la resistencia exterior cesase. Por eso, Carpo no lo olvidaría nunca, e incluso instaba a los más jóvenes a recordarlo:

—Todas estas muertes y estos sacrificios no deben pasar inadvertidos para todos nosotros, ya que sin el

esfuerzo de todos ellos no podríamos disfrutar como lo estamos haciendo ahora de unas elecciones libres y de la posibilidad de dirigir nuestro propio destino desde las diversas administraciones locales, regionales, y quizá mañana posiblemente también nacionales. Recordad que hay que perdonar, pero nunca, nunca olvidar. Seríamos indignos de ellos si ahora no continuáramos con su trabajo para dejar a nuestros descendientes una España libre y democrática, con una paz social duradera.

Carpo terminaba diciendo:

—Ahora es tiempo de que el pueblo escuche al pueblo para así, entre todos, llevar a nuestra España por el camino del bienestar y el progreso que tantas familias estaban necesitando.

En este año, 1979, Carpo, ya jubilado dos años atrás, había visto cómo su familia crecía y crecía, pues ya por entonces contaba con veinticinco nietos; a todos los conocía, pero no podía disfrutar de su compañía pues dieciocho de ellos residían en Alcorcón y en Madrid.

Esta situación un tanto peculiar hacía que Carpo fuera feliz por su familia pero su felicidad era incompleta pues en su lucha no pararía hasta ver a todos sus hijos reunidos en su tierra. Este hecho no se producía nunca, con la excepción de las celebraciones de las bodas de los hijos que se habían ido casando, quedando por celebrarse aún la boda del pequeño de los hermanos, Teófilo, lo que daría de nuevo la oportunidad de que todos se reunieran otra vez.

Teófilo, que tenía veintidós años, estaba terminando de cumplir el Servicio Militar en Gerona. Él también estuvo tentado de quedarse a trabajar fuera de

Extremadura, concretamente tuvo ofertas en Barcelona y en Mallorca. Al estar cumpliendo el Servicio Militar en esas tierras, le habían ofrecido trabajos bien pagados en el sector de su profesión. Lo que le hizo plantearse la posibilidad de aprovechar estos trabajos durante dos años, y así ahorrar un dinero para poder casarse cuando volviera a casa.

En uno de los viajes de permiso, el entonces cabo Teófilo a la llegada a su casa dijo:

—Padre, me gustaría hablar con usted.

—Claro, hijo —contestó Carpo—. Sentémonos y hablemos.

—Pues mire usted, padre —Teófilo calculaba las palabras para plantearle la idea a su padre—. Durante el tiempo que llevo haciendo la mili he comprobado que en Cataluña hay mucho trabajo y además bien pagado. Yo estaba pensando en quedarme en Barcelona al terminar de hacer el Servicio Militar, y volver después de pasar allí dos o tres años y ya casarme y quedarme a vivir aquí en Plasencia. Pero antes de decidir nada quería saber qué opina usted.

Carpo quedó triste, pero no sorprendido. Era de esperar que el pequeño de sus hijos, viendo las posibilidades que le brindaba una tierra más desarrollada y con el ejemplo de sus hermanos algún día decidiera tomar también el camino de la emigración. Carpo miró al suelo, moviendo la cabeza como si no quisiera haber oído lo que su hijo le dijo. Al cabo de unos interminables segundos miró a su hijo a los ojos y cogiéndole la cara con las dos manos le dijo:

—Pero, hijo... ¿Tú también te quieres marchar?

—¡No, padre! ¡No me quiero marchar! —contestó Teófilo apesadumbrado por ver sufrir a su padre—.

Sería sólo durante algún tiempo. Después volveré y trabajaré aquí, pero ya traeré algo de dinero ahorrado.

—Pero hijo... Piénsalo, tú tienes trabajo fijo aquí, en Plasencia. ¿Para qué necesitas buscarlo fuera? Además, tu novia también tiene trabajo fijo ¿Qué diría ella? ¿Se lo has preguntado?

—No padre, aún no. Quería saber primero qué opinión tenía usted.

Carpo reflexionó un momento y le respondió:

—Yo comprendo que a tu edad tengas ganas de mejorar y de ganar algo más de sueldo para poder formar tu propia familia. Además ya eres mayor de edad, y sabes bien lo que quieres, así que cualquiera que sea tu decisión será respetada por mí. Pero... ¿Has tenido en cuenta a tu novia?... ¿Lo admitiría ella?... ¿No te has parado a pensar en el disgusto que se va a llevar tu madre? Recuerda que cuando tu hermano Carlos se fue a Madrid ella se entristeció muchísimo. Si ahora también te fueras tú no sé, no sé cómo reaccionaría.

Teófilo se quedó pensativo y al cabo de unos instantes le contestó a su padre:

—Gracias, padre. Esta ha sido una conversación entre padre e hijo, y me gustaría que quedase entre nosotros. Mientras, hablaré con mi novia y lo pensaré con más calma, pues me ha hecho ver que quizá tenga usted razón. Teniendo trabajo aquí no tengo por qué ir a buscarlo fuera.

Teófilo habló con su novia unos días después, y ella coincidió con las razones que Carpo le había dado para que se quedase en Plasencia, la principal era que ya que tenía trabajo en su propia casa no necesitaba hacer el esfuerzo de irse a una tierra extraña para ganar unas pesetas más.

Desde aquel momento, el joven Teófilo comprendió, gracias a las palabras de su padre, que su sitio debía estar en su tierra. Se consideraba un privilegiado pues eran pocos los extremeños que tenían trabajo seguro. Comenzó a levantarse en él la misma inquietud que tenían sus padres por reunir de nuevo a sus hermanos en Plasencia en lugar de marcharse también él fuera a buscar trabajo.

Carpo, cuando supo que su hijo pequeño había decidido quedarse definitivamente en casa respiró tranquilo. Una tarde le dijo:

—Ya verás, hijo mío. Pronto te darás cuenta de que has acertado quedándote en tu tierra. Dentro de algunos años quizás recuperemos a alguno de tus hermanos, para que vuelvan junto con sus hijos..., a Extremadura; otra vez todos juntos en casa.

Esa seguía siendo la asignatura pendiente de Carpo, que sería muy difícil de aprobar, pues en Extremadura no había trabajo estable ni para el 20 % de los extremeños, y por eso habían tenido que salir fuera de la región o incluso fuera del país para buscar mejores posibilidades de futuro.

Fermina, la madre de Teófilo no se llegó a enterar de aquella conversación, con lo cual se evitó un gran disgusto, pues ya tenía en Madrid a tres de sus cuatro hijos y la marcha de Teófilo, el más pequeño y además el único que quedaba a su lado, le hubiera causado un daño irreparable.

Después de las primeras elecciones democráticas del post-franquismo, en las que el Partido Socialista había obtenido 117 escaños en el Congreso de los Diputados, lo que contribuyó a la elaboración del texto constitucional en el capítulo de derechos y libertades de los españoles, dos años después, al cumplirse el

centenario de su creación, los socialistas de Carpo subían a 121 diputados en las elecciones legislativas.

Pasaba el tiempo, y en el plano político el hecho más destacable fue la interposición, el día 21 de mayo, de la moción de censura al gobierno presidido por Adolfo Suárez presentada por Felipe González en nombre del grupo parlamentario socialista. El momento elegido fue quizá el más adecuado; la UCD se rompía en sucesivas crisis (con una clara división interna).

El estado de las autonomías se iba afianzando cada vez más. El 23 de febrero se celebraba el referéndum andaluz, que pese a la campaña pro-abstención de UCD, votaron afirmativamente más de la mitad de los andaluces. El día 9 de marzo en el País Vasco y 20 del mismo en Cataluña se repitieron las votaciones, recibiendo resultados afirmativos igualmente de más de la mitad de los vascos y de los catalanes.

Los militantes socialistas de aquella época cuentan que el origen de la moción de censura al gobierno del 21 de mayo de 1980 fue la prohibición de la emisión de la película *El crimen de Cuenca* de la directora Pilar Miró.

Seguían corriendo años difíciles para la joven democracia española, pues después de que en diciembre de 1980 saliera elegido Leopoldo Calvo Sotelo presidente de la UCD, Suárez continuó al frente del gobierno, pero su desgaste político era insostenible.

Carpo contaba que cuando Adolfo Suárez presentó su dimisión, media España quedó sorprendida. La verdad es que aún hoy las causas que le llevaron a hacerlo nos son desconocidas.

Carpo decía en su entorno familiar:

—No me gusta nada la salida tan precipitada de Adolfo Suárez del gobierno. Aquí ocurre algo anormal. Algo importante se oculta.

Carpo, y gran parte de los españoles, se llevaron una gran sorpresa en el mes de febrero del año siguiente. El día 23 de febrero de 1981, en la sesión de investidura de Leopoldo Calvo Sotelo como Presidente del Gobierno, el Congreso de los Diputados fue asaltado por fuerzas de la Guardia Civil al mando del Teniente Coronel Tejero, el cual había estado implicado anteriormente en la llamada "operación galaxia"

El asalto quedó sólo en un intento de Golpe de Estado, pero fue otra mancha negra para la Historia del pueblo español. Carpo quedó muy nervioso y preocupado durante varios días después del triste acontecimiento.

La larga noche del 23 de febrero de 1981 produjo en la mente de Carpo, y en la de Teófilo, que le acompañó en todo momento, un sinfín de sensaciones y recuerdos; tenía imágenes que se repetían constantemente en su cabeza, eran imágenes que le recordaban lo ocurrido en tiempos de la II República, de aquella rebelión que produjo la Guerra Civil.

Dice Teófilo, que entonces tenía veintitrés años y por tanto lo recuerda con perfecta claridad, que su padre y él estuvieron toda la noche sin salir de casa, a cada segundo pendientes de la radio y de la televisión, muy nerviosos e indignados. Carpo repetía:

—Otra vez no, por favor... No puede ser... No puede ser... ¿Es que nunca nos van a dejar ser libres en este país? ¿Es que la derecha no puede entender que el futuro de España está al lado de la democracia?

Fue una noche muy intensa. El intento de golpe de estado promovido por los militares (y el gran capital que representaba a la derecha) que quería eliminar la libertad y el sistema democrático mostró a los españoles que no se podía consentir una marcha atrás.

El pueblo español dio un ejemplo de madurez y de lucha democrática tan tajante que motivó sin duda alguna al fracaso del golpe de estado del 23 de febrero de 1981.

Quizá durante algún tiempo la gente jugó a avanzar, pero cuando vio el borde del precipicio con el Golpe de Estado el pueblo, la prensa, los intelectuales y todos los que estaban interesados en una vida en libertad reaccionaron rápidamente para apuntalar la joven democracia, olvidando las escenas de desencanto vividas en tiempos pasados.

Estos acontecimientos, contaba Carpo, hicieron pensar a muchos españoles que aquella libertad que estaban disfrutando era infinita, por lo tanto, no podían permitir que un grupo de militares acabara con las ilusiones de todo un pueblo.

Desde el día de la intentona golpista hasta el triunfo socialista en octubre de 1982 se vivieron veinte meses de incertidumbre general en los que la amenaza de un nuevo golpe de estado no desapareció.

Además, la crisis económica no mejoraba, y la integración de España en la Comunidad Económica Europea seguía congelada después de que Giscard d'Estaig propusiera en junio de 1980 retrasar la incorporación. Al fin D. Juan Carlos I se dirigió al pueblo español la noche del 23 de febrero para ratificar su apoyo a la Constitución española de 1978 como jefe supremo de las fuerzas armadas, dando ejemplo de fidelidad y apoyo al mantenimiento de la Monarquía Parlamentaria aprobada por todos los españoles.

Dicen que aquella noche se vio por primera vez al ya Rey don Juan Carlos I como Rey de todos los españoles, y que con su actuación decidida se ganó

el aprecio de muchos republicanos y de hombres y mujeres de izquierdas, apoyo que no tenía hasta aquel momento.

Después de escuchar el discurso del Rey en televisión, Carpo se abrazó a su hijo pequeño y le dijo:

—Hijo, ya nos podemos ir a la cama tranquilos, pues España está a salvo. Afortunadamente, don Juan Carlos I ha respondido a la confianza que en él ha depositado el pueblo español.

Durante varias horas había volado por las mentes de Carpo y de su hijo pequeño la idea de que quizá la historia de hacía cuarenta y cinco años pudiera volver a repetirse en España.

El día 28 de febrero de 1981 miles de manifestantes de toda España expresaron su apoyo al sistema democrático.

Decía Carpo, al igual que algunos periódicos de aquellos días que hasta la llegada al gobierno de los socialistas tuvieron que hacer una auténtica pirueta para que no cayera el gobierno de Calvo Sotelo.

En Plasencia, tras las últimas elecciones, el Ayuntamiento estaba gobernado por José Luis Mariño Roco, representante de la UCD, y la oposición democrática se preparaba para organizar con cautela las próximas elecciones generales, en las cuales se preveía una posible victoria de los socialistas.

En casa de Carpo y Fermina ya solamente les quedaba un hijo por casar. El pequeño era, junto a su hermano Jorge, los únicos hijos del matrimonio que se habían podido quedar en Extremadura. A Jorge no le había faltado el trabajo como electricista y Teófilo, o Teofi, como le llamaban cariñosamente en casa, en su momento no quiso marcharse fuera de su tierra.

Lo hizo por dos razones: primera; porque ya tenía trabajo, y segunda y más importante: porque aquellas palabras que cruzó con su padre habían calado muy hondo en su corazón. Carpo no dejó de repetirle a su hijo aquellas frases:

—Hijo, tú que tienes trabajo en nuestra tierra, no la abandones nunca. Es más, tienes que procurar que ninguno de los nuestros salga de ella. Lucha conmigo para que consigamos lo contrario, para conseguir traer de vuelta a casa a aquellos que por desgracia tuvieron que partir en busca de un futuro más prometedor.

El día 16 de mayo de 1981 fue un día muy importante para Carpo y Fermina. Aquel día se casó Teófilo. Contrajo matrimonio con su novia María del Carmen, en una ceremonia sencilla pero quizá la más emotiva que tuvo lugar en esta familia, pues por primera vez se juntaban con motivo de la boda del benjamín todos los hermanos de esta gran familia. El ver a los diez hermanos, todos unidos de nuevo era un hecho que no se había producido en ningún otro acontecimiento familiar, ni siquiera en las demás bodas de los demás hermanos porque siempre había alguno de ellos que estaba fuera por motivos de trabajo.

Carpo, como buen poeta, se dirigió a todos los asistentes a la boda agradeciéndoles su compañía y les recitó una poesía de las de su cosecha, en la cual se resaltaba lo feliz que se sentía por tener, aunque sólo fuera durante un día a toda su familia reunida.

Hacía muchos años que nuestro zapatero, idealista poeta, luchador incansable y ahora jubilado, no se sentía tan dichoso. Sin duda era una recompensa que se había ganado junto a su segunda esposa.

Ahora Carpo y Fermina podían descansar. Tenían su labor acabada: sus hijos estaban casados, tenían su

familia y ellos iban a disfrutar de la vida y de lo que ésta les ofrecía.

Carpo aprovechó esta situación para dedicarse de lleno junto a sus compañeros socialistas a la siguiente campaña electoral de 1982. Era un sueño no realizado y la campaña electoral socialista dirigida a nivel nacional por Alfonso Guerra contó con el entusiasmo de millares de militantes que, convencidos del próximo triunfo socialista, consiguieron llegar a todos los rincones del país: caravanas musicales, miles de mítines, programas audiovisuales, vallas publicitarias y un gran número de actos públicos dieron a conocer el programa del partido socialista.

Por fin llegó el día 28 de octubre de 1982. La jornada electoral se desarrolló sin ningún incidente, y ya entrada la noche, los españoles que habían apostado masivamente por el cambio, esperaban ansiosamente en las calles los resultados de las votaciones.

Mientras, Carpo en Plasencia y su comarca había trabajado hasta el límite para alcanzar el deseado cambio, y esperaba junto a sus compañeros, impacientes, los resultados en la sede de la agrupación local del PSOE. No había transcurrido una hora tras el cierre de los colegios electorales cuando Alfonso Guerra, desde el Hotel Palace de Madrid anunció el resultado: el Partido Socialista Obrero Español, el partido de Carpo de toda la vida, el partido por el cual él había sido perseguido, maltratado, ultrajado y encarcelado ganaba las elecciones generales con doscientos dos diputados, y además conseguía una amplia mayoría absoluta. Carpo disfrutó viendo cómo en España, después de cincuenta y seis años volvía a gobernar un partido de izquierdas que representaba a la clase trabajadora, con un cambio político total.

Cuando supieron los resultados, Antonio, Jorge y Teófilo, los hijos que Carpo tenia en Plasencia, se abrazaron a él como si la vida les fuera en ello. Carpo exclamó con gritos de alegría:

—¡Se ha conseguido, hijos míos! ¡Lo hemos conseguido!. Ya puedo descansar tranquilo, pues España queda en buenas manos. Por fin el pueblo ha sido soberano.

Carpo no fue el único que aquella noche lloró de alegría. Mucha gente no pudo contener las lágrimas que le provocaba la emoción del momento. Aquella situación se parecía mucho a la vivida en 1979, pero en esta ocasión la gente se daba abrazos, lloraba, saltaba… Fue muy bonito y emocionante ver cómo todo un pueblo se echaba a la calle con tanta pasión para festejar un triunfo largamente esperado.

La noche del 28 de octubre fue una noche que nunca podría olvidar nuestro ahora jubilado Carpo mientras viviera. Fue como la llegada a la meta de un corredor de fondo tras un esfuerzo sin límite.

Los resultados exactos de las elecciones generales de 1982 fueron:

CONGRESO DIPUTADOS		CÁMARA SENADO	
PSOE	202	PSOE	134
AP	107	AP	54
CIU	12	CIU	7
UCD	11	UCD	4
PNV	8	PNV	7
PCE	4	Otros	2
CDS	2		
HB	2		
ERC	1		
EE	1		

Los jóvenes socialistas de Carpo, sus muchachos, como él les llamaba, con el apoyo de más de diez millones de votos pasarían a desarrollar un gran programa de reformas durante los siguientes cuatro años.

Las elecciones autonómicas y municipales del domingo 8 de mayo de 1983 dieron como resultado también el triunfo del Partido Socialista en once de las trece Comunidades Autónomas que eran objeto de consulta electoral.

Carpo vio al fin los fructificadores efectos de su lucha. Había estado esperando durante varias décadas que, con la vuelta de la democracia, su pueblo y su región fueran dirigidas por gente del pueblo, progresistas y con proyectos de igualdad y desarrollo para todos los extremeños. En Mirabel la alcaldía quedó en manos de un gobierno de izquierdas.

Mientras, en Extremadura emergía la figura de un gran político y sobre todo de un gran amante de su tierra: el que fuera nombrado Presidente de la Comunidad Autónoma de Extremadura Juan Carlos Rodríguez Ibarra.

Respecto a este nombramiento Carpo opinaba así:

—Ahora mi pueblo y mi tierra podrán trabajar en serio por las mejoras que tanto necesitamos. El nuevo Presidente es un hombre que nos aportará toda su ayuda para conseguirlo.

Carpo seguía obsesionado con poder cerrar el grifo de emigrantes extremeños que tenían que salir fuera de la región en busca de trabajo y en conseguir que, en un tiempo prudencial, se lograra reorganizar la economía extremeña para ofrecer a todos esos emigrantes una vuelta a casa

Carpo solía decir:

—Para que seamos una región con personalidad propia, lo primero que tenemos que hacer es confiar en nosotros, a continuación trabajar por nuestra tierra para terminar levantándola entre todos y poder sentirnos orgullosos de ella.

Varios de los hijos de Carpo entendieron el mensaje de su padre y comprendieron que debían tomar el relevo del viejo zapatero, continuando como él había hecho la lucha obrera, trabajando por y para el pueblo, presentándose algunos de ellos a las elecciones como concejales... De la familia de Carpo saldría una segunda generación y más tarde una tercera generación de luchadores en busca de una sociedad más justa e igualitaria.

CAPITULO XIV
El primer gobierno socialista

El primer gobierno socialista presidido por Felipe González estaría formado por dieciséis ministerios al cargo de hombres formados en la oposición antifranquista, en su mayor parte universitarios y con experiencia de trabajo y muchas ganas de realizar ese cambio que España pedía desde hacía tanto tiempo.

El gobierno tomó posesión el 2 de diciembre de 1983, y quedaría formado así:

Presidencia del Gobierno: Felipe González Márquez.
Vicepresidencia del Gobierno: Alfonso Guerra González.
Ministerio de Asuntos Exteriores: Fernando Morán López.
Ministerio de Defensa: Narciso Serra i Serra.
Ministerio del Interior: José Barrionuevo Peña.
Ministerio de Economía, Hacienda y Comercio:
Miguel Boyer Salvador.
Ministerio de Trabajo y Seguridad Social:
Joaquín Almunia Amann.
Ministerio de Administración Pública:
Javier Moscoso del Prado Muñoz.
Ministerio de Industria y Energía:
Carlos Solchaga Catalán.
Ministerio de Educación y Ciencia:
José María Maravall Herrero.
Ministerio de Administración Territorial:
Tomás de la Cuadra Salcedo.
Ministerio de Cultura: Francisco Javier Solana Madariaga.
Ministerio de Justicia: Fernando Ledesma Bartret.
Ministerio de Sanidad: Ernesto Lluch i Martín.





El nuevo Gobierno con S. M. el Rey don Juan Carlos. Toma de posesión del Presidente González y su Gabinete.



PRIMER GOBIERNO SOCIALISTA PRESIDIDO POR FELIPE GONZÁLEZ

Según palabras de Alfonso Guerra, ocupar los despachos de los ministerios fue para ellos algo muy extraño. Era como una incursión en algún sitio que no te pertenecía, como si no se acabaran de creer lo que estaba ocurriendo. Los actos de transferencia de funciones tuvieron algo de simbólico, a veces misterioso.

Los funcionarios de la Administración se llevaron una gran sorpresa, pues quizá esperaban rigidez y dureza en el trato por parte de los nuevos ministros y se encontraron con que, muy al contrario de lo que habían pensado, había una gran diferencia entre lo anterior y lo de entonces.

Los nuevos ministros eran gente amable, educada... gente que saludaba a cualquier persona con la que se cruzaran por las escaleras con total normalidad.

—No puede ser. —decían algunos funcionarios—. Tienen otra forma de gobernar, más humana, más sencilla y más cercana a todos. Trabajan para el país sin diferencias.

Al cabo del primer año de gobierno de Felipe González él mismo dijo en privado:

—En el primer año de Gobierno Socialista ha quedado silenciado el "ruido de sables", que como una pesadilla ha actuado en la legislatura anterior.

La relación con las Fuerzas Armadas se encauzaron por la senda Constitucional definitivamente. Los siguientes pasos con la institución militar seguían siendo satisfactorias.

A principios del año 1983 Felipe González visita al Cuartel acorazado Brunete. Esta visita rompió el hielo existente entre el poder militar y el poder civil de un gobierno de izquierdas. Felipe González conocía perfectamente la importancia de esta visita y que, dependiendo de cómo resultara, marcharía bien o mal,

lo cual condicionaría las futuras relaciones entre los dos poderes.

Carpo decía:

—Afortunadamente, nuestros jóvenes socialistas han aprendido lo que es gobernar sin haber gobernado antes. Han sabido tener el tacto necesario para encaminar a los militares en su nueva faceta de defender a España bajo la obediencia democrática a un Gobierno Civil emanado de las urnas, sin rupturas traumáticas, aunque estemos atravesando tiempos difíciles.

Carpo, en las reuniones que mantenía periódicamente en su federación de jubilados y pensionistas seguía atento a las evoluciones de la economía española. Con sus planteamientos y proyectos dentro de su federación, presentaban direcciones de política económica para elaborar planes de incrementos de las pensiones, descuentos para la tercera edad en transportes, viajes organizados de ocio y tiempo libre, viajes de vacaciones a través del Inserso, tramitación y concesión de pensiones no contributivas para mayores de sesenta y cinco años, etcétera.

—Fueron unos años de intenso trabajo —comentaba Jerónimo, fiel compañero de Carpo.

Al principio de la gestión del gobierno de Felipe González su política económica estuvo rodeada de una cierta impopularidad debido a la política de reconversión industrial, obteniendo éxitos objetivos tales como el descenso del nivel de la inflación, aumento de las exportaciones con la consiguiente repercusión de la balanza de pagos y crecimiento económico sostenido en los dos primeros años de gobierno.

El paro registrado no era el real, pues por ejemplo, en el País Vasco, en el año 1984 el producto Interior había crecido en un 7 % pero había aumentado el paro escandalosamente.

—¡Esto es inconcebible! —decían nuestros sindicalistas jubilados— ¿No será que hay gente que está desempeñando dos trabajos?

—Claro que sí —contestó Carpo— pues si no, no tiene sentido. Hay mucha gente que está realizando dos trabajos fuera de todo control, lo que viene ocurriendo desde hace muchos años, pero no estaban en paro y se han apuntado ahora. Poco a poco se tendrá que buscar una solución a esta situación, y así podremos saber el paro real y podremos dar cobertura a aquellos que realmente están desempleados, y verdaderamente necesitan un trabajo.

—Claro, eso es lo que hay que hacer. —dijeron otros miembros de la asociación de jubilados.

—Yo bien creo —decía Carpo a sus compañeros de sindicato— que la integración española en la CEE está a punto de conseguirse, lo que ayudaría en gran medida a nuestra economía.

En un escrito redactado por Bruno Kreisky se decía al respecto de la presidencia de Felipe González.

Por fortuna para el mundo y para los españoles, España pacíficamente realizó una medida de transición política hasta su plenitud democrática. El Rey Don Juan Carlos desempeñó en ella un importante papel histórico que los republicanos ideológicos deben reconocer. El Rey pudo llevar a término su tarea porque encontró en Felipe González a un hombre sumamente inteligente y realista.

Y no estaba lejos de la verdad Bruno Kreisky, pues muchos de los viejos sindicalistas, a la vez que republicanos como Carpo, habían valorado muy positivamente la actitud firme del Rey Don Juan Carlos en su defensa de las libertades y de la Constitución española de 1978. A veces, en plan de broma decían:

—El Rey sería un buen candidato para presidente de la República.

Se decía que en los primeros años de gobierno socialista la prensa había apostado por derribar al gobierno, pues era quien calladamente tenía poder para poner o quitar a ministros no practicantes de sus políticas económicas.

—La oferta informativa no refleja necesariamente la pluralidad política de la nación —decía Carpo, indignado, cuando ojeaba los periódicos que llegaban a sus manos.

Mientras, en Plasencia, Carpo y Fermina seguían cumpliendo años rodeados de parte de sus nietos y tres de sus hijos: Jorge y Teofi, quienes no salieron de Extremadura para trabajar y de Antonio, que había vuelto tras conseguir un nuevo trabajo en casa.

Estos años, desde 1980 a 1990 fueron buenos años para Carpo y su esposa, pues estuvieron viajando a menudo a Madrid a visitar a sus hijos y nietos y así conocieron lo que era salir de vacaciones, y descubrieron el placer que se sentía cuando se quedaban a dormir en un hotel y se lo daban todo hecho, que era algo a lo que no estaban acostumbrados, o lo bonito que era visitar monumentos históricos de distintas localidades, o ver cómo se les trataba con respeto y con cariño, dándoles el trato de "usted", que años atrás sólo se usaba para los adinerados o para gente con

cargos superiores. Es decir, que Carpo y Fermina vivieron una serie de experiencias que la gran parte de nuestros mayores nunca pensaron que podrían llegar a disfrutar y que gracias a la nueva Constitución y a la democracia tuvieron permitida la garantía de mantener y mejorar las pensiones de las que se beneficiaban (aunque seguían siendo bajas iban creciendo hasta situarse por encima del IPC).

El día 23 de octubre de 1984 Carpo esperaba impaciente que diera inicio en el Congreso de los Diputados la comparecencia de Felipe González para ofrecer su balance sobre el Estado de la Nación, práctica política de especial significación democrática introducida por Felipe González en 1983. Era el segundo Debate sobre el Estado de la Nación y se reunieron en casa Carpo y su hijo pequeño, Teofilo.

Felipe González dijo frases tan importantes como éstas:

Estoy convencido, señorías, de que la situación general de España está mejorando.

Yo les aseguro que garantizaremos el nivel de pensiones de todos los pensionistas.

La producción final agraria este año será un 8'8% superior al año anterior.

Las tensiones hacia la vuelta atrás están desapareciendo en la sociedad española.

Seguiremos teniendo la mano tendida para facilitar la reinserción social de aquellos que abandonen la violencia.

Estamos equiparados, desde el punto de vista de la descentralización económica, a algunos de los Estados Federales.

El crecimiento del producto interior bruto es mayor que el del resto de los países europeos de la OCDE.

La inflación, cuando acabe el año, será de cinco puntos menos que cuando nosotros llegamos al gobierno.

La balanza de pagos, en 1982, con un déficit de 4.125 millones de dólares se convertirá en 1984 en un superávit de 1500 millones de dólares.

El acuerdo económico y social significa en una situación de crisis, sustituir la confrontación por el diálogo.

El proceso de la adhesión a la Comunidad Económica Europea es, en la conciencia de los europeos, irreversible.

Estamos en el camino de la resolución de los problemas fundamentales que aquejan a España.

Carpo, en sus conversaciones con simpatizantes y amigos solía analizar la situación económica y social de España en su conjunto y los avances que se estaban produciendo desde 1982.

Él se sentía muy orgulloso de la ley de Reforma Universitaria, la cual daría autonomía a las universidades, habiendo aumentado su presupuesto en más de un 50% en los dos años que iban de 1982 a 1984.

Carpo pensaba que aunque sus hijos y gran cantidad de muchachos hijos de obreros en su juventud no habían podido ir a la Universidad, ahora, con la nueva Ley Universitaria todos los jóvenes españoles podrían estudiar en las universidades con becas y ayudas estatales, lo que era un importante logro social que los españoles demandaban desde hacía varias décadas y que hoy se estaba consiguiendo gracias a una ley aprobada en el congreso por sus jóvenes socialistas. De ahora en adelante, todo aquel estudiante que tuviera capacidad y deseos de cursar una carrera

universitaria podría hacerlo, aunque los ingresos familiares no fuesen suficientes, ya que el Estado becaría a los que presentaran un expediente de estudios medio.

Muchos obreros y jornaleros decían entonces:

—Ahora nuestros hijos tienen las mismas opciones que los hijos de los ricos, y en adelante se cubrirán las plazas de las universidades por la capacidad intelectual de cada estudiante y no por la fuerza económica de sus padres, como venía siendo hasta ahora.

Otra de las reformas emprendidas sobre educación fue la LODE, que intentaría el mandato constitucional de democratizar la enseñanza, de hacer partícipes a los padres, alumnos y profesores, concertando el sistema educativo tanto en el sector público como en el sector privado. Se ampliaron las plazas de profesores en 20.000 más en las enseñanzas no universitarias y en los colegios se crearon 734.000 plazas escolares más.

La enseñanza había crecido en los dos primeros años de gobierno socialista de 78.000 millones de pesetas en 1982 a 107.000 millones en 1984. Se estaba produciendo una importante mejora en educación, tanto que desde la época de la II República no se producía una reforma tan extensa y tan profunda.

Carpo, orgulloso, decía a sus hijos y nietos:

—Comenzamos a ser iguales ante la ley en nuestro sistema educativo. El futuro de nuestro país será más culto y más prometedor. Ya lo veréis.

En sanidad se emprendió una Reforma Institucional de la Sanidad. La cobertura sanitaria pasó de 32

millones y medio de ciudadanos españoles asistidos en 1982 se pasó a 36 millones en 1984, y al finalizar la legislatura la asistencia sanitaria cubría ya a todos los españoles. Se aprobó la asistencia sanitaria para todos los españoles; aun cuando no se hubiera cotizado previamente se tuvo derecho a la asistencia sanitaria gratuita.

La jornada laboral quedó establecida en cuarenta horas semanales; tal y como el Partido Socialista había prometido en su programa electoral: que se reduciría la jornada laboral de las cuarenta y cuatro horas semanales establecidas.

Todas las pensiones existentes en el sistema de la Seguridad Social quedaron totalmente garantizadas.

La producción final agraria en 1984 fue superior en un 7'8% a la anterior, reduciéndose un 20% las necesidades de importación agrícola. Las exportaciones aumentaron un 20%.

En Extremadura y Andalucía comenzaban a verse mejoras sustanciales en los temas agrícolas, pues entre otras medidas, se creó un seguro de cobertura para los jornaleros desempleados (el PER)

Todas estas reformas que se habían paralizado durante la II República a causa del golpe de Estado militar seguido de la Guerra Civil que arrasó España, poco a poco se fueron llevando a cabo, que era lo que el pueblo español había estado esperando durante más de cuatro décadas.

En la estructura de defensa, el esfuerzo para la adecuación de una nueva ordenación de los órganos superiores de la Defensa Nacional, modernizándolos

y acercándolos a las pautas de comportamiento de las democracias europeas. Se puso en marcha el plan META con nuevos criterios objetivos y con una nueva redistribución territorial y operativa de las fuerzas armadas españolas. Salió a la luz la ley de plantillas y la ley del Servicio Militar.

Al mismo tiempo se puso en marcha la reforma del código penal militar y del régimen disciplinario (lo que era el cumplimiento de mandatos constitucionales que llevaron a la jurisdicción castrense a su ámbito escrito para corregir las situaciones anteriores).

Carpo estaba informado de la mayoría de estas reformas y de las nuevas leyes aprobadas, y valoraba en su medida el trabajo que sus jóvenes socialistas estaban realizando.

—No es que estén haciendo algo especial.— Decía Carpo. – Es que se está asentando la democracia en España y con ello quizá el pueblo español recuperará en una década lo que se le robó en los últimos cuarenta años. Yo creo que los españoles se han ganado estas mejoras, pues indudablemente estos logros son de la mayoría de los ciudadanos, que gracias a su lucha y a su esfuerzo están sacando a España adelante.

En el desarrollo de las libertades se profundizó y desarrolló una amplia tarea cambiándose la concepción de la libertad provisional y modificándose con urgencia el Código Penal. La intención de la ley fue el derecho de las personas a la protección de sus libertades y de sus derechos individuales, derechos que, anteriormente, el régimen de Franco había pisoteado como bien sabían millares y millares de españoles

que, como Carpo, sufrieron en sus carnes la represión con la ausencia de esta nueva ley.

Se reguló la asistencia letrada al detenido y al preso al mismo nivel que los países europeos más avanzados. Quedó igualmente regulado el "habeas corpus" para evitar detenciones ilegales y además se ejercieron acciones de devoluciones a los jueces de todos los delitos de prensa e imprenta para acogerse a la amnistía de 1977.

Se llevaron a cabo un sinfín de reformas que el electorado de izquierdas sabría cuantificar en su medida. El abuelo Carpo contaba todas estas reformas dándole a su partido la confianza en próximas elecciones para poder terminar y llevar a cabo todo este paquete de leyes y reformas que necesitaban los pueblos de España.

España, en la década de los 80 vivió una modernización y democratización tan amplia que fuimos referencia para otras democracias europeas y ejemplo a seguir para otros países que se irían incorporando al sistema democrático.

Carpo miraba a su alrededor y con nostalgia recordaba:

—Ahora, aquí en España el derecho de asilo y la condición de refugiado ha merecido por parte del Alto Comisionado de las Naciones Unidas el calificativo de ley modelo para los demás países democráticos del mundo, y me acuerdo perfectamente de cuando yo, en 1936 la pedí al gobierno portugués y por respuesta recibí simplemente la devolución a las tropas franquistas y mi posterior encarcelación.

Eran muchos los avances que se estaban produciendo y Carpo, con lágrimas en los ojos, contaba a su hijo pequeño en muchas ocasiones:

—Ojalá, hijo mío, que vosotros podáis disfrutar muchos años de estas reformas y de estas leyes recién aprobadas. Me he dado cuenta de que, desgraciadamente, en España la libertad no se valora lo debido hasta el momento en que la vemos amenazada o perdida, tal y como nos ocurrió en 1936.

—Sí, padre. Sí —contestaba Teófilo también emocionado.—. Ya verá usted cómo todo este trabajo que ahora se viene realizando no será en vano. Veremos cómo este esfuerzo asentará de forma definitiva nuestra joven democracia, pues para ello estamos luchando muchos españoles con todas nuestras fuerzas.

El Debate sobre el Estado de la Nación de 1984 quedó grabado en la mente de Carpo, pues para él era muy importante la información, así que decía:

—Hay que conocerlo para contarlo después en la calle a los demás compañeros y vecinos, si es que por si acaso ellos no lo han escuchado. Son medidas tan importantes que no deben ser desconocidas por ninguno de los españoles.

El incremento presupuestario entre 1982 y 1984 para apoyar a la Administración de Justicia fue el más alto jamás conocido. Se incrementó en un 51'2% en sólo esos dos años.

Afortunadamente para todos, las tensiones ante una posible marcha atrás desaparecieron en toda la sociedad española, bien por la acción del gobierno o

bien por el convencimiento popular de que se estaba caminando firmemente desde la protección de los intereses españoles o nacionales. Gobiernos como el francés, que nunca habían prestado atención a la petición de extradiciones o a la cooperación en la lucha contra el terrorismo, se han puesto en marcha ahora.

Felipe González decía en su discurso:

—Seguiremos siendo rigurosos en la persecución de los que actúan violentamente contra las personas, contra los bienes y contra el estado democrático, quedando la mano tendida, dentro de los límites que la legislación permite, para facilitar la reinserción social de aquellos que abandonen la violencia y se incorporen a la sociedad democrática ejerciendo pacíficamente sus derechos.

Estas fueron palabras del Presidente del Gobierno que Carpo consideró muy importantes, pero él y su familia estaban más preocupados por el tema de la Ley de Comunidades Autónomas, pues aunque teníamos un gobierno regional en Extremadura faltaban aún muchas transferencias por recibir.

Cada una de las Comunidades Autónomas tenían sus órganos básicos de autogobierno elegidos democráticamente y en funcionamiento, pero según Carpo, faltaba un largo camino por andar para eliminar las desigualdades que existían entre las comunidades más ricas y las comunidades más pobres.

Aunque ya en el año 1984 se había transferido el 22'8% del presupuesto consolidado del estado (cerca de un billón de pesetas), las partidas realizadas no tenían nada que ver con el proceso de transferencia.

En el apartado autonómico Carpo era algo más crítico. Quería correr en lugar de andar, apremiado quizá por las grandes diferencias que veía entre unas y otras comunidades y preocupado por reducir al máximo la emigración de sus paisanos.

En temas autonómicos Carpo coincidía con la política económica y autonómica del Presidente extremeño Juan Carlos Rodríguez Ibarra, el cual exigía al gobierno central el traspaso de las competencias no solo por recibirlas, sino que exigía un reparto equitativo por comunidad y no por habitante, recuperando así parte de la deuda histórica que Extremadura tenía, al igual que otras comunidades de las llamadas pobres.

Carpo decía a este respecto:

—Aquí nos queda mucha tarea por hacer, y confío en que Rodríguez Ibarra sea firme en sus demandas autonómicas.

Teófilo cuenta a veces que parecía haber una total unificación de ideas entre Carpo y el Presidente extremeño. Muchos de los temas de los que Carpo hablaba, más tarde eran defendidos en prensa y radio por el presidente extremeño. Sin embargo, Carpo sólo conocía a Rodríguez Ibarra por algún mitin en el que le había acompañado y no había ninguna relación entre ellos más que la de militante y presidente.

En España, dos años atrás, se había celebrado el Mundial de Fútbol. A pesar de que a Carpo los temas futbolísticos no le atraían mucho reconocía que la celebración del Mundial era un importante escaparate para España ante el mundo, pues aunque fuera a

través del deporte sería una buena manera de enseñar a Europa las mejoras que se estaban produciendo en nuestro país desde la llegada de la democracia.

A veces decía Carpo:

—España no se merecía aquello que nos pasó. Hemos tirado más de cuarenta años de nuestra historia a la basura y ahora necesitaremos otros cuarenta años más para situarnos a la altura de los demás países desarrollados. ¡Qué gran atraso hemos sufrido por el ansia de poder y dinero de los cien terratenientes que dominaban España...! —Y muy dolido, continuaba—: Ni aunque viviera cuatro vidas podré perdonarles el daño tan enorme que han causado a la mayoría de los españoles del siglo XX. Principalmente por las vidas humanas que se han perdido y además de eso por la miseria que hemos tenido que padecer los hombres y mujeres desde los años treinta a los ochenta.

España por fin contaba con la integración en la Comunidad Económica Europea como miembro de pleno derecho, que a la postre sería el gran revulsivo que llevaría a nuestra joven democracia de la mano de los jóvenes socialistas que estaban en el gobierno de España a conseguir la mayor cota de bienestar social y progreso económico jamás conocido en la Península Ibérica. Paso a paso se iría vertebrando España y con un gran proyecto de ampliación de las vías de comunicación en la década de los ochenta se conseguiría abrir camino entre las tierras del norte y las tierras del sur de la península. Esta ampliación estaba promovida principalmente por el turismo y era

animado por el fuerte crecimiento económico que se produjo en la mayoría de los territorios españoles.

Durante varios años, hasta la década de los noventa, los distintos gobiernos de Felipe González tuvieron que afrontar con valentía temas delicados como los de Rumasa, Cajas Rurales, Banca Catalana, Autopistas, Explosivos Riotinto, Empresa del Aluminio... problemas que todo el mundo sabía que estaban a punto de estallar en poco tiempo como auténticas bombas de relojería. Y todos estos temas fueron afrontados, sin duda con costes económicos para el país y para la clase trabajadora, saneándose estas industrias que estaban casi podridas con el paso del tiempo..

El problema del paro era y seguiría siendo el caballo de batalla de los gobiernos de estos años. Mientras se intentaba reducir el número de desempleados se pasó a ampliar la cobertura de las prestaciones por desempleo y los cursos de formación con prestaciones económicas a los alumnos para así amortiguar en todo lo posible el efecto producido en las zonas afectadas por la reconversión industrial, con el intento de conseguir reducir al máximo su efecto y buscando otras alternativas.

Según Carpo, nunca antes ningún otro gobierno se había atrevido a acometer una reconversión industrial de tal magnitud por temor a un castigo electoral en las siguientes elecciones.

Se llegó a importantes acuerdos con empresas especializadas en informática, que en el año 1987 producirían 300.000 millones de pesetas, de los cuales

170.000 irían destinados a la exportación. Esto unido a otros siete procesos en curso para instalaciones en España de empresas de este sector dejaría cerrado a finales de 1987 el plan electrónico e informático, lo que quedaría abierta una vía de futuro básica y sustancial para la economía española.

Se firmó un acuerdo económico y social que supondría la ampliación de los colectivos asistidos, en espera de la mejora del incremento del empleo y del incentivo fiscal con un fuerte impulso a las nuevas contrataciones.

Se invirtieron más de 30.000 millones de pesetas a través del INEM en nuevas contrataciones, las cuales producirían entre 190.000 y 360.000 empleos temporales en Ayuntamientos, Diputaciones Provinciales y Comunidades Autónomas.

En resumen, desde el punto de vista macroeconómico se estaban sentando las bases de un proceso de generación de puestos de trabajo.

En la mente de Carpo caló profundamente el último párrafo del discurso de Felipe González en el Debate Sobre el Estado de la Nación de 1984:

—Es cierto que parte de lo que hemos recorrido lo hemos hecho con la ayuda de otros, que agradezco. Otra parte, con la incomprensión y a veces con la crítica no constructiva, que soporto. Otra parte hemos tenido que hacerla en solitario, no importa. Permaneceremos fieles a nuestro compromiso y continuaremos la tarea.

A esto contestó Carpo, en presencia de su hijo Teófilo:

—¡Eso es, mis jóvenes socialistas! ¡Continuad fieles a los compromisos adquiridos, que contáis con muchas manos que os ayudarán a conseguir terminar vuestra tarea de situar a España donde se merece!



CARPO CON SUS HIJOS Y NIETOS EN ALCORCÓN
COMUNIÓN DE LA NIETA ROSA MARÍA

Nuestro viejo luchador fue viendo cómo se conseguían logros sociales que jamás habían llegado a imaginar ni los más optimistas del momento: jornada de trabajo de cuarenta horas, Seguridad Social gratis para todos, grandes incrementos en las plazas educativas, tanto escolares como universitarias, fuerte impulso de las libertades, consolidación del estado de las autonomías, pensiones más justas, grandes incentivos a la educación, importantes reformas agrarias...

Pero él y otros muchos como él seguirían empujando desde sus asociaciones de Ocio y Cultura de la Tercera Edad y la Federación de Jubilados y Pensionistas de Plasencia incansablemente para conseguir el mayor número de mejoras para los ciudadanos, mejoras que fueran iguales a las establecidas en los países más desarrollados de Europa.

En esta época, ya en el año 1987, unos de los momentos más importantes en la vida de Carpo fue el homenaje que le dio la Unión General de Trabajadores de la comarca de Plasencia a él y a varios compañeros históricos ugetistas de la provincia de Cáceres.

Fue en aquel homenaje cuando por primera vez veteranos compañeros de lucha sindical recibían el reconocimiento de toda la familia ugetista de la provincia de Cáceres por su dedicada y larga vida de militancia en la UGT. Desde 1931, cuando con sólo diecinueve años comenzó a luchar y a trabajar por la clase obrera y por eliminar las grandes diferencias sociales existentes en España que azotaban siempre a los más desprotegidos, hasta 1987 habían pasado cincuenta y seis años de vida entregada a sus ideas.

Fue en Cáceres, en presencia de varios de sus hijos. Allí, el abuelo Carpo recibió un sincero homenaje junto a otros veinte miembros históricos de la provincia por su importante y decidida lucha a favor de las libertades de la clase trabajadora.

Carpo era un hombre inquieto, que no solía ponerse nervioso, pero este día era un día muy grande, pues estaba recibiendo un reconocimiento de los suyos hacia tantos años de persecuciones, de lucha, de angustias, de sobresaltos, de penurias, de temer por su vida y por los suyos y que ahora que su España, la España por la que él había luchado tanto, volvía a estar en libertad y él se encontraba rodeado de luchadores como él no pudo evitar derramar lágrimas de alegría y satisfacción al oír pronunciar su nombre, Policarpo Magdaleno, seguido de un fuerte aplauso de los asistentes.

Carpo nunca contó a sus hijos qué pensamientos tuvo durante los dos minutos de aplausos que le dedicaron sus compañeros, pero Teófilo contaba orgulloso que su padre, momentos antes de recibir la placa que le entregaron como recuerdo de aquel instante, se abrazó a él y su padre le dijo al oído:

—Ha merecido la pena tanto esfuerzo y el sacrificio. Nunca olvides, hijo, que la libertad que ahora tenemos ha costado muchas vidas de compañeros que se han quedado en el camino. Se fiel, tal como yo lo he sido, a tus ideas y los que venís detrás no permitáis nunca que nos vuelvan a robar nuestra libertad.

Aquellas palabras aún hoy siguen sonando en los oídos del hijo pequeño de Carpo.

Al subir a recoger la placa, que decía textualmente: *Homenaje a los Históricos Ugetistas. Al compañero Policarpo Magdaleno Carrera. Cáceres, 1 de mayo de 1987*, Carpo simplemente dijo:

—Es gratificante para mí y para toda mi familia el recibir esta placa de vuestra parte, lo cual me dice que, de alguna manera ha cumplido mi deber con la sociedad a la cual estaré dedicado hasta el último día de mi existencia.

El acto se cerró con el canto de la Internacional por todos los asistentes.

Era mucho el trabajo realizado por estos hombres y mujeres sindicalistas que, aunque maduros, no eran capaces de quedarse quietos ni siquiera en esos momentos ya jubilados. Seguían teniendo ganas de mejorarlo todo, de ampliar los servicios sociales proyectándolos hacia toda la sociedad, de elevar las pensiones hacia unas cotas más dignas, de conseguir implantar y aprobar por el gobierno de sus jóvenes socialistas las pensiones no contributivas...

Carpo y Jerónimo, otro de los homenajeados aquel primero de mayo, solían decir:

—Mientras tengamos fuerzas en las piernas estaremos trabajando en pro del obrero como estamos haciéndolo ahora desde la Federación de Jubilados y Pensionistas de la UGT.

¡Cuánto esfuerzo! ¡Cuánto sacrificio el de estos luchadores!... En la mayoría de los casos olvidaban los quehaceres de sus hogares para atender las obligaciones que su conciencia le exigían para la sociedad en la que vivían y a la que se debían.

—Nunca podremos pagarles lo suficiente a estos hombres y mujeres por todo lo que dieron a su España y a la mayoría de la sociedad —dice Teófilo en ocasiones.

Mientras, en Plasencia, donde residía Carpo con su familia, el Partido Socialista ejercía la oposición en el Ayuntamiento, donde uno de los hijos de Carpo, Antonio, había sido elegido concejal desde1982.

Antonio era un hombre tan idealista como su padre y compaginaba su actividad política con su trabajo y su actividad como Presidente de la Asociación de vecinos de su barrio. Antonio había sufrido en sus carnes el problema de la emigración que tanto preocupaba a su padre, pues tuvo que marcharse a Holanda para trabajar durante unos años y conocía la situación por la que debieron pasar muchos españoles en estos años tan difíciles a consecuencia de la mala (y en ocasiones nula) gestión de los gobiernos durante la dictadura.

Antonio había oído tantas veces a su padre lamentarse de que sus hijos tuvieran que salir fuera de Extremadura para conseguir un trabajo que quizá se sintió en la obligación moral de, ahora que él había conseguido un trabajo estable en su tierra, dedicar parte de su tiempo libre a la política, y así intentar conseguir tanto desde el Ayuntamiento placentino como desde la central sindical de UGT plantar las bases necesarias para reducir el desempleo dentro de sus posibilidades y asentar normas sociales que permitieran, en el menor tiempo posible, la creación de trabajos estables y con ello la vuelta a Extremadura

de miles de sus habitantes desplazados por causas laborales.

Tanto Carpo como Antonio soñaban con la consolidación de la democracia, que ayudaría a recuperar la economía nacional y a la vez ampliar nuestras exportaciones. El acuerdo económico y social estaba ayudando a muchas familias a subsistir mientras se iba consiguiendo estabilizar la economía del país.

Hasta la victoria electoral del PSOE en 1982 la sociedad estaba dividida por cuatro acontecimientos que, unidos a la crisis interna de la UCD, habían acabado por finiquitar el dominio del partido de Adolfo Suárez: la progresista y problemática ley del divorcio, la aparición del llamado síndrome tóxico, la Ley Orgánica Armonizada del Proceso Autonómico (LOAPA) y el ingreso de España en la estructura militar de la OTAN.

La división entre partidarios y opositores del divorcio fue el espejo de los enfrentamientos congresistas de la realidad del país. Por otra parte, la escasa credibilidad mostrada por el gobierno de Adolfo Suárez en materia de asistencia sanitaria fue puesta en entredicho en muchas ocasiones tras los primeros brotes del asunto de la Colza, que la prensa dio en llamar Síndrome Tóxico; el aceite de Colza, desnaturalizado y vendido para consumo humano fue el causante de la muerte de más de seiscientas personas y el número de afectados se elevó hasta los veinticinco mil.

Quizá este brote incontrolado de venta de aceite desnaturalizado para el consumo humano por unos irresponsables sin escrúpulos fue debido a la escasa

vigilancia de las medidas y controles sanitarios existentes en los gobiernos de la UCD.

A muchos que les tocó vivir y padecer el brote endémico del aceite de colza desnaturalizado pueden asegurar que este caso pasó a engrosar la historia más negra de los sucesos vividos, denominándolo como una de las más graves penurias sociales españolas de todos los tiempos, puesto que el juicio contra los veinticuatro acusados, vendedores ambulantes, se demoró siete años (hasta el 30 de marzo de 1987) y la sentencia tardó otros dos años mas (el 20 de mayo de 1989). El fallo sumarial, en el que las penas fueron mínimas y la no declaración del Estado como responsable civil subsidiario, enervó violentamente los ánimos de familiares y afectados por la injusticia. Fueron muy tristes las sentencias que se dictaron pues un gran número de afectados quedaron abandonados a su suerte. Carpo decía por estas fechas:

—Esta justicia que hoy tenemos en España es fruto de la injusticia de jueces corruptos que llevan asentados en los juzgados desde la época franquista y que desde luego, sobran en el panorama judicial español.

El pacto firmado por el entonces Presidente del Gobierno Leopoldo Calvo Sotelo y Felipe González el día 1 de julio de 1981 pretendió cerrar el mapa autonómico no siendo útil debido a la escasa credibilidad que Calvo Sotelo comenzaba a tener entre sus propios partidarios y votantes, acuciados por las protestas de los bloques políticos nacionalistas.

En referencia al ingreso de España en la OTAN, el 1 de octubre la UCD había conseguido la votación

sobre la entrada en la Alianza Atlántica con ciento ochenta y dos votos, firmándose el protocolo de adhesión a la alianza. Esta incorporación fue contestada por votantes y dirigentes socialistas y comunistas que presentaron más de un millón de firmas en su contra el 30 de mayo de 1982. Mientras Felipe González se afirmó en su intención de convocar un referéndum sobre la OTAN en caso de llegar a la presidencia del gobierno.

Eran tiempos difíciles para la joven democracia española, pues el terrorismo de ETA y la tasa de desempleo seguían azotando a la sociedad. El ministro socialista José Barrionuevo continuó con los brillantes progresos en materia antiterrorista y continuando el trabajo de su antecesor en el cargo, el centrista Juan José Rosón. La lucha del gobierno se centró en acabar con la impunidad etarra en suelo francés, consiguiendo varios tratados de cooperación con el gobierno galo.

En 1984 se producían varios atentados terroristas donde murieron entre otros el senador vasco Enrique Casas y el dirigente abertzale Santiago Bronard. La firmeza de las medidas y el incremento del cerco policial a ETA acabó por dar al ejecutivo socialista una imagen de garante de la lucha contra el terrorismo, aun sin solucionarse, pero con grandes avances policiales.

El 1 de enero de 1986, España ingresó en la CEE. Las negociaciones llevadas a cabo por el Ministro de Asuntos Exteriores socialista Fernando Morán y el Comisario Europeo Abel Matutes fueron rubricados

por el Rey don Juan Carlos I y el Presidente del Gobierno Felipe González.

—Esta decisiva entrada en la Europa de la CEE —decía Carpo— nos abrirá las puertas del mundo industrial y nos va a dar un profundo acercamiento al gobierno francés.

Aquel fue el año de la implantación del Impuesto sobre el Valor Añadido (IVA) que al principio supuso un golpe económico a la pequeña y mediana empresa. También la entrada en la CEE traería recortes para el sector agrario español, cuyas reservas no fueron admitidas por la comisión de expertos que evaluó la entrada de España en la Comunidad, lo que conllevó que en los años finales de la década de los ochenta se hiciera una necesaria reconversión de la economía española dentro de la CEE.

Inaugurando en el año 1989 su primera presidencia de turno en la Comunidad Económica Europea por seis meses, el gobierno de Felipe González y la administración aumentaron su actividad en Bruselas, y como colofón se celebró la cumbre de 1989 en Madrid los días 26 y 27 de junio. En esta cumbre se aprobó la primera fase de la unión monetaria, comprometiéndose todos los países miembros a crear una moneda única y un Banco Central Europeo.

El 12 de marzo se celebró el ansiado referéndum sobre la pertenencia de España a la OTAN. Muchos españoles vieron cómo el PSOE pasaba de propugnar el no a la OTAN a solicitar la confianza de los españoles para permanecer en ella, puesto que la evidencia demostraba que, pese a no hacerlo público la

entrada en la CEE y la permanencia en el Tratado Atlántico iban unidos por propios intereses económicos nacionales.

Este cambio de actitud del gobierno socialista le dio un sinfín de insabores entre su militancia y sus votantes, donde sus más jóvenes afiliados vieron la marcha atrás dada por el gobierno socialista, y los votantes más maduros comprendieron que esta decisión había sido forzada por la pertenencia de España a la Comunidad Económica Europea. Esta decisión y cambio de aptitud del gobierno de Felipe González sin duda desilusionó a muchos de sus votantes.

Un buen ejemplo de ello ocurría en la familia de Carpo, donde sus hijos más jóvenes estaban a favor de la salida de España de la OTAN, mientras que los hijos mayores y el mismo Carpo optaban por permanecer en ella a cambio del desmantelamiento de las bases militares norteamericanas en territorio español, cumpliéndose así una de las más históricas reivindicaciones del socialismo español desde los lejanos tiempos de la clandestinidad.

En diciembre de 1988 comenzaba el desmantelamiento de estas bases americanas.

El carisma de liderazgo de Felipe González ayudó, frente a una fuerte abstención cercana al 40 %, a conseguir el sí a la permanencia de España en la OTAN con una diferencia de votos del 13 % Frente a los ataques de la oposición encabezados por Manuel Fraga (quien recomendaba la abstención) y por Julio Anguita (quien recomendaba el no) con ataques brutales hacia el gobierno dirigido por Felipe González.

Carpo decía:

—En esta ocasión mis jóvenes socialistas han antepuesto los intereses de España a los intereses de su partido al tomar esta decisión.

Y la verdad es que no estaba lejos de la realidad en ese momento, aunque fueron muchas las críticas recibidas desde dentro de las filas socialistas hacia el cambio de actitud. Carpo continuaba diciendo:

—La oposición está cumpliendo con su misión al propugnar el no desde el Partido Comunista, fieles a su idealismo de no pertenencia y a la abstención desde el partido conservador dirigido por Fraga Iribarne.

Durante varios años, en Plasencia, Carpo y sus compañeros trabajaban incansablemente por mejorar y cambiar el signo político de su Ayuntamiento, pues la derecha vestida de Centro Democrático Social encabezada por el alcalde, José Luis Mariño Roco seguía gobernando en su ciudad. A Carpo le llevaban los diablos, pues con la actitud del alcalde placentino y su continuo enfrentamiento con el presidente de la Junta de Extremadura peligraban muchas mejoras e inversiones destinadas hacia la ciudad del Jerte. Carpo repetía:

—¿Es que este hombre no se dará cuenta nunca de que es Plasencia la que pierde con este enfrentamiento?

El municipio placentino había estado votando desde los comienzos de la democracia en tres direcciones distintas: conservadores o partidos de derechas, el Partido Socialista y el Partido Comunista, pero

siempre la derecha, con diez u once concejales había dirigido los destinos de Plasencia y de los placentinos.

Los desaires hacia los demás concejales y la actitud de "ordeno y mando" del alcalde placentino provocó la escisión en su propio partido con la salida de dos concejales que abandonaron al alcalde y en unión con el PSOE e Izquierda Unida promovieron una moción de censura contra el gobierno de la ciudad. El alcalde, sabiéndose perdedor en el caso de llevarse a cabo dicha moción, presentó su dimisión antes de cualquier posible intento de censura.

El siguiente paso fue el nombramiento de Cándido Cabrera como nuevo alcalde (un hombre más cordial, más democrático y con un talante más negociador) apoyado por el Partido Socialista y por Izquierda Unida. El municipio pasó a ser gobernado desde 1989 a 1991 por un nuevo gobierno con entendimientos constantes con la Junta de Extremadura y con el Gobierno central. Lo que originó un cordial clima político entra las tres administraciones (central, autonómica y local) que derivó en importantes logros para Plasencia y sus comarcas, que anteriormente estaban paralizados.

Antonio, el cuarto hijo de Carpo y concejal placentino del PSOE desde 1982, fue uno de los concejales que trabajó en estos proyectos, demostrando a los electores que desde la humildad y el entendimiento se conseguirían mayores logros para Plasencia que con el empecinamiento que había tenido el anterior alcalde durante muchos años para con la Junta de Extremadura.

—Estos son años de progreso para la ciudad que me acogió cuando salí de Mirabel, mi pueblo, gracias a estos hombres que dedican su trabajo y esfuerzo a conseguir más desarrollo y mejores condiciones de vida para los vecinos dentro de la economía extremeña aún carente de grandes inversiones y de mejores vías de comunicación —decía Carpo.

Hoy, cuando se escriben estas líneas, Carpo estaría orgulloso si pudiera ver la construcción de la Autovía Ruta de la Plata y las dos nuevas autovias regionales Navalmoral de la Mata-Plasencia enlace-N 630-futura Autovia de la Plata) y (Villanueva de la Serena-D. Benito-Miajadas enlace N-5 Autovia de Extremadura). Estas vías de comunicación por las que Carpo había trabajado están construyéndose y a su finalización con seguridad ayudaran a mejorar considerablemente la economía extremeña y su futuro más inmediato.

Carpo continuaba diciendo:

—Para que un pueblo se desarrolle y alcance la plenitud, los extremeños tenemos que conseguir que Madrid y Bruselas nos hagan más caso e inviertan fondos de cohesión, logrando así el desarrollo tan necesario de nuestra región, y en los años siguientes la vuelta a nuestra tierra de muchos de nuestros hijos y hermanos que de momento no pueden volver.

Este pensamiento fue constante en Carpo, pues no en vano tenía a siete de sus hijos trabajando fuera de Extremadura y contaba ya con diecinueve nietos que también residían fuera.

Teófilo mantenía frecuentes conversaciones con su padre. A veces le decía:

—Padre, usted ya le ha dado bastante a España. Deje ahora que España le dé algo a usted. Por ejemplo, podría dedicar su tiempo libre a descansar con madre en unas vacaciones en la playa, o unos días de descanso en algún balneario.

A lo que contestaba:

—Bueno, hijo... Habrá que salir y conocer algo más de España para poder contárselo a los nietos.

Así fue como durante algunos años Carpo y Fermina, unas veces con los viajes del INSERSO y otras veces a Madrid, a casa de sus hijos, disfrutarían por fin de ese descanso tan merecido por ambos, recorriendo las ciudades de las dos Españas, como Carpo decía, aprovechando que ciertas ciudades jamás podrían haberlas conocido ni visitado durante los cuarenta años anteriores que habían transcurrido en la península ibérica, dentro de las dos Españas que existían: la de los vencedores y la de los vencidos.

Carpo, en todos los viajes que realizó en excursiones, vacaciones y viajes privados siempre escribía una poesía dedicada a aquella zona de España que había visitado.

—¿Ves, Fermina? —le decía Carpo a su mujer— No nos vamos a morir sin salir de casa. Ahora, cualquier pensionista, por baja que sea su pensión, con las ayudas aprobadas por mis jóvenes socialistas pueden salir a descansar y disfrutar por medio de las vacaciones del INSERSO, y otras veces por medio de las asociaciones de pensionistas, de UGT, de ACOTE...

Fermina, complacida de escuchar las explicaciones de su marido, y con cara sonriente contestaba:

—Claro, Carpo. Claro que sí. Nuestra generación se merece estos descansos después de todo lo que nos ha tocado sufrir y padecer. Sólo le pido a Dios que nuestros hijos jamás tengan que pasar las necesidades ni las miserias como nosotros. Y que esos "salvadores de la patria" que arruinaron a nuestras familias y a gran parte de las familias españolas jamás tengan sitio en la sociedad de ahora. Dios quiera que España nunca vuelva a conocer una guerra entre hermanos como la que tuvimos que padecer hace años los hombres y mujeres de nuestra generación.

—Venga, mujer... Todo eso está pasado, aunque no olvidado —contestó Carpo—. Por eso tenemos que vivir el presente durante los años que nos queden por vivir.

Fermina asintió, pero al rebuscar en el pasado le vino un recuerdo que nunca pudo borrar de su mente: aquel día que tuvo que recoger a su padre, en aquellos años del hambre, casi moribundo junto a un basurero, buscando algo de comer para él y para su familia. Quizás por razones como ésta muchos hombres y mujeres que habían padecido la guerra civil; al ir siendo mayores, tenían la costumbre de guardar alimentos, pues recordaban el hambre pasada y además temían que ocurriera algún imprevisto o surgiera cualquier contratiempo. Estos años de hambre y miseria habían quedado marcados en las mentes de los españoles que ahora contaban con más de sesenta o setenta años.

Fermina, y como ella muchas mujeres habían estado trabajando en el campo y en muchos trabajos más,

creían que sus patronos estaban pagando por ellas al Estado la famosa "Perra Gorda", pero al final de sus días ni habían cotizado por ellas ni habían percibido ni pensión ni peseta alguna por sus años trabajados.

A consecuencia de estos abusos de empresarios sin escrúpulos, no fue nada extraño que gobiernos socialistas aprobaran las pensiones no contributivas, y así dar la cobertura mínima a un gran número de españoles que habían sido engañados y que a los sesenta y cinco años se encontraban sin pensión ni ayuda.



LOS ABUELOS CARPO Y FERMINA

CAPITULO XV
La década de los noventa

Los años noventa serían años de cambio. Sería una década que resultaría fructífera para muchos españoles, pero para Carpo y su familia serían años negros, años de oscuridad.

En Mirabel, Carpo solía decir, complacido que, desde la vuelta de la democracia habían gobernado sus compañeros socialistas, pero en Plasencia hubo de esperar hasta las elecciones de 1991, donde por primera alcanzaron la mayoría absoluta y con ella la alcaldía. Su partido, el Partido Socialista, presentó a Cándido Cabrera encabezando su lista, saliendo elegido como alcalde, y Antonio el hijo de Carpo pasó a desempeñar el cargo de Concejal de Personal y Festejos durante los siguientes cuatro años.

Con el resultado de las elecciones parecía que la vida le había dado a Carpo quizá la última de las sorpresas, esta vez satisfactoria, pero no sería así. Nuestro veterano luchador había sentido una gran alegría al conseguir que sus compañeros gobernaran el Ayuntamiento placentino después de un trabajo bien hecho. Al cabo de dos meses, Carpo, en conversaciones con sus hijos, decía:

—Ya puedo descansar, y quizá dedicar más tiempo a vuestra madre, y a salir de viaje para visitar puntos de España que no conocemos. Ahora os toca a vosotros continuar con el trabajo que estamos realizando.

En el año 1992, Carpo recibía otro homenaje, esta vez por los compañeros de la Ejecutiva provincial de Cáceres del Partido Socialista, al que asistió el viejo compañero Ramón Rubial, presidente nacional del Partido. Para Carpo fue una gran satisfacción el que asistiera Rubial a su homenaje, ya que era un gran socialista, un compañero de fatigas y uno más de los suyos pues había sentido en sus carnes el azote franquista de la dictadura. Carpo decía de él:



POLICARPO MAGDALENO Y RAMÓN RUBIAL

—Su presencia junto a nosotros nos congratuló a todos los viejos militantes socialistas, pues nos hizo sentir que habíamos hecho bien cumpliendo los ideales que desde niños habíamos defendido: "Igualdad, libertad y trabajo para todos". Fue un homenaje muy emotivo para Carpo en el que se sintió de nuevo arropado por su familia socialista.


RAMON RUBIAL

RAMON RUBIAL

EVITAR LA ESCISION

RAMON RUBIAL (Presidente del PSOE)

El 1992 fue un gran año para España, que pasó a quedar denominado "el gran año de los noventa" por la mayoría de los entendidos económicos. Pero no sería un buen año para Carpo y Fermina. En el mes de enero de ese año, Fermina sufría en su domicilio un ictus, un infarto cerebral que a la edad de setenta y ocho años la dejaría imposibilitada de por vida entre un sillón y la cama, teniendo que ser atendida y asistida en todo momento por Carpo y por sus hijos.

Fue, sin duda, un duro golpe el recibido por el matrimonio de viejos luchadores. Fermina a veces conocía a los suyos, pero en la mayoría de los casos ni siquiera reconocía al hombre que llevaba compartiendo la vida con ella desde hacía treinta y siete años.

Carpo, el entrañable abuelo, el viejo luchador, sintió de nuevo en su interior el mayor de los dolores. Ahora, su segunda compañera estaba enferma y sin una posible recuperación que se la devolviera para poder disfrutar junto a ella de ese retiro tan deseado.

A consecuencia de la enfermedad de su esposa, Carpo presentaría su dimisión como Secretario General de la Federación de Jubilados y Pensionistas de la UGT, y también dejaría la Presidencia de la Asociación del Ocio y la Cultura de la Tercera Edad ACOTE, para poder dedicarse a atender a su esposa aunque él era ayudado por sus hijos en el domicilio del matrimonio.

El pequeño de los hijos de Carpo suele decir:

—Carpo siempre fue un hombre íntegro, consciente de sus obligaciones, adelantado a su tiempo, realista, un gran idealista y conocedor de la vida de

su tiempo. Únicamente la cárcel, la muerte de su primera esposa y ahora la enfermedad de su segunda esposa le apartaron de sus obligaciones para con la sociedad que él había contribuido a crear. El mayor orgullo para mí es querer ser como mi padre.

Carpo intentó, a lo largo de la enfermedad de Fermina, no sacrificar el tiempo de sus hijos más de lo necesario, de manera que era él quien estaba pendiente de su mujer en todo momento comprendiendo que sus hijos tenían que hacer una vida normal con sus familias, pero aun así, ninguno de ellos desatendió a los padres, con arreglo al tiempo de que disponían.

Al cabo de casi un año de cuidados, el día 23 de diciembre de 1993 moría en su domicilio a consecuencia de un nuevo infarto cerebral Fermina, la segunda esposa de Carpo, con la que había compartido la vida, dejándole más solo que nunca, a pesar de estar rodeado de todos los hijos.

A las nueve y media de aquella noche Teófilo había dado de cenar a su madre, la abuela Fermi, como todos la llamaban cariñosamente. Fermina estaba tranquila aquella noche, y por ello nadie podía prever el desenlace final que tendría aquella significativa noche. Después de cenar, Fermina fue llevada a la cama entre su marido Carpo y su hijo Teófilo. Una vez acostada, se despidieron, y Teófilo le dio dos besos en las mejillas, diciéndole:

—¡Hasta mañana, mi niña!

Fermina no contestó, lo que era habitual, pues la madre a veces les conocía y otras no, lo que ocurría a consecuencia de la lesión que le había producido en

el cerebro el infarto cerebral que le dio el invierno anterior, pues parte del cerebro había quedado dañado, y al no recibir riego sanguíneo no respondía a las órdenes recibidas.

—Pero, ¿es que no te vas a despedir de tu hijo? —replicó Carpo, dirigiéndose a Fermina.

Pasaron varios segundos sin escuchar respuesta por parte de la madre, y Teófilo le dio un beso a su padre y se dirigió hacia la puerta de la calle. Estando en el pasillo, escuchó a su madre decir:

—Venga hijo, vete con Ángela a descansar, que ya es tarde.

Ángela era la mujer con la que Teófilo había comenzado a vivir después de haberse divorciado. El divorcio de Teófilo y Mª Carmen había producido un fuerte golpe emocional tanto para Teófilo, sus hijos y los abuelos Carpo y Fermina que habían sentido esta separación de una forma especial y muy sentida.

Ahora si un matrimonio no se entendía podían acceder al divorcio, y el pequeño de los hijos hubo de atravesar por esta circunstancia, dura pero necesaria en ocasiones. Y Fermina en los momentos de lucidez se sentía reconfortada al ver que su hijo había encontrado de nuevo a una mujer con la que compartir su vida .

Ángela, además fue una mujer de gran ayuda para la familia, pues no solo compartía su vida con Teófilo, ayudándole a criar a sus dos hijos; sino que además estuvo cuidando de la abuela Fermina durante todo el tiempo que duró su enfermedad, junto a Teófilo y al abuelo Carpo.

Esta ayuda recibida de Ángela hacia la familia, Carpo nunca lo olvidaría y desde entonces a Ángela se la trató como a una hija más de esta extensa familia.

Solía ocurrir, en la mente de Fermina, que en ocasiones había vacíos que no se podían comprender, pero en otros momentos contestaba lúcidamente a cualquier pregunta, o podía seguir cualquier conversación.

Lamentablemente, estas fueron las últimas palabras que Teófilo escuchó de su madre. Estas palabras fueron, sin que ninguno de los dos lo supiera, la despedida entre una madre y su hijo momentos antes de su adiós definitivo.

Sobre las diez y media de la noche, Teófilo y su mujer Ángela llegaban a su domicilio, que estaba una manzana más arriba del piso de los abuelos. Dio tiempo a muy poco, pues a las once y media llamaba Carpo por teléfono, muy alarmado, diciendo:

—¡Corre, hijo! ¡Ven a casa, que no sé qué es lo que le pasa a tu madre! ¡La encuentro mal, y no me atiende, ni me escucha!

En tres minutos se encontraba Teófilo en casa de sus padres, y pudo comprobar que a su madre le había vuelto a repetir otro infarto cerebral. Eran las doce menos veinte de la noche cuando pudo contactar con el médico de guardia, al cual rogó que se diera la máxima prisa, pues su madre se encontraba muy mal. Teófilo percibió que el problema era de suma gravedad, pero no quiso contarle nada a su padre hasta que no llegara el médico. Además el abuelo Carpo estaba muy nervioso y no paraba de decir:

—¡Otra vez no, por favor! ¡Otra vez no.! Dios mío.

Fueron quince minutos de espera infructuosa, de reanimación. Casi a media noche dejaba de latir el corazón de Fermina, con su hijo Teófilo abrazado a ella, y con su marido Carpo llorando desconsolado.

Aún recuerda Teófilo con lágrimas cómo aquel viejo luchador lloraba sin consuelo abrazado a su mujer, susurrándole:

—Fermina, no me dejes ahora que sí puedo estar contigo... ¿Qué voy a hacer yo solo?

Cuando Teófilo comprobó que su madre no tenía pulso y que su corazón había dejado de latir, volvió a contactar con el servicio de urgencias:

—Ya no tengan ustedes prisa. Mi madre ha fallecido, así que vengan cuanto antes pero sólo para certificarlo, y también para ayudar a mi padre.

Después, se abrazó a su padre y le dijo:

—Padre... Ella nos ha dejado, ya ha descansado para siempre. No podemos hacer nada más.

—Pero, hijo... ¿Qué dices? —gritó Carpo desconsolado— No puede ser... No puede ser... ¡Fermina! ¡Escúchame, Fermina!

El pequeño de los hijos de Carpo y Fermina no olvidará jamás cómo murió su madre, entre sus brazos, sin poder hacer nada por evitarlo. Había sido la primera vez que veía morir a alguien y había sido a su madre. Quizá muchas personas hubieran deseado este final sin sufrimientos y en brazos de sus seres queridos.

Fueron avisados todos los miembros de la familia de Fermina, y recibió sepultura el 23 de diciembre

de 1993, acompañada, como siempre estuvo, de su familia cercana y de sus amigos.

Ese mundo del abuelo Carpo se había vuelto a romper, y no parecía haber consuelo para el viejo idealista y luchador, pues él siempre contó con la fuerza y el amor de las dos mujeres que vivieron con él, haciendo vigente el dicho de que "detrás de todo gran hombre siempre hay una gran mujer".

Al faltar la abuela, los hijos e hijas de Carpo y Fermina decidieron que el viejo luchador no podía quedarse en casa él solo, así que empezaron a atenderle por temporadas, yéndose Carpo a vivir con ellos por meses. De esa manera estaría muy bien atendido y con todos sus nietos.



CARMEN, CARPO, LUCI Y CARLOS, HIJOS

Mientras, en España, el día 22 de junio de 1992 se habían celebrado de nuevo elecciones generales con el resultado de una nueva victoria socialista con mayoría absoluta. Fue un año de importantes cambios de personajes políticos en sus distintos partidos: Santiago Carrillo dejó de ser Secretario General del Partido Comunista, arrastrando en su caída a Gerardo Iglesias. Julio Anguita fue quien quedó liderando la formación, que pasaría a ser llamada Izquierda Unida. Manuel Fraga Iribarne fracasaba en su política nacional y pasó a disfrutar un exilio dorado como Presidente Autonómico gallego, siendo sustituido al frente de Alianza Popular por Antonio Hernández Mancha, y habiendo sido sustituido anteriormente Jorge Vestrynge por Alberto Ruiz Gallardón. A consecuencia de los fracasos electorales y de los nuevos líderes de la derecha española, la disolución de Alianza Popular provocó la vuelta a la política nacional de Manuel Fraga, formándose un nuevo grupo, el Partido Popular, donde comenzaron a destacar dos jóvenes líderes: Alberto Ruiz Gallardón y José María Aznar.

El paro seguía sin ser controlado. Hubo grandes fusiones bancarias, y el nuevo partido Izquierda Unida encabezado por Julio Anguita planteó una batalla dialéctica a los dirigentes socialistas, lanzando un fuerte ataque en temas de política social.

Aquellos fueron años de enfrentamiento entre partidos de izquierdas, pues mientras Izquierda Unida tomaba el papel de oposición y exigía demandas sociales y mejoras para las familias más desprotegidas

al PSOE y a Felipe González, los pocos acuerdos entre el PSOE e Izquierda Unida en las administraciones públicas con el paso de los años producirían un desgaste importante del gobierno socialista, fruto de esta oposición, tanto de Izquierda Unida como la de la derecha española, encabezada por José María Aznar y por las poderosas televisiones y cadenas de radio privadas que estaban en manos de intereses apoyados por la banca y el gran capital.

Incomprensiblemente para hombres y mujeres de izquierdas, se fraguaron pactos políticos entre formaciones políticas muy diferentes entre sí como Izquierda Unida y Partido Popular en diversos Ayuntamientos y Administraciones Públicas.

Fueron años muy tristes para la izquierda española, pues, fruto de esa desunión entre los partidos de izquierdas se llegaría a la caída del último gobierno socialista presidido por Felipe González, con la consecuente pérdida de la mayoría en el Congreso de los Diputados. España pasó a ser gobernada por José María Aznar el día 3 de marzo de 1996.

Evidentemente, la oposición que ejerció Julio Anguita contra Felipe González, en ocasiones más personal que de ideas políticas, produjo un gran efecto rebote contra ambos, de lo cual se benefició el progresivo aumento de los conservadores encabezados por José María Aznar, quien, a algunos no se les olvidaba, llegó a ser Presidente de su Comunidad por un sinfín de injurias que se levantaron contra Demetrio Madrid, del PSOE, entonces Presidente, que el

tiempo y la justicia demostraron que fueron falsas e intencionadas.

El abuelo Carpo, en los años 1994 y 1995 no era un hombre feliz. Aunque no le faltaba nada y sus hijos y nietos estaban todos con él, su otra familia, la familia socialista había sufrido un fuerte castigo electoral. Después de catorce años de gobierno socialista, en las elecciones de 1996 consiguió mayoría en el congreso de los diputados el Partido Popular, partido conservador (heredero de la vieja derecha española) y este resultado no les traía buenos recuerdos a los viejos luchadores de izquierdas. Más bien les sacaba a la luz los fantasmas de 1936 y de los años posteriores, años de escasez y sacrificio, aunque ahora habían llegado al Gobierno de España por unas elecciones democráticas que todos respetaban.

El pequeño de los hijos de Carpo decía a su padre para animarle:

—No debe usted preocuparse, pues ahora vivimos en democracia y el gobierno de Aznar no se atreverá a destruir el estado de bienestar que hemos creado entre todos los españoles.

Carpo movía la cabeza sin creérselo del todo.

—No sé, no sé, hijo... La derecha cuando coge el poder es muy ambiciosa y después de catorce años de espera está ansiosa por volver a cambiarlo todo.

No le faltaba razón. Ahora la derecha española había ganado unas elecciones generales y tenía cuatro años por delante para llevar a cabo un sinfín de modificaciones de las reformas que en los últimos años habían hecho los sucesivos gobiernos de Felipe

González. De hecho, poco a poco, en el transcurso de la legislatura que fue entre los años 1996 al 2000 se fueron aprobando una serie de leyes que en la mayoría de los casos favorecía a la clase media y alta y perjudicaban ostensiblemente a las clases más bajas y más desprotegidas.

—¿Cómo puede ser que la mayoría de un país, gente obrera principalmente, dé su voto a un partido de derechas que no representa los intereses de los trabajadores?

Esta pregunta se la hacía Carpo muchas veces, sin llegar a encontrar una respuesta coherente para ella.

—Quizás —le respondía su hijo pequeño— sea que el estado del bienestar del que disfrutamos haya provocado que muchos votantes de izquierdas olviden que sigue habiendo familias sin trabajo, sin protección social y sin medios suficientes para erradicar la pobreza. Muchos de estos votantes han mejorado en estos últimos años y ahora que deberían ayudar a los que menos tienen, se han vuelto insolidarios con los más desprotegidos.

—¡Pero hijo! —se enfadaba Carpo— ¿Cómo pueden olvidarse tan pronto tantos españoles de las miserias y penurias que la derecha nos ha hecho pasar durante tantos años?

Teófilo no encontraba respuesta ninguna para esta pregunta de su padre.

—Debe de ser que se está formando una sociedad cada vez más consumista y capitalista que no mira hacia atrás, y por eso no entiende el atraso que puede suponer para la clase trabajadora el perder las cotas

de bienestar que tanto sacrificio y lucha les han costado conseguir a los viejos luchadores como usted.

Además, durante los dos últimos años de gobierno socialista se habían destapado intencionadamente o no casos de corrupción en el PSOE. Estos asuntos y el tema del GAL habían ido machacando a algunos ministros socialistas sin piedad ni miramiento, unas veces con razón y otras con bastante menos razón.

Viendo el panorama nacional, más de uno de los ancianos comentaba que con tal de gobernar España, a la derecha le daba igual poner en peligro la seguridad del pueblo español. Aquellos que pensaban así no tenían ni fuerza suficiente ni cuentas bancarias tan potentes como para hacer cambiar a una parte de la prensa española, tanto hablada como escrita que, durante cierto tiempo bombardeó a la opinión pública únicamente con las informaciones que interesaban a una parte de los espectadores, únicamente interesaban al gran capital o lo que es lo mismo: al Partido Popular y a sus familias.

Carpo, en las reuniones que mantenía con compañeros y amigos solía decir:

—¡Qué difícil es, en ocasiones, defender tus ideas simplemente con la palabra cuando el adversario político dispone de gran parte de la prensa, la radio y la televisión a su servicio, financiada o pagada por distintos intereses ocultos que aún desconocemos...!

Los años de luchas y experiencias hacían de las palabras del abuelo Carpo palabras de sabiduría, las cuales, con el paso del tiempo le darían la razón.

No obstante, en su tierra, en Extremadura, por suerte para una gran mayoría se tenía como baluarte de honestidad y de buena gestión al presidente de la Junta, Juan Carlos Rodríguez Ibarra, de quien era fiel seguidor Carpo. Principalmente porque era un político que cumplía con lo prometido y llevaba adelante su programa electoral (en muchas ocasiones, como dijimos, las reformas y las leyes aprobadas por el Presidente extremeño parecían haber sido pensadas por la mente de Carpo y llevadas a cabo por el Presidente). Recuerdan los hijos de Carpo que el abuelo decía en broma muchas veces:

—¡Parece que Ibarra hubiera estado escuchándome en las charlas de la zapatería cuando él era pequeño, y ahora, que ha llegado a mayor y a ser Presidente de todos los extremeños dijera: "voy a llevar adelante los proyectos y mejoras que el incansable abuelo Carpo venía repitiendo durante tanto tiempo!

Esta idea, aunque fuera una broma llenaba de satisfacción al infatigable zapatero.

Carpo iba pasando los días sin dejar de luchar y de trabajar dentro de sus posibilidades, siempre integrado en la federación de Jubilados y Pensionistas de la UGT y de ACOTE.

En noviembre de 1996 recibió junto al compañero Jerónimo Ojalvo (otro viejo luchador sindicalista) otro homenaje, en esta ocasión por parte de la Unión Comarcal de la Unión General de Trabajadores de Plasencia, que les agradecían públicamente tantos años de trabajo y dedicación en busca de una

sociedad más justa, que estos dos ya ancianos luchadores habían venido teniendo dentro del sindicalismo de la UGT y del PSOE durante más de sesenta y cinco años.

A este homenaje que se celebró el 15 de noviembre de 1996 en un restaurante de Plasencia asistieron el Secretario General de la Federación de Jubilados y Pensionistas Manuel Egido; el Secretario General de la Unión General de Trabajadores de Extremadura Miguel Bernal, la Secretaria General de la Comarca de Plasencia María Flor Prieto, el Secretario General Confederal de la Unión General de Trabajadores Cándido Méndez, el Secretario General Regional del Partido Socialista extremeño Juan Carlos Rodríguez Ibarra y un gran número de invitados, amigos y compañeros de UGT. Y del PSOE.

Ese acto fue, según palabras de los hijos de Carpo y de los hijos de Jerónimo, un día inolvidable para los abuelos. Ellos no eran capaces de dar crédito a lo que sucedió: que todos estos hombres y mujeres tan importantes en la vida sindical y política extremeña y española estuvieran reunidos para darles un homenaje a ellos, dos humildes militantes y dirigentes locales. Sin embargo, ellos no podían imaginar que por sus ideas, por sus luchas, por los malos ratos vividos, por sus sacrificios y por su gran dedicación hacia todos nosotros se habían ganado el cariño y el respeto de todos sus compañeros. En palabras de varios de los asistentes al acto se dirían frases tan significativas como estas:



COMPAÑEROS DE UGT EN EL HOMENAJE

—Compañeros Jerónimo y Policarpo, hemos venido aquí a acompañaros simplemente para seguir aprendiendo de vosotros. No os canséis y seguid enseñándonos cada día algo nuevo, pues de hombres como vosotros hemos aprendido la mayor parte de nosotros. Nuestros ideales son reflejo de lo que nos habéis entregado.

—Este país, España, vuestra España, tiene mucho que agradecer a vuestra generación por todo lo que nos habéis dado. Sin vosotros, sin vuestras opiniones y experiencias, no habríamos salido adelante en los tiempos difíciles que tuvimos que pasar.

—Yo cuando me dirijo a mi hija le digo: quiero parecerme a los viejos luchadores como Carpo y Jerónimo cuando llegue a su edad. Mi máxima aspiración política es ser como vosotros.

—Seguid como hasta ahora, pues necesitamos vuestro esfuerzo y trabajo como ejemplo para nuestras nuevas generaciones. Estoy orgulloso de pertenecer a una organización que vosotros habéis defendido con vuestra vida.

En respuesta a todas las intervenciones y ante más de trescientos cincuenta asistentes de todos los estamentos, exiliados durante el franquismo, líderes sindicales y miembros de diversas asociaciones y organizaciones, Policarpo y Jerónimo expresaron unas palabras de agradecimiento por este homenaje que se pueden resumir en dos frases dichas por ellos:

—Nos han maltratado y humillado, pero siempre hemos estado y estaremos al lado de los trabajadores.

Este homenaje sería, en palabras de Policarpo y de Jerónimo, el detalle más sincero y más bonito que unos hombres que creían haberlo dado todo por unos ideales, entre ellos la libertad, podían recibir de sus compañeros ugetistas más cercanos, pues no olvidaban que Plasencia era su ciudad de adopción. Carpo guardaba con especial afecto el cuadernillo

del homenaje del que él y su amigo Jerónimo habían sido objeto.



CARPO Y JERÓNIMO SALUDADOS POR EL PRESIDENTE DE LA JUNTA DE EXTREMADURA, AÑO 1996 (FOTO DEL PERIÓDICO)



CARPO ES FELICITADO POR CÁNDIDO MÉNDEZ,
SECRETARIO GENERAL DE UGT EN 1996



CARPO Y JERÓNIMO CON EGIDO, CÁNDIDO MÉNDEZ Y MIGUEL BERNAL. DEBAJO CON TEÓFILO Y ANDRÉS OJALVO



En el año 1996 la familia de Carpo se había ampliado con dos nietas más, quienes serían sus últimas nietas. Fueron dos mellizas a las que pusieron por nombre Esther y Sonia, y eran hijas del pequeño de la familia Teófilo. Fue esta noticia un hecho muy importante para el abuelo Carpo, que contando ya ochenta y cinco años veía reflejada en su rostro la satisfacción de haber creado en compañía de sus dos esposas Antonia y Fermina una extensa y gran familia. Esta satisfacción se veía aumentada por el hecho de que llevaban el apellido Magdaleno con gran orgullo y reconocimiento a esa valiente e inocente mujer que fue la abuela Cesárea que educó a Carpo en los mejores valores humanos, sin un padre que le diera un apellido. ¿Qué mejor apellido que el de la abuela Cesárea?. Para ella hubiera sido una felicidad muy grande el haber podido ver esta gran familia nacida de su hijo.

Esta familia que rodeaba a Carpo estaba formada por 10 hijos, 30 nietos y 23 biznietos. Pero Carpo seguía echando de menos a las dos esposas con las que había compartido su vida.

En este año 1997, el gobierno de José María Aznar emprendió una serie de privatizaciones que darían al trate con parte de la labor de catorce años de gobierno socialista. Carpo, a sus ochenta y cinco años seguía activo en su ciudad de residencia, pues su asignatura pendiente no estaba aún aprobada. Esta asignatura era, como podemos imaginar, que todos sus hijos volvieran a Extremadura y consiguieran un

trabajo en su tierra, para así volver a unir en su totalidad otra vez a todos sus miembros.

Esta idea seguiría en la mente de Carpo hasta el último de sus días. Era una lucha incansable de un hombre extremeño para volver a traer a casa a los miles y miles de paisanos que estaban fuera de Extremadura por falta de trabajo.

Según datos facilitados por el Ayuntamiento de Mirabel, en referencia a la constante preocupación de Carpo por evitar la emigración de sus paisanos fuera de Extremadura enumeramos para que sirva de ejemplo los datos del censo de Mirabel:

CENSO MUNICIPAL DE MIRABEL (Cáceres)

AÑO	HABITANTES	VARONES	MUJERES
1900	1151	577	564
1910	1326	680	646
1920	1330	676	654
1930	1656	826	830
1940	1964	969	995
1950	2163	1074	1089
1955	2433	—	—
1960	2236	1110	1126
1970	1618	799	819
1975	1159	575	584
1981	1052	538	514
1991	941	470	471

Entre las muchas observaciones que pueden hacerse a los datos anteriormente reseñados quisiera resaltar cómo, a lo largo del siglo XX, ha ido a buen ritmo la población, que alcanzó en 1955 su cifra más elevada, para iniciar a partir de esas fechas una rápida caída. De esta forma, a finales del siglo tiene menos habitantes de los que tenía a finales del pasado. La emigración, que tanto afectó a toda la zona junto a otras causas, y la falta de inversión de Gobiernos Centrales ha motivado tan notable descenso de población.

Lamentablemente, casos como el del pueblo de Carpo, que desde el año 1955 cuando consiguió su mayor número de habitantes: 2433, la emigración fue despoblando la villa hasta quedar en 790 habitantes, que son los que tenía en 2008 y 2010.

Hacía tiempo que, desde varias instituciones locales, provinciales y regionales se venía reclamando la creación de la Autovía de la Plata, una autovía que atravesara Extremadura de sur a norte, vertebrando toda la región y dando así salida a los productos que en la tierra se elaboraban.

—El día que se logre tener la autovía —decía Carpo— quizá alguna empresa importante se anime a invertir en nuestra tierra, con la consiguiente creación de puestos de trabajo y la dinamización de la economía extremeña.

El tejido productivo extremeño seguía teniendo necesidad de importantes inversiones y de ayudas para las grandes zonas despobladas, evitando con ello el abandono de pequeños pueblos y la marcha masiva

de población a las grandes ciudades tal y como ocurriera en las décadas de los sesenta y los setenta en nuestra región.

Esta situación le dolía a Carpo, pues seguía siendo su asignatura pendiente, tanto de él como de todo el pueblo extremeño. Sin embargo, Carpo y muchos de los hombres de su tiempo contaban en sus reuniones y excursiones que España, su España, era ya una realidad en Europa, de lo cual estaban orgullosos.

La España de los años noventa había dado un giro tremendo hacia la industrialización y la modernización, lo que indudablemente había sido motivado por el trabajo y esfuerzo de todos los españoles.

Carpo decía:

—Si en 1936 no hubiera ocurrido lo que ocurrió, con esfuerzo y trabajo hubiéramos modernizado e incluso industrializado España en tiempos de la II República y no se habrían perdido cuarenta años de progreso y modernidad. ¡Qué años tan bonitos perdimos los españoles...! —Carpo se lamentaba, pero al final de su reflexión el viejo e idealista zapatero comentaba—: El consuelo que me queda es que el día que yo falte habré ayudado a dejar a mi España en libertad, con una democracia estable y asentada y a los españoles entendiéndose entre sí. Habrá alternancias en los respectivos gobiernos autonómicos y nacionales, pero siempre en paz y libertad.

Este era sin duda el legado que hombres y mujeres con las mismas ideas que Carpo dejarían a sus hijos y nietos, con la satisfacción que deja el deber cumplido, y la alegría que proporciona el vivir dentro de

una sociedad moderna, progresista y avanzada en la que todos sus miembros hayan mejorado sustancialmente su calidad de vida.



CARLOS DAVID, CARPO Y SUS ÚLTIMAS NIETAS SONIA Y ESTHER

En España, el signo y la forma de gobernar desde la victoria del Partido Popular en 1996 había cambiado notablemente en detrimento de las clases más desprotegidas. Respecto a esto, Carpo decía:

—El desencanto de los votantes socialistas y el desgaste sufrido tras catorce años de gobierno, a lo que se suman algunos casos de corrupción en la persona de distintos dirigentes socialistas han hecho cambiar en un tanto por ciento los votos de la izquierda, que como castigo han inclinado su voto a una derecha encabezada por José María Aznar, que está llevando a España en unos años a dejar bien claro cual va a ser su política económica para con los trabajadores.

Carpo, al recibir la noticia de la victoria electoral del Partido Popular, con gran disgusto comentó:

—¿Pero es que no se da cuenta la gente de que el voto de castigo no va a ser simplemente para el gobierno socialista? Más bien va a ser para las clases más bajas, para sus propias economías, para la mayoría de los trabajadores españoles.

En la mente del abuelo Carpo había un profundo sentir de frustración, pues era tanto el trabajo realizado a lo largo de varias décadas que temía que ahora, en una legislatura se fueran al abismo logros muy importantes que se habían conseguido para la clase trabajadora.

El abuelo Carpo, a sus ochenta y seis años, era un hombre incansable. Seguía trabajando todo lo posible por agrupar a todos los extremeños que se encontraban fuera de Extremadura. Cuando tenía ocasión de comentar temas políticos o sociales con líderes sindicales o con alguna persona de peso y prestigio en la sociedad siempre aprovechaba para decir:

—Hay que luchar por la tierra, no podemos olvidarnos de los que tienen menos que nosotros. La igualdad y el derecho a una vida digna para todo ciudadano debe ser siempre nuestra meta final. No lo olvidéis nunca.

Carpo no paraba de repetirlo. No descansaba a la hora de comentar esta cuestión a todo aquel que compartía sus charlas de una manera u otra.

Durante muchas horas Carpo debatía y hablaba con sus hijos sobre el momento que vivíamos los españoles ya en el año 1998. Y seguía diciendo:

—No seré feliz hasta que todos mis hijos vuelvan a su tierra, hasta que vuelvan a Extremadura.

Aunque él deseaba que todos los emigrantes españoles volvieran a sus casas, llevaba este tema al nivel extremeño, lo que significaba que hasta que el casi millón de extremeños que vivía fuera de nuestra comunidad por motivos laborales no volviera a su tierra, él, el abuelo Carpo no moriría en paz.

Plasencia, que era ciudad de tradición conservadora (algo que muchos de sus convecinos no llegaban a comprender), estaba gobernada por un alcalde del Partido Popular y de ascendencia conservadora que con su trabajo en el Ayuntamiento tenía desequilibrados a la mayoría de los placentinos. No se trataba de que el alcalde tuviera ideas de derechas, es que era ante todo un mal gestor, y esta mala gestión que estaba llevando a cabo desde el Ayuntamiento estaba encaminando a la ciudad a la ruina, según la mayoría de las opiniones que se escuchaban en la calle.

Cierto día, paseando por el Parque de los Pinos en Plasencia, el autor de este relato, observó a un grupo de ancianos que en su mayoría debían de pasar de ochenta años, hacer este comentario:

—Este alcalde, el señor Díaz, se ha atrevido a hacer en Plasencia lo que ningún alcalde franquista jamás se atrevió a hacer, y más tarde o más temprano lo acabará pagando.

—Lo malo —decía otro de los ancianos— es que lo estamos pagando los placentinos.

Estos comentarios y otros como estos tenían muy preocupado al abuelo Carpo, quien no podría descansar tranquilo hasta volver a conseguir que la localidad que tan bien le acogió estuviera de nuevo gobernada y gestionada por hombres y mujeres de izquierdas, por mentes progresistas que intentaran mejorar la situación de la mayoría de sus vecinos y no la de un puñado de familias tradicionalistas, tal y como en los últimos tiempos venía ocurriendo.

Los días del año 1998 iban pasando, y antes de que fuera tarde, el abuelo Carpo decidió invitar a comer en un restaurante a toda la familia. Ya hacía tiempo que llevaba meditando la idea, quería hacerlo como si fuera una despedida con todos los suyos, por si llegado el día no pudiera celebrarlo. Fue una comida entrañable. Toda la familia se sentó alrededor del abuelo, que ejerció de anfitrión, y aún recuerdan sus hijos que aquel fue uno de los últimos días en los que pudieron ver a Carpo realmente feliz, pues tenía a su lado a la mayoría de sus hijos, yernos, nueras, nietos

y biznietos... quien sabía si el destino le daría otra oportunidad de volver a estar en compañía de todos los suyos a la vez.

Porque su familia siempre estuvo al lado del incansable sindicalista y por todo lugar que pasaban se enorgullecían de ser hijos o descendientes de este pequeño gran hombre que desde su infancia se había comprometido con España, para mejorarla y ponerla al servicio de sus convecinos.

El abuelo Carpo, para todos ellos, o Poli, para otros tantos acababa una comida o cualquier otro tipo de reunión familiar dedicando un poema a los asistentes. En esta ocasión fue a su familia, que le pidió cuál querían escuchar:

—Abuelo, recítenos usted la poesía de la cárcel... Ésa que escribió cuando estaba preso por los franquistas.

Se referían a la mejor poesía que había escrito este afanoso poeta, que aunque en la sombra, había recorrido con sus versos gran parte del territorio español recitando sus venturas y sus desventuras, con alegría y dando ejemplo de una total cordura y demostrando un conocimiento completo de la historia de España desde 1926 hasta 1999, momento en que se relatan estos hechos.

Carpo, sosegado, feliz y orgulloso de su trabajo realizado a lo largo de tantos años de esfuerzo, se dispuso a recitar el poema "Me conducen a morir".

Carpo vivía con sus hijos, siendo atendido por ellos. Aunque sería más correcto decir que era un

miembro más de sus familias, pues estaba muy bien de salud física y mental y no necesitaba que sus hijos hicieran mucho por él. Carpo decía que vivía como en una pensión, pues se levantaba por las mañanas, desayunaba, se arreglaba y salía para ir a la federación de jubilados de UGT, donde se quedaba hasta el mediodía. Volvía a casa para comer, y después dormía un rato la siesta. Y tras esto, salía de nuevo hacia el hogar del pensionista para jugar alguna partida de cartas. Algunas tardes tenía reuniones de ACOTE o de UGT, que le ocupaban hasta la hora de la cena. Después volvía a casa, donde le estaban esperando sus hijos para cenar y para charlar un rato antes de escuchar las noticias de su inseparable aparato de radio, que se había convertido en su mejor amigo, y tras esto, se despedía de la familia y se iba a dormir.

Carpo era un hombre muy familiar, le gustaba mucho estar con los suyos. Era culto sin haber estudiado. Él siempre decía:

—¿Qué mejor cultura hubiera podido tener que la que me ha dado la vida que me ha tocado vivir?. Está claro que teniendo la mente y los ojos abiertos, los libros son la mejor Universidad.



CARLOS, SÉPTIMO HIJO Y CARPO

CAPITULO XVI
Año 1999. El último vuelo

Las elecciones locales y autonómicas iban a celebrarse en el mes de junio de 1999, y como el abuelo Carpo iba pasando los meses con todos sus hijos, algunos meses los pasaba en Plasencia, y otros en Alcorcón. En el mes de mayo tenía que desplazarse hacia Alcorcón, a pasar unos meses con los hijos que tenía allí, por lo cual decidió dejar preparado su voto por correo antes de abandonar Plasencia.

No podía permitir que ni un solo voto de izquierdas se perdiera, pues decía así:

—Por un solo voto se pueden ganar o perder las elecciones, y es mucho lo que nos jugamos. Hay mucha diferencia si dejamos nuestra tierra en manos de uno u otro gobernante.

Además siempre alegaba que la derecha nunca perdía un voto:

—El cabeza de familia se coge a toda la familia de la mano y delante de él todos votan a los suyos. Sin embargo nosotros, los hombres y mujeres de izquierdas de este mi país dejamos a todos los nuestros la libertad de elegir, y ellos lo pueden hacer escogiendo acertada o equivocadamente la opción política que más les represente.

Una mañana Carpo se dirigía al Ayuntamiento de Plasencia para preparar su voto por correo, pero al

llegar a la altura de la Ronda del Salvador, muy cerca de la plazuela donde estuvo viviendo cuando llegó a la ciudad, comenzó a sentirse mal. Tenía sudores fríos, molestias y un fuerte dolor en la parte izquierda de su cuerpo, por lo que decidió sentarse en un banco próximo para recobrar el aliento.

Varias personas que vieron su estado se acercaron a interesarse por él. Le preguntaron qué le pasaba, pero Carpo no podía ni responder, por lo cual, la gente decidió llamar a la policía. Un nieto de Carpo trabajaba como policía local en Plasencia, y le subieron lo antes posible al Hospital Virgen del Puerto, de Plasencia. Allí, tras examinarle, le diagnosticaron un infarto de miocardio. Le ingresaron en la unidad de cuidados intensivos, donde tuvo que permanecer varios días en estado inconsciente.

Esta noticia fue, por supuesto, un gran disgusto para la extensa familia de Carpo y para todos los amigos y conocidos de Plasencia y la provincia, que no eran pocos. No es preciso decir que el abuelo contaba ya con ochenta y siete años, y su corazón había aguantado ya muchos golpes en la vida. Este golpe sí había sido serio y había dañado profundamente su salud, que hasta ahora parecía de hierro.

Sus hijos se agruparon en torno al abuelo Carpo. Turnándose en el hospital cuidaban de él tanto de día como de noche.

Teófilo cuenta que al cabo de unos días, cuando Carpo mejoró y abandonó la unidad de cuidados intensivos para ser ingresado en planta, lo primero que dijo fue:

—Teófilo, hijo mío, tráeme los papeles necesarios para votar por correo, no sea que no me de tiempo a votar y me muera antes.

Teófilo contestó:

—Venga, padre, no se preocupe por eso, pues mañana mismo se los traeré y lo quedamos todo arreglado. Ahora lo importante es que se recupere cuanto antes. Quizá podamos ir juntos a votar el próximo mes de junio.

El abuelo hizo un gesto con la cabeza, como si predijera que no iba a llegar a tiempo a las elecciones, y dijo:

—No me gustaría perderme la última votación de mi vida.

—Vamos, padre... ¡no diga usted eso, que no tiene razón! —Contestó su hijo, atemorizado— Se ha escapado de problemas más serios que éste ¿no?. Ahora, en cuanto usted salga del hospital todo va a volver a ser lo mismo, ya lo verá.

—No sé, hijo... No sé. No me veo con fuerzas. Creo que esto se va a acabar pronto.

Este fue un diálogo entre el mayor de la saga y el pequeño de los hijos, quien acabó en el pasillo del hospital con los ojos llorosos, temiéndose lo peor.

Los hermanos mayores, cuando lo vieron le dijeron:

—Venga, tienes que animarte, no vaya a ser que te vea el abuelo llorando y se ponga él peor.

Esperanza, la hermana mayor le dijo:

—¿No ves que se ha recuperado mucho?. Ya se puede levantar, e incluso da pequeños paseos.

Teófilo asentía con la cabeza, pero había visto que su padre perdía fuerza y que apenas no comía, lo cual le preocupaba bastante.

El día siguiente el abuelo Carpo le dijo a Teófilo:

—Hijo, escúchame. Tenemos que ir a dar un paseo en coche por todas las calles de Plasencia y de Mirabel, no sea que no pueda volver a verlas. Quiero hacer por sus calles quizás mi último viaje.

—No se preocupe padre —contestó amablemente Teófilo—. Lo haremos sin falta, en cuanto sea posible.

El día 24 de mayo Carpo pasó muy mala noche, ante lo cual todos temieron lo peor. Tanto fue así que se avisó a los hermanos pues los médicos preveían el fatal desenlace de un día para otro. Su corazón, ese corazón que durante tanto tiempo había sido inagotable estaba cansado, ya no tenía fuerzas suficientes para que este viejo luchador siguiera peleando por los suyos.

En la mañana del 25 de mayo todos los hijos hablaron con el agotado luchador socialista, y ya no abandonaron el hospital ninguno de ellos. Pasaron el día entero con él, en su habitación.

De madrugada, el abuelo le cogió la mano a Teófilo, queriendo decirle algo. El pequeño de la familia acercó su oído a la boca de su padre y le dijo:

—Dígame, padre. Estamos todos aquí con usted, dígame lo que quiera:

—Por favor, hijo, mójame los labios, que los tengo muy secos —dijo Carpo con voz temblorosa. Acto

seguido, tras humedecerle los labios con agua, continuó—: Esto se acaba para mí, hijo mío... Ya no aguanto más. No olvidéis nunca por lo que tanto he luchado. Seguid trabajando por el pueblo.

Estas fueron las últimas palabras que susurró Carpo al oído de su hijo pequeño.

Teófilo, abrazado a su padre, y con lágrimas en los ojos, dijo en voz alta a sus hermanos:

—El abuelo se nos ha ido. Ya se acabó todo, por fin ha descansado.

Un segundo infarto puso fin al esfuerzo del corazón cansado de un hombre que durante toda su vida había destinado la energía que poseía a luchar porque en España, su España, se viviera en libertad, igualdad y democracia.

Carpo, el abuelo Carpo falleció el día 27 de mayo a las tres menos cinco de la madrugada, en el Hospital de Plasencia, rodeado por toda su familia y preocupado, como toda su vida había estado, por la España que dejaba a sus hijos y nietos. Quedó un gran vacío que nunca se volvería a llenar por la ausencia tan importante que Carpo dejó como padre, como amigo y como luchador incansable que ansiaba mejorar día a día la España que le había tocado vivir. Más bien, sería más correcto decir que ansiaba mejorar las Españas en las que le había tocado vivir, desde 1912 hasta el final de sus días, aquella noche del 27 de mayo de 1999 en la que falleció.

Su corazón se había apagado lentamente, y el médico no pudo hacer más que certificar su defunción.

Quería hacer su último viaje, le había dicho a su hijo antes de morir, y Teófilo le había contestado que no se preocupara, que darían un paseo por Plasencia, su segunda casa, para que pudiera despedirse de ella, en su último viaje.

Después de avisar al resto de los familiares salió el coche fúnebre en dirección al Tanatorio, que está situado a la otra punta de la ciudad, lo cual sirvió para que el viejo luchador hiciera su último viaje. Desde un extremo de la ciudad, desde la finca Valcorchero que es donde esta el Hospital Virgen del Puerto, hasta la salida de la ciudad, cerca del polígono industrial, donde estaba el Tanatorio, Carpo hizo su último recorrido por las calles de Plasencia. Teófilo, el pequeño de los hijos de Carpo fue despidiéndose de toda la ciudad en nombre de su padre. Mentalmente, el hijo iba trasmitiendo a su padre sus pensamientos:

—Mire, padre... su Plasencia, su Extremadura, su España... No se preocupe, que sus enseñanzas, sus luchas y sus sacrificios han valido la pena. Nos deja una España libre, moderna y democrática, bastante más justa y solidaria con la mayoría de los españoles que las Españas de los años anteriores en las que tuvo que vivir.

Aunque a Carpo le hubiera gustado un funeral civil, la premura del tiempo, el tiempo que había pasado enfermo y la opinión mayoritaria de sus hijos terminó por decidir un funeral en la Iglesia de su barrio, para así poder dar opción a que todos sus amigos (que eran muchos) y que todos los compañeros

con los que Carpo había compartido la vida pudieran darle el último adiós tal y como él se merecía.

El funeral del abuelo Carpo se celebró a las cinco y media de la tarde del 27 de mayo de 1999. Fueron muchos los que le dieron su último adiós, con una sincera despedida de "hasta siempre, compañero". Siempre estarás con nosotros". Después de que todos los conocidos y amigos se despidiesen de él, la familia y sus compañeros socialistas y ugetistas, además de otros hombres y mujeres de izquierdas le acompañaron en el último tramo de su viaje hasta el cementerio municipal, donde fue depositado su cuerpo junto al de su segunda esposa, Fermina y donde todos los presentes le rindieron una sincera y calurosa despedida en un acto civil que acabó con el canto de "La internacional", con el puño en alto, manteniendo vivo el espíritu de igualdad libertad y fraternidad que Carpo siempre había tenido.

Como final del acto, el pequeño de los hijos de Carpo dijo unas palabras de agradecimiento a los asistentes y recitó una de las poesías que Carpo había escrito a lo largo de su vida:

El último vuelo

Siempre fui un pajarillo errante
Que siempre quiso volar,
Pero hace muchos años
Las alas a mí me cortaron
Y ya no pude volar más.

Entre rejas seguí luchando,
Hasta que de nuevo
Pude volver a volar;
Pero volar en libertad

Por eso ahora, en mi último vuelo
Os digo a los demás:
<<Nunca permitáis a nadie
Que no os deje volar,
Pues con ello perderíais
Vuestra propia libertad.

Y lo bueno para España
Es que haya muchos vuelos
Pero vuelos de verdad.

Vuelos de justicia, democracia y libertad.

Una pena grande afectó a todos los socialistas placentinos, extremeños y españoles, pues en el mes de mayo de 1999 dos viejos luchadores socialistas habían fallecido, dejándonos su legado con generosidad. Fueron Ramón Rubial y Policarpo Magdaleno. Dos hombres, dos ejemplos de lucha obrera y de honestidad, dos vidas entregadas a una causa, entregada a los demás, al servicio de un país llamado España a través de una idea fija: "Paz, justicia, socialismo y libertad".

Este es el recuerdo que siempre perdurará en todos aquellos que conocimos y que compartimos nuestra vida con estos viejos luchadores. El recuerdo de su esfuerzo estará en el corazón de todos los que les conocimos y les respetamos.



LOS HIJOS DE CARPO, CARLOS TEÓFILO, JORGE, ANTONIO, MARCELO, ROBERTO, ESPERANZA Y FRANCO

EPÍLOGO

Policarpo Magdaleno; un hombre, al cual ni la represión ni la cárcel, ni todas las injusticias a las que fue sometido le hicieron renunciar de su libertad.

Quizás la vida de este hombre y la de tantos y tantos españoles como él nos enseñe que los tiempos que se narran en esta novela histórica nunca debieron ocurrir y quisiera que nuestra memoria histórica no olvidara jamás todo lo acontecido en el pasado, para que no nos vuelva a pasar.

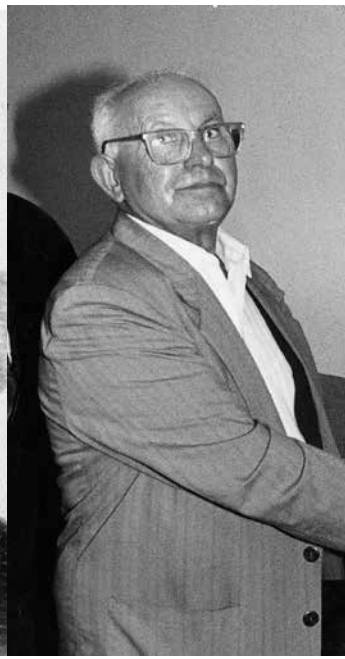
El autor de esta Novela, Teófi o Teófilo 10º hijo de Carpo quiere rendir un sincero y emotivo homenaje con este relato, a todos los hombres y mujeres que, con su esfuerzo, sacrificio y su propia vida nos devolvieron a todos los españoles la libertad de la que ahora podemos disfrutar en este nuestro país llamado España.

El día 11 de abril de 2003, aniversario de la II República, se descubrió en Plasencia, en el Parque de los Pinos, un monolito en memoria de los más de doscientos presos políticos que construyeron este parque bajo mandato de la dictadura franquista a base de trabajos forzados, entre los que figura el nombre de Policarpo Magdaleno Carrera (o simplemente Carpo).



PARQUE DE LOS PINOS (PLASENCIA)





POLICARPO MAGDALENO CARRERA
26-1-1912 / 27-5-1999

Allí, junto al recuerdo de los suyos los tendremos para siempre con nosotros.

DATOS HISTÓRICOS

Presos políticos encarcelados en 1936, vecinos de Mirabel (Cáceres), por el bando sublevado contra la II República.

- Eloy Vega
- Santiago Cano (El Salero)
- Emilio Izquierdo
- Modesto Bejarano
- Ignacio García
- Andrés Beata
- Policarpo Magdaleno Carrera
- Teófilo León
- Valeriano Lorenzo
- Cirilo Lorenzo (hijo de Valeriano)
- Bernardo Serradilla (Tío Tras-tras)
- Eladio Sánchez
- Pablo López
- Antonio Díaz
- Julio Díaz
- Marta Pérez
- Constantino Santos
- José Rodillo
- Santiago Pacheco
- Cándido Grande
- Baldomero Rodillo
- Juan Conejo
- Raimundo Sánchez Corrales
- Apolonio Alfonso
- Patrocinio Miguel Díaz
- Ángel Gallardo
- Daniel Álvarez Barco
- Pedro García Serrano

APÉNDICE FOTOGRÁFICO



ARCHIVO FAMILIAR



FERMINA Y CARPO EN UN CUMPLEAÑOS FAMILIAR

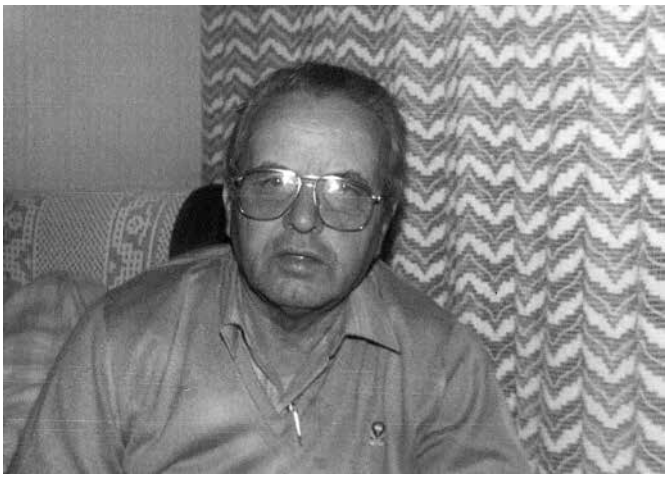


CARPO Y FERMINA CON SUS HIJOS PEQUEÑOS
ABAJO EL CARNÉ DE POLICARPO MAGDALENO DE LA ASOCIACIÓN CULTURAL





FERMINA Y CARPO CON DOS DE SUS NIETOS
CARLOS DAVID Y RAQUEL



MATÍAS, UN BUEN AMIGO DE CARPO



MIGUEL ÁNGEL RUBIO, SECRETARIO GENERAL DE UGT EN CÁCERES SALUDA A CARPO EN EL ACTO DE HOMENAJE A VETERANOS DE UGT EN 1987.



FAMILIA DE CARPO EN EL HOMENAJE DE 1996



HOMENAJE EN EL COMPLEJO CULTURAL SANTA MARÍA, 1996. Jerónimo Ojalvo, Carpo, Manuel Egido, Cándido Méndez, Flor Prieto, Rodríguez Ibarra y Miguel Bernal.
ABAJO MESA DEL ACTO





EN EL HOMENAJE DE 1996
José Morales Montes, Manuel Peral, Miguel Bernal (Secretario de UGT en Extremadura), Cándido Méndez (Secretario General de UGT), Félix Dillana, Flor Prieto (Secretaria General de UGT Plasencia), Marcos Vidal García, Policarpo Magdaleno, Manuel Egido (Secretario Cofederal de UGT Jubilados y Pensionistas), Jerónimo Ojalvo y Juan Carlos Rodríguez Ibarra (Presidente de la Junta de Extremadura)



EN EL HOMENAJE DE 1996
Jerónimo, Cándido Méndez, Policarpo y Miguel Bernal.
Abajo, otra imagen del acto de homenaje.



IMÁGENES DE PRESENTACIONES DE *LAS DOS ESPAÑAS, EN MEMORIA DE CARPO*



Presentación del libro *Las dos Españas. En memoria de Carpo,* en Mirabel el día 17 de febrero de 2008, junto al autor el alcalde Fernando Javier Grande Cano.



Presentación del libro en el Complejo Cultural Santa María de Plasencia el día 8 de febrero de 2008. Elia María Blanco Barbero, Alcaldesa de Plasencia, Juan Carlos Rodríguez Ibarra, Secretario General del PSOE en Extremadura, Miguel Bernal Carrión, Secretario de UGT de Extremadura, y el autor Teófilo Magdaleno Fuentes.



Teófilo Magdaleno con Justiniano Rodillo



Justiniano Rodillo en la presentación del libro el 17 de febrero de 2008 en Mirabel, Cáceres.

ÍNDICE

Prólogo de Juan Carlos Rodríguez Ibarra / 9
Prólogo de Miguel Bernal Carrión / 15
Prólogo del Autor Teófilo Magdaleno Fuentes / 19
I. En un pueblo llamado Mirabel / 21
II. Años 1931-1936. La II República / 39
III. Sublevación contra La II República (Fuga hacia Portugal) / 65
IV. En la prisión de Cáceres / 99
V. La Guerra Civil Española / 109
VI. Posguerra y represión / 125
VII. Años 1943-1953 / 157
VIII. Nuevo matrimonio y traslado a Plasencia / 169
IX. Años 1954-1965 / 181
X. Años 1965-1975 / 197
XI. Fin del Régimen. Muerte de Franco / 235
XII. El comienzo de la transición / 251
XIII. Constitución Española de 1978 / 263
XIV. El primer Gobierno Socialista / 285
XV. La década de los noventa / 319
XVI. Año 1999. El último vuelo / 351
EPÍLOGO / 363
Datos Históricos / 365
Apéndice fotográfico / 366